



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Aspectos políticos de la crisis histórica del capital en el siglo XXI: hegemonía y medioambiente en América Latina

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE DOCTORA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

PRESENTA

LAURA NIETO SANABRIA

TUTOR PRINCIPAL

Dr. Lucio F. Oliver Costilla (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Sociología - UNAM)

MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR

Dr. Gian Carlo Delgado Ramos (Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y
Humanidades - UNAM)

Dr. Efraín León Hernández (Facultad de Filosofía y Letras, Geografía - UNAM)



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Aspectos políticos de la crisis histórica del capital en el siglo XXI: hegemonía y medioambiente en América Latina

Laura Nieto Sanabria

Agradecimientos	1
Prólogo	4
Introducción.	5
Capítulo 1. Importancia de las categorías de Antonio Gramsci para el análisis de la crisis histórica del capital y sus aspectos políticos en la actualidad.	11
1) Distinción metodológica entre lo orgánico y lo coyuntural.	15
2) Usos del concepto de hegemonía para el análisis actual de la crisis histórica del capital.	27
3) La crisis como categoría abierta de análisis.	41
4) Categorías en Gramsci para analizar los procesos de continuidad y rearticulación del proceso hegemónico de las clases dirigentes.	49
Capítulo 2. Proceso histórico de la mundialización del capital y elementos de sus crisis recurrentes.	63
2.1 Acumulación originaria, división sexual del trabajo y separación humano/naturaleza como elementos primordiales de la hegemonía del capital y sus clases dirigentes.	65
2.2 La crisis del capitalismo como resultado de la contradicción en sus elementos primordiales.	92
1) La caída de la tasa de ganancia y sus causas contrarrestantes.	93
a) Causas contrarrestantes a la tendencia de la caída de la tasa de ganancia en América Latina.	98
2) La segunda contradicción del capital.	105
Capítulo 3. La crisis histórica del capital: la crisis ambiental como eje rector y la crisis de hegemonía como resultado.	114
3.1 Diferencia entre crisis y colapso.	118
3.2 El reconocimiento oficial de la crisis climática y las diferencias políticas entre el Antropoceno y el Capitaloceno.	130

3.3 Aspectos generales de la crisis histórica del capital y medio ambiente en la actualidad.	148
1) la crisis económica y financiera, crisis ambiental y escasez de recursos.	148
2) El advenimiento de la multipolaridad, la crisis de hegemonía de EUA y desigualdades geopolíticas.	157
3) Precarización de la vida: crisis alimentaria y devastación ambiental.	162
4) La crisis de reproducción social, violencias patriarcales y desigualdades ambientales.	173
3.4 La crisis ambiental y sus incidencias en la crisis de hegemonía política.	178
1) La crisis ideológica sobre la noción hegemónica del progreso frente a la devastación ambiental.	178
2) La crisis del Estado, crisis de hegemonía política y emergencia climática.	187
3) Despertares políticos, crisis de las izquierdas y ambientalismos en la época neoliberal.	200
4) Continuidades del proceso hegemónico de las clases dirigentes frente a la crisis ambiental.	225
Capítulo 4. América Latina: proceso de mundialización del capital, crisis histórica y dificultades para el proceso hegemónico.	249
4.1 Inicios de la modernidad y el colonialismo interno en América Latina y el Caribe.	250
4.2 Transformación hacia la época moderna, capitalismo, imperialismo y Estado en América Latina.	257
4.3 Neoliberalismo y nuevo imperialismo.	267
4.4 Crisis histórica del capital en América Latina, componentes específicos, elementos políticos y medio ambiente.	277
1) El extractivismo, seguridad energética y la nueva división internacional verde del trabajo en América Latina y el Caribe.	288
2) Superexplotación del trabajo, la violencia patriarcal y el nuevo orden bélico en América Latina.	301
3) Estragos frente al cambio climático y la crisis en América Latina. p.	305
Reflexiones finales, a manera de conclusión.	317
Bibliografía	329

Agradecimientos

A lo largo de todo el trayecto que ha implicado llegar hasta aquí me parece fundamental agradecer, en principio, a mi madre y a mi padre, Carmen y José. Definitivamente el poder dedicarme por tantos años al estudio no habría sido posible sin su apoyo emocional y económico. Les agradezco infinitamente por todo el amor, por la escucha, por la lectura y por toda su comprensión y apoyo siempre.

Por otro lado, quiero expresar mi más sincero agradecimiento al Dr. Lucio Oliver, por ser mi maestro desde la licenciatura hasta ahora; han pasado aproximadamente 15 años en los que hemos trabajado juntos, leyendo a Marx, a Gramsci, a Zavaleta, a Marini, a Hegel, entre otros, debatiendo y reflexionando sobre la realidad latinoamericana a partir de dicha lectura y de nuestras propias vivencias. Lucio ha sido un maestro pero también un gran amigo que me ha acompañado en mi crecimiento académico todos estos años, mi admiración y respeto siempre.

Asimismo, agradezco mucho al Dr. Gian Carlo Delgado, quien también me ha acompañado en este crecimiento académico, desde la investigación que realicé en la maestría hasta ahora. Su lectura, sus recomendaciones y su postura han sido fundamentales para profundizar mis conocimientos y ampliar mi perspectiva del mundo.

Por otro lado, agradezco mucho al Dr. Efraín León a quien considero un maestro y un amigo; su lectura y conocimientos fueron muy importantes para este trabajo, y su acompañamiento fue muy importante para mi desarrollo en los años de doctorado.

Quiero agradecer también a la Dra. Mónica Meireles por la lectura a profundidad de este trabajo, por sus observaciones y comentarios tan atinados y responsables.

De igual forma agradezco mucho a la Dra. Lía Pinheiro por su lectura y recomendaciones, pero sobre todo por su amistad, su solidaridad y por el seguimiento que ha dado a mi camino académico desde hace varios años. Su postura política siempre ha sido un ejemplo a seguir.

Por otro lado, me parece importante señalar que esta investigación no hubiera podido realizarse sin el apoyo económico que brinda CONACyT para estudiantes de posgrado; dichas becas han sido fruto de la lucha estudiantil que dimos varios estudiantes de maestría y doctorado entre los años 2015 y 2018 contra los recortes y la corrupción dentro de las instituciones públicas. Por ello agradezco a mis compañerxs de lucha estudiantil. La lucha contra la privatización de la educación pública debe seguir viva, así como la lucha contra la Unidad de Medida y Actualización (UMA) que sigue vigente y afecta a grandes grupos poblacionales en la actualidad.

Agradezco también a mis amigxs de otras trincheras de lucha política con quienes he abarcado acciones y reflexiones en torno a temáticas ambientalistas, anti-capitalistas, anti-imperialistas y anti-patriarcales; las luchas contra el capitalismo, contra el despojo, contra el ecocidio, contra el imperialismo y contra el patriarcado son las que me mueven a seguir creciendo y a profundizar mis conocimientos para aportar algo, aunque sea poco, a la construcción de un mundo más justo.

Las amistades que, más allá de cualquier espacio, me han acompañado hasta este momento son parte fundamental de mi vida, ellxs me han dado fuerza para continuar en esta travesía; agradezco mucho a Lucía Pi, Betzy Pelayo, Pablo Cubos, Mariela Hernández, Noemi Guerrero, Inti Reynal, Silvia Mejía, Guillermo López, Sebastián Rangel, María Fernanda Rojas, Víctor Sánchez, Joel Herrera, Emiliano Morales, Octavio Mendoza, Enrique Pineda, Samuel González, Erik Molina, Néstor López, Diego Aguilar, Pilar Godínez, Miguel Rodríguez, Argel Gómez, Federico De Stavola, Inés Giménez, Isabel Sanginés, Octavio López, Elizabeth Sauno, Víctor Romero, Ana Cerón, Ricardo Miranda, Silvina Romano, Centli Pérez, Rogelio Salgado, Eduardo Gómez, Fructuoso Matías, Emilio Téllez, Sandra

Vanina, Alina Duarte, Annika Steindl, Michel Picasso, Dani Flores, Karina López, Xochitl Morales, Alí Aguilera, Luz Estrello, Mariana Blanco, Edna Hickman, entre muchxs otrxs.

Por otro lado, la salud mental ha sido algo muy importante para mi en estos últimos años, es por ello que quiero agradecer profundamente a Raquel Larson por todo su acompañamiento y trabajo, todo mi cariño para ella.

La esfera del amor ha sido crucial para mis últimos años de estudio, por ello agradezco mucho a Javier Osorio Ochoa, por todo su cariño y comprensión. Gracias por las risas, las pláticas, la apertura, la alegría y la paz, te amo.

Por último agradezco a mi gata, Princesa Hegel, sin su ronroneo, su ser afelpado y su compañía, el mundo sería un lugar menos feliz.

Prólogo

Desde que tengo memoria me ha importado el mundo en el que habito, seguramente algo de eso tenga que ver con que mi mamá y mi papá siempre me inculcaron ideales de lucha, de solidaridad y de crear un mundo más justo.

La presente investigación es fruto de esos ideales, del querer entender a profundidad al mundo que habitamos, sus sistemas sociales que se entrelazan con los sistemas ambientales, porque en realidad forman parte de un todo. Siempre he tenido el ímpetu por entender al mundo para luchar por la construcción de una sociedad más justa, justa para la humanidad pero también justa para todos los seres no humanos, habitantes del planeta tierra.

El mundo actual se nos presenta lleno de oscuridad pero también lleno de esperanza. Los últimos cinco años hemos estado expuestas a catástrofes como terremotos, virus, golpes de estado, ascensos de la derecha en varias partes del mundo, muerte y un inminente fin del mundo tal y como lo conocemos gracias al cambio climático y la crisis ecológica. No obstante, también hemos vivido rodeadas de esperanza por las luchas de los pueblos, las luchas de las mujeres organizadas, el asenso de gobiernos progresistas, avances científicos, nuevas rutas de comunicación y propuestas artísticas novedosas, radicales y tiernas. Dentro de este contexto es que se escribe esta tesis, para comprender un poco la crisis del mundo actual pero también para comenzar a plantear rutas de salida frente a la vorágine, desde la alegría, la comunidad y el compañerismo.

Aspectos políticos de la crisis histórica del capital en el siglo XXI: hegemonía y medioambiente en América Latina

Introducción

Desde hace décadas la palabra crisis resuena cada vez con más frecuencia frente a diversos eventos político-económicos, no obstante, en la actualidad esa palabra adquiere un nuevo aspecto: el ambiental. A pesar de que ahora lo ambiental toma una gran fuerza en el léxico hegemónico cuando se habla del momento actual de crisis, la cuestión político-económica sigue presente, aunque muchas veces esto se deje de lado en los análisis.

El momento actual de la crisis histórica del capital resuena por sus características abrumadoras ligadas a la devastación ambiental, que implica consecuencias nunca antes vistas por la humanidad en términos de extinción masivas de especies; temperaturas extremas resultantes en eventos tempestuosos (huracanes, inundaciones y sequías); islas de basura en los océanos; mares, ríos, selvas y bosques contaminados; propagación de antiguos y nuevos virus y enfermedades; hambrunas y desabasto de alimentos por el fenómeno de los monocultivos; estrés hídrico; posible finitud de algunos recursos naturales, y el cambio climático ligado al ascenso de más de 1.5° C en la temperatura mundial, entre muchos otros fenómenos. Todo lo anterior responde, pues, a un modo de producción que antepone el valor de cambio -la generación de ganancias y la acumulación de capital- al valor de uso; antepone el dinero, la propiedad privada y el poder, a la vida digna de humanos y no humanos en el planeta tierra. Así, el momento actual de la crisis histórica del capital es resultante de las contradicciones inherentes al modo de producción y reproducción capitalista, ligadas a procesos económico-políticos, ambientales y culturales que implican la existencia de una diversidad de problemáticas y preocupaciones, tanto para quienes tienen el poder económico, político y cultural, como para las clases desposeídas, las especies

no humanas y los ecosistemas. De esta forma, el panorama actual ligado a la crisis ambiental, se dibuja también como un fenómeno de dirección político-ideológica.

A partir de lo anterior es que en la presente investigación se pretende dar un panorama general, aunque no exhaustivo, de la crisis del capital y sus elementos ideológico-políticos en la actualidad, haciendo hincapié sobre la cuestión medioambiental y climática en América Latina. Para ello será fundamental hablar de los aspectos estructurales de la crisis referidos a los componentes económicos del modo de producción capitalista, sus contradicciones inherentes dentro del proceso histórico y a los elementos superestructurales, políticos e ideológicos generales, que actúan bajo el contexto actual. El análisis sobre dichos aspectos tendrá como base teórico-metodológica el entramado conceptual de Antonio Gramsci, el cual, en articulación con el proceso histórico actual, permitirá distinguir tanto los elementos políticos como los elementos económicos articulados al movimiento orgánico del capital y relacionados con la construcción de hegemonía dentro de las relaciones entre sociedad civil y sociedad política.

La base teórico-metodológica referida a los estudios de Gramsci implica una noción de totalidad que se fundamenta en los principios básicos del materialismo histórico; estos comprenden la distinción entre lo orgánico y lo coyuntural para lograr un análisis acertado sobre las relaciones de fuerzas entre los grupos sociales en un momento histórico específico, y permite evitar caer en ideas reduccionistas sobre las causas y las consecuencias de los momentos de crisis, mismos que, incluso, se comprenden como parte de un proceso inherente al modo de producción capitalista.

Asimismo, con dicho enfoque se podrán tomar en cuenta los aspectos del proceso hegemónico de las clases dirigentes, las relaciones entre sociedad civil y sociedad política que implican la existencia de un Estado integral, las nociones de crisis referidas a un enfoque general e internacional, entre otras. Todo ello será útil para poner sobre la mesa la cuestión de las relaciones y los procesos políticos, sociales,

ideológicos, económicos y ambientales en torno a la crisis histórica del capital en la actualidad, lo cual permitirá abarcar una visión más allá de la perspectiva solo estudia cada una de esas aristas por separado. Así pues, en el primer apartado de la investigación se profundizará en el ámbito teórico-metodológico para lograr tener bases suficientes que permitan hacer un análisis del momento histórico actual, y también se ahondará sobre las categorías gramscianas de hegemonía, clases dirigentes, crisis y Estado integral, con el fin de incorporarlas en el análisis, siempre y cuando se tomen en cuenta como categorías abiertas y en función del momento histórico específico a analizar.

A partir de ello se intentará delinear un concepto de crisis que abarque tanto los aspectos estructurales como superestructurales con el fin de proporcionar los elementos teóricos para comprender la crisis actual, sobre todo desde el plano ambiental. Asimismo, se hablará del proceso hegemónico para señalar que en toda situación de crisis se exige la intervención político-ideológica y económica por parte de las clases dirigentes con el fin de dar continuidad a su proceso de dirección; en ese sentido será importante indicar a qué nos referimos cuando hablamos de clases dirigentes en términos gramscianos y dar cuenta de su papel en la formación del Estado integral como parte del proceso hegemónico, así como las confrontaciones que se generan al interior de las mismas clases dirigentes con respecto a las distintas formas de dirección. Con base en todo ese entramado teórico-metodológico, la hipótesis principal de este trabajo de investigación es que la crisis histórica del capital se exacerba en la actualidad, con su aspecto ambiental como eje transversal, y es resultado tanto de los aspectos estructurales como superestructurales del proceso de mundialización del capital.

En el segundo capítulo se habla del proceso relacionado a la mundialización del capital con el fin de permitir una comprensión histórica de la consolidación del modo de producción actual haciendo énfasis tanto en sus bases materiales, como en sus aspectos geopolíticos y en sus elementos político-ideológicos para, a partir de ello, abarcar de manera amplia los elementos que se insertan en la crisis

histórica del capital. Dentro de este segundo apartado se hablará sobre las cuestiones estructurales pero se intentará relacionar esto con el proceso hegemónico de las clases dirigentes, mismo que pudo consolidarse a partir de varias cuestiones materiales pero también a partir de un proceso ideológico muy complejo que logró situar al modo de producción capitalista en un lugar privilegiado a lo largo y ancho del mundo. Dentro de este apartado también se mencionan teóricamente las dos contradicciones fundamentales que subyacen al modo de producción capitalista como resultado de sus elementos primordiales, relacionados enteramente a su proceso histórico y geopolítico. De esta forma se intenta esbozar el proceso histórico relacionado a la consolidación del capitalismo para, al mismo tiempo, señalar su asociación con la crisis histórica del capital.

A continuación, en un tercer capítulo se analizarán los elementos actuales de la crisis histórica del capital tomando como eje transversal la cuestión ambiental y climática; en sintonía con los dos apartados anteriores, se intentarán abarcar los aspectos ideológico-políticos y culturales, la superestructura, en conjunto con algunos aspectos estructurales ligados a la cuestión material desde lo económico y lo ambiental en términos generales; ello será necesario para señalar los aspectos, las disputas y las configuraciones políticas frente a diversas problemáticas que forman parte de la crisis de hegemonía ligada de muchas maneras a la crisis ambiental actual. En este apartado se buscará responder lo siguiente: ¿por qué el periodo actual se puede caracterizar como una exacerbación de la crisis histórica del capital tanto en términos estructurales como superestructurales?, ¿qué tiene que ver la crisis ambiental con la crisis estructural y superestructural del capital?, ¿cómo se relaciona la crisis ambiental con los procesos políticos en torno a la crisis de hegemonía?, y ¿en qué forma se están llevando a cabo las continuidades del proceso hegemónico de las clases dirigentes frente a la crisis ambiental? A partir de ello se busca subrayar a grandes rasgos lo que acontece en la actualidad frente a las complicaciones que supone el proceso hegemónico por parte de las clases dirigentes frente a la

crisis. La crisis actual implica múltiples problemáticas, no sólo para el medio ambiente y la humanidad en general, sino también para las clases dirigentes que se ven ante la dificultad de administrar los conflictos, tanto ideológico-políticos como materiales, que de ésta surgen. Ante ello se intentará resolver la siguiente pregunta: ¿de qué manera las clases dirigentes buscan canalizar los problemas surgidos de las contradicciones inherentes al capitalismo, o bien, encontrar otras salidas con relación a la cuestión ambiental?.¹

El cuarto capítulo retomará varias cosas planteadas en los apartados anteriores para traducirlos a la región latinoamericana. En principio se hablará del proceso de mundialización del capital en América Latina y el Caribe para comprender las dificultades del proceso hegemónico de las clases dirigentes en una región marcada por su carácter dependiente tanto en términos materiales como ideológicos. De esta forma se hará un breve repaso de la inserción de nuestra región al mercado global hasta llegar a la época del neoliberalismo y el nuevo imperialismo, esto permitirá tener las bases históricas que permitan comprender el momento actual ligado a la crisis ambiental y de hegemonía que acontece en la región. En este apartado se intentarán resolver las siguientes preguntas: ¿cómo se inserta América Latina en el proceso histórico que logró desarrollar el modo de producción y reproducción capitalista?, ¿bajo qué aspectos nuestra región se gesta como espacio donde se han podido contrarrestar ciertas contradicciones inherentes del capital?, ¿cuáles son los aspectos más importantes de la crisis contemporánea en América Latina?, y ¿qué papel juega la región latinoamericana dentro de la búsqueda por una administración de los conflictos relacionados a la crisis ambiental actual? Estas son preguntas que se intentarán resolver pero no de manera concluyente sino como una invitación a la

1 Cabe decir que las clases dirigentes capitalistas, a pesar de que se ven ante la complicación del proceso hegemónico, no buscan una renovación del mismo ya que esto implicaría generar bases materiales distintas en el modo de producción; en realidad las clases dirigentes de la actualidad buscan ciertos discursos y políticas para legitimar el modo de producción a pesar de sus consecuencias negativas en varios planos como el ambiental y el social, cuestión que también se tocará en el capítulo tercero.

reflexión y a la observación sobre lo que acontece cada día en nuestras sociedades, frente al sinfín de problemas que nos plantea la crisis histórica del capital hoy.

Capítulo 1. Importancia de las categorías de Antonio Gramsci para el análisis de la crisis histórica del capital y sus aspectos políticos en la actualidad.

La observación más importante que debe hacerse a propósito de todo análisis concreto de las relaciones de fuerza es ésta: que tales análisis no pueden y no deben ser fines en sí mismos (a menos que se escriba un capítulo de historia del pasado) sino que adquieren un significado solo si sirven para justificar una actividad práctica, una iniciativa de voluntad (Gramsci, 1975, Q13, N17)

En este apartado se pretenden resaltar algunas preceptos teórico-metodológicos y categorías del entramado conceptual de Gramsci que serán de gran ayuda para en análisis socio-político sobre la crisis histórica del capital en términos estructurales y superestructurales aludiendo a sus aspectos políticos, sobre todo en torno a la cuestión ambiental en la actualidad. Cabe decir que con esto no se pretende sustituir el análisis concreto con abstracciones ideológico-teóricas, sino que funcionará más como un instrumento que facilitará el análisis en este estudio.

Como se mencionaba en la introducción de este texto, el momento actual de la crisis histórica del capital atraviesa por aristas relacionadas a la cuestión ambiental. El cambio climático como resultado de la actividad industrial ligada al modo de producción capitalista es uno de los ámbitos más sonados e importantes de la crisis ambiental actual, aunque no es el único. Dicho aspecto refiere al casi indiscutible (porque existen algunas empresas y personajes negacionistas) aumento de la temperatura a nivel planetario, donde se estima un aumento de entre 1.5°C y hasta 2°C en la temperatura global en los próximos años, cuestión que provocará, y provoca, cambios negativos y devastadores en fenómenos naturales como huracanes, lluvias, inundaciones y sequías, así como el aumento del nivel de los mares por el deshielo en los casquetes polares, la acidificación de los océano, etcétera. Asimismo, dentro de la cuestión ambiental surgen temáticas relacionadas a la crisis energética que se liga con la finitud de

diversos recursos naturales como los combustibles fósiles y algunos minerales, tema que afecta en gran medida a varias industrias en términos de capital constante, pero también afectan la vida y los ecosistemas de miles de seres vivos, incluyendo a la humanidad, en vista de que, frente a la carestía de ciertos productos se exagera la violencia extractivista y el despojo. Por otro lado, la contaminación de ecosistemas como resultado de la producción masiva de objetos de consumo desechables y de la descarga de elementos tóxicos en la atmósfera, la tierra y los mares, tiene implicaciones diversas en la salud, en la alimentación, en el bienestar social y hasta en términos estéticos. Cabe decir que la problemática ambiental no afecta a todas las regiones y las clases sociales por igual; la región latinoamericana, por ejemplo, se ve mucho más afectada en términos ambientales, económicos y políticos frente a la exacerbación de la crisis por múltiples factores, pero sobre todo por su condición de región dependiente (Marini, 2008), al ser proveedora de fuerza de trabajo, materia prima y energías baratas (Moore, 2015), es decir, al estar dentro de una división internacional del trabajo que implica superexplotación del trabajo y el medio ambiente de forma diferenciada entre países del Norte y del Sur global.

Resulta importante analizar el fenómeno político-ideológico y de dirección que implica dicho momento y características ambientales de la crisis actual, con una perspectiva que abarque la cuestión como un proceso histórico y como un momento con determinada relación de fuerzas que interactúan entre sí frente a la problemática. La sociología política de Gramsci (1975) proporciona algunos elementos analíticos de gran importancia para comprender los procesos históricos y el papel de las clases dirigentes en la consolidación de Estados-nación, cuestión que es de utilidad cuando se piensa en el factor ambiental como algo situado y que afecta de maneras diferenciadas dependiendo de la posición histórica dentro de la división internacional del trabajo. Asimismo, el entramado teórico del autor brinda un acercamiento para comprender los procesos hegemónicos de las clases dirigentes y las

relaciones entre sociedad civil y sociedad política que se condensan en la existencia del Estado integral entendido como totalidad; en ese sentido, resulta fundamental dar cuenta de las relaciones de fuerza entre sociedad civil y sociedad política en torno a los discursos, acciones y gestiones políticas en torno al tema ambiental y de cambio climático en la actualidad.

Asimismo, Gramsci (1975) señala la existencia de crisis como parte del proceso histórico dentro del capitalismo, esto deviene útil en la actualidad para comprender las diversas problemáticas como parte de una totalidad que no se da como momento abrupto sino como un desarrollo constante e inherente a las fuerzas productivas del capital; en el tema ambiental está claro que la crisis deviene como resultado del proceso de la explotación histórica e intensiva de varios planos de la vida humana y no humana con el fin de generar ganancia, acumular y reproducir capital. Al entender la crisis como proceso resulta indispensable ubicar a las clases dirigentes como parte intrínseca de tal desarrollo, éstas, como veremos, ven amenazada su dirección cuando las crisis se vuelven más abruptas -en el caso de temas ambientales, como se mencionó antes, el tema de finitud de recursos y mayores dificultades extractivas resulta ser un factor que implica problemas de diversa índole para dar continuidad a la dirección política y económica- y es a partir de ello que buscan formas de dar continuidad a su hegemonía desde varios aspectos al interior del Estado integral. Bajo esa perspectiva, el autor estudió las relaciones específicas entre lo que él entendería por sociedad política y sociedad civil, tanto en Italia como en otras partes del mundo, mismas que son fundamentales para el proceso de hegemonía de las clases dirigentes.

Resulta importante señalar que ninguna concepción en Gramsci (1975) se debe tomar de forma aislada, es decir, su entramado teórico se fundamentaba en momentos históricos específicos y tenía como fin último servir al análisis político para influir en su entorno; es por ello que todos sus conceptos conllevan una especie de interdependencia con la que se pueden abarcar aspectos de largo aliento, y

procesos políticos que no se pueden enmarcar en simples categorías cerradas sino en bases analíticas con un poder de transformación continua. En ese sentido, es fundamental retomar sus categorías para lograr un análisis político que permita entender al momento actual de la crisis histórica -con su aspecto ambiental como factor fundamental y transversal- como un proceso donde convergen múltiples aspectos y que estos no son estáticos, al tiempo que permite discutir la idea de que un momento de crisis como el actual puede dar pauta a la transformación radical y revolucionaria, siempre y cuando se politicen las categorías y se hallen dentro de las causas de las grandes masas populares.

Tomando en cuenta lo anterior será importante señalar las distintas aproximaciones sobre la crisis desde el pensamiento de Gramsci (1975). Para dicho autor resultaba importante utilizar la categoría de crisis de una forma amplia; por un lado entiende a la crisis orgánica del Estado moderno desde lo nacional y particular, con relación a las políticas de gobiernos estatales y enlazada a la crisis de hegemonía política. En esos términos, la crisis de hegemonía política puede relacionarse con cuestiones un poco más generales ligadas a las clases dirigentes tanto en términos nacionales como internacionales.

Por otro lado, Gramsci (1975) también ubica el factor estructural de la crisis y sus bases materiales y económicas, y lo relaciona con la cuestión de la hegemonía política de las clases dirigentes y la dificultad para llevarla a cabo en términos culturales, sociales y políticos en contextos de crisis, cuestión que ahora se puede traducir, también, al aspecto ambiental entendido desde estas formas político-ideológicas. Cabe señalar que el contexto de crisis en su época resultó fundamental para el desarrollo analítico de Gramsci, cuestión que se detallará más adelante.

Así pues, comprender hoy la relación entre el movimiento orgánico del capital y sus relaciones políticas e ideológicas es fundamental para caracterizar el momento histórico de crisis por el que estamos atravesando. Si bien nos encontramos en otro siglo y en un momento histórico sumamente

distinto al que vivió Gramsci, los aspectos analíticos que abarca el autor pueden ser de mucha ayuda para tratar de comprender el proceso de hegemonía de las clases dirigentes en el momento actual del capitalismo, las relaciones de fuerza ante las cuales se somete, y el momento histórico de crisis desde varios aspectos.

1) Distinción metodológica entre lo orgánico y lo coyuntural

En primer lugar es fundamental rescatar los principios metodológicos que propone Gramsci (1975), con base en su lectura marxista, para el análisis concreto de una situación específica, en este caso para el análisis del momento actual frente a la crisis histórica del capital. Como se comentaba anteriormente, Gramsci señala que un análisis debe apuntar, sobre todo, a la práctica, a la transformación del mundo, como bien decía Marx (2010) en sus tesis sobre Feuerbach (p.17).² En ese sentido, en esta tesis se presenta un esbozo de los aspectos generales de la crisis actual que evidencian el carácter inherente de las dificultades y problemáticas con respecto tanto a lo ambiental, como a lo social, lo político y lo económico dentro del capitalismo, con el fin de hacer notar la imperante necesidad de trabajar políticamente por una hegemonía alternativa que brinde salida a las contradicciones más importantes de nuestra época: el patriarcado, la explotación de las clases desposeídas y la explotación medioambiental para la acumulación capitalista. Para dar cuenta de ello es fundamental un análisis histórico y político que permita identificar los grados en las relaciones de fuerza de un momento específico, y para ello resulta importante saber diferenciar los momentos y movimientos orgánicos de los momentos y movimientos coyunturales.

² La tesis número 11 del escrito de Marx dice lo siguiente: “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modo el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo” (MARX, 2010, p. 17).

Para Gramsci (1975) la diferencia metodológica³ entre lo orgánico (lo relativamente permanente) y lo coyuntural (ocasional inmediato, y casi accidental) (Q13 N 17) es fundamental para un análisis objetivo de un momento histórico. En el momento actual de crisis resulta importante distinguir las cuestiones coyunturales de las meramente orgánicas. Cuando se habla, por ejemplo, de la búsqueda para encontrar soluciones de mercado ante la crisis ambiental, la crisis de cuidados y la crisis económica en general, ello remite a movimientos coyunturales, es decir, cuestiones sin verdadero alcance histórico que, en palabras de Gramsci “dan lugar a una crítica política menuda”(Q 13 N17), o sea que el análisis y el resultado práctico de éste no se halla en términos de gran política, sino en la permanencia de un bloque histórico que por sí mismo no llegará a resolver sus contradicciones inherentes. Es importante resaltar aquí que las contradicciones incurables de una estructura como la capitalista pueden tener momentos en las que se revelen de manera más explícita, y frente a ello las fuerzas políticas en el poder busquen la conservación y la defensa de aquella a partir de esfuerzos incesantes y perseverantes “porque ninguna forma social querrá nunca confesar haber sido superada”(Q 13 N17). Bajo esa noción, Gramsci indica que todos esos esfuerzos forman parte de lo coyuntural y que es necesario señalarlo para evitar pensar que aquellas propuestas pueden ser soluciones reales ante las problemáticas. En ese sentido resulta de gran importancia indicar la manera en que las clases dirigentes de la actualidad buscan seguir conservando su poder de dirección frente a diversos problemas que aquejan a la humanidad y su medio ambiente, cuestión que se abordará en los capítulos siguientes.

Como se verá a lo largo de esta tesis, en el momento actual de la crisis histórica, muchas de las contradicciones inherentes del capitalismo han llegado a su madurez, sobre todo aquella ligada a la explotación medioambiental que ha revelado la finitud de recursos naturales y la devastación salvaje de ecosistemas, cuestión que, entre otras cosas, está llevando al cambio climático. La distinción entre lo

³ Cabe decir que la diferencia es metodológica pero que el nexo dialéctico entre ambas cuestiones es ineludible, por lo tanto lo coyuntural siempre depende en diversos grados, de lo orgánico.

coyuntural y lo orgánico en Gramsci (1975) nos permite dar cuenta, pues, de que la crisis actual remite a problemas orgánicos que distan mucho de ser resueltos desde la pequeña política, es por ello que entender el momento actual como un movimiento orgánico es de suma importancia para dar lugar a la crítica histórico-social, misma que en palabras del autor “afecta a las grandes agrupaciones, más allá de las personas inmediatamente responsables y más allá del personal dirigente”(Q 13 N17), es decir que el dar cuenta del momento actual de la crisis visto como una cuestión orgánica resulta fundamental en términos políticos para pensar más allá de las soluciones de mercado y/o de reformas laxas en los Estados.

Los principios metodológicos básicos que señala Gramsci son resultado de su estudio sobre el pensamiento de Marx, sobre todo referido al Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política, donde se señalan dos cuestiones fundamentales:

1) que ninguna sociedad se impone tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes o que éstas no estén al menos en vías de aparición y de desarrollo; 2) y que ninguna sociedad se disuelve y puede ser sustituida si primero no ha desarrollado todas las formas de vida que están implícitas en sus relaciones (Gramsci, 1975, Q 13 N17).

Los dos principios anteriores permiten dar cuenta de varios aspectos relacionados con la crisis histórica del capital que hoy se exagera; en primer lugar, que las fuerzas productivas en la actualidad se han desarrollado a tal grado que podría ser suficiente un trabajo mínimo de cada individuo de la sociedad para lograr su reproducción,⁴ sin embargo, el problema de la acumulación capitalista y la tasa de

4 El tiempo de trabajo socialmente necesario para la reproducción de la clase obrera va acortándose cada vez más gracias al desarrollo tecnológico, por lo cual las tareas requieren cada vez menos tiempo para llevarse a cabo, sin embargo, a pesar de que esto es un hecho, la necesidad dentro del capitalismo por generar ganancias a partir de la explotación de la fuerza de trabajo y la apropiación de la plusvalía, impiden que la tecnología aminore la explotación hacia las y los trabajadores. Existen teorías que señalan el hecho de que actualmente serían necesarias unas pocas horas al día de trabajo para la reproducción de toda la sociedad en condiciones igualitarias.

ganancia impide que esto se lleve a cabo. Por otro lado, la contradicción entre valor y valor de uso se encuentra hoy más que nunca exageradamente visible, sobre todo a partir del cada vez más escandaloso cambio climático y la devastación ambiental, resultado de anteponer la ganancia y la acumulación por encima de la vida, humana y no humana, y su preservación. Asimismo, continuando con los principios metodológicos indicados, las condiciones materiales para la existencia de otras relaciones de producción existen desde hace mucho, sin embargo hoy se vuelve más necesario llegar a ese nuevo momento frente a la devastación ambiental que amenaza con acabar con la vida del planeta; existen, pues, las condiciones necesarias y suficientes para el desarrollo de una nueva sociedad.

Entonces, el momento actual de la crisis histórica del capital, que será esbozada con mayor detenimiento en los próximos capítulos, revela las contradicciones del capital que siempre han existido pero que hoy aparecen más visibles. Ante ello y con ayuda de la metodología histórica de Gramsci, es necesario señalar que frente a las condiciones suficientes para superar la estructura actual se vuelve imperante el deber histórico de resolución hacia una hegemonía alternativa que evite catástrofes más graves de las que ya estamos viviendo.

Para lograr hacer un análisis histórico-político acertado es importante resaltar la advertencia de Gramsci con respecto a saber diferenciar adecuadamente lo orgánico de lo ocasional. Como se comentaba anteriormente, aquella distinción permite identificar los grados en las relaciones de fuerza de un momento específico y, por lo mismo, evita que se caiga en una concepción de falsas soluciones en términos teóricos y prácticos. Un error que suele suceder cuando no se toma en cuenta esa distinción al estudiar un periodo de crisis como el actual, es que se cae en un “exceso de economismo” cuando se sobrevaloran las causas mecánicas de una situación, o bien, cuando se cae en un “exceso de ideologismo” sobrevalorando el elemento voluntarista e individual (Q 13 N17); si esto lo traducimos al fenómeno político que subyace a la cuestión ambiental, resulta importante señalar que las diversas

soluciones que se plantean por parte de las clases dirigentes implican una visión de la problemática desde un punto de vista coyuntural, ocasional, más no orgánico, ya que el hecho mismo de que las causas de esta crisis sean vistas como factores externos al modo de producción implica un desdibujamiento del verdadero problema relacionado a estos temas; se profundizará sobre esto en los capítulos subsiguientes.

Un ejemplo que señala Gramsci (1975) al hablar de lo importante que son estos principios teórico metodológicos, con respecto a distinguir lo permanente de lo ocasional, es el análisis de corte político-económico con respecto a los cambios en la tecnología. El autor hablaba de los errores cometidos por algunos autores cuando se reduce el análisis del desarrollo económico a los cambios de los instrumentos técnicos:

(...) la doctrina según la cual el desarrollo económico e histórico se hace depender inmediatamente de los cambios de cualquier factor importante de la producción, debido a la introducción de un nuevo combustible que lleva consigo la aplicación de nuevos métodos de los instrumentos mecánicos (por ejemplo el petróleo) (Gramsci, 1975, Q4, N38).

Bajo esos términos, el análisis histórico se reduce al economicismo y concluye consecuencias políticas exageradas como aquellas a las que alude Laviosa al hablar de que “una era del petróleo se contrapone a la era del carbón”(Q4, N38); en ese sentido Gramsci llamaría la atención sobre el hecho de que efectivamente los descubrimientos de nuevos combustibles y nuevas energías motrices tienen una gran importancia histórica porque “pueden cambiar la estructura relativa de las naciones”, pero en definitiva no determinan el movimiento histórico (Q4, N38). Dicho análisis resulta fundamental en la actualidad con respecto a varias teorías sobre la conversión energética hacia las energías limpias, cuestión que se plantea frente a la crisis climática actual y que desde algunas perspectivas implicaría un cambio

estructural, sin embargo, a partir del método que aquí se expone se puede argumentar que el cambio de combustibles, aunque implicaría grandes cambios, no generaría transformaciones estructurales en sí mismas, el viraje con respecto a dicho cambio resulta relativo en términos del modo de producción. Habría que decir sobre dicho postulado que, efectivamente, el hecho de cambiar de una fuente de energía a otra no cambia en sí las relaciones sociales ni, por lo tanto, la estructura de un modo de producción; más adelante se profundizará sobre este tema.

Para la presente investigación, entonces, es importante caracterizar la crisis actual como un momento que no sólo involucra coyunturalmente los aspectos materiales relativos a lo económico, a lo político y a lo ambiental en términos aislados; desde la economía política y la ecología política, el momento de crisis actual se debe comprender como un proceso que abarca muchos ámbitos ligados no sólo a la producción sino a la reproducción de las relaciones sociales capitalistas, que involucran cuestiones ideológicas, culturales y sociales específicas.

Por otro lado, es importante recalcar que evitar el exceso de ideologismo también resulta fundamental para no sobrevalorar los llamados elementos voluntaristas que pueden abarcar tanto los proyectos de las clases dirigentes, como los proyectos de los grupos antagónicos; por ejemplo, las clases dirigentes en la actualidad, a partir de diversos mecanismos, buscan plantear supuestas soluciones a problemas estructurales que solo terminan siendo paliativos a corto y mediano plazo, tal es el caso de, frente al cambio climático, plantear dinámicas como el mercado de bonos de carbono para reducir la producción de gases de efecto invernadero (GEI); por el otro lado, frente a los diversos aspectos de la crisis se puede llegar a un momento de despertar político de masas que solo incida en términos de pequeña política y no en términos de gran política, ejemplo de ello podría ser apuntar a generar determinadas propuestas de leyes que solo busquen impactar en el área medioambiental dejando en perfecto

funcionamiento las áreas de producción y de economía, mismas que son parte fundamental del problema actual como veremos más adelante.

De tal forma, la distinción teórico-metodológica entre pequeña y gran política también resulta de gran importancia para el análisis que se requiere fundamentar en esta investigación. Bajo el pensamiento dialéctico que enarbola el movimiento y la dinámica de procesos -en lugar de pensar a las instituciones, a los sujetos y a los Estados como algo estático-, Gramsci da cuenta de los dos tipos generales del quehacer político: la gran política y la pequeña política; la primera “comprende las cuestiones vinculadas con la fundación de nuevos Estados” (Q13, N5) por la defensa o bien la superación de una estructura orgánica económico-social; y la segunda refiere a las cuestiones parciales, a la política parlamentaria al interior de una estructura establecida entre las facciones de una misma clase política. La gran política, entonces, se enfoca en “tratar de excluir la gran política del ámbito interno de la vida estatal y reducir todo a pequeña política”(Q13, N5). Para Gramsci es necesario plantear que todo elemento de pequeña política pase al terreno de la gran política. De la misma forma en que el autor plantea la distinción entre lo orgánico y lo coyuntural, la cuestión de la pequeña y la gran política se torna fundamental para dar cuenta de los aspectos estructurales y superestructurales que subyacen a un proceso de crisis como el actual. La gran política estaría ligada, entonces, al movimiento orgánico, mientras que la pequeña política se puede ligar al momento coyuntural, aunque en definitiva ambas se encuentran en una relación dialéctica e histórica. En ese sentido, la disputa por el accionar en la gran política frente al momento de crisis actual implica dar cuenta de las causas subyacentes a la devastación ambiental, las contradicciones inherentes del modo de producción y reproducción actual, y con ello plantear la superación de tal bloque histórico; no obstante, dicha disputa pasa por varios ámbitos ideológico-políticos que, sin duda, se ven amurallados con discursos y políticas de corte liberal que solo plantean gestiones y administraciones de la problemática desde el mercado, aludiendo al problema

como si éste fuera externo a las condiciones del modo de producción, a la vez que también se disputa en el plano de la pequeña política cuando se señala un ala más conservadora que, incluso, plantea la negación del cambio climático a pesar de todas las pruebas científicas que existen para verificarlo.

En vista de que en esta investigación se dará un enfoque sobre los aspectos políticos relacionados a la crisis histórica del capital, la diferenciación entre pequeña y gran política puede ser de utilidad al analizar las distintas formaciones y procesos políticos que resultan de las problemáticas ambientales, sociales y culturales, a nivel mundial, por un lado, y a nivel regional por el otro; asimismo, este enfoque permitirá comprender el papel que juegan las clases dirigentes internacionales y regionales en la manera de llevar a cabo políticas con miras a continuar con su proceso hegemónico frente a la crisis.

La distinción metodológica propuesta por Gramsci para dar cuenta de lo orgánico y lo coyuntural será de utilidad, entonces, para señalar los aspectos de la crisis actual ligados a las contradicciones inherentes del capitalismo, como por ejemplo la crisis ambiental, de cuidados y la crisis de la tasa de ganancia en general, como aspectos orgánicos, pero al mismo tiempo servirá para dar cuenta de su nexo dialéctico con cuestiones de índole coyuntural tales como movimientos políticos específicos, políticas públicas internacionales y una gran diversidad de elementos que forman parte del panorama actual tanto en el terreno de la pequeña política como en el de la gran política.

Así, la relación entre el movimiento orgánico del capitalismo y las relaciones político-ideológicas que fueron planteadas por Gramsci (1975) en su época para un momento y espacio específicos, puede ser traducida a la actualidad si nos cuestionamos sobre la relación que existe con respecto a este momento de la crisis histórica del capital y la manera en que ésta afecta la forma en que se organizan la economía, la política y las relaciones sociales con respecto al medio ambiente y sus crecientes problemáticas.

Para Gramsci (1975), la crítica hacia el modo de producción y sus clases dirigentes, así como su crítica a la falta de unificación de los grupos antagónicos y la disgregación de las clases subalternas, implicaba su búsqueda por transmitir un análisis que permitiera mejores condiciones para la organización política. Dichas críticas también se basaban en su señalamiento teórico-metodológico con respecto a la diferenciación entre los momentos orgánicos y los coyunturales, así como a su desarrollo teórico sobre los momentos en las relaciones de fuerza. A partir de ello daba cuenta de que las clases subalternas suelen estar disgregadas y no unificadas al tiempo que se sumergen dentro de la hegemonía de las clases dominantes, a pesar de que a momentos puedan tener una conciencia espontánea. Esto resulta importante para el análisis de la crisis actual con respecto a dar cuenta de las maneras en que varias capas de la sociedad se encuentran frente a la crisis actual como grupos supeditados a las formas de vida y a las ideologías de las clases dirigentes a pesar de que no formen parte de éstas, ¿de qué forma afecta esto a las formaciones políticas frente a la crisis histórica del capital actualmente y de qué manera esto favorece a las clases dirigentes en términos de su proceso hegemónico y de sus acciones político-económicas?

Para responder a lo anterior, en principio, será fundamental hacer un análisis de las relaciones de fuerza y sus distintos momentos y grados, lo cual puede ser útil para comprender las maneras en que los grupos sociales se relacionan en determinadas épocas y la solidez de sus organizaciones políticas.

Para Gramsci, las relaciones de fuerzas se distinguen en tres momentos o grados. El primer grado apunta a la cuestión estructural, el grado de desarrollo de las fuerzas materiales de distintos grupos sociales y, por consiguiente, la posición que cada clase tiene en el modo de producción. Sobre este punto será interesante señalar la relación que existe entre el grado de explotación del medio ambiente con el grado de desarrollo en las fuerzas productivas y su resultante en una fractura metabólica que implica problemas ambientales importantes, mismos que pueden implicar grandes eventos de extinción

a la par de problemas para la acumulación y la reproducción del capital. En este punto será importante señalar, también, la posición de las clases dirigentes y sus distintas facciones, es decir, los conflictos que surgen al interior de éstas con respecto a las distintas formas que tienen para afrontar las problemáticas de la actualidad.

En segundo lugar, el análisis de la relación de fuerzas políticas ligado a la evaluación del grado de homogeneidad y autoconciencia de diversos grupos sociales hegemónicos y no hegemónicos, resulta pertinente para dar cuenta de las posiciones políticas -tanto de las clases no dirigentes como de las dirigentes- que existen en la actualidad con respecto a la crisis. Para Gramsci existen varios grados en la organización política que implican el paso de una conciencia económico primitiva al momento reformista o corporativo, mismo que puede devenir en un tercer momento de superación de límites corporativos para llegar a la fase meramente política, “el paso definido de la pura estructura a las superestructuras complejas” (Q4, N38). Actualmente esto nos puede ser de utilidad al estudiar las diversas maneras en que se da la organización política con respecto a las problemáticas ambientales en términos políticos, económicos y sociales. Los movimientos y organizaciones políticas que surgen a raíz de un momento como el actual, desbordado de problemas en distintos aspectos de la vida humana y no humana, cuentan con distintos grados de capacidad política ligados tanto a su condición de clase como a su análisis y a sus perspectivas a futuro. Frente a esto resulta fundamental comprender las relaciones de fuerza ligadas a las distintas posturas políticas con respecto a la crisis ambiental, así como su grado de cercanía o alejamiento con respecto a los proyectos hegemónicos de las clases dirigentes;⁵ por un lado, existen posturas sumamente críticas al modo de producción capitalista que señalan a éste como el principal causante de la devastación ambiental hoy, sin embargo, a grandes rasgos se puede

5 Gramsci también habla de un tercer momento en la relación de fuerzas ligado a lo militar y a momentos de disputa específicos en el plano político y material, cuando determinados grupos luchan por el poder de una manera tangible. No obstante, en esta tesis se dejará de lado el análisis sobre dicho momento ya que las disputas en el plano político ambiental latinoamericano distan mucho de haber llegado si quiera a un punto de concreción como ese.

decir que dicha postura no es hegemónica y carece de un proyecto político de largo alcance que apunte a una organización de masas a nivel planetario; por otro lado, las posturas hegemónicas frente al cambio climático, sobre todo, apuntan hacia una visión liberal del problema, donde todo puede ser resuelto a partir de leyes de mercado y gestiones administrativas al interior de los Estados.

Bajo los mismos términos metodológicos, resulta fundamental dar cuenta de la cuestión internacional al hablar del estudio sobre las relaciones de fuerza y sus distintos grados, así como lo que ello implica en términos de organización política. Gramsci afirmaba que las relaciones internacionales siguen a las relaciones sociales fundamentales (Q8, N37), y explica que las innovaciones orgánicas en la estructura modifican las relaciones en el campo internacional, por lo cual las relaciones internacionales influyen en las naciones particulares en diversos grados, tanto económica como políticamente. Tal afirmación metodológica es importante para el análisis de la situación latinoamericana ya que nuestra región se encuentra en una condición de dependencia como lo indicaba Ruy Mauro Marini (2008), tema que se abordará más adelante; dicha cuestión implica relaciones económico-políticas específicas que inciden de lleno en las afectaciones de la crisis histórica del capital en América Latina, así como en las formas de afrontarla y las posiciones políticas tanto de las clases dirigentes como de la amplia gama de los grupos no hegemónicos. De igual forma, es importante señalar las relaciones internacionales como un factor decisivo en muchos ámbitos, ya que las naciones hegemónicas pueden subordinar a otras naciones tanto en términos políticos, como económicos y ambientales. El concepto de cosmopolitismo⁶

6 En sus Cuadernos de la Cárcel Gramsci (1975) habla del cosmopolitismo, en primer lugar, de forma crítica frente a los intelectuales italianos del Renacimiento hasta siglo XVIII, intelectuales cosmopolitas y no nacionales, que se dedicaban a escribir para la Europa cristiana y no para la sociedad italiana, los critica por formar parte de una casta alejada de las masas, una especie de clase culta. Dicho cosmopolitismo era causa de la debilidad nacional y estatal de Italia. Un exponente de aquellos intelectuales cosmopolitas del Renacimiento sería Croce, el cual tenía la función de influenciar moralmente a la sociedad (N17, Q7). Por otro lado, Gramsci plantea la cuestión del cosmopolitismo como un punto importante en la relación de las clases subalternas a nivel mundial que, aunque no sean hegemónicas y estén subsumidas a la cultura de la clase dirigente, “son cosmopolitas por su programa y destino histórico”, en ese sentido “un grupo social puede ser cosmopolita por su política y su economía, y no serlo por sus costumbres e incluso por su cultura (N125, Q6).

en Gramsci (1975) será importante para analizar esto último y relacionarlo con la manera en que la condición de dependencia incide sobre las políticas de las clases dirigentes al interior de los países latinoamericanos, así como para dar cuenta de las dificultades para el desarrollo del proceso hegemónico de las élites en la región.

En resumen, los principios teórico-metodológicos del materialismo histórico que señala Gramsci (1975) siguen siendo vigentes como herramientas para el análisis de momentos históricos específicos; en el caso actual de la crisis histórica del capital, estos principios resultan importantes por su visión de totalidad y por su constante señalamiento en contra de entender a los fenómenos de manera aislada, así como para saber diferenciar los distintos momentos y grados de los acontecimientos políticos y económicos. Por otro lado, la aproximación gramsciana hacia el estudio de lo concreto implica tomar en cuenta las especificidades históricas y geopolíticas para el análisis, lo cual será de gran importancia para el estudio del momento de crisis actual ligado a las condiciones geográficas e histórico-políticas de la región latinoamericana.

Asimismo, es importante reiterar que la perspectiva de Gramsci nos invita a incursionar en la búsqueda por hacer un análisis de la actualidad que permita generar cambios políticos reales; por un lado permite esbozar las condiciones materiales y político-ideológicas concretas de un momento específico y por el otro proporciona elementos para entender las dificultades de los procesos sociales en torno a la organización política hacia la transformación del bloque histórico y hacia la construcción de una hegemonía alternativa. Todo ello es, pues, fundamental para pensar y poner en práctica nuevos horizontes políticos.

2) Usos del concepto de hegemonía para el análisis actual de la crisis histórica⁷ del capital

Uno de los aspectos más importantes del entramado teórico en los escritos de Gramsci (1975) es el concepto de hegemonía, mismo que se relaciona con la noción de clases dirigentes así como con su aproximación de Estado integral; todo ello resulta fundamental para tener una comprensión amplia de la crisis histórica del capitalismo en la actualidad ya que permitirá visualizar los aspectos económico-políticos, ideológicos y culturales, y sus contradicciones en relación tanto al momento histórico específico como a la problemática ambiental y a las formas en que los distintos grupos de la sociedad se ven afectados así como sus respuestas ante ello.

En términos generales, Gramsci (1975) entiende a la hegemonía como un proceso constante. El proceso hegemónico implica el equilibrio y la combinación entre la coerción y el consenso, “sin que la fuerza supere demasiado al consenso, sino que más bien aparezca apoyada por el consenso de la mayoría expresado por los llamados órganos de la opinión pública” (Gramsci, 1975, Q1, N48 - Q7, N83) de acuerdo con Gramsci, en la sociedad moderna capitalista, la forma propia para el convencimiento toma la forma específica del dinero (Q4, N52). Dicha forma de convencimiento está basada en aspectos fundamentales del desarrollo capitalista que implican un pensamiento binario, es decir, la separación ideológica de las formas de comprender y, por lo tanto, de relacionarnos con el mundo. Entre algunos de los aspectos ligados a dicha separación se pueden encontrar tanto la separación entre el valor y el valor de uso, el ser humano y la naturaleza, la sociedad civil y la sociedad política, el trabajo asalariado y el trabajo de reproducción y de cuidados, entre muchos otros. Todo ello tiene implicaciones y resultados materiales que a partir de los momentos de crisis se vuelven más visibles que antes, por

⁷ Uso el término de crisis histórica ya que, como se ha mencionado en el texto y se seguirá reiterando, la crisis es algo inherente al proceso de mundialización capitalista, por lo tanto, en la actualidad nos vemos frente a un momento donde varios rasgos de esa crisis histórica se exacerban al punto de generar problemáticas que no podrán tener solución dentro del mismo modo de producción ya que éste contiene dentro de sí contradicciones insuperables.

ejemplo, la devastación ambiental que puede ligarse a varias, sino es que a todas estas separaciones ideológicas; sobre esto se hablará en los siguientes capítulos.

El convencimiento a partir de aspectos ideológicos es, entonces, un aspecto fundamental para el proceso de hegemonía y éste se relaciona, a su vez, con varios aspectos materiales a la par de que se equilibra con algunos elementos de coerción. El terreno en donde se desenvuelve el proceso hegemónico reside tanto en la sociedad civil como en la sociedad política, es decir en el Estado integral.

El concepto de Estado integral alude a una condición de movimiento continuo, ya que se entiende como una relación y no como algo estático y permanente; en ese sentido, el Estado capitalista moderno, buscando su estabilidad y proyección ampliada al dominio del capital, se encuentra en un constante proceso de hegemonía. El Estado desde esta perspectiva implica la concreción de elementos culturales activos que construyen sentido común en las grandes mayorías (Q8, N130); de esta forma, la hegemonía de las clases dirigentes, es decir las clases que tienen en su poder el capital y los medios de producción pero también el poder político y cultural, se genera como proceso dentro de la sociedad civil y la sociedad política a partir de diversos recursos materiales e ideológico-políticos. El proceso de hegemonía, entonces, implica grandes organizaciones populares de tipo moderno, mismas que representan las trincheras y las fortificaciones de las clases dirigentes en la mayoría de ámbitos de la sociedad civil (Q8, N130) y en la sociedad política, dando como resultado su unificación histórica en el Estado.⁸

8 De acuerdo con Gramsci (1975) la historia de los Estados corresponde justamente a la historia de las clases dirigentes, es por ello que las clases subalternas, es decir, aquellas que no lograron la unificación en el Estado, tienen una historia entrelazada solamente con la sociedad civil como una parte disgregada de ésta. En ese sentido un estudio sobre las clases dirigentes puede partir del estudio de la historia de los Estados, su formación y su proceso hegemónico (Q3, N90).

Para los fines de esta investigación, es sumamente necesario tomar en cuenta la concepción de Estado integral ya que ésta nos permitirá comprender las relaciones entre la sociedad civil y la sociedad política con respecto a las problemáticas ambientales en la actualidad y su relación con la crisis histórica del capital que hoy en día se presenta de manera exacerbada. El Estado entendido de manera integral da una visión de totalidad con respecto a la manera en que se desarrolla políticamente el proceso hegemónico de las clases dirigentes; con respecto a la crisis actual, las clases dirigentes se ven ante las distintas problemáticas y la búsqueda por soluciones ante ellas, de esta forma, desde sus diversas trincheras se busca dar continuidad a su proceso hegemónico (Q13, N24).

Con respecto a la manera de llevar a cabo el proceso hegemónico, resulta importante recalcar la noción de guerra de trincheras señalada por Gramsci. La concepción de guerra de posiciones, o guerra de trincheras, refiere a una función táctica desde la ciencia política, el arte y la cultura, dentro de los Estados modernos en los cuales la sociedad civil es ya una estructura compleja y se vuelve un “sistema de trincheras en la guerra moderna”(Q13, N24). De acuerdo con el autor, tales trincheras que refieren a varios ámbitos de la vida política, cultural y económica, son un bastión de hegemonía que impide “irrupciones catastróficas” en momentos de crisis (Q13, N24). Bajo tal noción, la sociedad civil puede ser entendida como un campo de disputa ya que es dentro de ésta donde varios preceptos de consenso toman forma y fuerza en pos de dar continuidad a la hegemonía de las clases dirigentes.

En el caso de la crisis ambiental, por ejemplo, la disputa por comprender sus causas y sus posibles resultados tiene un carácter ideológico-político aunque se trate de encubrir con discursos que solamente retoman el plano de las llamadas ciencias naturales o ciencias duras. En ese sentido, la lucha política por dar cuenta de que las causas de la crisis climática y ambiental provienen del modo de producción capitalista y sus contradicciones inherentes, se da en el plano de la sociedad civil a partir de una guerra de trincheras e implica, de cierta forma, un cuestionamiento al consenso capitalista que entiende a la

crisis ambiental como un problema externo al modo de producción. Entonces, la forma de entender las causas de la crisis actual también refiere a una lucha política al interior del Estado integral ya que implica una lucha ideológica, política, cultural y material.

Resulta fundamental dar cuenta de la gran importancia que tienen las trincheras de la hegemonía capitalista en la sociedad civil con respecto a muchas de las problemáticas que nos aquejan hoy en día. Frente a la crisis actual, con su aspecto ambiental por delante, las clases dirigentes cuentan con muchos recursos que permiten la renovación constante de su hegemonía.

Un factor importante dentro del proceso hegemónico de las clases dirigentes es la existencia de lo que Gramsci (1975) denomina intelectuales orgánicos; esta noción abarca más allá de lo que se entiende tradicionalmente y permite ampliar la noción a la función educativa y directiva de los individuos y de las instituciones en cada grupo social. De acuerdo con el autor, todo grupo social cuenta con una o más capas de intelectuales relacionados a la función organizativa dentro de la producción económica; por ejemplo, en el caso de las clases dirigentes éstas cuentan con intelectuales que pueden ser incluso los mismos empresarios capitalistas, aparte de economistas, científicos, etcétera, que funcionan como organizadores de la sociedad en todo un complejo de organismos que llegan hasta el Estado y que permiten mantener las condiciones más favorables para la expansión de la propia burguesía (Q4, N49).

En ese sentido, los intelectuales orgánicos de las clases dirigentes son personas y/o instituciones (como pueden ser los partidos políticos, organismos internacionales, etcétera) que llevan a cabo actividades de organización tanto en la sociedad civil como en la sociedad política y que, en suma, inciden en el proceso de hegemonía, tanto para el dominio estatal, como para trabajar promoviendo el consenso respecto al modo de producción, como para mejorar el aparato de coerción, así como para accionar en momentos de crisis de mando (Q4, N49). De esta forma, los intelectuales entendidos como categoría orgánica y como referencia a un sistema de relaciones sociales que personifican grupos sociales

específicos, tienen como función dar homogeneidad y conciencia a un grupo social tanto en el campo económico, como en el campo institucional, en el campo académico, como en el cultural y el político. En el caso de las clases dirigentes, los intelectuales orgánicos incluso son los organizadores de la cultura y el derecho, mismas cuestiones que le permiten la expansión de su propia clase (Q12, N1). Así, el conjunto de las superestructuras, de las trincheras en la sociedad civil y la sociedad política, están organizadas por los intelectuales que son los encargados por el grupo dominante de ejercer las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político, es decir, generar el consenso de las grandes masas y hacer efectivo el aparato coercitivo estatal que asegure la disciplina (Q12, N1). En ese sentido, los intelectuales son la expresión de un proceso dialéctico de las clases dirigentes frente a una situación histórica y superestructura ideológica específica (Q8, N171).

El concepto de intelectual desde Gramsci (1975) resulta amplio y da cuenta de algunas cuestiones fundamentales en el proceso de hegemonía de las clases dirigentes, es por ello que dicha categoría resulta de gran relevancia para el análisis concreto del momento actual. Por un lado es importante dar cuenta de los intelectuales orgánicos de las clases dirigentes hoy en día a partir de identificarlos tanto en los organismos internacionales, como en los medios de comunicación, en los espacios académicos, en los partidos políticos, entre otros, y a su vez reconocer los discursos y las prácticas políticas que llevan a cabo en torno a las diversas problemáticas de la crisis actual. Ello permitirá entender las distintas maneras y enfoques de las clases dirigentes con respecto a la organización cultural y política relacionada a la crisis, sobre todo a la crisis ambiental que es el eje transversal de esta investigación. Cuando entendemos a los intelectuales bajo esta noción amplia es más sencillo dar cuenta de los diversos espacios en donde las clases dirigentes tienen incidencia ya que, a pesar de que dichos intelectuales aparezcan como autónomos y/o alejados de determinados grupos de gobernantes, al final terminan reproduciendo ciertos discursos y acciones políticas en beneficio del proceso hegemónico y

los intereses de las clases dirigentes; al respecto cabe señalar que, hoy en día, frente a temas ambientales, existen discursos y políticas que están alineados, aunque no sea de manera obvia, a los intereses de las clases dirigentes, ejemplo de ello puede ser todo el discurso ambientalista que sí señala la devastación ligada a ciertas actividades de consumo, pero que no termina por señalar y encausar la problemática hacia una cuestión de clase y de producción; ello termina por influir e incidir en la formación de opinión pública y en la creación de políticas que sólo apuntan a una parte del problema y no a la cuestión estructural en su conjunto.

En términos metodológicos, también es importante saber diferenciar los niveles o grados en los que se ejerce la actividad intelectual orgánica, ésta puede distinguirse cualitativamente en relación a las funciones organizativas de la hegemonía y del dominio estatal, desde las cuestiones más técnicas como los administradores y los divulgadores, hasta las funciones de orden pedagógico, filosófico y artístico más complejas (Q12, N1 – Q4, N49). Asimismo existen diversos espacios en los que los intelectuales ejercen el proceso hegemónico, por ejemplo las actividades escolares y educativas en términos amplios, e incluso a los tribunales y los espacios legislativos. En este caso es importante recalcar la acepción de Gramsci sobre el Estado ético o de cultura que denota al Estado como educador, cuestión fundamental para indicar la manera en que se educa a las grandes masas de población hacia un nivel cultural y moral específicos que “corresponden a las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas y por lo tanto a los intereses de las clases dominantes” (Q8, N179) El Estado ético o de cultura (Q6, N24) refiere a los elementos de la sociedad civil que involucran la estructura ideológica de las clases dirigentes y que pasa por todo aquello que puede influir en la opinión pública⁹ para defender y desarrollar un frente teórico e ideológico, como pueden ser los medios de comunicación masiva, las redes sociales, las

9 En términos de opinión pública, es importante resaltar que ésta funciona ampliamente para generar consenso en todo el conjunto de la población con respecto a determinados intereses de las clases dirigentes, a partir de organizar y centralizar ciertos elementos de la sociedad civil (Gramsci, 1975, Q7 N83).

bibliotecas, los centros comerciales, los anuncios, las escuelas, los clubes de distinto tipo, la arquitectura, las aplicaciones, los medios de transporte, los eventos culturales, la disposición de las calles y sus nombres, entre muchos otros (Q3, N49). Así, tanto los programas educativos y escolares, como las concepciones de vida ligadas a una filosofía específica, los aparatos legislativos, y la cultura hegemónica en términos amplios, implican la afirmación de la hegemonía que los intelectuales en sus diversos grados necesitan para afirmarse (Q19, N27).

Con respecto a lo anterior es importante preguntarnos de qué maneras el Estado como educador representa los intereses de las clases dirigentes en función de dar cabida a soluciones con respecto a los problemas de la crisis en la actualidad y qué métodos utiliza para divulgar cierto sentido común que vaya dirigido hacia las grandes masas y su concepción sobre la crisis. En el caso de la cuestión ambiental, por ejemplo, el sentido común hegemónico se liga a entender los problemas medioambientales como algo externo al modo de producción, es decir, algo que se puede solucionar a partir del consumo individual y no a partir de un cuestionamiento al sistema, o bien, a las formas de producción, sobre ello se ahondará más adelante.

Con respecto a lo anterior, Gramsci señala que los intelectuales de las clases dirigentes deben tener cierta relación con el pueblo-masa, es decir, promover ciertos grados de relaciones entre dirigentes y dirigidos, para generar adhesiones orgánicas que establezcan intercambios y sentimientos de comprensión y representación, logrando construir un verdadero bloque histórico (Q4, N33); esto se remonta al proceso de hegemonía que involucra el hecho de que los intelectuales logren hacer común una concepción del mundo específica en la mayoría de los grupos sociales a partir de explicar y justificar la situación histórica determinada y lograr un vínculo dialéctico entre el pueblo-nación y las clases dirigentes. El autor señala que sin esos vínculos, las relaciones pueden llegar a ser de orden puramente burocrático generando una falta de adhesión orgánica entre las clases dirigentes y los grupos

sociales subalternos, por lo que los intelectuales se convierten en castas, alejados por completo de las masas (Q11, N67). Con respecto al análisis concreto del momento actual, habría que preguntarnos si los intelectuales orgánicos de las clases dirigentes en América Latina logran tener tal adhesión o vínculo dialéctico con la población o si, simplemente, toman el papel de burócratas frente a intereses alejados por completo de las grandes mayorías. En el caso de la crisis ambiental en América Latina, podríamos preguntarnos qué tanto dichos intelectuales (regionales) buscan incidir en el sentido común de las masas con respecto a las problemáticas surgidas tanto del cambio climático como de la devastación ambiental, o si en realidad dejan todo ese trabajo político a manos de intelectuales orgánicos internacionales, o cosmopolitas, generando problemas para el desarrollo de su proceso hegemónico en general.

Retomando lo señalado anteriormente con respecto al alejamiento de los intelectuales y las masas, y la consecuente falta de adhesión orgánica entre dirigentes y dirigidos, es importante indicar que dicha cuestión puede generar una crisis de hegemonía política. De acuerdo con Gramsci, la crisis de hegemonía puede ser detonada por varias cuestiones, por un lado puede ser consecuencia de una clara falta de representación de las masas en términos amplios relacionada con la ruptura de un equilibrio ligado a un malestar económico intolerable, por ejemplo, o porque una situación de bienestar se ve amenazada; sin embargo hay que señalar que en ambos casos estos son aspectos parciales de las relaciones de fuerza y justamente se vuelve necesario tomar en cuenta todos los grados y los aspectos estructurales y superestructurales para lograr un análisis completo de la situación.

Con relación al estudio de la crisis del capital en la actualidad, esto llega a ser de suma importancia, sobre todo cuando lo relacionamos a la cuestión ambiental y de cambio climático; frente a las problemáticas ambientales de hoy, la situación de bienestar se ve amenazada casi de manera generalizada para toda la sociedad; como veremos en los capítulos siguientes, dicha problemática está

relacionada justamente con uno de los elementos fundamentales del desarrollo capitalista: la explotación del medio ambiente sobreponiendo el valor al valor de uso y generando una ruptura metabólica que tiene como base ideológica la separación entre ser humano y naturaleza.

Las crisis de hegemonía política pueden igualmente estar relacionadas a la inestabilidad en los terrenos gubernamentales y parlamentarios (Q1, N48), cuestión que usualmente implica un incremento de la coerción por parte de las clases dirigentes hacia los movimientos espontáneos de la sociedad civil (Q1, N44), así como una desconfianza recíproca entre representantes y representados (Q3, N157), donde, por un lado el grupo de dirigentes tiene problemas para consolidarse y por el otro, los grupos de dirigidos aún son incapaces de desempeñar la tarea de dirección hacia un cambio de hegemonía (Q3, N157). Si bien no se puede generalizar, vale la pena mencionar que la desconfianza extendida en una población hacia sus gobernantes puede ser un rasgo de crisis de hegemonía (Q6, N90) lo cual implica que se dificulte el proceso directivo de los grupos en el poder imponiendo con la fuerza distintos programas y políticas.

De acuerdo con Gramsci los procesos de crisis de hegemonía política varían con respecto al país en el que ocurran, sin embargo, el contenido de éstas es generalmente el mismo. Dichas crisis se producen por situaciones de oposición entre representantes y representados, cuestión que se refleja en el organismo estatal y que suele reforzar el poder relativo de la burocracia; asimismo se producen ya sea por el fracaso de la clase dirigente en alguna empresa política impuesta con la fuerza, o bien porque vastas masas han pasado a la actividad política luego de haber estado en la pasividad, planteando reivindicaciones que en conjunto pueden implicar una revolución, lo cual podría dar como resultado una crisis del Estado en su conjunto.¹⁰ Con relación a las clases dirigentes es importante hablar del

10 Sobre las causas de la crisis de hegemonía de la clase dirigente Gramsci dice lo siguiente: “se produce ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas (como la guerra) o porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeñoburgueses intelectuales) han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su

momento cuando éstas dejan de serlo y se vuelven solamente dominantes, esto es un síntoma claro de la crisis de hegemonía y en parte se debe a que dicha clase “ha agotado su función”, es decir, ya no hace avanzar a la sociedad en sentido ampliado, en términos productivos por ejemplo (Q1, N44). Así, la crisis de hegemonía resulta de un agotamiento de la capacidad de dirección de la clase dirigente en varios ámbitos, y sus principales causas son, entonces, aparte de la cuestión estructural, una falta de adhesión por parte de las masas hacia la clase dirigente. Como consecuencia de ello, de acuerdo con Gramsci, pueden existir un sinnúmero de manifestaciones y síntomas como la cuestión de las y los jóvenes,¹¹ las guerras, el paso veloz de la pasividad a la actividad política de algunos grupos sociales¹² y la exacerbación de nacionalismos, entre muchos otros.

Si bien en la actualidad no se está planificando estratégicamente una revolución y ni siquiera un inicio hacia la transformación por una hegemonía alternativa por parte de grandes sectores de la población a nivel mundial (y en todo caso tampoco dentro de los países latinoamericanos), la noción de crisis de hegemonía y de crisis del Estado en su conjunto nos puede ayudar a comprender ciertos rasgos que acontecen hoy con respecto a la incapacidad de las clases dirigentes de encontrar soluciones a los problemas principales que aquejan a la sociedad, tales como la devastación ambiental, la crisis de reproducción y cuidados, los altos índices de pobreza y violencia en América Latina, etcétera. Asimismo, dicha acepción puede dar pistas en torno a la manera en que los grupos en el poder suelen reforzarse (muchas veces de manera artificial) a partir de un incremento en el poder del aparato burocrático y de los elementos coercitivos del Estado para evitar la organización de grupos antagónicos. El alejamiento entre dirigentes y dirigidos se puede traducir en una crisis de autoridad

conjunto no orgánico constituyen una revolución” (Gramsci, 1975, Q13, N23).

11 La crisis de autoridad se puede ligar a la cuestión de las y los jóvenes, donde las nuevas generaciones ya no se ven reflejadas en las viejas, lo cual obstruye la continuidad del proyecto de la clase dirigente. Asimismo, cuando las generaciones viejas no consiguen guiar a las generaciones jóvenes se expresa una crisis de la institución familiar, ello ligado también a las nuevas situaciones que va ocupando el género femenino en la sociedad (Gramsci, 1975, Q3, N61).

12 Que para Gramsci involucraría sobre todo a masas campesinas y a sectores de la pequeña burguesía (Q13, N23).

donde el grupo gobernante pierde el consenso “o sea, si no es ya dirigente sino únicamente dominante” (Q3, N34), es decir que solo tiene el poder gracias al uso de la coerción; resulta importante traducir dichas aseveraciones a nuestro espacio y momento histórico, en donde los aparatos coercitivos suelen tener mucha cabida en los diferentes gobiernos latinoamericanos con respecto a un variado espectro de fenómenos políticos y organizativos. Por ejemplo, cuando se verifica el hecho de que la explotación de recursos naturales, el extractivismo y el uso de combustibles fósiles implica un problema a gran escala en términos ambientales, políticos y económicos, desde las clases dirigentes no se busca dar una solución estructural en términos de sostenibilidad y se sigue apostando por un mercado internacional en donde el carácter dependiente de nuestra región da continuidad al rentismo y, por lo tanto, a la extracción sin medida de varios recursos naturales. Dentro de dicho panorama podemos encontrar varias oposiciones desde movimientos sociales que plantean el alto al extractivismo, o bien nuevas formas de gestionar la economía más allá de las políticas rentistas, no obstante, vemos que la mayoría de los gobiernos latinoamericanos optan por no escuchar a dichos sectores de la población y, en cambio, reprimirlos de formas variadas bajo el discurso, en muchos casos, de la racionalidad, el progreso y la competitividad económica global.

Por otro lado, es fundamental señalar que en momentos de crisis de hegemonía política no sólo se juega el papel de dirección de las clases en el poder sino que también implica el hecho de que se generen espacios de disputa tanto en términos políticos como culturales, tanto en la sociedad civil como en la sociedad política, por parte de grupos no dirigentes que, no obstante, pueden llegar a encontrarse en una correlación de fuerzas que no les permita, aún, organizar una hegemonía alternativa. Sobre ello aparece la famosa frase de Gramsci: “la crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere

y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados”.¹³ En ese sentido, el distanciamiento entre la sociedad política y la sociedad civil puede ocasionar o bien nuevas formaciones políticas y sociales que impliquen una renovación y/o continuidad de la hegemonía de las clases dirigentes, o bien un proceso de largo aliento que busque la construcción de un nuevo bloque histórico, una nueva cultura (Q3, N34), y en todo caso nuevas relaciones de producción. Para la presente investigación esto resulta importante ya que, frente al panorama actual de la crisis histórica se manifiestan fenómenos políticos variados que implican tanto movimientos al interior de las clases dirigentes, como organizaciones sociales y políticas que plantean distintas aproximaciones a los problemas de la actualidad.

En ese sentido, la ya mencionada categoría de intelectuales orgánicos también nos remite al hecho de que cada grupo social cuenta con sus propios intelectuales a pesar de que los intelectuales de la clase dirigente tiendan a ejercer un gran poder de atracción a partir de su proceso hegemónico (Q1, N44). De esta forma la existencia de intelectuales orgánicos ligados a grupos sociales antagonistas puede ser entendida como una herramienta de lucha ideológica y organizativa que forme parte de la construcción hacia una hegemonía alternativa. Frente a tal disputa, Gramsci indica que la generación de una autoconciencia no es cosa fácil ya que implica la creación de una vanguardia de intelectuales, o sea, de organizadores y dirigentes, donde exista un estrecho vínculo entre la teoría y la práctica, es decir la filosofía de la praxis, para superar la fase económico-corporativa (Q8, N169). En ese sentido, los grupos antagónicos que buscan la nueva formación tienen que librar una gran batalla en el plano de la educación, la cultura, la política y, a grandes rasgos, en el sentido común de las masas. Con respecto al momento actual habría que preguntarnos si las batallas ideológicas por parte de grupos antagónicos a

13 O “El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los *monstruos*” en su traducción más popular (Q3, N34).

las clases dirigentes están siendo suficientes para plantear proyectos en miras a la construcción de nuevas realidades, y esto resulta fundamental en relación al momento histórico de crisis ambiental ya que se nos plantean problemáticas que podrían, incluso, llevar a niveles de extinción nunca antes vistos por la humanidad.

Con respecto a lo anterior, el combate por revelar las ideologías de las clases dirigentes como instrumentos de dominio que se han desarrollado con base en hechos históricos reales, forma parte de la filosofía de la praxis, es decir, de la lucha política que se tiene que dar por parte de aquellos grupos que busquen una hegemonía alternativa. En ese sentido, resulta importante el análisis político de las ideologías de las clases dirigentes que buscan insistir en que la crisis actual forma parte de cuestiones exteriores al modo de producción y reproducción capitalista, sin embargo no es ya suficiente quedarnos en el plano de las ideas. Para ello es fundamental crear intelectuales orgánicos independientes de las clases dirigentes ya que, como se mencionaba anteriormente en el texto, en el plano de las superestructuras es donde se puede llegar a tomar conciencia de la posición social y, por lo tanto cuestionarla para comenzar la actividad política. De acuerdo con Gramsci las superestructuras son una realidad objetiva y operante, y en éstas los grupos sociales pueden tomar conciencia de su propio ser social, de su fuerza, sus obligaciones e incluso de su propio devenir (Q10, N41, XII).

En el caso que atañe a esta tesis resulta fundamental dar cuenta de las ideologías que ostentan las clases dirigentes sobre la explicación de las causas de la crisis y sus supuestas soluciones. Lo anterior es importante para, en principio, evitar caer en falsos remedios y por otro lado, para buscar alternativas reales a los problemas ambientales, políticos, económicos y sociales actuales.

La categoría de hegemonía política entendida como proceso implica, entonces, dar cuenta del trabajo constante de los intelectuales orgánicos que actúan en las diversas trincheras de la sociedad civil y la sociedad política. Asimismo es importante mencionar que dichas bases ideológicas, políticas y

culturales se forman históricamente en interdependencia con la cuestión económica, dando como resultado un movimiento dialéctico continuo entre la superestructura y la estructura del modo de producción.¹⁴ La hegemonía política como concepto resulta, entonces, fundamental para comprender la reproducción y la continuidad del poder de las clases dirigentes; en el caso de la cuestión ambiental frente a la crisis, la disputa por la hegemonía política del lado de las clases dirigentes pasa por discursos ligados ya sea al negacionismo (negar por completo el cambio climático, sus causas y sus consecuencias próximas), o bien el ambientalismo liberal ligado al impacto en los mercados, así como imposición de ligeras restricciones a gobiernos y firmas de tratados internacionales que no implican demasiadas acciones de por medio; incluso resulta una disputa hegemónica el uso de ciertos términos, tales como el de antropoceno para caracterizar la era geológica actual, descartando la idea de capitaloceno, misma que implica una disputa política en términos mucho más estructurales; estos temas serán tratados con detenimiento en próximos capítulos.

14 Claro ejemplo de ello es el imaginario hegemónico en torno al modo de vida americano, lo que Gramsci (1975) llamaría americanismo, cuestión ligada a las nuevas relaciones sociales que surgían en EUA en la primera mitad del siglo XX con respecto al efecto económico y social (como hegemonía espiritual) de los nuevos procesos fabriles relacionados al fordismo (Q1, N138), la hegemonía nacía de la fábrica. Cuando Gramsci habla de americanismo se refiere a éste como una posible fase intermedia de la crisis histórica del capital. El americanismo desde esa perspectiva comprendía una nueva forma de relaciones sociales que involucraban una nueva incorporación productiva de la población y la eliminación de las clases parasitarias, asimismo necesitó una racionalización de la producción combinando la fuerza (la destrucción de la lucha obrera) con la persuasión (salarios y beneficios), colocando la base de la vida de la población sobre la industria (Q1, N61). Asimismo, el americanismo estaría completamente ligado al fordismo, al nuevo método de trabajo y al nuevo modo de vivir, donde la racionalización y el prohibicionismo se relacionarían por completo, lo que Gramsci llama un nuevo tipo de trabajador y de hombre que también se ligaría a la concepción del taylorismo. Dentro de tal proceso se edificaría una cultura del prohibicionismo, que sustentaría la prohibición del alcohol y la cuestión sexual, como momentos importantes para el control que implicaría mayor productividad; asimismo, dicho proceso iría de la mano con formas de convencimiento a partir de buenos salarios (Q4, N52). Las clases dirigentes buscarían una mayor generación de plusvalía, por lo tanto, el americanismo sería ideal para aumentar la función del bloque productivo ya que éste aparece como una corporación autónoma que supone la alianza con el Estado. En principio el Estado liberal de EUA promovería el individualismo económico y el monopolio (Q1, N135), al tiempo que este nuevo proceso se volcaría a una gran parte del mundo occidental, asimismo transformaría las bases materiales de la civilización para dar nacimiento a una nueva, un nuevo orden que en realidad era una prolongación e intensificación de la civilización europea solo que sin las clases parasitarias y los viejos estratos del antiguo continente (Q3, N11). ***Para Gramsci, el americanismo a su vez comprendía una forma de revolución pasiva***, cuestión que se tratará más adelante.

Algo sobre lo que Gramsci llamaba la atención era que la hegemonía política debe existir “incluso antes de llegar al gobierno y no hay que contar sólo con el poder y la fuerza material que éste da para ejercer la dirección”(Q1, N44). Esto nos lleva a la conclusión de que el proceso hegemónico y la construcción del Estado parten de la disputa política por la construcción de determinado orden económico y cultural que, hoy en día por ejemplo, se reafirma con la democracia liberal actual, pero que no solo refiere a ésta, sino a todo un proceso complejo de relaciones de fuerza, grupos dirigentes, intelectuales, instituciones e ideología que se logran concretar un determinado bloque histórico y en todo el espectro de una guerra de trincheras, en ese sentido, la dirección se da en un sinfín de espacios ligados tanto a la sociedad civil como a la sociedad política. Así, los espacios de disputa política en torno a la creación de una hegemonía alternativa tendrían que entenderse desde varios ámbitos, pasando por las concepciones de las masas y el pensamiento crítico antes de la conquista del Estado, el proceso hegemónico implica, pues, el convencimiento político e ideológico de la sociedad.

Con respecto a todo lo anterior se puede comenzar a esbozar la idea de que el proceso hegemónico de las clases dirigentes en la actualidad es aquel que, en gran medida, implica un tipo de reproducción político, ideológica y material, de un modo de producción que hoy en día se muestra como el causante de una devastación ambiental sin precedentes sumada a problemas de índole económico, cultural y social.

3) La crisis como categoría abierta de análisis.

Como hemos visto, el estudio de Gramsci (1975) basado en momentos históricos específicos permitió que su entramado teórico-metodológico abarcara mucho más que simples conceptos asilados y

cerrados, es por ello que su concepción de crisis comprende varios grados y distinciones dependiendo de su correlación con el momento histórico a analizar.¹⁵

La crisis, desde la perspectiva de Gramsci,¹⁶ es un proceso complejo que tiene muchas manifestaciones por lo cual no debe de simplificarse; de acuerdo con su perspectiva, las crisis, al ser parte inherente del desarrollo del capitalismo, no tienen una fecha de comienzo como tal sino que sólo cuentan con algunas manifestaciones más visibles que otras. Una afirmación fundamental para esta tesis es que “el desarrollo del capitalismo ha sido una crisis continua” (Q15, N5), y en ese sentido hoy en día nos enfrentamos a un momento de dicha crisis en donde algunos elementos problemáticos se tornan más intensos y por lo tanto más visibles.

En términos teórico-metodológicos, el autor indica que el proceso de crisis tiene sus orígenes internos en el modo de producción y que éste es solamente una intensificación cuantitativa de ciertos elementos “no nuevos y originales”(Q15, N5). Para el caso que nos importa en esta investigación es fundamental tomar en cuenta dichos señalamientos ya que los problemas económicos, políticos, sociales y ambientales contemporáneos son resultado de los elementos fundamentales para el desarrollo de la mundialización del capital que deviene crisis histórica del capital; estos elementos se desequilibran, en mayor o menor medida, de acuerdo al movimiento orgánico del capital ocasionando distintos niveles de gravedad en los campos de la vida humana que inciden sobre la capacidad de las clases dirigentes para dar continuidad a su proceso hegemónico.

15 Tomando en cuenta el periodo histórico en el que Gramsci vivía, éste analizó una serie de acontecimientos que adoptaron el nombre de crisis y que se prolongaron “en forma catastrófica desde 1929”. (Q15, N5). Por ejemplo, los efectos de la depresión económica en Estados Unidos fueron una de esas manifestaciones del desarrollo más crítico; otra manifestación anterior habría sido la Primera Guerra Mundial, que en realidad para el pensamiento crítico fue una respuesta política y organizativa de la burguesía imperialista.

16 En el caso específico del estudio de Gramsci, éste aludía a los acontecimientos que se prolongaban desde antes de 1929, relacionados tanto a cuestiones económicas como políticas e ideológicas.

Algo que cabe resaltar con respecto a la crisis, de acuerdo con Gramsci, es el desequilibrio productivo, es decir, el desequilibrio entre industrias progresistas e industrias estacionarias¹⁷ que a la larga implica la existencia de la plusvalía relativa y su diferenciación con la plusvalía absoluta, desde la perspectiva marxista. Ello moldea de cierta forma las relaciones internacionales, generando un desequilibrio productivo entre naciones, es decir, la división internacional del trabajo que implica la existencia de naciones dependientes, como las naciones latinoamericanas, y naciones centrales e imperialistas. Con respecto a ello, y ligando esto con la concepción de hegemonía como proceso, resulta igualmente importante tomar en cuenta la premisa del internacionalismo -o por lo menos lo que Gramsci llama cosmopolitismo- como necesidad fundamental de la vida económica, frente al desarrollo de los nacionalismos en la vida de los Estados nacionales capitalistas.¹⁸

Relacionando lo anterior con la actualidad de América Latina, un punto a tratar en la investigación será el carácter dependiente de la región, el cual suele implicar limitaciones en el ejercicio hegemónico de las clases dirigentes, lo cual incide de lleno en la manera en que se traduce la crisis histórica del capital para dicha parte del mundo. Por ejemplo, con relación a las políticas en torno a evitar los resultados desastrosos de todas las problemáticas ligadas al momento histórico actual, éstas no suelen tener rasgos autónomos ligados a las necesidades de la población local, sino más bien se limitan a ser funcionales en el aspecto económico y financiero de los grandes capitales transnacionales, lo cual denota el gran alejamiento de las clases gobernantes con la población gobernada y sus necesidades.

17 Como el autor señala, “el problema fundamental es el productivo, y en la producción, el desequilibrio entre industrias progresistas (en las cuales el capital constante ha ido aumentando) e industrias estacionarias (donde cuenta mucho la mano de obra inmediata). Se comprende que produciéndose también en el campo internacional una estratificación entre industrias progresistas y estacionarias, los países donde las industrias progresistas son superabundantes han sentido más la crisis, etcétera” (Q15, N5).

18 Resulta sumamente interesante lo que Gramsci apunta sobre la exacerbación del nacionalismo en tiempos de crisis, sobre todo para el contexto internacional actual con el ascenso de las derechas en gran parte del mundo: “Una de las características más visibles de la actual crisis no es otra cosa que la exasperación del elemento nacionalista (estatal nacionalista) en la economía: cuotas de importación y exportación, *clearing*, restricción al comercio en divisas, comercio balanceado entre dos únicos Estados, etcétera.” (Q15, N5)

Sobre el mismo plano internacional es importante mencionar que, para Gramsci, los fenómenos predominantes o de mayor gravedad en momentos de desequilibrio, que son los percibidos como causantes de las crisis más álgidas, se pueden estudiar a partir del plano monetario, financiero, productivo, de comercio nacional e internacional, etcétera, aunque hace una importante aclaración: “no puede afirmarse que cada uno de estos aspectos, dada la división internacional del trabajo y de las funciones, no haya aparecido en los diversos países como prevaleciente o como manifestación máxima”(Q15, N5), es decir que justamente estos aspectos, aunque muchas veces aparecieran como los predominantes en momentos de crisis nacionales, sólo son manifestaciones de la crisis de producción a nivel internacional. En el caso de América Latina, por ejemplo, algunas manifestaciones de problemas económicos, ambientales, culturales, políticos, etcétera, forman parte de cuestiones que tal vez en otras latitudes podrían ser percibidas como grandes crisis mientras que en nuestros países se denotan como cuestiones normalizadas. Asimismo, varios resultados de la exacerbación de algunas contradicciones en países centrales suelen repercutir de manera mucho más desastrosa en las naciones dependientes, cuestión que se ahondará más adelante en los próximos capítulos.

Por otro lado, el desequilibrio en el plano estructural relacionado a los momentos más visibles de crisis, mencionado anteriormente, también está acompañado de desequilibrios en el plano superestructural. Cabe resaltar el argumento de Gramsci sobre la separación entre el plano estructural y el plano superestructural reside únicamente en el trabajo de abstracción metodológico pero nunca en la práctica; es por ello que la separación tajante entre crisis económica y crisis política debe ser sólo en el aspecto metodológico para lograr entender especificidades de un momento histórico, más no debieran tomarse como elementos aislados en sí. Al respecto, Gramsci se preguntaba si “la crisis tiene origen en las relaciones técnicas, o sea en las posiciones de clase respectivas, o en otros hechos”(Q4, N38), a lo que

responde que sus orígenes se encuentran, efectivamente, en las relaciones y la lucha de clases.¹⁹ Gramsci argumenta, desde la dialéctica, que los hechos históricos fundamentales no solo son determinados por el malestar o el bienestar económico; aunque es una causa de ruptura esencial, lo económico es sólo un aspecto parcial de la cuestión de las relaciones de fuerza en sus diversos grados (Q4, N38), como ya lo veíamos anteriormente aludiendo a la crisis de hegemonía.

Bajo estos preceptos se puede decir que hoy en día nos encontramos frente a un momento de crisis estructural que involucra aspectos superestructurales específicos; la crisis ambiental, ligada a cuestiones políticas, económicas y culturales, se desenvuelve tanto en el plano estructural como en el plano superestructural en términos amplios; el momento actual de la crisis histórica sugiere problemas y desequilibrios en ambos planos. La problemática ambiental actual implica tanto cuestiones de índole meramente material, ligada a los recursos naturales para el capital constante, la crisis energética, etcétera, como aspectos superestructurales que se relacionan con la percepción de las masas sobre un mundo que se revela como finito, un planeta que se calienta por la extracción y el uso intensivo de combustibles fósiles, un mar que eleva sus niveles, la extinción de miles de especies, la aparición de nuevas enfermedades relacionadas a la producción y el consumo masivos, etcétera, que devienen en cuestionamientos legítimos sobre la manera en que se ejerce la vida humana dentro del capitalismo.

En otro orden de cosas, como se mencionaba anteriormente con respecto de la hegemonía, el ámbito ideológico y sus múltiples trincheras pueden llegar a ser “instrumentos prácticos de dominio político sobre el resto de la sociedad”(Q4, N15). Asimismo, las superestructuras creadas por la clase dirigente en constante relación dialéctica con los grupos subalternos sirven para el desarrollo, la lucha y la

19 La crisis, entonces, tiene orígenes internos en el modo de producción y de reproducción entendido en su conjunto “y no en los hechos políticos y jurídicos” aislados, aunque tales hechos también formen parte de la crisis (Q13, N23). En términos hegelianos “el búho de Minerva solo levanta el vuelo en el crepúsculo”(HEGEL, 2015. P. 61) recalca que el factor estructural ligado al superestructural como fundamental para entender la relación dialéctica de la ideología y la política con la economía.

conservación del poder, éstas “determinan la formación de una estructura material para su difusión”(Q4, N12), y no está de más decir que éstas pueden entrar en crisis, en distintos grados y niveles. Y es en este mismo terreno, el de las superestructuras, donde los seres humanos podemos tomar conciencia de las contradicciones del mundo en el que vivimos, lo cual significa que existe un nexo vital entre estructura y superestructura (Q4, N15). Resulta importante decir que las concepciones críticas sobre dicha crisis requieren una maduración para actuar en el plano político, cuestión que refiere a disputas en el terreno de los procesos hegemónicos sobre los orígenes de la crisis. En ese sentido, la postura de las clases populares críticas se relaciona a un señalamiento directo en contra de los procesos de despojo, de extractivismo y de explotación en sus diversas escalas y espacios; dicha postura necesita disputar, en términos de gran política -y desde lo estructural y superestructural-, un mayor alcance que permita la organización de masas hacia un nuevo bloque histórico.

Sobre tal afirmación habría que preguntarnos qué tanto hoy en día se toma conciencia de la crisis estructural, y sobre todo de su parte medioambiental, en el plano superestructural y quién o quiénes están definiendo las maneras en las que es percibida dicha crisis. Existe una lucha constante, en el plano superestructural, para la definición de ciertos criterios con respecto de la crisis ambiental; por un lado se encuentran las dos posturas generales de las clases dirigentes, la del negacionismo y la del desarrollo sostenible, argumentando o que no existe tal crisis o que ésta se debe a factores externos al modo de producción, y por el otro, como se mencionó, se encuentra la postura de grupos antagonistas y las clases populares críticas que nombran a la crisis ambiental como resultado del modo de producción y consumo capitalista, que luchas contra el despojo y la expulsión de sus territorios, por la conservación de sus recursos naturales y en contra de diversas formas de extractivismo.

Como se ha visto a lo largo de todo este apartado, el concepto de crisis en Gramsci alude al movimiento y a la dialéctica, y es importante retomar su aspecto histórico e internacional así como los

aportes sobre el análisis tanto del plano estructural como del plano superestructural. De tal forma, la crisis desde esta perspectiva puede comprenderse como un proceso que lleva a momentos de mayor desequilibrio en varios ámbitos causado por la exacerbación de las contradicciones del modo de producción y reproducción capitalista. Dichas contradicciones, si bien responden a aspectos en el plano estructural, también aluden a cuestiones superestructurales y es justamente en ese plano que la crisis puede llegar a ser percibida como un problema de corte político, social, cultural y ambiental, aparte de económico. Con respecto al momento actual, dadas las diversas problemáticas de índole económico, financiero, político, ambiental, cultural, etcétera, éste puede ser caracterizado como un momento de mayor desequilibrio en varios rasgos fundamentales del modo de producción y, por lo tanto, como una intensificación de la crisis histórica del capital con un rasgo innegable de crisis ambiental.

Con respecto a las consecuencias político-ideológicas de la crisis, se pueden retomar algunas características históricas del momento en el que Gramsci escribía para problematizarlas en la actualidad. El autor apuntaba que la sociedad occidental burguesa se encontraba en crisis desde sus tiempos ya que existía una sensación popular de falta de optimismo y de espíritu crítico y filosófico que estaba ligada a la caída del mito del progreso y a la ruptura del aparato de gobierno en términos espirituales y de difusión (Q1, N76). Es interesante que se escribiera sobre la caída del mito del progreso desde aquellos tiempos, en el periodo de entre guerras del siglo XX, donde la ideología del

progreso y el desarrollo aún era bastante hegemónica.²⁰ Hoy en día, como veremos en los apartados siguientes, aquellos mitos modernos se encuentran cada vez más resquebrajados aunque aún logran tener ciertos grados de hegemonía en varios gobiernos y en un amplio sector de la sociedad civil; no obstante, la forma actual del modo de producción, el neoliberalismo, ha generado una elevación de la enorme frustración e impotencia de las grandes masas con respecto a su presente y su futuro que demuestra cada vez más precariedad en términos materiales, entre ellos el ambiental, pero también en términos espirituales. Sin embargo, lo que Gramsci destaca de aquel resquebrajamiento en términos espirituales y de difusión es que puede formar parte de un momento que conduzca “a una nueva hegemonía más segura y estable”(Q1, N76), lo cual nos lleva a ahondar sobre las maneras en que, de acuerdo con Gramsci, las clases dirigentes buscan seguir siendo dominantes, a partir de dar continuidad a su proceso hegemónico frente a los momentos de crisis.

20 Sobre la idea hegemónica del desarrollo capitalista, cabe señalar que el progreso y el desarrollismo como ideología imperialista tendría su auge justo después de la Segunda Guerra Mundial con las políticas para combatir el subdesarrollo en los países periféricos. El término de subdesarrollo para América Latina, por ejemplo, fue acuñado por el presidente estadounidense Harry S. Truman el 20 de enero de 1949, en resumen fue un término colonialista para dar entrada a las políticas del naciente Banco Mundial con el fin de que los países desarrollados “ayudaran” al tercer mundo a imponer su mismo modelo para reducir la brecha entre pobres y ricos. Estados Unidos, en coalición con las instituciones internacionales y regionales, como la ONU, el BID, el FMI, la OCDE, etcétera, se adjudicaron, la tarea de resolver los problemas de los países subdesarrollados, de acabar con la pobreza y la desnutrición, a partir de programas de desarrollo basados en una idea liberal de democracia y justicia aludiendo a que la clave para la prosperidad y la paz sería producir cada vez más. Con esto, los países menos 'avanzados' deberían crear condiciones necesarias para llegar a ser como los países desarrollados, homogeneizando sus formas de producción, acrecentando su industrialización y urbanización, etcétera. Al respecto, las Naciones Unidas congregaron a un grupo de expertos para el diseño de políticas y recomendaciones concretas que permitieran el desarrollo en las naciones 'atrasadas', reestructurándolas por completo en todos los ámbitos. Según Arturo Escobar, dicho sueño de llegar al desarrollo pronto se convirtió en pesadilla, ya que las estrategias dictadas por organismos internacionales para el desarrollo terminaron produciendo lo contrario: miseria, explotación y opresión, la creación del “Tercer Mundo”. Las representaciones de las áreas no europeas, como América Latina, heredaron concepciones occidentales y con base en ello se organizaron y transformaron con métodos de orden y verdad que no permitían ver sus diferencias y realidades específicas. Así, los países 'desarrollados' adoptaron una postura paternalista, mientras que las subjetividades del 'subdesarrollo' fueron sumergiéndose en los rasgos de impotencia, pasividad y pobreza que les habían sido impuestos, exacerbando la jerarquización racial y cultural a lado de un discurso colonial dominante.

4) Categorías en Gramsci para analizar los procesos de continuidad y rearticulación del proceso hegemónico de las clases dirigentes.

Desde su análisis histórico-político, Gramsci estudió el surgimiento de una formación social que sería parte de lo que él diagnosticaba como una fase intermedia de la crisis histórica del capital: el americanismo. El momento en el que escribía Gramsci atravesaba por una gran crisis económica y política, y frente a ello comenzaban a aparecer formaciones sociales que buscarían dar continuidad al modo de producción capitalista por medio de diversas configuraciones políticas.²¹

En el caso del americanismo, éste sería una forma histórica resultante de la necesidad ligada a superar la caída tendencial de la tasa de ganancia por medio de nuevos métodos fabriles y de pasar de lo que Gramsci denomina viejo individualismo económico a una economía programada y corporativista sobre la base de la obediencia. De acuerdo con el autor, el americanismo constituía una época histórica, una especie de revolución pasiva que consistiría en un desarrollo gradual de nuevas formas sociales para dar continuidad al proceso hegemónico del capital (Q22, N1). El carácter de la burguesía bajo esa nueva forma histórica no cambiaría en lo profundo, en realidad lo que ocurriría con el americanismo, el ascenso de la hegemonía estadounidense y también el ascenso del fascismo en torno a estos nuevos métodos de producción y reproducción capitalista, sería la “prolongación e intensificación de la civilización europea”(Q3, N11), es decir que frente a la crisis y los nuevos paradigmas dentro del capitalismo global, las clases dirigentes sabrían dar continuidad a su hegemonía y a la acumulación de capital logrando el crecimiento y la expansión industrial con la modernización de las fábricas y

21 A grandes rasgos en aquellos tiempos aparecieron dos formaciones políticas que buscarían dar continuidad a la hegemonía capitalista, el fascismo y el nazismo por un lado, y el americanismo por otro; a su vez, frente a dicha crisis existía una formación social, política y económica que buscaba formar una hegemonía alternativa, y que por momentos lo logró, el socialismo real.

llevando a cabo un gran impacto en las formas de vida y en las relaciones sociales en grandes partes del mundo que cada vez se expandirían con mayor fuerza a nuevos espacios y territorios.

Así como en la época de Gramsci, hoy en día también existen atisbos de una exacerbación de la crisis económica enmarcada por la caída de la tasa de ganancia relacionada a la sobreproducción, pero a ésta se le suman las crisis financieras desde 2008, la recesión mundial por la pandemia de Coronavirus a partir del 2020, las guerras latentes entre potencias mundiales y la inminente finitud de algunos recursos naturales básicos para el formato del modo de producción actual ligado al uso de combustibles fósiles, cuestión que puede implicar nuevos retos para la economía mundial. En ese sentido, frente a dicho panorama tendríamos que preguntarnos, como Gramsci lo hizo en su época, ¿qué están haciendo las clases dirigentes hoy para modernizarse frente a los problemas de la economía global?, ¿acaso estamos frente a un proceso de renovación industrial y tecnológica ligado a la economía verde y a una mayor financiarización de la economía, o simplemente las clases dirigentes sólo están buscando administrar la crisis sin ninguna rearticulación de por medio?. Si bien no cualquier proceso de modernización responde como tal a una revolución pasiva, las condiciones que hoy se observan frente al panorama mundial con respecto al plano ambiental, sugieren que existe una disputa dentro de diversos grupos de poder por dirigir la ruta político-económica a nivel global. En ese sentido, éstas se logran apropiarse de ciertos discursos surgidos desde las luchas por la preservación del territorio y contra los despojos y expulsiones, para quitarles su aspecto crítico y moldearlos hacia el ámbito económico que busca seguir mercantilizando la naturaleza, ejemplo de ello fue la entrada de diversos programas como el Pago por Servicios Ambientales (PSA) y los bonos de carbono en Ecuador a raíz de la apertura a políticas ambientales con la instauración de la Constitución de Montecristi y sus artículos en favor de los derechos de la naturaleza (Nieto, 2015), misma cuestión que ya nos plantea varios aspectos dentro del plano hegemónico (el jurídico, el ideológico-político, el económico y hasta el cultural) que pueden

distinguirse como parte de un proceso que busca imponerse a nivel mundial y que podría enmarcarse en algunos aspectos de lo que se entiende por *revolución pasiva*.

Como se explicaba al principio del capítulo con respecto a la importancia teórico-metodológica de diferenciar lo orgánico de lo coyuntural en el análisis de los cambios tecnológicos, las innovaciones técnicas guardan una estrecha relación con la renovación del proceso hegemónico de las clases dirigentes y con las nuevas formas de organización del modo de producción. Con relación a la base material, la cuestión de los combustibles y los cambios técnicos han derivado en renovaciones de método para dar continuidad al modo de producción. En esos términos las innovaciones, tanto materiales como políticas, están en constante proceso dialéctico con lo viejo.²² Gramsci explica que “la innovación conserva el pasado superándolo”(Q10, N41, XIV) aunque la elección sobre qué conservar y qué superar “no puede hacerse arbitrariamente, *a priori*, por un individuo o una corriente política”(Q10, N41, XIV); lo que se conserve necesariamente “tendrá un carácter de necesidad histórica” y la fuerza innovadora será un proceso, un elemento del pasado “que está vivo y en desarrollo”(Q10, N41, XIV). Entonces, si las fuerzas innovadoras no son hechos arbitrarios impuestos desde una elección voluntaria y unilateral de algún grupo o personaje con determinada ideología, está claro que los procesos de innovación tienen su real sustento en el proceso histórico y material. Con relación a la crisis ambiental, por ejemplo, las innovaciones tecnológicas en función de una mayor sostenibilidad están totalmente ligadas a las condiciones materiales de la actualidad, sin embargo dichas tecnologías y sus amenidades no son suficientes en sí mismas para instaurarse ya que en conjunto se necesita una disputa política para que sean implementadas. En ese sentido, los espacios científicos y de innovación tecnológica son también un campo de disputa en el que la hegemonía de las

²² De acuerdo con la crítica que Gramsci hace del historicismo de Croce, los mismos procesos de renovación de hegemonía de la clase dirigente con una “forma de moderacionismo político, que establece como único método de acción política aquel en el que el progreso, el desarrollo histórico, resulta de la dialéctica de conservación e innovación”, lo que también se llama reformismo.

clases dirigentes puede reproducirse y renovarse; tal es el caso de las llamadas energías limpias, mismas que se han ideado y a veces hasta patentado en países con grandes trayectorias de industrialización, como varios de la Unión Europea, Inglaterra y Estados Unidos, y que buscan instaurarse a través, por ejemplo, de las políticas de Inversión Extranjera Directa (IED) en países dependientes. La disputa por los descubrimientos y fabricaciones tecnológicas implican cuestiones geopolíticas que no se pueden soslayar cuando se habla de procesos hegemónicos en la actualidad; en el plano medioambiental esto suele ser sumamente sutil ya que la hegemonía del discurso ambiental en general ha sido detentada desde instancias internacionales ligadas a Naciones Unidas, entre otras, cuestión que implica una gran influencia en el pensamiento y en la diversidad de cuestiones materiales ligadas al ambientalismo.

Por otro lado, con respecto a la aparición de nuevas formas organizativas dentro del capitalismo resulta necesario abordar el concepto de revolución pasiva. En los tiempos de Gramsci, este concepto se relacionaba, como se mencionó, al proceso del americanismo que el autor caracterizaría como una especie de revolución sin revolución. El concepto de revolución pasiva en Gramsci (1975) resulta muy importante para hablar de los procesos por los cuales las clases dirigentes buscan dar continuidad a su hegemonía frente a momentos de crisis, cuestión que se liga también a lo que se mencionaba anteriormente en torno a la guerra de trincheras, en donde se busca una cierta integración de las masas, no sólo desde el plano económico sino sobre todo desde el plano ideológico.

En el caso particular del momento de crisis actual, tendríamos que preguntarnos si las clases dirigentes están en busca de una nueva articulación hegemónica o si, por el contrario, éstas sólo buscan dar continuidad a su proceso hegemónico bajo los mismos preceptos ideológico-políticos y materiales que se han venido gestando en los últimos dos siglos. Una cuestión que se visibiliza en el plano ambiental es el hecho de que las clases dirigentes están buscando dinamizar la economía y consolidar nuevos

espacios políticos a partir de generar nuevos discursos, políticas-económicas e incluso nuevas mercancías relacionadas con un mercado supuestamente ecológico y sustentable, tanto en términos energéticos como en términos de productos de consumo individual variados, volviendo efectiva una noción de la crisis como algo externo al modo de producción capitalista, ¿qué tanto esto forma parte de una especie de revolución pasiva para dar continuidad a la acumulación del capital y a su proceso hegemónico?, ¿cómo se enmarca esto dentro de la guerra de trincheras que ya entendía Gramsci como un elemento de suma importancia para la hegemonía de las clases dirigentes?

La noción de revolución pasiva es planteada por Gramsci, quien cita a Vincenzo Cuoco,²³ para hablar del proceso de modernización de algunos Estados “a través de una serie de reformas o de guerras nacionales, sin pasar por la revolución política de tipo radical-jacobino”(Q4, N57). En principio Gramsci utilizaría el término de revolución pasiva para hablar de los cambios políticos y la expansión cultural en Europa luego de la Revolución Francesa (Q10), y en especial hablaría del proceso del Risorgimento en Italia.²⁴ Asimismo, Gramsci utilizaría tal concepto para analizar el naciente proceso del americanismo. El autor se preguntaba si el fascismo y el americanismo nacientes en su época podrían ser formas de revolución-restauración del modo de producción y reproducción capitalista. Al respecto, nuestro autor habla de la revolución pasiva como “una guerra de posiciones en oposición a la guerra de movimientos” que permitiría “el paso a formas políticas y culturales más avanzadas sin cataclismos radicales y destructivos en forma exterminadora”(N236, Q8), lo cual estaba ocurriendo de

23 Cuoco hablaba de revolución pasiva para describir el contragolpe a las guerras napoleónicas que se llevó a cabo en Italia,(Gramsci, Q4, N57) más tarde Edgar Quinet traduciría dicho término al de revolución-restauración (Q13, N6).

24 Gramsci (1975) entiende a la Revolución Francesa como un acontecimiento europeo y mundial, no sólo francés, porque ésta se extendió a manera de revolución pasiva en varias partes de Europa y del mundo en general; “la Revolución francesa habría sido 'guerra de movimientos' y la época liberal del siglo XIX una larga guerra de posiciones”(Q8, N236). La manera en que la Revolución francesa llegaría a Italia sería a través del proceso de Risorgimento que Gramsci describe como la “formación de condiciones y relaciones internacionales que permitirán a Italia reunirse en forma de nación” (Q9, N99) y también a formar la nueva burguesía italiana a partir no sólo del aspecto económico sino de corrientes de cultura y un nuevo orden político (Q9, N101).

manera importante con el asenso del americanismo relacionado a la innovación en los aspectos tanto materiales como ideológicos a nivel mundial.

Con respecto a lo anterior resulta importante preguntarnos si hoy en día existen ideas o atisbos de políticas desde las clases dirigentes con miras a evitar algunos “cataclismos” relacionados a la finitud de ciertos recursos naturales que podrían ser devastadores en términos energéticos, de producción y acumulación de capital, sin embargo, habría que cuestionar si dichas políticas y tales mercados “nuevos” plantean una verdadera restauración de las relaciones capitalistas.

Por otro lado, el término de revolución pasiva también es utilizado por Gramsci para señalar el temor de las clases dirigentes ante la iniciativa revolucionaria popular y, por ende, a los movimientos de corte jacobino: “en realidad se trata de uno de tantos modos de poner frenos al mundo, de una de tantas formas de racionalismo antihistoricista”(Q10, N6). La revolución pasiva desarrolla el proceso de dirección política como un aspecto de dominio, “en la medida en que la absorción de las élites de las clases enemigas conduce a la decapitación de éstas y a su impotencia”(Q1, N44), en ese sentido, la revolución pasiva es una noción negativa que se identifica con las formas en que las clases dirigentes logran tener continuidad hegemónica al dominar a otros grupos sociales para evitar cambios estructurales.²⁵

Relacionado a ello, el concepto de revolución pasiva también expresa “el hecho histórico de la ausencia de una iniciativa popular unitaria”(Q10, N41, XIV) y la reacción de las clases dominantes “al subversivismo esporádico, elemental, inorgánico de las masas populares con restauraciones que han acogido una cierta parte de las exigencias de abajo, por tanto restauraciones progresistas”(Q10, N41,

25 De acuerdo con la lectura gramsciana de Dora Kanoussi y haciendo referencia a la revolución pasiva, en tiempos de crisis donde las masas se sublevan de forma esporádica y anárquica, sin unidad ni autonomía, “los grupos dirigentes responden con un reformismo atemperado, por pequeñas dosis, que moderniza al Estado y evita a toda costa la participación en él de las masas”(Kanoussi, 1981, p.124); es decir que dichas formaciones sociales pueden responder a la movilización popular para evitar que ésta implique nuevas formas organizativas y nuevas propuestas que conduzcan hacia la construcción de hegemonías alternativas.

XIV). En ese sentido, la revolución pasiva o revolución-restauración, consiste en que las clases dirigentes logran desarrollar muchas posibilidades de lucha hasta ganar terreno político, en espacios que antes podían haber pertenecido a clases antagónicas, con el fin de evitar ser superadas (Q15, N11); sobre esto Gramsci también habla de una noción que refiere a la forma de incorporar determinados discursos e incluso personajes políticos antagonistas al campo de la política hegemónica con el fin de seguir ganando terreno en la guerra de trincheras, a ésta noción se le conoce como *transformismo*.²⁶

A partir de todo lo anterior, es importante cuestionarnos qué tanto temor por parte de las clases dirigentes existe hoy en día con respecto de la organización popular en torno a varias problemáticas ligadas a la crisis del capital, qué tanto dichas organizaciones plantean una iniciativa popular unitaria, y qué estrategias tienen las clases dirigentes para evitar que se formen dichas iniciativas populares unitarias antagónicas. En tal sentido resultará interesante señalar las consecuencias políticas de los aspectos fundamentales de la crisis actual y las maneras en que las clases dirigentes buscan solucionarlas o sortearlas para dar continuidad a su proceso hegemónico.

26 Cuando Gramsci (1975) habla del proceso de *transformismo* se refiere a un rasgo de la *revolución pasiva*. Desde el contexto italiano el autor caracteriza lo que llama transformismo desde el momento histórico del Risorgimento a propósito del proceso de formación del Estado moderno en Italia. Para Gramsci existieron dos periodos de transformismo, uno a finales del siglo XIX donde hubo una incorporación aislada de personalidades políticas radicales (del Partido de Acción) a la clase política conservadora moderada que aborrecía la intervención de las masas en la vida estatal y abogaban por formas de gobierno dictatoriales, a la cual llamó transformismo molecular; y otra a principios del siglo XX donde “grupos extremistas enteros se pasan al campo moderado”(Q8, N36), como ejemplo el caso de la formación del Partido Nacionalista donde ex-sindicalistas y anarquistas se adhieren para apoyar la guerra a Libia y el intervencionismo italiano. La concepción de transformismo, entonces, se refiere a la elaboración de grupos enteros de intelectuales que pasan de una clase a otra, en términos ideológicos y de acción política, por la “escasa adhesión de las clases altas al pueblo”. El periodo que estudia Gramsci, el Risorgimento, es justo el momento donde se unificaron varios partidos políticos, revelando “el contraste entre civilización, ideología y la fuerza de clase”; asimismo plantea la incapacidad de la burguesía, en un primer momento, para la educación de las nuevas generaciones donde los jóvenes se sienten atraídos por la cultura del proletariado, pero en última instancia revela la fuerza de la estructura al volver a atraer a dicha juventud a los partidos burgueses conservadores, “en las crisis históricas se vuelven al redil”(Q3, N137) en términos gramscianos. La palabra transformismo viene de las concepciones de transformar y asimilar en términos educativos. Desde su estudio sobre Benedetto Croce, Gramsci habla de la labor en el transformismo en cuanto a educar tanto al personal dirigente como al pueblo masa: “No se trata en absoluto de una educación analítica, o sea de una instrucción de una acumulación de nociones, sino de una educación sintética, de la difusión de una concepción del mundo convertida en norma de vida”(Q10,N14). Entonces, bajo el proceso de hegemonía y de guerra de posiciones, la educación y la difusión de una concepción del mundo específicas son fundamentales, y estos se ubican en el plano de la sociedad civil.

Asimismo, es importante señalar la falta de una iniciativa popular unitaria en cuanto al tema ambiental y de cambio climático en general; en ese sentido, las agendas políticas sobre cuestiones ambientales suelen ser dirigidas desde organismos internacionales y a través de organizaciones no gubernamentales financiadas por estas mismas. Sin quitarle crédito a las miles de iniciativas de la sociedad civil por la defensa del territorio, los recursos y la vida misma, es importante señalar que, a pesar de la gran cantidad de estos movimientos, no se plantea un ejercicio político de largo alcance que logre unificar a los movimientos y discursos y que, por falta de ello, la radicalidad de tales movimientos suele ser eliminada en los discursos hegemónicos en torno al cuidado medioambiental. Al respecto resulta fundamental señalar la importancia política de la construcción de una agenda propia, popular y de masas que busque la hegemonía alternativa sobre las políticas ambientales en general.

El concepto de transformismo, entonces, es útil para pensar la disputa en el proceso de las masas populares para generar un pensamiento crítico como el camino para cuestionar el orden que implica los resultados desastrosos de la crisis en la actualidad; el trabajo ideológico-político es fundamental para lograr construir una agenda popular que responda a las necesidades de supervivencia frente al panorama tan complejo que implica la problemática ambiental ligada a lo económico, lo político y lo cultural dentro del capitalismo.

Por otro lado, de acuerdo con Gramsci, el concepto de revolución pasiva necesariamente tienen que ser entendido desde el marco teórico-metodológico que se explicó en apartados anteriores y que se liga a los principios fundamentales del materialismo histórico y al trabajo ideológico-político,²⁷ mismos que deben “ser desarrollados críticamente en todo su alcance y depurados de todo residuo de mecanicismo y fatalismo”(Q15, N17). De esta forma, es importante recalcar la advertencia que hace Gramsci sobre

27 “1) que ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas que se han desarrollado en ella encuentran todavía lugar para su ulterior movimiento progresivo; 2) que la sociedad no se impone tareas para cuya solución no se hayan incubado las condiciones necesarias”(Q15 N17).

evitar el fatalismo al usar el concepto de revolución pasiva ya que ello puede implicar un derrotismo histórico y un sentimiento de indiferencia por parte de las clases y grupos no hegemónicos; en ese sentido vale la pena mencionar la importancia de la politización de las masas y del papel de los intelectuales orgánicos dentro de éstas, así como la relación de la sociedad civil con la sociedad política, esto porque aunque exista una clase dirigente y dominante, su proceso de hegemonía y de formación de Estado nunca es unilateral, es decir, los grupos antagónicos siempre tienen la posibilidad de llegar a ser hegemónicos, siempre y cuando generen una conciencia política que permita el accionar unitario hacia la construcción y la disputa por una hegemonía alternativa.²⁸ En ese sentido, la disputa ideológica con base en la lucha de clases resulta de gran importancia al plantearnos la construcción de una hegemonía alternativa, cuestión que va ligada a la organización unitaria de varios grupos sociales. Resumiendo, el concepto de revolución pasiva permite señalar los procesos para la continuidad hegemónica de las clases dirigentes que se nutren, a su vez, de la falta de organización unitaria de las clases no dominantes (Q7, N80); la reconstrucción del aparato hegemónico, de acuerdo con Gramsci, puede darse bajo el uso de la fuerza frente a la pasividad o el carácter apolítico de las masas que no están organizadas unitariamente, o por medio del Estado legal si es que las masas organizadas están más politizadas (Q7, N80). Así, cuando existe una masa crítica, cuando existen organizaciones políticas capaces de disputar la hegemonía para instaurar una alternativa, la batalla para la rearticulación de la

28 Para llegar a ejercer una hegemonía alternativa, cuestión que resulta fundamental en la lucha política para desarrollar un modo de producción distinto al capitalista, es necesario, de acuerdo con Gramsci (1975), trabajar “una concepción general de la vida, una filosofía” que se oponga a las ideologías dominantes como principio de lucha (Q1 N46). En los momentos de crisis puede haber condiciones favorables para la expansión de dicha filosofía (el materialismo histórico) ya que la reducción de las superestructuras del capital crea la posibilidad e incluso “la necesidad de formación de una nueva cultura”(Q3, N34). Frente a las trincheras de la clase dominante, el espíritu de escisión de los grupos no dominantes puede ser un primer paso hacia la adquisición de conciencia y la formación de un nuevo bloque histórico, lo cual “debe tender a extenderse de la clase protagonista a las clases aliadas potenciales” a partir de un complejo ideológico que busque justamente esa hegemonía alternativa (Q3, N49), no obstante esto será algo complicado en vista de que la hegemonía burguesa, gracias a toda la guerra de trincheras y su dominio sobre el Estado, o sea, el conjunto de relaciones en la sociedad civil y en la sociedad política, suele ser bastante fuerte y contar con demasiadas reservas (Q1, N48) como vimos en el apartado anterior.

hegemonía de las clases dirigentes se torna más complicada. Ante ello habría que señalar el hecho de que los grupos antagónicos han tenido una agenda insuficiente que no ha logrado generar un sentido unitario en las masas populares en miras a la construcción de una hegemonía alternativa; como resultado de ello, frente a la ausencia de dicha organización, las clases dirigentes están buscando retomar el control sobre diversos aspectos ligados al momento actual de la crisis histórica, poniendo énfasis, sobre todo, en la cuestión ambiental.

Continuando con el tema de revolución pasiva, cabe mencionar un recurso interesante al que Gramsci llama *cesarismo*. Este concepto busca señalar acontecimientos históricos que culminan con una personalidad heroica, un tipo de gobierno que ofrezca estabilidad y equilibrio luego de un periodo conflictivo, o bien con una formación social que se caracterice por prometer soluciones de compromiso, como puede ser un sistema parlamentario, un gobierno de coalición y coaliciones económico-sindicales, a lo que se podría agregar en la actualidad la existencia de organismos internacionales (Q9, N133). Gramsci argumenta que frente a una crisis existe la posibilidad del nacimiento de un partido único, de una bandera que “represente y resuma las necesidades de toda la clase”(Q13, N23), como fenómeno orgánico. Éste podría representar “la fusión de todo un grupo social bajo una dirección única considerada la única capaz de resolver un problema dominante existencial y alejar un peligro mortal”(Q13, N23), cuestión que indudablemente nos puede remitir a pensar en el momento actual de crisis histórica del capital y, sobre todo, de crisis climática que apunta justamente a un peligro mortal ligado a la extinción masiva de especies. Algunos autores plantean, incluso, que puede ser probable la formación de un Estado global autoritario para dar cabida a soluciones que permitan la continuidad de la hegemonía capitalista, donde dicho autoritarismo, ejercido por un ente global, plantee una limitación en el uso de recursos naturales, un suministro controlado y, sobre todo,

un favoritismo por el uso de estos relacionado a factores geopolíticos y de clase; sobre estos temas se ahondará más adelante.

Por otro lado, con respecto a la búsqueda de equilibrio y estabilidad frente a un periodo de crisis, el cesarismo implica también una lucha entre fuerzas progresivas y regresivas que puede resultar en que una de las dos venza, o bien que ninguna de las dos triunfe y entre una tercera fuerza sometiendo a las otras dos; justamente esa tercera fuerza puede llegar a tomar la forma cesarista expresando “la solución arbitral confiada a una gran personalidad” en donde se dé el equilibrio de las fuerzas de tendencia catastrófica. Para Gramsci, sin embargo, es importante señalar que dicho proceso no siempre tiene el mismo significado histórico, “puede haber un cesarismo progresista o un cesarismo regresivo”²⁹. En pocas palabras, la revolución pasiva con su dinámica cesarista puede llegar a ser tanto más revolucionaria como más restaurativa, “se trata de ver si en la dialéctica revolución-restauración es el elemento revolución o el restauración el que prevalece”(Q9, N133). El cesarismo puede implicar, entonces, una solución que permita el equilibrio orgánico entre las fuerzas progresivas y las regresivas. De acuerdo con Gramsci, aún siendo contrarias y distantes, ambas fuerzas pueden llegar a fusionarse o a desarrollar una asimilación recíproca “suficiente sin embargo para los fines histórico-políticos del cese de la lucha orgánica fundamental y por lo tanto de la superación de la fase catastrófica”(Q9, N136). Retomando esos planteamientos en la actualidad, resulta fundamental preguntarnos si existen atisbos de soluciones cesaristas progresistas, o bien, regresivas, frente al cambio climático, a la crisis de cuidados, a las recesiones económicas y a las múltiples problemáticas políticas y sociales; si se piensa en los organismos internacionales como aquellas soluciones cesaristas ante la crisis ambiental y climática, podríamos señalar su carácter regresivo en el sentido de que implican algunas renovaciones

29 De acuerdo con Gramsci (1975) “es progresista el cesarismo cuando su intervención ayuda a la fuerza progresista a triunfar aunque sea con ciertos compromisos limitativos de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a la fuerza regresiva, también en este caso con ciertos compromisos y limitaciones, que no obstante tienen un valor, un alcance y un significado distintos que en el caso precedente” (Q9, N133).

de discursos opresores, de políticas imperialistas y de la continuidad de una división internacional del trabajo, donde ciertas clases sociales y ciertas naciones resultan más beneficiadas que las demás.

Por otro lado, como se verá más adelante, el conflicto histórico que ocurre con la acumulación de capital y sus contradicciones inherentes es irremediable dentro de los parámetros de producción del capitalismo y por lo mismo las crisis se vuelven cada vez más recurrentes, cuestión que en la actualidad toma aún más relevancia. Al respecto, Gramsci señala que frente a lo irremediable del conflicto histórico, éste “se profundiza aún más especialmente con el advenimiento de formas cesaristas”(Q9, N136). Entonces, de lo anterior se puede deducir que las revoluciones pasivas con sus formas cesaristas tienden a profundizar algunos elementos de la crisis aunque en principio aparezcan como soluciones. Ante ello vale la pena preguntarnos qué aspectos de la crisis histórica del capital se han profundizado a partir de determinados periodos políticos ligados a elementos de revolución pasiva y/o cesarismo regresivo; una hipótesis, por ejemplo, es que el mismo americanismo, que tuvo muchos resultados en términos productivos pero también en formas de vida -lo que ahora puede traducirse en el american way of life o el modo de vivir imperialista (Brand & Wissen, 2013) ha profundizado los problemas ambientales por la extracción y el consumo cada vez más exacerbados de recursos naturales con el fin de dar continuidad al modo de producción capitalista que inculca estilos de vida de despilfarro a los que sólo un porcentaje muy pequeño de la población mundial puede acceder.

Entonces, las categorías analíticas de revolución pasiva y cesarismo regresivo resultan sumamente importantes para dar cuenta que el capitalismo es capaz de reinventarse y revolucionarse. Bajo la crisis ambiental y bajo la idea de un futuro un tanto catastrófico, no podemos evitar pensar que la rearticulación o renovación de la hegemonía burguesa puede apoyarse en nuevas formas que den continuidad a la acumulación y reproducción de capital. Cabe resaltar que dicho proceso podría estar caracterizado también por una falta de unidad entre las fuerzas populares y antagónicas que existen en

nuestros tiempos, es decir, una falta de unificación entre las organizaciones sociales que resisten en contra de las diversas problemáticas sociales, culturales y ambientales, surgidas en las últimas décadas a raíz de los desequilibrios exacerbados relacionados con la crisis. Las fuerzas antagónicas que surgen como respuesta a la crisis del capital y a la cuestión ambiental actual son muchas, pero distan todavía de estar organizadas en unidad política, lo cual genera mucha debilidad con relación a una verdadera disputa por la hegemonía, de ello se hablará más adelante.

En la presente investigación, pues, se hará uso del entramado teórico-metodológico ligado al pensamiento de Antonio Gramsci para generar, en primer lugar, preguntas que permitan plantear análisis concretos sobre el momento específico con respecto a la crisis histórica del capital, aludiendo transversalmente a la cuestión ambiental desde un sentido político. Dicho enfoque permitirá dar cuenta de diversos aspectos políticos y sociales que son pertinentes para el presente, sobre todo para comprender los múltiples factores que han generado las diversas problemáticas que atraviesa hoy la humanidad. Asimismo, tal análisis buscará ahondar y aportar ideas desde el pensamiento crítico que funcionen como barreras ante las falsas soluciones y, en lo ideal, implique el replanteamiento de algunas nociones teóricas con el fin de apuntar a formas políticas para enfrentar la crisis.

Como se ha explicado a lo largo del texto, las categorías de análisis sólo toman relevancia cuando se relacionan con su carácter histórico, es por ello que se vuelve relevante comenzar con una aproximación sobre el desarrollo histórico del modo de producción capitalista, en términos estructurales y superestructurales, que dio como resultado el carácter hegemónico de las clases dirigentes, en este caso, la clase burguesa. Una vez que se tengan claros algunos aspectos de dicho

proceso será importante comenzar a plantear las maneras en que las contradicciones inherentes al modo de producción han dado como resultado una exacerbación de factores ligados a la crisis histórica del capital, la cual implica diversos grados de crisis de hegemonía dependiendo del contexto geopolítico; esto último será importante para señalar las dificultades del proceso hegemónico en la región latinoamericana y las consecuencias que ello implica en términos del momento de crisis histórica del capital en la actualidad.

Capítulo 2. Proceso histórico de la mundialización del capital y elementos de sus crisis recurrentes.

En este apartado se hará un recuento histórico general para caracterizar el proceso de mundialización del capital, mismo que se liga al proceso de consolidación hegemónica de las clases dirigentes. Hacer un análisis histórico político de dichos procesos se vuelve fundamental para comprender las bases tanto económicas, como sociales y políticas, del modo de producción y reproducción ampliada del capital, las cuales están íntimamente relacionadas al momento de exacerbación de la crisis histórica del capital en la actualidad.

Con respecto al proceso de consolidación hegemónica de las clases dirigentes, se vuelve fundamental entenderlo desde una aproximación crítica que permita identificar las distintas relaciones y vínculos entre sociedad civil y sociedad política que sostienen al modo de producción; esto nos ayudará a analizar más adelante los obstáculos para la consolidación de la hegemonía capitalista en América Latina y el Caribe. La cuestión del proceso hegemónico de las clases dirigentes es uno de los puntos nodales en esta investigación, parto de dicha noción para analizar las repercusiones políticas y sociales que contiene el momento de crisis actual ligado, sobre todo, a la problemática ambiental global y su resonancia en la región latinoamericana.

Como se menciona en el primer capítulo, el proceso hegemónico de las clases dirigentes se vincula a un conjunto de relaciones de fuerza en movimiento -ligados tanto a la sociedad política como a la sociedad civil- en donde las clases dirigentes buscan su consolidación a partir del consenso y la coerción en un proceso de construcción constante; dicho proceso se da dentro del contexto crisis histórica del capital.

Los momentos de exacerbación de la crisis histórica del capital, como el actual, son fundamentales en el proceso hegemónico, es por ello que se vuelve necesario abordar, en primer lugar, una

caracterización histórica de la consolidación de las clases dirigentes capitalistas y su nexo ineludible con la crisis, para luego analizar el presente relacionado a dicho proceso.

Como veremos más adelante, el cambio climático es inminente, la vida humana³⁰ como la hemos conocido va a cambiar drásticamente en este siglo, ya está cambiando. No por ello hay que augurar el fin del capitalismo, ni el fin de las relaciones de explotación;³¹ de hecho el momento histórico actual, donde la crisis capitalista -entendiendo la crisis como un hecho constante dentro de dicho modo de producción- se ve colmada por la problemática ambiental, podría ser una coyuntura que diera paso a la inauguración de nuevas formas de explotación y acumulación de capital ligadas a nuevas formas de sostener la hegemonía de las clases dirigentes.

En esta investigación, pues, se vuelve fundamental dar cuenta de la manera en que los diversos procesos históricos relacionados a la mundialización del capital se entrelazan para consolidar la hegemonía de las clases dirigentes, ya que a partir de esa caracterización se vuelve más fácil comprender que el proceso hegemónico capitalista es muy poderoso y resulta certero en renovarse frente a su crisis histórica, ante ello es pues interesante comprender la manera en que el capital y las clases dirigentes logran ser dominantes aún frente a momentos supuestamente catastróficos. En esa tesitura resulta importante recalcar que los pronósticos catastróficos sobre el modo de producción capitalista relacionados con los momentos de exacerbación de crisis en la era del capital no son convenientes si se quiere hacer un análisis desde el pensamiento crítico. Durante el período de 1929 a 1935, por ejemplo,³² Antonio Gramsci (1975) escribió desde la cárcel sus Cuadernos donde apuntaba el

30 Por vida humana me refiero a las maneras en que se dan las relaciones sociales de producción y consumo, es decir, el modo de producción que desde hace siglos se ha consolidado en torno a la reproducción de capital.

31 Explotación del proletariado para la producción de valor, explotación de mujeres para la reproducción de la fuerza de trabajo y explotación de los suelos, de los mantos acuíferos y de la vida no humana para ser utilizada como materia prima en los procesos de producción capitalista.

32 En 1929 se erigió una crisis económica y política mundial, la gran depresión, el nacimiento del fascismo y los albores de una segunda guerra mundial definirían aquella época.

hecho de que la crisis no debe ser entendida de manera catastrofista, es decir, la crisis por sí misma no es un factor que genere un cambio en la manera en que se produce el valor, ni un cambio ideológico político o social; el modo de producción capitalista, a pesar de entrar en crisis constantes por sus contradicciones inherentes, es capaz de reinventarse y revolucionarse. Para dar cuenta de ello me parece importante, en primer lugar, desarrollar una exposición sobre la tendencia a la crisis dentro del proceso histórico de mundialización del modo de producción capitalista; un recuento histórico en donde también se detallen las formas en que se han tratado de sobrepasar, aunque no de resolver, sus contradicciones inherentes. Dicho recuento será importante para, más adelante, analizar la coyuntura actual y las relaciones de fuerza en torno a la problemática ambiental como parte del momento de crisis capitalista vigente y su reconfiguración hegemónica.

2.1 Acumulación originaria, división sexual del trabajo y separación humano/naturaleza como elementos primordiales de la hegemonía del capital y sus clases dirigentes.

En este apartado se busca hacer un recuento histórico del proceso de mundialización del capital bajo una perspectiva no lineal, en contraposición de la representación lineal de la historia que se ha instaurado desde el pensamiento hegemónico en la era del capital.³³ Dicho pensamiento hegemónico ha generado abstracciones dualistas que tienen resultados político-económicos, ambientales, culturales y sociales materializados en toda la sociedad capitalista actual; éste representa al tiempo como lineal, al

33 Sobre el tema historiográfico, autores como Fernand Braudel (1990) desde Europa y Sergio Bagú (1984) desde América Latina, argumentan que la historiografía debe dar cuenta de las relaciones sociales, así como del tiempo y el espacio que no suelen ser percibidos de igual forma en los distintos bloques históricos y culturas dentro de los ciclos de la humanidad. Hacer un análisis crítico desde lo histórico remite, entonces, a hacer a un lado la idea de etapas y de evolución histórica, misma cuestión que nos lleva a dar cuenta que lo específicamente humano es que el tiempo se organiza como una multiplicidad de combinaciones, la opción es un hecho fundamental en la socialidad de los humanos que tienen la capacidad de escoger y de dirigir su historia. La historia debería de ser total, integrando el desarrollo histórico en todos los ámbitos sociales, a manera de una historia política.

espacio como algo plano, a la naturaleza como algo externo, a las mujeres como seres naturalizados para la reproducción y el cuidado, y al trabajo como mercancía que genera ganancias.

Por proceso de mundialización del capital me refiero a la forma en que el modo de producción capitalista busca nuevas formas de ampliar su acumulación tomando en cuenta su capacidad de expansión a nivel global y de reconfiguración hegemónica constante. Dentro de dicho proceso, las clases dirigentes tienen un papel fundamental ya que se ligan directamente a la consolidación del Estado, entendido como la unidad entre sociedad política y la sociedad civil; a partir de dicha unidad se desarrolla la función hegemónica de las clases dirigentes que se ejerce sobre toda la sociedad a partir de diversas trincheras (Gramsci, 1975, Q12, N1), de las cuales se hablará más adelante. Cabe mencionar que la incesante reproducción y acumulación del capital, así como su reconfiguración hegemónica constante a nivel mundial son factores que generan tendencia a la crisis, es decir que tanto la mundialización como las crisis son aspectos constitutivos y estructurales, inherentes al modo de producción capitalista.

Dicho proceso de acumulación y mundialización se erige sobre varios aspectos, igualmente estructurales, que se desarrollan a medida que se expanden el dominio y la hegemonía del capital a nivel global. Cuatro de los aspectos más importantes al respecto son: 1) la explotación laboral para la producción de valor en las mercancías; 2) la explotación patriarcal sobre las mujeres para la reproducción de la fuerza de trabajo; 3) la explotación del medio ambiente, de los suelos, los mantos acuíferos y la vida no humana, para el mantenimiento de la generación de mercancías a través de las materias primas y la energía; 4) la expansión geográfica del capital a partir del colonialismo y del imperialismo que llevaría a los tres tipos de explotación a un nivel mucho más destructivo.

Estos cuatro aspectos se enarbolan sobre un proceso histórico en donde también aparece la forma moderna del Estado y donde, a su vez, se ha dado un lugar hegemónico al pensamiento occidental

moderno, científico-racional, el cual pretende ser universal³⁴ imponiendo constantemente la lógica de separación -de pensamiento dicotómico y no holístico- en la búsqueda de mayor control sobre la reproducción ampliada de capital. Dentro del proceso hegemónico de las clases dirigentes, la ciencia sería una trinchera fundamental para generar consenso sobre el pensamiento dicotómico; de acuerdo con Gramsci, la ciencia como superestructura forma parte de la guerra de trincheras de las clases dirigentes capitalistas ya que involucra rasgos ideológicos y cargas de valor ligados a la explotación,³⁵ ésta “siempre aparece revestida de una ideología” (Gramsci, 1975, Q4, N7).

En principio, el proceso histórico desarrollado en el continente Europeo que llevó a la separación de los trabajadores de sus medios de producción y a la división sexual del trabajo, es un aspecto de suma relevancia para entender la mundialización del capital y las raíces de la separación entre seres humanos y naturaleza en el pensamiento moderno. Propongo un breve esbozo de dicho proceso histórico empleando varios textos, pero sobre todo a partir de estudio sobre la acumulación originaria que Marx (1981) detallaría en el capítulo XXIV de *El Capital*, de los procesos de despojo comentados en su texto sobre los ladrones de leña, en la *Rheinische Zeitung* (Marx, 1842); del análisis histórico sobre la división sexual del trabajo y la caza de brujas en Europa que hace Silvia Federici (2010) en su libro *Calibán y la bruja*; y de la propuesta de Jason Moore (2015) sobre una teoría histórica del capitalismo unificada con la historia natural, tomando en cuenta el lugar que ocupa la humanidad en la naturaleza y viceversa, en su libro *Capitalism in the way of life, ecology and the accumulation of capital*. Más

34 La pretensión de universalidad del pensamiento occidental, no obstante, surge mucho antes de la modernidad, se puede rastrear desde el mundo grecolatino con la configuración del Ser y en la Edad Media con la idea de Dios; en la modernidad, entonces, lo universal se reconstituiría con el advenimiento de la idea de Estado dentro de un proceso histórico de producción y acumulación capitalista. La historia de la pretensión de universalidad en Occidente ha generado campos teóricos como la Ontología, la Teología y la Política. Tanto la ontología griega como la teología cristiana buscarían aplastar la multiplicidad para dar lugar al pensamiento único y excluyente de lo diverso, ambas darían paso a los cimientos de la teoría moderna del Estado (Bouhaben, 2018).

35 Ante ello me parece fundamental señalar que la trinchera de las ciencias sociales y naturales es un espacio de disputa en donde existen varias correlaciones de fuerza que apuntan a la lucha política, es en dicho espacio donde podemos dar cuenta de que la lógica binaria, a pesar de ser hegemónica, no es la única para entender la realidad.

adelante, en los capítulos subsiguientes, abordaré otro factor igualmente importante para la consolidación del proceso capitalista a nivel mundial, el proceso de colonización que provocó la desigualdad estructural entre Norte y Sur globales, así como las relaciones imperialistas y la dependencia en los países periféricos dentro de la división internacional del trabajo.

Partir de estos elementos generales permite tener, a grandes rasgos, un esbozo de lo que supuso el nacimiento del modo de producción capitalista, su proceso de mundialización y sus contradicciones, mismas que han tenido distintas repercusiones a lo largo de la historia y formas diferentes de consolidación hegemónica de las clases dirigentes tanto en el Norte como en el Sur global.

El proceso histórico que consolidó al capitalismo en Europa Occidental puede rastrearse a partir de las crisis de la civilización feudal y su transición hacia nuevas formas de plantear la propiedad de los medios de producción y reproducción;³⁶ dentro de ese largo periodo acontecerían muchas formas de desarrollo en cuanto a la relación de los seres humanos con su medio ambiente, con sus medios de producción y con el resto de la humanidad. Por su parte, las clases dirigentes cambiarían en un proceso violento y de largo aliento que daría como resultado la hegemonía de la clase burguesa por sobre todos los demás grupos sociales, dicha clase generaría distintos pactos con las clases dominantes del antiguo sistema monárquico que se verían reflejados en el naciente Estado moderno.

De acuerdo con Karl Marx, en algunas partes de Europa a partir de los siglos XIV y XV se establecería de manera esporádica la producción capitalista. Los albores del modo de producción capitalista en

36 Dentro de todo ese proceso histórico, la sociedad europea se vería inmersa en muchas crisis, por ejemplo, una de las crisis más fuertes de la civilización feudal pre-capitalista ocurrió luego de la peste negra entre los años 1347 a 1353 -desde aquel entonces las pandemias serían un factor importante en los procesos económicos y políticos de la humanidad, tal y como lo vemos ahora con la pandemia del 2020 por COVID-19-. El ascenso del capitalismo luego de 1450 marcó un punto de cambio en la historia de la relación de la humanidad con el resto de la naturaleza por el asenso de la agricultura y de las primera ciudades.

dicho continente tendrían como premisa la relación enajenada entre trabajador(a) y mundo exterior (medios de producción),³⁷ misma que se puede enmarcar en el desarrollo histórico ligado a la acumulación originaria en el que se despojó violentamente a grandes masas de sus medios de subsistencia y se les arrojó en calidad de proletariado al mercado de trabajo (Marx, 1981). La violencia ejercida hacia la gran masa poblacional sería, entonces, un factor de suma importancia para el nacimiento del capitalismo.³⁸

Como resultado del proceso de expropiaciones de tierra, en poco tiempo los centros urbanos y la industria manufacturera crecerían exponencialmente con la llegada de grandes masas de campesinos desposeídos, hombres y mujeres, a las ciudades en busca de trabajo, lo cual generaría eventualmente la pérdida de conexión existente entre los campesinos y la propiedad comunal (Marx, 1981, p.911).

A propósito del aparato jurídico naciente en el proceso histórico de consolidación del capitalismo y de la hegemonía de las clases dirigentes, el Estado proporcionó las bases para la privatización de los recursos comunales y, como se verá más adelante, para un determinado control sobre la sexualidad.³⁹ En el caso de la privatización de tierras y de recursos naturales, el Estado descendió a ser un medio para los intereses de la propiedad privada, lo cual se consolidaría de forma cada vez más rápida como resultado del pauperismo rural, una especie de políticas en contra de los campesinos sin tierra con el fin de hacer crecer la circulación mercantil (Marx, 1842). El parcelamiento de los medios de producción, incluido el suelo, generó los fundamentos de la división del trabajo (incluida la división sexual del trabajo) en su totalidad, y el aniquilamiento del desarrollo libre de las fuerzas productivas sociales

37 Esto bajo un concepto de libertad (que más tarde sería hegemónico) referido a la nula posesión de medios de producción para la vida y, consecuentemente, a la libertad de vender la fuerza de trabajo como única mercancía a ser intercambiada por las masas desposeídas.

38 Como dice el autor, "la violencia es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva. Ella misma es una potencia económica" (MARX, 1981)

39 A partir de una crítica a las legislaciones alemanas sobre el robo de leña, así como los delitos forestales, agrícolas y de caza, Marx alude a las formas en que los códigos penales y las normas jurídicas generaron arbitrariedades presentadas como contenido jurídico racional que favorecía la propiedad privada de las tierras y su usufructo, así como la monopolización de los bienes comunes en la primera mitad del siglo XIX (Marx, 1842, p. 28).

generó la conversión de la propiedad individual de los trabajadores a la propiedad masiva de los medios de producción en pocas manos.⁴⁰

A la par del proceso de despojo, se desarrollaría el proceso hegemónico de las nuevas clases dirigentes a partir de los nuevos fundamentos jurídicos y la relación entre la naciente clase burguesas y las clases acomodadas del viejo régimen, relacionándose de varias formas dentro del Estado. Se llevarían a cabo debates jurídicos en torno a la distinción moderna entre lo privado y lo público aplicado al derecho de propiedad,⁴¹ entre dichos debates la cuestión de la tierra y los recursos naturales en general sería primordial, y el valor de uso referido a los bienes naturales comunales se volvería, poco a poco, indisoluble de su valor de cambio. Con respecto a ello, Marx señaló varias contradicciones; de acuerdo con Bensaid, lo que hizo Marx con su crítica fue subrayar las incoherencias entre lo que se supondría que es la tarea del Estado como representante racional del interés general y la naciente sociedad civil basada en la generalización de las relaciones contractuales, lo que en realidad revela la contradicción en la que se basa el Estado moderno donde por un lado pretende apuntar hacia la racionalidad universal y a la encarnación del interés general, pero al tiempo se pone al servicio del interés privado haciendo legislaciones para privatizar bienes comunes (Bensaid, 2015, p.73-95), así como leyes para el control sexual reproductivo de la clase obrera.

Las legislaciones nacientes expresaron, pues, la extensión de las relaciones mercantiles y el asentamiento de la penetración de capital en la esfera de producción y la reproducción, pero sobre todo confirmaron la separación entre las y los trabajadores de sus medios de producción donde “el sentido

40 Sobre ello es importante subrayar la diferencia que apunta Marx entre la propiedad privada individual de las y los trabajadores, fundada en el trabajo propio, y la propiedad privada capitalista, fundada en la apropiación del fruto del trabajo ajeno.

41 De acuerdo con Daniel Bensaid (2015), bajo el dilema sobre dicho altercado jurídico para privatizar materia prima como la leña caída de los árboles, subyace la defensa al derecho de propiedad “distinguiendo celosamente los títulos de propiedad de los títulos de necesidad, la economía comercial de la economía de subsistencia” (p.65). El debate sobre el supuesto robo de leña y sus legislaciones derivadas se relaciona con la cuestión de la propiedad privada, en donde surgía la diferencia entre los derechos de los dominantes y los dominados, la hegemonía de las nuevas clases dirigentes, así como la privatización de los medios de producción y de intercambio, y la apropiación basada en la explotación del trabajo ajeno.

mismo de la noción de propiedad se transformó” (Bensaid, 2015, p.97). La abolición del derecho consuetudinario, es decir, aquél basado en los usos y costumbres de una población que no se establece en leyes como tal pero se cumple por el tiempo que se ha efectuado, se puede ver reflejada en las legislaciones contra el robo de leña que deslegitimaron las costumbres de la masa rural, por un lado, y por el otro las legislaciones en contra de las prácticas anticonceptivas que deslegitimaron el conocimiento y el control femenino sobre el cuerpo. Todo ello sería, pues, un paso más en la consolidación de la hegemonía de las clases dirigentes capitalistas, como trinchera jurídica que luego se volvería sentido común.

La expansión del capitalismo rural estuvo preñada, entonces, de la eliminación de derechos consuetudinarios de las y los campesinos. El desarrollo de las nuevas relaciones de propiedad de la tierra fueron acompañados por nuevos métodos de cultivo perfeccionados y una mayor intensidad en el trabajo de los campesinos que entrarían al mundo de los desposeídos y asalariados. Asimismo comenzó un proceso de escisión entre la manufactura y la agricultura, entre el campo y la ciudad pasando por la división sexual del trabajo y por una creciente diferenciación entre los seres humanos y la naturaleza. Todos esos procesos serían la base para consolidar la hegemonía de las clases dirigentes, mismas que serían las poseedoras de los medios de producción. Hechos históricos como la caza de brujas serían reflejo del desarrollo de este nuevo modo de producción, el cual estaría (y está) plagado de períodos de inflación, aumento de pobreza, hambrunas y procesos de rupturas sociales.

Bajo las nuevas leyes y el nuevo modo de producción, las formas de vida comunales se verían como algo que tenía que ser eliminado a toda costa, a partir de una visión dualista y mecanicista que daría como resultado un cambio de paradigma a partir de la revolución científica. En este cambio de paradigma tanto la llamada ‘naturaleza’ como las mujeres serían degradadas a la categoría de recursos

permanentes, dando pie a su explotación sin restricciones éticas, conectando así la explotación capitalista del mundo natural con la explotación del género femenino.

Dentro de dicho proceso, el Estado gestionó las relaciones de clase y se convirtió en el supervisor de la reproducción de la fuerza de trabajo. Fue notoria la alianza entre la burguesía naciente, la nobleza y el Estado para derrotar a la nueva clase de desposeídos, el proletariado, la cual sería moldeada para ser útil a la reproducción del capital, es decir, las clases dirigentes del nuevo orden lograron una alianza con las clases dirigentes del antiguo modo de producción para consolidar la nueva hegemonía del capital. Asimismo, dentro de dicho proceso hubo transformaciones en la velocidad, la escala y el rango de la producción en los suelos, la deforestación de varios territorios se aceleró, pasó de ocurrir en siglos a suceder en décadas y hasta en años. Las relaciones de poder, riqueza y naturaleza que ocurrieron a partir de 1450 se dieron dentro de la crisis medieval que llevaría a la expansión y a la futura consolidación del capitalismo como modo de producción hegemónico en Europa (Moore, 2015).

Así pues en tal periodo, que abarca aproximadamente del siglo XV al siglo XIX, se dieron varios cambios, desde revoluciones agrícolas, revoluciones de la minería y la metalurgia, hasta los primeros signos de la esclavitud moderna en las plantaciones de azúcar de las nuevas colonias en América y la expansión del comercio esclavo; la deforestación a gran escala por la instauración de grandes plantaciones, el comienzo de la tala de la selva amazónica; el aumento en el consumo de cereales en la dieta campesina europea y el aumento de consumo de carne en los sectores de la aristocracia y la burguesía; la revolución de la producción y el uso de carbón; el intercambio entre Europa y América, desde las enfermedades del viejo mundo hasta las cosechas del nuevo mundo; la cacería de brujas para instaurar la división sexual del trabajo; entre muchas otras (Moore, 2015). Todo ese proceso se consolidó con el desarrollo de la mecanización, la estandarización y la racionalización a partir del siglo XIX, que se gestaría desde varios siglos atrás. La transformación territorial generada por el capital se

aceleró con la producción de mercancías primarias y con la apropiación de las naturalezas baratas⁴² y el cambio en la relación de los trabajadores con sus medios de producción.

A partir de dicho proceso es que se puede apreciar cómo las clases dirigentes amplían continuamente sus cuadros en la sociedad civil, ligado siempre a la “toma de posesión de nuevas esferas de actividad industrial-productiva” (Gramsci, 1975, Q1, N44), reproductiva y financiera; así, las clases dirigentes, en términos gramscianos, conforman un bloque ideológico ligado al Estado, a la cultura y a los sectores productivos, reproductivos y, actualmente, financieros.

Todo lo anterior arroja pistas para comprender no sólo el proceso de mundialización del capital sino también los orígenes de lo que hoy se entiende por capitaloceno -término que se discutirá en apartados posteriores de esta tesis-. De acuerdo con Moore (2015), las transformaciones durante este largo periodo histórico son producto y productoras de una revolución en el hacer-medioambiente con la prioridad de la acumulación por apropiación. La revolución de la productividad del trabajo fue posible gracias a la revolución de las técnicas en la apropiación global y al nuevo modo de ver y ordenar la realidad que, como se explicó, pasa por un proceso de construcción hegemónica que atañe incluso a los cuerpos. Asimismo, para que el nuevo orden capitalista lograra ser hegemónico fue necesaria una concepción de la naturaleza como espacio y tiempo abstractos con el fin de dar cabida al cálculo, el crédito, la propiedad y la ganancia a gran escala (p. 187), a partir de ello también se daría continuamente la transformación del paisaje y la construcción de lo que Moore (2015) llama una ecología-mundo, argumentando que el modo de producción capitalista sobrepasa las cuestiones económico sociales e implica la co-producción del mundo natural.⁴³

42 El término “naturalezas baratas” es utilizado por Moore (2015) para hablar de las distintas formas de naturaleza que se apropia el capital, más adelante se ahondará en el tema.

43 Así como Alfred Schmith (1977) argumenta desde el pensamiento de Marx que los seres humanos formamos parte de la naturaleza y que a través del trabajo la modificamos y, por ende, nos modificamos, Moore (2015) habla de una “doble internalidad” tanto el de las relaciones capitalistas que trabajan a través de la naturaleza, como la forma en que la naturaleza trabaja a través de una zona más limitada, el capitalismo, un “doble movimiento, del capitalismo a través de la naturaleza y de la naturaleza a través del capitalismo” (p. 13). Para el autor, este doble movimiento implica que los seres humanos hacemos al medio ambiente y el medio ambiente hace humanos, lo que también se resume en una co-producción de la vida.

Por otro lado, como se dijo más arriba, la comercialización de la vida y la exclusión de la tierra afectó de una manera mucho más negativa a las mujeres ya que se redujo su acceso a la propiedad y al ingreso con el fin de gestar una nueva división sexual del trabajo para consolidar el modo de producción capitalista. Las luchas anti-feudales en periodos anteriores habían buscado el establecimiento de relaciones igualitarias entre hombres y mujeres, así como la oposición a la propiedad privada y el control de la natalidad con diversos métodos anticonceptivos.⁴⁴ Cuando el control de las mujeres sobre la reproducción comenzó a percibirse como amenaza a la estabilidad económica y social, en tiempos del descenso poblacional por las distintas crisis, comenzó el periodo de la caza de brujas. Aparte de la persecución, hubo muchos intentos de regular el comportamiento sexual por parte de la Iglesia y el Estado, se generaron leyes sobre la sexualidad y el matrimonio, y “con la adopción de esta legislación represiva la sexualidad fue completamente politizada” (Federici, 2010, p. 64) y se volvió una cuestión de Estado.⁴⁵

Entonces, en el tránsito del feudalismo hacia el capitalismo existió tanto el proceso de escisión entre clase trabajadora y medios de producción, como la escisión campo-ciudad y lo que Silvia Federici llama el proceso de la división sexual del trabajo, en el que las mujeres sufrirían una doble escisión como clase trabajadora y como dispensadoras de trabajo no pagado de reproducción. Así como se puede analizar la génesis de la acumulación originaria de capital, también es importante analizar la génesis del trabajo doméstico como parte de la separación de la producción y la reproducción en el proceso de consolidación del capitalismo. Dentro de tal proceso, como se explica anteriormente, se

44 Uno de esos movimientos fue el de las y los herejes. Los movimientos de herejía denunciaron la propiedad privada, las jerarquías sociales, la corrupción clerical y planteaban la emancipación en contra de la explotación económica, así como la igualdad de derechos tanto de hombres como de mujeres. El movimiento hereje luchaba también por controlar la natalidad ya que en las comunidades campesinas y artesanas era difícil y poco deseable tener muchos hijos. Más tarde, con la preocupación por el crecimiento poblacional y la escasez de trabajadores, la herejía comenzó a ser asociada con supuestos crímenes reproductivos y se comenzó a perseguir a los herejes (Federici, 2010).

45 La política sexual en el siglo XV constó de la cooptación de trabajadores jóvenes por medio de la prostitución gestionada desde el Estado, se legalizó la violación y se instauraron burdeles como supuesto remedio a la protesta social, a la herejía y a la homosexualidad. Con todo ello “se transformó el antagonismo de clase en hostilidad contra las mujeres proletarias” (Federici, 2010, p. 78).

apeló a la racionalización de la reproducción social orientada a destruir la propiedad comunal y las relaciones sociales que ésta implica. Para lograr la consolidación de la división sexual del trabajo, resultó fundamental la persecución y el asesinato de las mujeres que no estuvieran dispuestas a funcionar como máquinas para la reproducción proletaria, éstas serían las mujeres denominadas brujas y/o herejes. Federici analiza el largo periodo de caza de brujas en Europa (tres siglo aproximadamente) como un momento en el que se buscó destruir el control de las mujeres sobre su cuerpo y su función reproductiva frente a la crisis demográfica y económica de los siglos XVI y XVII; a partir de la crisis sería necesario incrementar la masa trabajadora, con respecto a ello tanto la Iglesia como el Estado intervinieron construyendo roles sexuales para la naciente sociedad capitalista y controlando los aspectos reproductivos. Se constituyó así la feminidad como una función que ocultaría la producción de la fuerza de trabajo bajo la idea de un destino biológico, por ello la autora argumenta que “la historia de las mujeres es la historia de las clases” (Federici, 2010, p.27). Esto constituiría, también, un factor más en la hegemonía de las clases dirigentes, ya que la naturalización de los roles de género sustentaría una base importante en el control de la población y en sus formas de reproducción social.⁴⁶

46 Para ahondar un poco más en lo que se entiende por el proceso de división sexual del trabajo, es importante señalar el proceso en el que se excluyó a las mujeres de la mayoría de las ocupaciones asalariadas ya que se les designó al trabajo doméstico y reproductivo. Dicho trabajo es de suma importancia para la reproducción de la mano de obra y por lo tanto para la generación de valor y la acumulación de capital, sin embargo, el trabajo femenino de cuidados se invisibilizó y se confundió como una vocación natural de género. Esos cambios históricos culminaron en el siglo XIX con la creación del ama de casa de tiempo completo, generando una mayor dependencia económica de las mujeres con los hombres, al ser esposas, “permitiendo al Estado y a los empleadores usar el salario masculino como instrumento para gobernar el trabajo de las mujeres” Las mujeres comenzaron a tener una doble dependencia, la de sus empleadores y la de los hombres, se convirtieron en una especie de bienes comunes. Asimismo, la familia nuclear tradicional se volvió fundamental para la reproducción de la fuerza de trabajo y para la propagación de la disciplina capitalista, sería el espacio donde comenzaría la dominación patriarcal, llevando la hegemonía capitalista hasta las cuestiones más privadas de los núcleos familiares; la familia sería la institución más importante para la apropiación y ocultamiento del trabajo femenino y una de las bases de la hegemonía capitalista. El trabajo no remunerado de las mujeres, y la consecuente devaluación del trabajo reproductivo, como resultado de la separación entre producción y reproducción fue, pues, uno de los pilares para la devaluación de la fuerza de trabajo, haciendo crecer la pauperización de la clase obrera y las hambrunas en Europa. La limitación de las mujeres al trabajo doméstico se convirtió en una condición indispensable para evitar la bancarrota de los obreros frente a las crecientes dificultades económicas. Luego de los cercamientos masivos y la expulsión de las masas campesinas hacia las ciudades, las mujeres proletarias serían vistas como una especie de recurso natural, disponibles y con actividades exclusivamente para el género femenino que serían definidas como no-trabajo. De acuerdo con el análisis de Federici, el capitalismo “no reconoce la reproducción del trabajo como una actividad socio-económica y como una fuente de acumulación del capital” y, en cambio, el trabajo de reproducción se mistifica como un recurso natural o un servicio personal, sacando provecho de la condición no-asalariada.

Así, al ser las masas trabajadoras despojadas de sus tierras el nuevo territorio para la reproducción sería el cuerpo femenino convertido en recurso natural luego de que las actividades femeninas se definieran como no-trabajo. De esta forma, bajo un proceso histórico de largo aliento y con una gran variedad de multiplicidades, se generó una nueva división sexual del trabajo basada en el ocultamiento del trabajo no pagado de las mujeres tras una pantalla de inferioridad natural, lo cual “ha permitido al capitalismo ampliar intensamente la parte no pagada del día de trabajo, y usar el salario (masculino) para acumular trabajo femenino” (Federici, 2010, p.176), al tiempo que se generan diversas violencias hacia las mujeres por adjudicarles un papel inferior en las relaciones sociales capitalistas.

Con respecto al trabajo no remunerado o gratuito, habría que agregar un elemento más sumado tanto al trabajo impago de las mujeres como a la apropiación de la plusvalía de la clase obrera. Jason Moore (2015) habla de las cuatro naturalezas baratas aludiendo tanto al trabajo obrero asalariado, como al trabajo doméstico y reproductivo de las mujeres, agregando el trabajo impago de la naturaleza ligado a los recursos naturales y las energías. Entonces, aparte de la manera en que el capital se apropia del trabajo impago de las y los trabajadores asalariados por medio de la plusvalía y del trabajo impago de las mujeres por medio de la división sexual del trabajo dentro de un largo proceso histórico, Moore sugiere que también existe otra forma de apropiación de trabajo: el trabajo impago o trabajo barato de las naturalezas extra-humanas, por lo cual sugiere repensar la forma valor a partir del concepto trabajo/energía, sugiriendo que toda vida orgánica tiene capacidad de generar valor.

Si bien esto parecería que se aleja de la idea clásica de Marx sobre el valor,⁴⁷ que únicamente se genera a partir del trabajo humano, Moore (2015) no se contrapone a dicha noción sino que le agrega un poco

47 Marx (1981) hace una distinción entre valor de uso y valor de cambio, las mercancías cuentan con ambas características, sin embargo el valor de cambio es lo que las rige desde el punto de vista del intercambio en el modo de producción capitalista. Asimismo, la única fuente que genera valor de cambio, de acuerdo con Marx, es la fuerza de trabajo impresa en las mercancías a partir del trabajo asalariado. Para profundizar en la concepción de mercancía y valor se puede acudir al primer capítulo de El Capital.

más de variedad sobre el entendido de la no separación entre sociedad y naturaleza. El trabajo impago para Moore es apropiado por el capital a partir de la explotación derivada de lo que llama bienes naturales baratos o ‘Four Cheaps’, la fuerza de trabajo, en donde incluye el trabajo de reproducción y cuidado asociado al género femenino, el alimento, la energía y los recursos naturales (Moore, 2015, p.27). Así, por un lado está la capitalización de una parte de la fuerza del trabajo, y por el otro la apropiación de las otras naturalezas, ello forma una unidad dialéctica.

El capitalismo depende de un repertorio de estrategias para apropiarse de trabajo y energía no pagadas de humanos y del resto de la naturaleza afuera del sistema de mercancías. Estas estrategias no pueden ser reducidas a las relaciones económicas, sino que se generan a partir de una mezcla de ciencia, poder y cultura. Bajo esta perspectiva, el capital no debe sólo de acumular y revolucionar la producción de mercancías, sino que tiene que buscar formas de producir barato, entonces, de acuerdo con Moore (2015) la ley del valor en el capitalismo tiene una relación intrínseca con la ley de la Naturaleza Barata y a su vez esto se asocia en el terreno de la lucha de clases. Siguiendo esa idea, la explotación en el capitalismo se da sobre las y los trabajadores asalariados, la acumulación de capital involucra no sólo esa explotación sino la apropiación no pagada del resto de la naturaleza y del trabajo/energía: “Los trabajadores asalariados son explotados; todos los demás, humanos y extrahumanos, son apropiados”(Moore, 2015, p.63-64).

Para Moore (2015) el trabajo impago va más allá de las contribuciones de la fuerza de trabajo como tal, abarca el trabajo impago acumulado como el hecho del crecimiento y crianza de los niños hacia la adultez y posteriormente al campo laboral, en forma de combustibles fósiles producidos a lo largo de miles de años a través de procesos bioecológicos, etcétera (p. 72). Bajo esa idea, y ligándolo al pensamiento de Marx, la naturaleza extra-humana funciona como una fuerza de trabajo útil para la producción capitalista ya que es inmanente a la relación de capital; y a pesar de que todas esas ‘otras’

formas de trabajo estén desvalorizadas en el entendido de la forma valor, la mercancía, ello no impide que formen parte como tal del valor: “el valor como trabajo abstracto no puede ser producido sin trabajo/energía impagos” (Moore, 2015, p.73), de lo cual se concluye que la forma valor es distinta a la relación valor, la necesidad del trabajo impago es constante para generar las condiciones históricas del tiempo de trabajo socialmente necesario para la reproducción del capital. De esta forma es que el trabajo/energía devaluado es imprescindible para la producción y el intercambio de mercancías. El tiempo trabajo socialmente necesario se constituye, entonces, a partir del cambio en el balance entre el trabajo humano y extrahumano. Si el clima cambia y afecta la agricultura, por ejemplo, la composición del valor de la producción va a cambiar: “el tiempo de trabajo socialmente necesario se forma y se reforma dentro y a través de la red de la vida”(Moore, 2015, p.74).

Con relación a la ley del valor, Moore reconoce que el trabajo social abstracto es la sustancia del capital en los términos clásicos de Marx, sin embargo trata de expandir el concepto más allá de la esfera económica ya que las relaciones que permiten que ese trabajo abstracto crezca, incluyen el asentamiento del poder capitalista en técnicas y en las condiciones para la reproducción expandida del capital; el capital busca crear un mundo que corresponda a las equivalencias económicas para generar ganancias, así, a partir de las múltiples revoluciones a lo largo del proceso histórico del capital, se co-producen distintas naturalezas históricas a través de las fases de acumulación de capital.

Bajo muchas perspectivas de distintas disciplinas se ha dicho que Marx no tomaba en cuenta las contribuciones del trabajo impago para la producción de valor, sin embargo esto no es del todo correcto. Marx habla de la jornada de trabajo diciendo que mientras más intenso es el trabajo y más duradera la jornada, se deteriora más rápido la fuerza de trabajo, lo cual, en principio parecería ser contrario a los intereses del mismo capital porque para reemplazarla es necesario más gasto en salario, “pero mientras el valor de la fuerza de trabajo incluye el valor de las mercancías necesarias para la

reproducción del trabajador, el valor de esas mercancías está determinado por una combinación de trabajo capitalizado y apropiado – de trabajo pago en impago” (Moore, 2015, p.224), es decir que el tiempo socialmente necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo incluye el trabajo/energía impago, en donde se incluye tanto el trabajo doméstico y reproductivo ligado al género femenino, y la existencia de las naturalezas no humanas que forman parte, también, de las naturalezas baratas.⁴⁸ En ese sentido, Marx no ignoraba el problema del trabajo impago de otras zonas de la reproducción del capital, ya que pasa de las abstracciones generales como producción o intercambio, a abstracciones determinadas o específicas. La co-producción del capital implica, desde esta perspectiva, hacer uso de las zonas de trabajo impago que, de hecho, son mayores a las del trabajo asalariado, y que sostienen los costos reales de la reproducción de la vida para la acumulación de capital (Moore, 2015, p.224).

Sobre esa misma idea, Paul Burkett argumenta desde una visión marxista, que existe una contribución importante de la naturaleza a la producción de riqueza en el capitalismo, y que más allá de la diferencia que hace Marx entre valor y valor de uso, “la naturaleza y el trabajo tienen una igual importancia” (Burkett, 2006, p.28). Asimismo insiste en hacer notar que Marx hablaba de la manera en que el capital se apropia de manera gratuita de los regalos de la naturaleza -lo cual da cabida a las condiciones que permiten extraer el plusvalor de la fuerza de trabajo- y denuncia la forma en que el capitalismo valúa la

48 De acuerdo con Moore (2015), se ha valuado sólo una parte de la naturaleza como mercancía, esto es la fuerza de trabajo; sin embargo no toda la naturaleza se ha valuado, es por ello que el capital necesitó generar la concepción del resto de la naturaleza como algo externo, dentro de lo que cabe el trabajo doméstico y reproductivo de las mujeres, los recursos naturales e incluso los países que jugarían el rol de colonias. Todas estas otras partes de la naturaleza que el capital se apropia también son fuerzas productivas. La búsqueda constante de naturalezas baratas dentro del proceso de mundialización capitalista fue fundamental para la acumulación. Según Moore, las cuatro formas de naturaleza barata -la fuerza de trabajo, el alimento, la energía y las materias primas- han sido y siguen siendo co-producidas y apropiadas por el capital a partir de técnicas combinadas con capital, poder y conocimiento; en ese sentido, la naturaleza se co-produce históricamente a partir de las revoluciones socio-técnicas, científicas, industriales y agrícolas, las cuales permiten la expansión de oportunidades para la apropiación impaga de trabajo/energía, especialmente del trabajo/energía acumulado de los combustibles fósiles, la fertilidad del suelo y los seres humanos como fuerza laboral; todas esas formas de naturaleza son, entonces, naturaleza histórica moldeada dentro del proceso de mundialización del capital. Así, las revoluciones tecnológicas transforman el espacio ecológico global a partir de los proyectos hegemónicos del capital, lo que Moore llama régimen ecológico, que refiere a las tecnologías de innovación, a la estructura de clases y a formas organizacionales que propulsionan fases sucesivas de la acumulación mundial desde el siglo XVI, donde ya había un capitalismo vasto aunque todavía débil (p. 155-161).

riqueza natural, así como enfatiza las tensiones entre la forma valor desde lo monetario y el ambiente natural por el otro (Burkett, 2006, p.55). La crítica de Marx al capitalismo reside, en gran parte, en la idea de fractura metabólica entre sociedad y naturaleza, producida por los procesos de alienación antes descritos. La simplificación y degradación del trabajo y la naturaleza es un mecanismo primario de esta fractura, otro mecanismo es la división de trabajo manufacturero urbano industrial vs la industria de la agricultura.

En ese sentido, Burkett da cuenta de que la visión de Marx no toma en cuenta las condiciones para la producción y el desarrollo como algo externo al mercado sino como parte del proceso en donde los valores de uso han sido subsumidos bajo los procesos de acumulación de capital. La visión dialéctica desde Marx permite ver que “los costos de la acumulación de capital, tanto ecológicos como sociales, son internos al proceso metabólico general de la reproducción humano-natural (co-evolución) en su forma específicamente capitalista” (Burkett, 2006, p.89). Entonces, la naturaleza resulta ser condición para la producción capitalista y el desarrollo humano, la economía capitalista depende de las entradas de la naturaleza, desde lo humano hasta la energía y materia no humana, en ese sentido la historia natural es una parte integral del materialismo según Burkett.

Por otro lado, un elemento más que me interesa destacar sobre la base de los componentes primordiales de la mundialización del capital y la hegemonía de las clases dirigentes, es la división internacional del trabajo relacionada a los procesos de colonización en varias partes del mundo por parte de los países europeos occidentales. Marx subraya la llamada génesis del capitalista industrial y la del arrendatario, basada, en parte, en los descubrimientos y la explotación de minas en América en conjunto con el exterminio y la esclavización de indígenas. Los países de Europa occidental recurrieron al sistema colonial, la deuda pública, el sistema crediticio internacional, el sistema proteccionista, entre otros, para dar pie a una mayor acumulación de bienes que se transformarían en capital. Así, la colonización de

partes del mundo como América sería central en la transformación hacia el modo de producción capitalista. Más tarde esto daría pie a lo que se entiende como división internacional del trabajo.

Si bien la plusvalía es el resultado de la apropiación del trabajo impago y una forma de robo hacia la clase trabajadora, donde el tiempo de trabajo socialmente necesario para la reproducción humana termina siendo un pequeño apéndice dentro de la cantidad de trabajo realizada por parte de la clase trabajadora y apropiada por la clase propietaria, existen, como se mencionaba antes, otras formas de robo y explotación dentro del sistema mundial del modo de producción capitalista. La división internacional del trabajo supone, entonces, la relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, donde las relaciones de producción de las naciones subordinadas se modifican para asegurar la reproducción ampliada de capital, esto también se puede llamar dependencia, una forma de capitalismo *sui géneris*, de acuerdo con Ruy Mauro Marini (2008), que permite formas de superexplotación al interior de países dependientes como nuestra región latinoamericana, dando pie a la lucha de clases internacional. Con respecto a las clases dirigentes en términos internacionales, es importante señalar su rol en cuanto a las relaciones Norte y Sur global, donde claramente el Norte es el polo hegemónico, no obstante, en el Sur existen determinados actores que tienen como tarea perpetuar las dinámicas que generan la subalternidad del Sur, éstas son las oligarquías regionales y nacionales. Las élites en las naciones dependientes (o subalternas en términos gramscianos), deben garantizar el rol indiscutible del poder hegemónico global de las clases dirigentes, que les permite tener acceso sin restricciones a recursos locales y a controlar cuestiones legislativas mientras asegura la inmunidad de sus representantes. Al respecto Hamm (2014) argumenta que, actualmente, la clase gobernante global se encuentra en la élite del poder de EUA. En un examen de poder, éste se puede medir a partir de dos criterios, la posibilidad de evitar la persecución por crímenes cometidos, o impunidad, y el grado en el que se puede apropiarse de la riqueza de otros, ejemplo de ello está en los diversos crímenes de guerra

cometidos por tal nación y la extracción de recursos en diversas partes del globo en beneficio directo de las naciones centrales. Más adelante se ahondará sobre este tema en particular.

A partir de lo anterior se puede decir que la expansión global fue el medio principal para hacer crecer la productividad del trabajo y facilitar la acumulación; en ese sentido, el capitalismo temprano organizaría sus técnicas para dar lugar a la apropiación del espacio global como la base de acumulación de capital (Moore, 2015, p.188). Con respecto a la expansión del capitalismo, habría que mencionar también su capacidad de producir espacio y tiempo; durante el proceso de mundialización de capital, éste no sólo ha gestado relaciones específicas que permiten el despojo y la desigualdad así como instituciones que lo avalen, sino que también ha producido espacio. Como diría Lefevre (2013), el capital no sólo ocupa, sino también produce espacio, por ello la acumulación de capital es la producción de espacio. El espacio, entonces, es un cúmulo de complejos específicos de relaciones sociales y de ambientes construidos que moldean las posibilidades de contingencia. En ese sentido, en el capitalismo se suele acelerar el tiempo abstracto para cuantificar de mejor forma las jornadas laborales y hacerlas más productivas, así se impulsaría allegar cada vez más los tiempos de la naturaleza a los tiempos del capital, “el capital busca rehacer la realidad a su propia imagen y semejanza, y de acuerdo a sus ritmos”(Moore, 2015, p. 234). Ello ha contribuido al agotamiento cada vez más rápido de los paisajes agrícolas, por ejemplo, así como al agotamiento de la clase trabajadora al acelerar los ritmos de explotación para la generación de plusvalor.

Por otro lado, el proceso de apropiación durante la historia del capitalismo fue y es posible gracias, también, como ya se ha mencionado, al desarrollo cultural y de ideología, lo cual involucra la reproducción de las identidades de clase, que son el cimiento de los acuerdos hegemónicos entre el capital y los productores, mismas que trascienden la relación del trabajo asalariado. En este sentido, la hegemonía en términos gramscianos, implica tanto coerción como consenso con lo cual se normalizan

las apropiaciones (inaceptables desde la visión y crítica al despojo) de las naturalezas alrededor del mundo. Dentro de este proceso hegemónico es, pues, que encontramos el arreglo cultural e ideológico determinado por el pensamiento binario.

La lógica de separación se volvió un factor importante y constante en el proceso constitutivo de las bases para la acumulación capitalista; en principio, encumbra la separación ser humano-naturaleza dando como resultado el proceso de separación trabajador-medios de producción, y ligada a ambas separaciones se encuentra la oposición binaria entre feminidad y masculinidad, así como la división de lo privado y lo público, en el sentido de que el sexo femenino se ve ligado a la reproducción de la vida, a la naturaleza y al confinamiento de lo doméstico desvalorizando y despolitizando su trabajo. Estos aspectos de la lógica de separación encumbran y tratan de legitimar el proceso de explotación y acumulación que reside en el corazón del modo de producción capitalista y, por lo tanto, forman parte de las configuraciones y contradicciones que desarrollan las bases para la crisis actual.

Sobre el mismo aspecto, es importante mencionar la lógica de separación entre seres humanos y naturaleza. Si bien no existe algo como naturaleza en sí, naturaleza en singular, la realidad es que el concepto estático y despolitizado de naturaleza ha atravesado en más de un sentido el pensamiento moderno a partir del desarrollo de las fuerzas productivas. Y aunque el camino para la separación entre humano y naturaleza se fue dando desde el platonismo donde se formuló la idea de la separación entre cuerpo y alma (Zaffaroni, 2011), no es sino hasta el advenimiento del modo de producción capitalista que esta separación cobra un sentido profundo y funcional para la producción y reproducción de la sociedad burguesa.

El concepto de naturaleza implica presentar a lo no humano como un 'otro' fetichizado, generalizado y homogéneo, despolitizándolo y "ubicándolo más allá del espacio de la disputa pública" (Swyngedouw, 2011, p.43), cuando en realidad la relación dialéctica entre lo humano y lo no humano deja ver que la

mal llamada 'naturaleza' -de acuerdo con Swyngedow (2011) cuando argumenta que "la naturaleza no existe"- es "un momento de la praxis humana y al mismo tiempo totalidad de lo que existe" (Schmidt, 1977, p.27), sujeto y objeto son naturaleza.

La dicotomía ser humano-naturaleza se enaltece a partir de los procesos de enajenación y cosificación. La relación del trabajador con el producto de su trabajo en el capitalismo aparece como un objeto ajeno que lo domina, duplicando esta relación hacia el mundo exterior sensible "con los objetos naturales, como un mundo extraño para él y que se le enfrenta con hostilidad" (Marx, 1974, XXIII). La relación enajenada entre trabajador y mundo exterior fue formándose dentro del proceso histórico de acumulación originaria en el que, como ya se dijo, se despojó "violentamente a grandes masas humanas de sus medios de subsistencia y de producción" (Marx, 1981, p.895) a partir de la expropiación de tierras. Se volvería crucial para la acumulación, entonces, transformar la consciencia de la humanidad hacia un pensamiento binario que separa su ser social de los medios para reproducir la vida.

La lógica de separación se vuelve, entonces, un factor importante y constante en el proceso hegemónico de las clases dirigentes, constitutivo de las bases para la acumulación capitalista; encumbra la separación ser humano-naturaleza dentro del proceso de separación trabajador-medios de producción, y ligada a ambas separaciones se encuentra la oposición binaria entre feminidad y masculinidad, así como la división de lo privado y lo público, en el sentido de que el sexo femenino se ve ligado a la reproducción de la vida, a la naturaleza y al confinamiento de lo doméstico desvalorizando y despolitizando su trabajo.

Estos aspectos de la lógica de separación encumbran y tratan de legitimar, logrando ser hegemónicos, el proceso de explotación y acumulación que reside en el corazón del modo de producción y reproducción capitalista y, por lo tanto, forman parte de las configuraciones y contradicciones que desarrollan las bases para la crisis actual. Al respecto cabe mencionar que las prácticas de mapeo y

cuantificación de la naturaleza social abstracta tomaron forma en los siglos tempranos de la modernidad pero alcanzaron su punto más alto durante el siglo XVIII y XIX. La generalización del sistema métrico fue después de 1789, y su importancia reside en que es la historia de cómo el lenguaje racional fue diseñado deliberadamente para romper el poder del viejo régimen político-económico feudal y para servir al idioma universal de los mecanismos de intercambio, la instauración de dicho sistema implicó un proceso de lucha de clases en el campo de Europa (Moore, 2015). El mapeo del espacio constituyó una conquista global del capital que facilitó tanto la mercantilización como la apropiación de trabajo/energía impagos en todo el mundo, esto a partir del mejor uso de planos para la navegación y de la representación del globo.

Por otro lado, en el proceso histórico que engendró al capitalismo se necesitó formar un nuevo tipo de individuo que pasara por una reforma del cuerpo, la alienación del cuerpo de la clase trabajadora para facilitar la subordinación al capital -como en el caso de los cuerpos femeninos-, ello como una parte fundamental de la construcción hegemónica de las clases dirigentes que necesitarían la disciplina de las masas trabajadoras para poder ser dominantes. Así, el cuerpo se moldeó por la disciplina del trabajo capitalista, en principio, a partir de prohibiciones de actividades recreativas y placenteras y se atacó al cuerpo como la fuente de todos los males pero también como recurso natural. A partir de la filosofía mecanicista y del dualismo cartesiano se gestaría una relación jerárquica entre la mente y el cuerpo, el cuerpo humano fue sujeto a la racionalización y a la maquinización, al cálculo, la clasificación, la distinción y la degradación con el fin de maximizar su utilidad social. El cuerpo fue visto como algo mecánico y como una herramienta para el capital. En conjunto con el despojo de la tierra y el flujo migratorio masivo hacia las nacientes ciudades, se llevó a cabo un proceso de abstracción del trabajo humano asociado directamente con la universalidad de la forma mercancía, con el cual se descompone, incluso psicológicamente, el proceso de trabajo gracias a la mecanización racional que tiene por fin

insertar a los seres humanos en sistemas especializados basados en el principio del cálculo, de racionalización y especialización, destruyendo los procesos unitarios y orgánicos del trabajo y de la vida. Dicho proceso de objetivación, separación y racionalización significa, por ende, el desgarramiento de las y los sujetos, donde las peculiaridades humanas aparecen como “meras fuentes de error” con respecto del funcionamiento total racional del modo de producción (Lukács, 1969). A pesar de que la atomización y el aislamiento tanto de la producción como de los productores son mera apariencia, ésta se vuelve necesaria para la reproducción del sistema.

Bolívar Echeverría (2009) menciona tres fenómenos en los que se manifiesta la característica de esta lógica moderna de separación que se volvió hegemónica en el capitalismo. Un primer fenómeno es el de la confianza en la capacidad técnica del ser humano basada en la racionalidad matemática, que se desentiende del carácter sagrado y/o celestial de la naturaleza, y que se amplía y complementa con la idea de progreso y de la temporalidad lineal de la historia. Un segundo fenómeno sería la secularización de lo político o primacía de la política económica sobre otro tipo de políticas, donde la sociedad funciona como una lucha entre propietarios privados haciendo a un lado el aspecto comunitario cultural de reproducción de la identidad colectiva. Y por último, el fenómeno del individualismo como comportamiento social práctico. A lo largo de la historia del capitalismo estos fenómenos van tomando formas complejas y que se transforman con relación a las necesidades del proceso de acumulación.

Así, dentro del desarrollo histórico del modo de producción capitalista, se volvió necesario “potenciar la eficacia de la vida natural humana -las fuerzas productivas subjetivas y objetivas- pero también a sacrificarla, al negarla en su autonomía” (Echeverría, 1998, p.26-27). De tal forma, también se vuelve necesaria la cosificación de todos los ámbitos de la vida lo cual da pauta a una lógica de separación. Según Georg Lukács (1969), el problema del fetichismo y de la cosificación, motor principal para el

desarrollo del pensamiento binario y de la subjetividad enajenada, es algo específico del capitalismo moderno que penetra tanto en el desarrollo objetivo de la sociedad como en la actitud de los sujetos dentro de ésta. Dentro del modo de producción capitalista los seres humanos nos enfrentamos con nuestra propia actividad, con nuestro propio trabajo, como algo objetivo e independiente de nosotros, como algo que nos domina por obra de leyes ajenas a lo humano.

Como ya se ha señalado, una de las implicaciones sociales de la división entre cuerpo y mente fue que se legitimó, también, la diferenciación entre los seres humanos y la naturaleza. Y así como fue necesario subordinar a la clase obrera para que se integrara por completo al modo de producción, se construyó un nuevo orden patriarcal que sometería a las mujeres a la reproducción de los nuevos trabajadores, dando como resultado un proceso de mecanización del cuerpo proletario, y a su vez se cosificó por completo a la naturaleza extra-humana, eliminando las cosmovisiones ligadas a relaciones distintas a la mercantil entre los seres humanos y su medio ambiente.

Dicha mecanización, pues, sería importante ya que el desplazamiento forzado del campo a las ciudades y el uso de la fuerza contra la vagancia no fue suficiente para lograr que la creciente masa de personas desposeídas se presentara como fuerza de trabajo y que las mujeres se sometieran al designio patriarcal capitalista para presentarse como simples reproductoras de esa fuerza de trabajo. Existió un amplio proceso coercitivo en las relaciones económicas que involucraría la generación constante de sobrepoblación relativa para generar un ejército industrial de reserva, así como el desarrollo de una clase trabajadora que, a partir de la educación, el hábito y la tradición, reconocería las exigencias del capitalismo como leyes naturales de producción y reproducción, generando dependencia. Por otro lado, como vimos, el Estado sería fundamental para la naciente clase burguesa -los dueños de los medios de producción-, para regular los salarios, prolongar las jornadas laborales, hacer leyes anticoalicionistas,

leyes contra las prácticas anticonceptivas y contra la independencia política y económica de las mujeres, logrando con todo ello mantener la dependencia de la masa asalariada.

El pensamiento dualista cartesiano, entonces, sería inherente al desarrollo capitalista en el plano hegemónico, desde lo intelectual hasta lo político y lo material. Las ideas binarias como la de sociedad-naturaleza implicarían directamente violencia, desigualdad y opresión para permitir la acumulación de capital y serían una fuerza histórica real, una fuerza material dentro de la hegemonía burguesa.

La separación sociedad-naturaleza ha permitido que dentro del modo de producción capitalista la llamada “naturaleza” sea entendida como algo externo al sistema del capital, algo que puede ser codificado, cuantificado y racionalizado para servir al crecimiento económico y al desarrollo social, de la misma forma que, como vimos anteriormente, se cuantifica la fuerza de trabajo y se mecanizan los cuerpos para su reproducción. Y aunque naturaleza/sociedad no es el único dualismo, es el dualismo original. La separación del campesino de su tierra y la separación simbólica de los humanos y la naturaleza fue un proceso singular” (Moore, 2015, p.55), que fue el parteaguas para la consolidación del modo de producción capitalista y patriarcal.

Todo este análisis histórico resulta fundamental para comprender las maneras en que el capital incrementa su acumulación y se reproduce a partir del trabajo no pagado, y la forma en que se construye la hegemonía de las clases dirigentes capitalistas a nivel global. Así como la cuestión de la plusvalía definida como una forma de robo al trabajador, el trabajo femenino funcionó como la manera en que se pudo “ampliar inmensamente «la parte no pagada del día de trabajo», y usar el salario (masculino) para acumular trabajo femenino” (Federici, 2010, p.176), por otro lado, la naturaleza extra-humana ha sido sometida también a una explotación y apropiación sin precedentes con el fin de dar continuidad a la acumulación capitalista.

Un punto que se ha mencionado a lo largo de todo este apartado y que es importante recuperar y profundizar es el hecho de que las relaciones capitalistas se han desarrollado en un proceso permanente y antagónico de separación (Bonefeld, 2013) que inicia, como vimos, con la acumulación originaria. Ese presupuesto histórico es el fundamento de las relaciones sociales capitalistas y de los derechos de propiedad en donde se separa a las y los trabajadores de sus medios de trabajo, primero de su tierra y luego de los conocimientos, de la autonomía sobre sus cuerpos, y de las técnicas y máquinas construidas social e históricamente por el trabajo humano internacional e intergeneracional. El capital surge del trabajo enajenado que genera plusvalía, producto de la desposesión de los medios de producción, y esta lógica de separación “determina el antagonismo de clases como una relación de dependencia negativa -no hay capital sin trabajo desposeído” (Bonefeld, 2013, p.52). De esta forma, el antagonismo de clase entre capital y trabajo, desarrollado históricamente, permite la existencia de las relaciones sociales capitalistas, la división sexual del trabajo, la lucha de clases, la permanente lucha por la vida y la reproducción humana en un sistema que pretende dominarlo todo en pos de la acumulación y el enriquecimiento de unos cuantos a costa del trabajo desposeído de las mayorías. El trabajo de estas grandes masas de población empobrecidas, del mundo proletario desposeído, genera plusvalía, el trabajo impago que la clase burguesa se apropia de forma creciente.

Dicha serie de separaciones y, por ende, apropiaciones del capital para la explotación y la acumulación, se logran legitimar e incluso naturalizar a partir de un complejo proceso hegemónico donde las clases dirigentes logran construir y/o reformar distintas trincheras de la mundialización del capital. Como se señalaba en el primer apartado, de acuerdo con Gramsci, una clase dirigente va más allá de la mera característica de ser dominante, es decir que dicha clase tiene tanto el poder y la fuerza material, como la capacidad para ejercer la dirección y la hegemonía política (Gramsci, 1975, Q1, N44), lo cual se

puede ver ejemplificado en dichos parámetros de separación que permean en el sentido común de la sociedad civil.

El proceso histórico de la acumulación originaria que incluye el pensamiento binario, la división sexual del trabajo, la división internacional del trabajo, el nacimiento del Estado moderno y sus legislaciones para el despojo de las tierras comunales, y la creciente división entre seres humanos y naturaleza, es, pues, la historia que le otorga los altos grados de violencia a la consolidación del capitalismo que, en su continuo proceso de reproducción, genera una disminución constante del número de magnates capitalistas que monopolizan las empresas y los bienes acrecentando la miseria, la opresión, la servidumbre, la explotación y, hoy más que nunca, el desastre ecológico. Todo ese proceso histórico material es la base para real para la hegemonía de las clases dirigentes del capitalismo.

Las clases dirigentes en el proceso de la mundialización del capital actual son aquellas ligadas tanto a los medios de producción, como a los bancos y al capital financiero. Con respecto a ello Bernd Hamm (2014), aludiendo a Wright Mills (1975), argumenta que la clase dirigente global del presente se puede señalar a partir de cuatro grupos específicos; en principio, al círculo de los individuos y familias más ricas del mundo, por encima del billón de euros, en segundo lugar a los CEO's de las corporaciones transnacionales más grandes, así como a los corredores financieros internacionales, mismos que se preocupan por aumentar la riqueza del primer grupo y del suyo también. En el tercer sitio se encuentran los políticos internacionales más poderosos, algunos gobiernos y los organismos internacionales -muchos de ellos como asesores- y los altos mandos militares; dicha clase política se encarga de organizar la distribución del producto social para transferir poder, asegurar y legitimar a los primeros dos grupos. En cuarto lugar están aquellos a los que Gramsci llamaría intelectuales orgánicos, los académicos importantes, los medios de comunicación y artistas famosos, así como líderes de ONGs, líderes religiosos, etcétera, mismos que disfrutan del privilegio de tener acceso a espacios de poder y en

general forman parte de una vanguardia real, orgánica, de las clases altas.⁴⁹ Cabe decir que los primeros dos círculos, ligados al poder monetario, siempre han sido internacionales, es decir, se ligan directamente al capital mundial; mientras que los dos grupos siguientes pueden tener un vínculo mucho más local o regional, aunque no dejan de tener influencia mundial en muchos casos.

Con todo lo anterior podemos dar cuenta del proceso de mundialización de capital, así como el proceso inherente de construcción hegemónica de las clases dirigentes capitalistas a nivel global que lleva de por medio bases y características primordiales que tienen repercusiones múltiples hasta nuestros tiempos. Resulta importante traer a colación los textos citados anteriormente ya que en la actualidad la privatización generalizada de muchas formas de vida no humana está a la orden del día, al igual que la reproducción de la división sexual del trabajo, denunciada fehacientemente hoy por el movimiento feminista. De igual manera, la mecanización de los cuerpos para cumplir un propósito productivista en la sociedad actual se da de nuevas formas pero siempre bajo la premisa del dualismo cartesiano. Por otro lado, la constante explotación de los seres humanos y los seres no humanos ha llevado, también, a una creciente precarización de la vida en varios aspectos (los cuales se verán más adelante), situación que gesta la crisis histórica del capital que se vive en términos amplios, incluso como crisis de las clases dirigentes.

Como diría Bensaid (2015), “los artículos de Marx sobre el robo de leña revisten una inquietante actualidad” (p.117), y agregaría que lo mismo pasa con el análisis histórico de Federici, el carácter patriarcal sigue estando vigente hasta nuestros días. Las legislaciones estatales, entendidas como un proceso histórico de largo aliento, han logrado naturalizar ciertas relaciones de opresión y despojo que

49 Estos serían parecidos a lo descrito por Gramsci cuando hablaba de los intelectuales moderados con respecto al Partido de Acción en la época del Risorgimento italiano (Gramsci, 1975, Q1, N,44).

hasta la fecha siguen existiendo, muchas sin ser cuestionadas. Por otro lado, el proceso hegemónico del modo de producción y reproducción del capital sigue dando continuidad a dichas relaciones sociales de explotación a partir de insistir en un pensamiento binario y lineal en cuanto a las relaciones sociales y ambientales en general.

Así como en los tiempos de Marx, donde la tierra y su usufructo era un campo de lucha y de relaciones de fuerza en torno a la propiedad privada y el bien común, hoy también lo son (nunca dejaron de serlo) pero actualmente el cambio climático nos recuerda la disputa entre clases por el suelo de una forma renovada y alarmante. La crisis ecológica permite la reflexión sobre la idea de bienes comunes y de propiedad común cuando se instauran precios a los llamados servicios ambientales e incluso a los derechos de contaminación, cuestión que se profundizará más adelante.

Asimismo, la exacerbación de la crisis histórica del capital en la actualidad también deja ver el problema que hoy enfrentan las clases dirigentes. Los procesos constantes en la construcción hegemónica se pueden localizar a lo largo de la historia de consolidación del capitalismo con todos los elementos mencionados, es a partir de ello que me parece fundamental dar cuenta de la manera en que dicho proceso hegemónico entra hoy en crisis por distintos motivos, ligados tanto a la precariedad de la masa trabajadora, como a la violencia de género y a la explotación del medio ambiente.

2.2 La crisis del capitalismo y sus clases dirigentes como resultado de la contradicción en sus elementos primordiales.

La crisis histórica del capital vista desde un análisis crítico requiere de una perspectiva de totalidad que permita dar cuenta de su carácter estructural y todos sus ámbitos, no obstante, en este apartado pretendo enfocarme únicamente en la parte económica señalando dos aspectos generales de la crisis histórica, por un lado la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, y por otro la tendencia a la escasez de

recursos naturales, ligada al deterioro ambiental, por el uso exacerbado de estos para la producción y reproducción del capital.

1) La caída de la tasa de ganancia.

En términos generales, las crisis económicas dentro de las sociedades basadas en el modo de producción capitalista se deben a las contradicciones inherentes del proceso de acumulación, es por ello que la crisis histórica del capital resulta ser una cuestión inherente al mismo,

Si el modo capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar la fuerza productiva material y crear el mercado mundial que le corresponde, es al mismo tiempo la constante contradicción entre esta su misión histórica y las relaciones sociales de producción correspondientes a dicho modo de producción (Marx, 1981, p.321).

Por lo tanto, la constante contradicción que deviene crisis es un eje fundamental e incluso signo de buen funcionamiento del capitalismo; con respecto a ello es fundamental dar cuenta de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia.

De acuerdo con Marx (1981), el proceso de acumulación refiere a la reproducción a escala ampliada de capital (p.761), y ésta reproduce la relación capitalista en escala ampliada también, es decir que la burguesía crece (en número o bien en poder y acumulación de capital) y la clase asalariada también. La reproducción de la fuerza de trabajo se incorpora como medio de valorización de capital, es por ello que el aumento del proletariado es indispensable para la acumulación de éste.

La producción de plusvalor es la base del modo de producción y reproducción capitalista, ya que refiere al excedente de valor producido por el trabajo impago de las y los trabajadores. En cuanto al plusvalor, éste refiere a la cantidad de trabajo no pagado acumulado en las mercancías producidas, la

fuerza de trabajo “conserva como capital los medios de producción, reproduce como capital su propio valor y proporciona, con el trabajo impago, una fuente de pluscapital” (Marx, 1981, p.767). Marx argumenta que el acrecentamiento de capital implica el incremento de la parte de capital variable, es decir, la fuerza de trabajo (Marx, 1981, p.759), las y los obreros encargados de imprimir valor a las mercancías.⁵⁰

Para la caracterización que hace Marx sobre el modo de producción capitalista se toma por supuesto que la composición de capital⁵¹ se mantiene inalterada, donde “la demanda de trabajo y el fondo de subsistencia de los obreros crecerán en proporción al capital, y tanto más rápidamente cuanto más rápidamente crezca éste” (Marx, 1981, p.759). Sin embargo, el tipo ideal del que habla Marx rara vez se produce, la composición de capital se altera dependiendo de condiciones materiales, históricas, geográficas, políticas, sociales y culturales específicas. Por ejemplo, según Ruy Mauro Marini, en América Latina, la acumulación de capital se tuvo que hacer mediante “una acumulación fundada en la superexplotación del trabajador” (Marini, 2008, p.132) a diferencia de los países industriales que la basaron en la capacidad productiva del trabajo. Marini argumenta que en América Latina se formó un capitalismo *sui géneris*, como se mencionó anteriormente, aunque no por ello es atrasado o pre-capitalista, porque simplemente el tipo de desarrollo de las relaciones capitalistas en la región nunca podrá ser como el de potencias mundiales, ello por su estructura global y por el papel que cumple en la división internacional del trabajo. De acuerdo a la teoría de la dependencia presentada por el autor, América Latina y el Caribe no sólo cumplen funciones de proveer insumos de materias primas para la

50 Marx señala que “del propio plusproducto creciente de estos, crecientemente transformado en pluscapital, fluye hacia ellos una parte mayor bajo la forma de medios de pago, de manera que pueden ampliar el círculo de sus disfrutes” (Marx, 1981, p.767) de su consumo. En este punto Marx haría una observación importante al explicar que aún con la mejora en las condiciones de vida, la relación de explotación de las y los asalariados no se suprime. Independientemente de ello, resulta notable que, no obstante el incremento del plusvalor y por ende el crecimiento de la acumulación capitalista y de los bienes de consumo mundial en general, la explotación y las relaciones desiguales crecen en todo el mundo, y es que los procesos de acumulación capitalista distan mucho de ser idénticos a lo largo de la historia, aunque cuenten con reglas generales, dependiendo de la situación geográfica, política, cultural, de género y de clase.

51 La composición de capital refiere a la proporción de capital variable y de capital constante, en las que se divide el capital. El capital constante es el valor de los medios de producción y el capital variable es el valor de la fuerza de trabajo (Marx, 1981, p. 760).

economía capitalista mundial, sino que contribuyen a que el eje de la acumulación en la economía industrial “se desplace de la producción de plusvalía absoluta a la de plusvalía relativa”;⁵² si bien la explotación en nuestra región permite pasar a la producción de plusvalía relativa en los países centrales, ello sólo es posible gracias a un aumento de la explotación de las y los trabajadores latinoamericanos, es decir, en nuestra región lo que sigue imperando es la producción de plusvalía absoluta. Marx argumenta que “el ascenso de la tasa de ganancia en un ramo de la industria se debe al desarrollo de la fuerza productiva del trabajo en otro” (Marx, 1981, p.99), en ese sentido podemos pensar la relación de América Latina con los países centrales como desigual.

Como se explicó en el apartado anterior, América Latina contribuyó en la división internacional del trabajo al aportar alimentos a la clase obrera de los países centrales para que ésta crezca; dicho aporte permitió que se redujera el valor real de la fuerza de trabajo en los países industriales, lo cual aumentó la productividad y, por lo tanto, la plusvalía relativa. Marini argumenta que la participación de América Latina en el progreso de los países industriales ha sido contradictoria porque implica un mayor consumo de materias primas:

52 La teoría de Marini (2008) sobre la dependencia afirma que en el caso de América Latina, ésta favorece el cambio cualitativo en los países centrales hacia la acumulación por plusvalía relativa, que pasa a depender más del aumento de la capacidad productiva del trabajador que de su explotación, mientras que en nuestra región, la acumulación se basará en la superexplotación, es decir en una mayor explotación de las y los trabajadores latinoamericanos. La plusvalía relativa tiene como condición una mayor capacidad productiva del trabajo, pero el aumento de productividad no lleva forzosamente al aumento de la plusvalía relativa; a grandes rasgos ésta “se entiende como una forma de explotación del trabajo asalariado con base en la transformación de las condiciones técnicas de producción”, que da como resultado una desvalorización real de la fuerza de trabajo. A partir de la mejora en las bases técnicas de la producción de mercancías, a partir de nuevas máquinas, procesos robotizados, nuevo software, fertilizantes más efectivos en el caso de la producción agroindustrial, etcétera, la producción puede aumentar con menos carga de trabajo por producto, lo que al mismo tiempo genera la desvalorización real de la fuerza de trabajo. Es decir, mientras menos tiempo de trabajo se necesite para producir una mercancía, ésta tendrá por lo tanto menos valor en sí misma al ocupar menos tiempo de la fuerza de trabajo en ser producida, aunque a su vez se aumentará la cantidad de mercancías, a pesar de que cada una tenga menos valor, lo que llevará a obtener ganancias extraordinarias al capitalista. El grado de explotación del trabajo se define como la relación entre el tiempo de trabajo excedente, cuando el obrero produce plusvalía, y el tiempo de trabajo socialmente necesario, el que necesita el obrero para reproducir su fuerza de trabajo, es decir, lo equivalente a su salario. La alteración de esa proporción puede modificar la cuota de plusvalía. Lo que se busca en beneficio de los capitalistas es reducir, en primer lugar, el valor de las mercancías que funcionan como bienes necesarios de las y los trabajadores, los bienes-salarios, “la plusvalía relativa está ligada indisolublemente, pues, a la des-valorización de los bienes-salario, para lo que ocurre en general, pero no forzosamente a la productividad del trabajo”(P. 114).

En la medida en que esa mayor productividad se acompaña efectivamente de una mayor plusvalía relativa, esto significa que desciende el valor del capital variable en relación al del capital constante (que incluye las materias primas), o sea, que se eleva la composición-valor del capital (Marini, 2008, p.117).

El aumento en la plusvalía relativa lleva simultáneamente a una baja en la cuota de ganancia, dicha cuota se fija en relación no sólo al capital variable sino al capital que se da por avanzado para el proceso de producción, tanto lo salarios, como las materias primas, la maquinaria, etcétera. Así, el capital se encuentra bajo una contradicción fundamental, la caída tendencial de la tasa de ganancia.

Como se mencionó anteriormente, el valor incrementado, el plusvalor, sólo se dar al explotar trabajo vivo, “el valor contenido en la mercancía es igual al tiempo de trabajo que cuesta su producción, y la suma de ese trabajo consta de trabajo pago y trabajo impago” (Marx, 1981, p.51). Por lo tanto, el capitalista adelanta capital para la obtención de dos tipos de mercancías, por un lado la fuerza de trabajo y por el otro los medios y el objeto de trabajo, maquinaria de todo tipo y materias primas, llamados medios de producción. Estas mercancías que el capitalista compra son de carácter distinto, mientras que la primera, la fuerza de trabajo vivo, es la fuente de todo valor, la segunda, los medios de producción, sirven para la transferencia de valor ya creado previamente. Marx expresa esta distinción cuando denomina al capital variable como fuerza de trabajo y capital constante como medios de producción, ambos conforman al capital global. No obstante, el capitalista adelanta capital sin tomar en cuenta sus diferentes componentes y el papel que juegan en la producción, ya que los costos del producto, tanto del capital variable como del capital constante, deben reponerse para que el capital se conserve. Ese capital lo adelanta para obtener un excedente de valor aunque no dé cuenta que el

plusvalor, la ganancia, sólo se genera a partir del trabajo vivo, de la fuerza de trabajo, o sea capital variable.

Dentro del ciclo completo para la reproducción capitalista -que incluye tanto la circulación como la producción-, el plusvalor aparece como excedente del precio de venta de las mercancías por encima de su costo ya que existe un entrecruzamiento entre circulación y tiempo de trabajo; ello genera, pues, un proceso de mistificación que oculta el origen verdadero de la ganancia: la explotación del trabajador.

De esta forma, la tasa de ganancia en realidad está dada por el plusvalor obtenido en relación con el total de capital invertido tanto en pago de salarios como en compra de medios de producción, es decir, representa la proporción de trabajo impago respecto al total del capital adelantado. No obstante, la tasa de ganancia, calculada sobre la base del capital global adelantado sin tener en cuenta las diferencias entre capital variable y capital constante, es una relación que desde el punto de vista del capitalista individual aparece determinada sólo por su inversión inicial. Marx argumenta que dicha tasa de ganancia se generaliza al grado de volverse una medida social, estableciendo así una tasa general de ganancia, para cada esfera de la producción y para la producción en su totalidad. La tasa general de ganancia expresa de forma mediata la universalización de la apropiación de la plusvalía generada en la producción global en su conjunto, estableciendo así una medida que representa, más o menos fielmente, los intereses de la clase social burguesa que aparece como clase social global.

Este hecho -la diferenciación entre una tasa de ganancia particular a cada capitalista y una tasa general de ganancia común al capitalista global- perfila un proceso contradictorio, por un lado la lucha por la obtención de más ganancias y por el aumento de la tasa de la misma se convierte en un acicate para la competencia entre los diversos capitalistas, mientras que al mismo tiempo la generalización de una tasa de ganancia para todo capital hace posible su actuación como clase. Puesto de otro modo, las

variaciones en la tasa general de ganancia son de interés no sólo para éste o aquel capitalista en lo particular, sino para el capitalista como sujeto global.

Desde el análisis de Antonio Gramsci, el problema de la crisis de producción se remonta al desequilibrio entre lo que llama industrias progresistas, es decir aquellas en donde el capital constante ha aumentado, y las industrias estacionarias, aquellas donde cuenta más la mano de obra inmediata. Según Gramsci (1975), la estratificación entre industrias progresistas y estacionarias se da, también, en el plano internacional (Q15, N5); como veíamos con Marini, el desarrollo desigual es una contradicción más dentro del modo de producción capitalista, ese desequilibrio muchas veces puede exacerbar ciertas manifestaciones de la crisis. En referencia al contexto actual, las industrias estacionarias que predominan en países manufactureros como muchos de América Latina y otros tantos de Asia extraen sus ganancias desde la plusvalía absoluta, mientras que en países centrales donde las industrias progresistas son mayoría, las ganancias salen desde la plusvalía relativa; entonces, el desarrollo y las capacidades de intercambio desiguales entre naciones, son también un factor que puede exacerbar el proceso de contradicciones en el capitalismo, o en otras palabras, son un factor que puede detonar la crisis ligada a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

a) Causas contrarrestantes a la tendencia de la caída de la tasa de ganancia en América Latina.

Para fines de esta investigación es necesario entender no sólo la manera en que funciona el proceso de acumulación y el aumento de las ganancias capitalistas, sino el hecho de que su tendencia a la baja genera crisis y que la misma crisis no deviene en catástrofe para el capital. No hay que dejar de lado el

hecho de que frente a las contradicciones del modo de producción capitalista se generan, dentro del mismo sistema, formas para contrarrestar sus resultados. Marx señala que,

(...) la dificultad que se nos presenta no es ya la que ha ocupado a los economistas hasta hoy –la de explicar la baja de la tasa de ganancia- sino la inversa: explicar por qué esa baja no es mayor o más rápida. Deben actuar influencias contrarrestantes que interfieren la acción de la ley general (Marx, 1981, p.297).

Pensar las tácticas que el capitalismo implementa para lograr contrarrestar su tendencia a la crisis permite enfocar la práctica social concreta del capital en distintos contextos, no sólo lo económico, sino lo político, lo social y lo cultural partiendo de las relaciones entre sociedad política y sociedad civil. Esto es más claro si partimos del supuesto sobre la tendencia inherente del modo de producción capitalista a las crisis constantes como fruto de sus procesos fundamentales, y como expresión concreta de la contradicción entre la producción al servicio del capital y las necesidades sociales que se subordinan al mismo, entre la centralidad del sujeto capital, la ganancia y el valor de cambio, frente a la humanidad, el valor de uso y el trabajo vivo.

Lo que Marx enuncia como las causas contrarrestantes de la baja de la tasa de ganancia no son otra cosa que las prácticas que el capital pone a la orden del día y actualiza de forma constante, para mantener su reproducción ampliada y supuestamente infinita. El estudio y caracterización de éstas permite un análisis concreto de la sociedad contemporánea. El despliegue efectivo de estas prácticas defensivas del capital muestra la especificidad del capitalismo latinoamericano y el papel que éste juega en la perpetuación del sistema mundo capitalista.

Como se explica anteriormente, la baja gradual en la tasa general de ganancia es una tendencia del capitalismo y una contradicción inherente de su modo de reproducción, ya que el constante incremento

de productividad del trabajo acicateado por la competencia intracapitalista supone la modificación permanente de la composición orgánica del capital en desmedro de la ganancia, es decir, la disminución relativa del capital variable en relación con el capital constante. Dicha modificación ocasiona que el mismo número de obreros, la misma cantidad de fuerza de trabajo, transforme en productos una cantidad cada vez mayor de medios de producción, con lo cual a su vez disminuye su valor aunque aumente el volumen de mercancías o, lo que es igual, aumenta constantemente la cantidad de capital invertido mientras disminuye la ganancia: “La tasa de ganancia disminuye no porque se explote menos al obrero, sino porque en general se emplea menos trabajo en relación con el capital empleado”(Marx, 1981, p.315).

De esta manera dicha ley no es otra cosa que la expresión teórica de la tendencia inherente del capital a la crisis, producto de su incesante necesidad de incrementar el desarrollo de las fuerzas productivas. El desarrollo progresivo de la fuerza productiva social del trabajo es la principal causa del decrecimiento de la tasa general de ganancia, puesto que con ello se presenta “la proporción decreciente entre el propio plusvalor y el capital global adelantado”(Marx, 1981, p.315) en la composición orgánica del capital. De esta forma, la tendencia progresiva de la tasa general de ganancia a la baja es una expresión peculiar al modo capitalista de producción y por tanto la razón que lo empuja constantemente a la crisis.

Sin embargo, tal como existe la tendencia a la crisis, existe también un conjunto de mecanismos que actúan buscando que aquella no se desarrolle plenamente. Actualmente, estos mecanismos aparecen de diversas maneras y en diferentes contextos. En las regiones dependientes como nuestra América Latina, aparecen de forma mistificada como mecanismos para “aumentar la competitividad”, “inyectar recursos”, “modernizar la economía” o para “aprovechar las ventajas comparativas” y con ello ocultan el intercambio desigual entre naciones centrales y periféricas, facilitando el contrarrestar la caída

tendencial de la tasa de ganancia y perpetuando la reproducción del sistema. Así, de la misma forma en que el concepto de tasa de ganancia y el proceso de circulación oscurecen el verdadero origen del valor de las mercancías y encubren la explotación y el robo, las causas contrarrestantes encubren formas de subsunción e imperialismo en nuestra región.

Sin desarrollarlas a profundidad y dejando abierta la posibilidad a la existencia de otras, en el capítulo XIV del tomo 3 de *El Capital*, Marx (1981) enumera como causas contrarrestantes de la caída tendencial de la tasa de ganancia los siguientes procesos: 1) la elevación del grado de explotación del trabajo; 2) la reducción del salario por debajo de su valor; 3) abaratamiento de los elementos del capital constante; 4) la sobrepoblación relativa; 5) el comercio exterior; y 6) el aumento del capital accionario

Un elemento distintivo del neoliberalismo tiene que ver, precisamente, con las causas contrarrestantes relacionadas al capital variable, la primera y la segunda causas enunciadas, aunque dentro de éstas también aparece la cuarta causa en referencia al aumento del ejército industrial de reserva, es decir, a la población desposeída que se encuentra en un plano de desempleo y precariedad cada vez mayor. En la fase neoliberal del capitalismo, misma que se abordará con más profundidad en capítulos posteriores- ha habido un ataque frontal contra los derechos laborales (reducción de niveles salariales y prestaciones laborales, aumento de jornadas de trabajo, dismantelamiento de sindicatos, de contratos colectivos, de estabilidad laboral, de seguridad social, de pago de pensiones, salud, educación y vivienda) lo que tiende a disminuir, por todos los mecanismos posibles, el salario real de los trabajadores. Parecería que entre más se pueda “ahorrar” en los costos asociados al capital variable, mejor. Los conceptos de superexplotación y de intercambio desigual de Marini, son fundamentales para dar cuenta de la manera en que, en América Latina, se da pie a los dos primeros procesos enunciados por Marx como formas contrarrestantes.

Como se dijo anteriormente, el intercambio desigual se da por la compensación de una pérdida de plusvalía en la producción interna de las naciones dependientes. Se aumenta la intensidad del trabajo para aumentar esa plusvalía; o bien se prolonga la jornada de trabajo (aumento de forma clásica de plusvalía absoluta); o se reduce el consumo del obrero más allá de su límite normal. Todo ello como apropiación del trabajo excedente. Estos tres tipos de compensación se dan sobre la base de negar al trabajador las condiciones necesarias para reponer el desgaste de su fuerza de trabajo (Marini, 2008). En las dos primeras formas se obliga a trabajar más de lo normal a la clase obrera, lo que genera un agotamiento prematuro en los sujetos; y en la tercera, la superexplotación consiste en negar el consumo indispensable para conservar su fuerza de trabajo a la clase obrera. Los tres mecanismos de superexplotación del trabajo, que incluso pueden combinarse, significan remunerar al trabajo por debajo de su valor (Marini, 2008, p.127).

El contexto neoliberal de nuestra región ha creado las condiciones para extender los tiempos de trabajo impago y, al mismo tiempo, reducir los costos salariales mediante la anulación de derechos sociales, es decir, cada vez son más las personas que reciben menos salarios, menores prestaciones y trabajan mayores jornadas, ha aumentado el grado de explotación del trabajo tanto por la ampliación de las horas laborales como por la disminución del valor de los salarios. Si a esto se añade la consideración de que muchos de estos trabajos son realizados en un contexto de bajo nivel de productividad (de poco desarrollo de las fuerzas productivas) es evidente que mucho de este trabajo impago está contribuyendo a atenuar, efectivamente, la baja de la tasa de ganancia global.

Por otro lado, en referencia al tercer punto sobre las maneras de contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, América Latina se ha posicionado históricamente como un territorio que facilita el abaratamiento de los elementos del capital constante, mediante el saqueo y despojo de sus recursos naturales. Si partimos de la tercera causa mencionada por Marx, el abaratamiento del capital constante,

en conjunto con la quinta causa contrarrestante que alude al comercio exterior, podemos captar en toda su dimensión y esencia la profundización extractivista que recorre nuestro subcontinente y azota a nuestros pueblos. Ambas toman gran importancia en la dinámica del capitalismo contemporáneo relacionado con nuestra región.

Por un lado habría que decir que el desarrollo industrial en los países centrales necesitó de una gran disponibilidad de bienes agrícolas, medios de subsistencia para la posibilidad del crecimiento de la población urbana europea, la clase obrera industrial. A su vez, fue necesaria la disponibilidad de materia prima industrial para elevar su productividad que le fue proporcionada, en parte, por América Latina. Según Marini (2008), siguiendo a Marx, la contradicción de la baja en la tasa de ganancia puede ser contrarrestada induciendo “una baja paralela en el valor del capital constante”(p.118). La oferta mundial de materias primas industriales y de alimentos aumenta su masa gracias a la región latinoamericana que funciona como proveedora que “no sólo alimenta la expansión cuantitativa de la producción capitalista en los países industriales, sino que contribuye a que se superen los escollos que el carácter contradictorio de la acumulación de capital crea para esa expansión”(Marini, 2008, p.118). En ese sentido, el comercio exterior contribuye a bajar la tasa de ganancia. Más adelante será preciso ahondar sobre este punto en relación al capital constante, los recursos naturales y la cuestión ambiental. Por otro lado, de acuerdo con David Harvey (2005), las contradicciones internas a la acumulación del capital relacionadas a la crisis de sobreacumulación (por el excedente de trabajo y/o de capital, exceso de desempleo y de mercancías que no pueden venderse en el mercado) y, por lo tanto, a la caída de la tasa de ganancia, tratan de ser sorteadas a partir de ajustes espacio-temporales. La incapacidad de acumular a través de la reproducción ampliada, ya sea por tener excedente de capital o de fuerza de trabajo, o por carecer de espacio y tiempo para su reproducción, genera que se tenga que recurrir a devaluaciones sistémicas o a la destrucción de capital; sin embargo también existe una salida a partir de

acumular mediante la desposesión y a partir de la expansión geográfica y la reorganización espacial. Los excedentes pueden ser absorbidos a partir del desplazamiento temporal con inversiones en proyectos a largo plazo y/o gastos sociales, así como a través del desplazamiento espacial con la apertura de nuevos mercados o el desarrollo de nuevas capacidades productivas generando nuevas mercancías; el resultado de ello deviene la mayoría de las veces en la exportación de la devaluación y de la destrucción tanto ecológica como del tejido social en diversas formas (p. 99-100).

Para Harvey la crisis de sobreacumulación está presente desde los años setenta y la volatilidad del capitalismo internacional se debe a que los ajustes espacio-temporales no han funcionado del todo bien. Los capitales de los países centrales tuvieron que buscar ajustes espacio-temporales en otras latitudes, como por ejemplo América Latina, gracias a la lucha de clases y las relaciones que se formarían a partir de la crisis de sobreacumulación en las naciones imperialistas y a la oposición de las clases dirigentes (de la burguesía) a redistribuir la riqueza para generar mejoras sociales. Dichos ajustes se asociaron a la ideología del progreso y del desarrollo así como a una misión civilizatoria (Harvey, 2005, 106-108). Bajo esos términos, a grandes rasgos la acumulación de capital relacionada al poder estatal y financiero a partir de la producción y devaluaciones selectivas “ha sido uno de los más claros y más complejos elementos en la narrativa del desarrollo geográfico desigual y de la política imperialista del periodo iniciado en 1973”(Harvey, 2005, 108). Para Harvey el control sobre instituciones financieras internacionales como el FMI y el BM por parte de naciones como Estados Unidos, ha permitido que las economías de los países más débiles puedan ser manipuladas desfavoreciendo su autonomía y su crecimiento con la apertura de mercados y el llamado libre comercio. Dicho proceso es nombrado nuevo imperialismo por el autor, ligado a la expansión geográfica y a la alianza global entre potencias con liderazgo militar, económico y político liderada por EUA. A partir de ello los mercados internos y las empresas nacionales de varios países quedaron a merced de las empresas transnacionales

estadounidenses, europeas y japonesas, asimismo se supeditaron a la volatilidad e inestabilidad financiera (Harvey, 2005, p.121), sobre este último punto se profundizará más adelante.

Con respecto a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y sus causas contrarrestantes en América Latina y el Caribe, vale decir entonces que dicha cuestión estructural ha generado a lo largo de la historia de nuestra región que exista una mayor dificultad para generar hegemonía por parte de las clases dirigentes. En América Latina y el Caribe nos encontramos frente a una clase dirigente que responde a una burocracia tanto civil como militar; Gramsci argumenta que los elementos de ese grupo social están habituados a mandar políticamente y no económicamente “o sea que en su arte de mando no existe la aptitud para ordenar las cosas (...) en un todo orgánico como sucede en la producción industrial, porque este grupo no tiene funciones económicas en el sentido moderno de la palabra” (Gramsci, 1975, Q13, N23). En el caso de nuestra región, como se ha visto a lo largo del texto, las clases dirigentes latinoamericanas no tienen como tal el control de los medios de producción porque más bien responden a los intereses del capital extranjero ligado a empresas transnacionales y/o a los países centrales; es por ello que las funciones económicas de la clase dirigente regional están en completa desventaja con las funciones económicas de las clases extranjeras y, por lo tanto, las primeras responden a un papel más ligado a la burocracia como tal, a la administración, y no tanto a la producción y reproducción de capital.

2) La segunda contradicción del capital: ¿escasez y finitud de recursos o nuevo mercado global?.

Relacionada a la primera contradicción antes descrita, la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, se encuentra lo que James O'Connor (2001) llama segunda contradicción del capital, ligada a la escasez

de recursos naturales. Para O'Connor ha sido un obstáculo en varios estudios críticos sobre la crisis ambiental el que no se lea el problema desde el significado de la escasez capitalista,

es decir, el proceso por el cual el capital es su propia barrera (¿o límite?) debido a sus formas autodestructivas de proletarización de la naturaleza humana, enajenación de la fuerza de trabajo, apropiación del trabajo y capitalización de la naturaleza externa y de lo urbano (O'Connor, 2001, 8).

Al no tomar en cuenta dichos componentes, de acuerdo con el autor, la crisis ambiental y la escasez de recursos pierde el sentido histórico del desarrollo y acumulación capitalista que co-produce naturaleza. Si bien en el apartado anterior se retoma el análisis de Marx con respecto a las contradicciones del modo de producción, en este apartado se tratará un tema del que Marx escribió poco; según O'Connor, Marx no profundizó con respecto a las maneras en que el capital se limita a sí mismo afectando sus condiciones sociales y ambientales y elevando sus costos de producción, misma cuestión que podría detonar una crisis económica.

De acuerdo con O'Connor (2001), Marx argumenta tres cuestiones fundamentales que permiten brindar las bases sobre la contradicción referida a los límites que genera el capital a partir de afectar el medio ambiente de manera negativa. La primera es que las deficiencias de las condiciones naturales de producción, como las malas cosechas, pueden generar una crisis económica; la segunda es que las 'barreras de producción externas al capital' (por externas se refiere a cuestiones generales que van más allá del modo de producción capitalistas) como cuestiones ligadas al ambiente o al mismo cuerpo humano, etcétera, pueden asumir la forma de una crisis económica; y en tercer lugar, el hecho de que el capital subvalúa la naturaleza, lo que deriva en una gran explotación de los suelos, arruinando su capacidad productiva, y en la gran explotación física hacia la clase obrera, generando un sinnúmero de problemas de salud, etcétera. A partir de esas tres bases, O'Connor plantea que la capacidad destructiva del capital en términos ecológicos "puede elevar los costos de los elementos del capital" (O'Connor,

2001, 8), lo cual incentiva las crisis económicas y de subproducción. Asimismo, señala que las llamadas barreras naturales también pueden ser producidas por el capital, lo que llama una “segunda naturaleza capitalizada”.

A diferencia de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, la segunda contradicción planteada por O’Connor (2001), refiere a la oposición entre las relaciones de producción y las condiciones de producción capitalista.

Con respecto a las condiciones de producción, Marx definió tres, las condiciones físicas externas o elementos naturales, la fuerza de trabajo y las condiciones comunales de la producción social, es decir, la materialidad y la socialidad como base para la generación de mercancías.

Con respecto a ello O’Connor plantea tres preguntas:

(...) ¿crea el capital sus propias barreras o límites al destruir sus propias condiciones de producción?, ¿por qué afecta el capital sus propias condiciones?, y ¿por qué las luchas sociales contra la destrucción de las condiciones de producción afectan potencialmente la flexibilidad y la variabilidad del capital? (O’Connor, 2001, 8)

A éstas responde que, efectivamente, la acumulación capitalista perjudica y destruye sus propias condiciones de reproducción, siendo el cambio climático uno de los mayores ejemplos de ello. Como resultado de tal destrucción aparece la escasez, misma que puede llevar a la subproducción del capital ligada a la subida de costos de producción. Con respecto a las otras dos preguntas, O’Connor señala que el capital requiere de la expansión para poder sobrevivir, por lo tanto le es inevitable ocupar nuevos espacios y generar nuevas mercancías, lo cual genera la afectación directa a sus propias condiciones de reproducción, tanto en términos de naturaleza humana, como de naturaleza extrahumana. En cuanto a las resistencias y los movimientos sociales, estos inciden también directamente sobre la flexibilidad del capital ya que logran impedir, de distintas maneras y a veces de formas mínimas pero exitosas, la

apropiación del capital sobre distintos valores de uso ligados al territorio y a los mismos cuerpos humanos.

Como veíamos en el apartado anterior, existen maneras de contrarrestar las crisis, resultado de los efectos devastadores del capital. En los términos de la cuestión ambiental vista como condiciones para la producción, el capital puede hacer cambios de las condiciones para las fuerzas productivas y también cambiar las relaciones sociales de reproducción de dichas condiciones. Con respecto a los cambios en las fuerzas productivas, estos pueden ir desde cambios tecnológicos hasta la flexibilidad en el uso de nuevas materias primas, misma cuestión que puede llegar a bajar los costos de reproducción de la fuerza de trabajo y que en el final logra elevar las ganancias. Por otro lado, con respecto a los cambios en las condiciones de producción, éstas presuponen la generación de nuevas formas de cooperación entre las empresas y el Estado. También se busca tener mayor control de las condiciones de producción a partir de mayor planeación en varias áreas de la vida, desde la salud, hasta el transporte y los recursos naturales (O'Connor, 2001). De esta forma se puede concluir que las crisis del capitalismo obligan tanto al capital como al Estado a ejercer mayor control y/o planeación sobre las condiciones de producción y circulación. En el caso actual, por ejemplo, se buscan nuevos instrumentos de control y planeación a nivel internacional a través de organismos internacionales de corte ambiental, político, económico y financiero.

O'Connor (2001) argumenta que los movimientos sociales en contra de la devastación ambiental generada por la producción capitalista podrían llegar a restaurar utilidades o reducir costos dentro de determinados sectores del capital, en el caso de ganar en sus demandas (demandas ligadas por ejemplo a la limpieza, restauración o conservación de áreas naturales), es decir, la regulación del ambiente desde lo político y desde el ámbito estatal podrían de hecho ayudar al capital para evitar su propia autodestrucción, asimismo, la misma destrucción del ambiente podría llevar al nacimiento de nuevas industrias para su restauración a partir de tecnologías. Sin embargo, las soluciones tecnológicas

también podrían llevar a la elevación de los costos y al desplazamiento de la contradicción hacia las esferas financiera y fiscal. Aquí O'Connor resalta que dicha reestructuración podría ser funcional para el capital por un lado, pero por el otro no, dependiendo de las magnitudes del problema.

De acuerdo a todo lo anterior, la segunda contradicción del capitalismo se puede relacionar más en términos de valor de uso, y en relación a los costos de los elementos naturales que intervienen tanto en el capital constante como en el capital variable, así como en términos sociopolíticos ligados a las luchas sociales. El autor argumenta que la segunda contradicción refiere a la apropiación y al uso autodestructivo de la fuerza de trabajo, la infraestructura, el espacio urbano y la naturaleza externa, por parte del capital. El término 'autodestructivo' se relaciona con la elevación de costos sociales y naturales relacionados a la explotación.⁵³

No obstante, también desde una visión marxista, John Bellamy Foster hace una crítica a la noción de la segunda contradicción de O'Connor. En principio resalta que los problemas ecológicos y los movimientos sociales en torno a estos no generan automáticamente vínculos con los movimientos y las críticas hacia el modo de producción capitalista, y llama la atención sobre la capacidad del capital para utilizar la devastación como una nueva forma de ganancia, como por ejemplo a partir de la administración y el negocio del desperdicio industrial (Bellamy Foster, 2002).

Asimismo, Bellamy Foster (2002) señala que el enfoque sobre la segunda contradicción "tiende a minimizar las dimensiones completas de la crisis ecológica y de los impactos del capitalismo en el medio ambiente" (p.1), al tratar de enmarcar forzosamente todo dentro de la teoría de la crisis económica. Argumenta que el daño ambiental podría no dañar a la producción en determinados espacios, es decir que la destrucción ambiental no genera automáticamente un incremento en los costos

53 Con relación al incremento de los costos relacionados a la explotación: "los capitales individuales siguen reduciendo los costos de todas las maneras imaginables; al hacerlo tienden, sin darse cuenta, a elevar los costos del capital en su conjunto, poniendo al mismo tiempo en peligro sus propios mercados"(O'Connor, 2001, 8).

capitalistas y que, incluso, los movimientos sociales ambientalistas no aseguran un cuestionamiento a las formas de producción y acumulación capitalista:

(...)si los movimientos sociales buscan contener el daño regulando al capitalismo, no se asegura que lo mismo va a apretar los márgenes de ganancia forzando al capital a reformarse (...) de hecho, provee nuevos caminos para generar ganancia de la destrucción ambiental (Bellamy Foster, 2002, p.1).

Sin embargo, el propósito de Bellamy Foster (2002) no es como tal negar la importancia de la segunda contradicción, de hecho afirma que existen crisis localizadas que pueden ser vistas de tal manera, sin embargo señala que dicha perspectiva puede ser poco acertada al derivar en ideas economicistas y teleológicas que no permitan ver a escala más amplia la contradicción del capitalismo en el sentido ecológico amplio. Asimismo, el autor resalta el concepto de fractura metabólica de Marx que, desde su perspectiva, abarca de manera más amplia la cuestión estructural de crisis capitalista ligada a la alienación de la humanidad hacia la naturaleza y la relación antagónica entre campo y ciudad en el capitalismo.

Por otro lado, de acuerdo con Moore (2015), a lo largo de la historia del capitalismo han existido varias crisis que se han resuelto por medio de lo que Moore llama revoluciones ecológicas, es decir al buscar y encontrar nuevos medios cuantitativos y cualitativos para apropiarse de trabajo/energía de la biosfera. Esas revoluciones se hacen tanto en la naturaleza humana como en la extra-humana. Al hacer más barata la naturaleza y aumentar las partes de ésta que pueden ser apropiadas gratuitamente, el capitalismo se revoluciona, expandiendo el plusvalor ecológico, encontrado en las cuatro naturalezas baratas que se mencionaban en apartados anteriores. Así, tendencialmente se aumenta el valor en la composición de capital al aumentar la capitalización de la naturaleza; la reestructuración del mundo de la acumulación y de las mercancías se ha logrado, entonces, a partir de revoluciones ecológicas

sucesivas; sin embargo, la innovación tecnológica y la expansión geográfica para continuar con la apropiación no procede infinitamente, ya que el mundo en sí es finito (Moore, 2015, p.164); esto último podríamos ligarlo justamente a la cuestión de escasez y la segunda contradicción del capital.

A grandes rasgos se puede argumentar, entonces, que la segunda contradicción se liga a la primera en términos de producción pero, sobre todo, en términos estructurales. Asimismo, las causas contrarrestantes de dicha contradicción suelen ser un mayor extractivismo, nuevas tecnologías y, por su puesto, al igual que lo explicado en el apartado anterior, la expansión del capital hacia nuevos territorios. Cabe señalar que la discusión teórica sobre la segunda contradicción (e incluso sobre la primera) sigue siendo un tema álgido que en este breve apartado sería imposible abarcar en su totalidad, sin embargo ambas aproximaciones resultan importantes de mencionar a en términos generales para los fines de esta investigación.

Como se puede observar a través de los dos incisos relacionados a la crisis histórica del capital, las contradicciones inherentes del modo de producción son imposibles de eliminar, sin embargo las clases dirigentes tienen diversas formas de renovar su hegemonía ligada al plano material y simbólico, cuestión que se profundizará más adelante. Frente a la crisis de acumulación, el capital tiene diversas formas de contrarrestar sus efectos, ya sea a partir del aumento de la tasa de explotación, la destrucción tecnológica con guerras armadas y/o comerciales y la obsolescencia programada,⁵⁴ la financiarización

54 El desarrollo de tecnología como manera de contrarrestar la tendencia decreciente de la tasa de ganancia funciona de manera provisional a partir de dinámicas como la obsolescencia programada, la inversión extranjera directa, la publicidad y la moda, la innovación en medios de producción, etcétera. Sobre la obsolescencia programada, Houtart y Delgado et. al., señalan que ésta ocurre para ‘sobrevivir’ en la competencia acortando la vida medio útil del capital fijo y así obtener tecnología de punta en las empresas. No obstante, la misma obsolescencia programada termina siendo una nueva contradicción ya que disminuye eventualmente la tasa de ganancia al disminuir el costo tecnológico al producto sin poder compensarlo con la reducción del costo laboral. Según los autores, a partir de ello se acaba la época de las

de la economía, y el aumento de la desigualdad en las relaciones Norte y Sur globales (Houtart & Delgado, et.al. 2017, p.24), lo cual forma parte de una especie de aprovechamiento de las mismas contradicciones del capital y su instrumentalización en las relaciones entre países centrales y periféricos (Houtart & Delgado, et.al. 2017, p.99). Asimismo, algo que se retomará más adelante es la causa contrarrestante ligada a la instauración de Estados autoritarios.

A pesar de que en los estudios teóricos sobre la crisis estructural del capitalismo no se retoma como tal la cuestión ligada al género, cabe decir que la división sexual del trabajo entra en crisis cada vez más recurrentes también. El ingreso femenino al mundo del trabajo remunerado trae consecuencias en las formas de reproducción social del capital que afectan a su productividad también. En ese sentido, la lucha feminista y la precarización laboral han incidido en un nuevo factor de crisis ligado a los cuidados y a la posible igualación de la mujer en el mundo laboral, cuestión que está lejos de suceder pero que no se descarta en términos políticos. Como vimos anteriormente, la división sexual del trabajo es necesaria para la reproducción de la clase obrera y, por lo tanto, para la producción de plusvalor, es por ello que los cuestionamientos -cada vez más recurrentes- a dicha división, generan cambios en las formas en que se reproduce la fuerza de trabajo, lo cual, en parte, conlleva a una mayor explotación y por otro lado a un resquebrajamiento de una de las bases fundamentales del modo de producción capitalista.

Por otro lado, cabe recalcar el hecho de que la crisis histórica del capital se ve permeada por diversos problemas para la producción y la reproducción, y frente a ello el capital busca su reestructuración, es

crisis cíclicas del capitalismo e “inicia un capitalismo sin posibilidad clara de generar un nuevo ciclo productivo” y a partir de ello comienza la tendencia masiva hacia la financiarización de la economía, misma que forma parte de una reacción ante los límites de poder acortar la vida útil del capital fijo, siendo esto parte de la crisis sistémica. Dentro de este proceso también se generan más monopolios de empresas transnacionales, ahora basados en los derechos de propiedad intelectual: el monopolio de las patentes, que también funciona como una manera de contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, “patentar el conocimiento significa vivir de la renta monopólica sobre el conocimiento. Es una forma parasitaria y temporal de realizar una renta improductiva” (Houtart & Delgado et.al., 2017, p. 103-104).

decir, un cambio en sus patrones de producción, en sus espacios de acumulación, y una reorganización de sus ramas productivas, para reponer el equilibrio que permita su reproducción. En ese sentido, actualmente, la reorganización de la producción global de capital busca centrarse en la re-adequación del medio natural y en valorizar nuevos espacios dentro del deterioro ambiental y la descomposición social generada por la crisis (Negrete, 2014, p.94-95), lo cual nos lleva a pensar que la crisis ambiental actual puede ser un parteaguas para nuevas modificaciones en las maneras de acumulación capitalista.

Capítulo 3. La crisis histórica del capital: la crisis ambiental como eje rector y la crisis de hegemonía como resultado.

En este capítulo se abordará el contexto actual de la crisis histórica del capital haciendo especial énfasis en las problemáticas ambientales que la caracterizan. El momento histórico en el que vivimos hoy en día implica problemas tanto sociales, como políticos, económicos, de género, etcétera, y todos ellos se relacionan en menor o mayor medida con un aspecto fundamental: la devastación ambiental. El comprender a la crisis ambiental como un problema político y como eje transversal a las diversas problemáticas que surgen a raíz de la crisis histórica del capital resulta fundamental para consolidar una idea que permita la superación del razonamiento binario y dar cuenta tanto de los aspectos estructurales como superestructurales del bloque histórico contemporáneo.

Como se detalló en el capítulo anterior, muchas de las problemáticas que nos aquejan hoy en día son resultado del proceso histórico de mundialización del capital y, por ende, responden al desarrollo de diversos elementos primordiales que son necesarios para la reproducción del bloque histórico actual; no obstante, las clases dirigentes buscan constantemente hacer parecer que dichas problemáticas son resultado de agentes externos o de un mal funcionamiento de instituciones y sujetos aislados. En ese sentido, las clases dirigentes buscan dar continuidad al pensamiento binario que ubica a las crisis como un momento con fechas de inicio y caducidad, y como algo que puede ser solucionado dentro de los mismos parámetros de producción capitalista. La importancia de la perspectiva de bloque histórico para este análisis es, por lo tanto, sumamente importante para dar cuenta de las determinaciones político-culturales y económicas que conducen a la situación actual, así como para dar cuenta de la confrontación entre las perspectivas hegemónicas y las perspectivas que buscan salidas alternativas para comprender la crisis y accionar frente a ella.

Con respecto a ello, en el primer apartado de este capítulo se hace una aproximación crítica hacia las nociones de colapso y catástrofe distinguiéndolas del concepto de crisis; existen algunas perspectivas que señalan el momento actual como un parteaguas del colapso del modo de producción capitalista y de la vida tal cual la conocemos desde una perspectiva crítica, sin embargo, esta investigación se inclina más por entender a nuestra época como un momento de mayores desequilibrios con respecto a la crisis histórica del capital, lo cual puede dar paso hacia una reestructuración y/o reforma del modo de producción y reproducción capitalista, o bien permitir la superación del mismo -a partir de la organización y lucha social desde una amplia variedad de espacios- hacia un nuevo modo de producción guiado por el bien común, el valor de uso y la superación del pensamiento binario. En ese sentido cabe señalar la importancia de no caer en el catastrofismo con respecto a la crisis, al evitar entenderla como un paso irremediable hacia el colapso de la sociedad y/o del planeta entero; para ello el enfoque gramsciano será de gran ayuda al señalar los errores analíticos y políticos que puede ocasionar un pensamiento catastrofista ante los momentos más álgidos de crisis.

Relacionado a ello, en un segundo punto del capítulo se abordan las diferencias que existen entre los conceptos de Antropoceno y de Capitaloceno, mismos que hacen referencia a la era geológica actual; dichos conceptos implican distinciones políticas y epistemológicas fundamentales ligadas a formas diferentes de comprender tanto las causas como las posibles soluciones y resultados de la crisis; en ese sentido también se habla del reconocimiento oficial de la crisis climática como un evento epistemológico y político que conlleva distintos resultados con respecto al lugar de su enunciación.

En un tercer apartado se habla sobre los aspectos generales de la crisis histórica del capital haciendo especial énfasis en la cuestión ambiental como eje transversal. En primer lugar se habla de la crisis económica y financiera, misma que es atravesada por la probable futura escasez de ciertos recursos, así como la influencia que tienen algunos factores ambientales en las economías mundiales. En segundo

lugar se menciona la crisis de hegemonía de EUA como potencia mundial y la nueva multipolaridad debida al asenso político y económico de otros países, lo cual en de cierta forma tiene afectaciones ambientales relacionadas a la disputa por recursos naturales en el contexto de las variadas desigualdades en términos geopolíticos. En tercer lugar se habla de la precarización de la vida en la etapa neoliberal del capital que atraviesa a todo el mundo, aunque de manera desigual; dicha precariedad se desenvuelve en términos de mayor violencia, mayor pobreza, crisis alimentarias y variados problemas relacionados a la devastación ambiental. En cuarto lugar se señala la dificultad actual para la reproducción social ligada en parte a la caída del mito sobre la familia monógama, a la crisis de cuidados y a la violencia patriarcal creciente que también atraviesa por desigualdades en términos ambientales.

En un cuarto apartado se mencionan algunos aspectos de la crisis histórica del capital haciendo hincapié sobre cuestiones de índole ideológico-política relacionadas, también pero no sólo, a lo ambiental. En primer lugar se señala la crisis ideológica ligada a la noción hegemónica de progreso, misma que hoy en día se ve cuestionada por la devastación ambiental. En un segundo momento se habla de la crisis del Estado moderno entendido desde la noción de Estado integral de Gramsci y se relacionará dicho momento histórico con la crisis de hegemonía política ligada a la emergencia climática global actual. En tercer lugar se señala la cuestión de las izquierdas como parte fundamental de la crisis actual, relacionadas por un lado a lo ambiental pero fundamentalmente al momento neoliberal de politización, asimismo se señalarán algunas experiencias políticas dentro de las luchas ambientales que tratan de hacer frente a la crisis desde una perspectiva crítica hacia el capital. En un cuarto momento se habla de las clases dirigentes y sus políticas en torno a dar continuidad al proceso hegemónico dentro de la crisis ambiental haciendo uso de ésta para impulsar determinados mercados y políticas públicas a nivel mundial.

De esta forma, en todo el capítulo se analiza el momento actual de la crisis histórica del capital tanto en términos estructurales como superestructurales haciendo especial énfasis en sus características ligadas a lo ambiental y relacionándolo con lo político; todo ello nos puede llevar a responder una pregunta fundamental: ¿qué tiene que ver la crisis ambiental con los procesos políticos en torno a la crisis histórica del capital en la actualidad?, ¿cuáles son las confrontaciones políticas actuales entre diversas posturas frente a la crisis?, y ¿cuáles son las determinaciones político-culturales que conducen a la situación actual?.

Con respecto a todo ello, resulta importante señalar que la crisis histórica del capitalismo vista desde un análisis crítico y tomando en cuenta la metodología del materialismo histórico requiere de una perspectiva de totalidad que permita dar cuenta de la relación dialéctica que existe entre lo ambiental, lo económico, lo político y lo cultural.

Como se veía en el primer capítulo, para Gramsci la crisis no es más que la intensificación de las contradicciones, no nuevas ni originales (Gramsci, 1975, Q15, N5), del modo de producción capitalista; de la misma forma Georg Lukács diría que “la estructura de la crisis resulta ser, si se la considera más detenidamente, una mera intensificación de la cantidad y la intensidad de la vida cotidiana de la sociedad burguesa”(Lukács, 1969, p.109-110). Hoy en día esa crisis histórica se desarrolla en varios flancos de la vida gracias a la exacerbación de las contradicciones inherentes de la sociedad burguesa bajo el proceso de mundialización. Las problemáticas ambientales, la explotación, la pobreza y la opresión patriarcal, toman fuerza gracias a determinados factores políticos, económicos y culturales que funcionan en pos de una mayor acumulación de capital. En ese sentido, será importante retomar dicha noción de crisis como un momento de exacerbación de cuestiones que subyacen al bloque histórico actual. A continuación, pues, se ahondará en varios de estos aspectos.

3.1 Diferencia entre crisis y colapso

Señalar las diferencias teóricas que subyacen a los conceptos de colapso, catástrofe y crisis implica advertir que la forma de nombrar determinados momentos históricos conlleva ciertos presupuestos ideológicos que favorecen determinadas relaciones políticas; asimismo, resulta fundamental señalar la manera en que el carácter capitalista de las concepciones actúa en la realidad.

De acuerdo con la perspectiva de esta investigación, el concepto de crisis puede ser mucho más efectivo para esbozar un panorama complejo, histórico-político, de la crisis histórica del capital en la actualidad. La misma palabra 'crisis' resuena como un momento de un proceso que puede tener distintos desenlaces, en cambio, las palabras 'colapso' y 'catástrofe' parecieran indicar un fin violento, un momento específico que no se liga a probables procesos histórico-políticos diversos en el futuro.

Por un lado el concepto de catástrofe se puede ligar, a grandes rasgos, a la perspectiva neomalthusiana, donde a partir de la idea lineal de la historia de Robert Malthus (1997) se prevé una progresión exponencial de la población junto con una progresión aritmética de la producción de alimentos, lo cual a la larga generaría escasez alimentaria y una catástrofe que llevaría al declive de la especie humana. Algunos autores han llamado a esto la catástrofe malthusiana.⁵⁵ Por otro lado, el término de catástrofe también ha sido utilizado por autores como Thomas Homer-Dixon, el cual plantea que el estrés energético unido al estrés ambiental y al estrés del cambio climático, entre otras tensiones globales, pueden llevar a una catástrofe para el orden mundial (Estenssoro Saavedra, 2011).

Desde una perspectiva igualmente ligada a conceptos como el de sostenibilidad desde el ámbito antropológico, Joseph Tainter analiza el colapso de sociedades complejas como la civilización maya o

55 Entre ellos Paul y Anne Ehrlich con su polémico libro *La explosión demográfica (El principal problema ecológico)* (1993).

el imperio romano ligándolo a la cuestión energética y al problema de la tasa de retorno. Bajo esa noción, el que las sociedades sean vulnerables al colapso significa que su grado de complejidad se reduce cuando su tasa de retorno de energía ya no es suficiente para sustentarla; por lo tanto, para evitar el colapso sería necesario encontrar nuevas fuentes de energía que permitan continuar con su aumento de complejidad sin reducir la rentabilidad de éstas, y si esto no es posible se llegaría al colapso (Tainter, 1988).

Por otro lado, Dimitri Orlov habla de cinco posibles etapas del colapso, refiriéndose sobre todo a la sociedad estadounidense; en principio el colapso financiero, en segundo lugar el colapso comercial, en tercero el colapso político, en cuarto el colapso social como falta de capacidad en la resolución de conflictos y el quinto como colapso cultural referido a la falta de confianza y de solidaridad entre todos los individuos de la sociedad (Taibo, 2017). Por otro lado, Jared Diamond (2006) también estudia los factores del colapso de las sociedades, tomando la degradación ambiental y/o el agotamiento de recursos como primer elemento, sumado al cambio climático, las guerras, el debilitamiento del comercio exterior y la falta de respuestas efectivas ante los problemas ambientales.

Desde la perspectiva de Carlos Taibo (2017), el colapso se define como un golpe que trastoca de forma irreversible muchas relaciones sociales y que implica la pérdida de complejidad en varios ámbitos de la vida social. Para este autor el colapso "abocará en un momento preciso de hundimiento que marcará un horizonte de irreversibilidad"(p. 34). Aludiendo al ya mencionado Joseph Tainter, Taibo (2017) reitera que las sociedades complejas tienden a necesitar un mayor consumo de recursos, mismo que encamina al colapso de dichas civilizaciones. El posible colapso actual para este autor se sitúa, entonces, en un escenario marcado por la debilidad de las fuentes de energía renovable y por una complejidad social mucho mayor que cuenta con un grado de centralización agudo, mismo que no permite la existencia de espacios que realmente se sitúan al margen de dicho proceso; asimismo, en vista de la globalización,

las consecuencias del colapso no se quedarán en un sólo país o cultura sino que trastocarán a la sociedad a nivel global (Taibo, 2017, p.44-45).

Para Taibo, así como para muchos otros autores, el colapso global es algo “perfectamente imaginable” ya que hay factores que lo indican, por ejemplo,

(...) el cambio climático y el agotamiento de las materias primas energéticas (...) (y otros más) la carestía de otras materias primas, los atentados contra la biodiversidad, los problemas demográficos, el tétrico escenario social, el hambre, la escasez de agua, la extensión de las enfermedades, la atávica marginación de las mujeres, la crisis financiera, el papel represor de los Estados, unas tecnologías fuera de control, la ampliación de la huella ecológica y, en fin, el propio crecimiento económico (Taibo, 2017, p.54).

Debido a los factores anteriores es que se estima que entre 2020 y 2050 podría ocurrir el colapso que llevaría a situaciones catastróficas como la muerte de un gran número de personas, la eventual pérdida de instituciones políticas, el aumento de la temperatura y por ende la escasez alimentaria global, el freno al control y desarrollo tecnológico, el aumento de violencia hacia las mujeres, el colapso de la economía y, en pocas palabras, un panorama de insostenibilidad en todas las áreas de la vida humana, así como el ascenso de movimientos ecofascistas a nivel mundial (Taibo, 2017, p.105).

Las dimensiones especulativas sobre dichos sucesos, si bien se argumentan a partir de un gran número de datos correspondientes, sobre todo, a la cuestión ambiental y a las múltiples violencias en el mundo actual (índices de pobreza, desnutrición, violencia contra las mujeres, analfabetismo, etcétera), son una manera de analizar la realidad basada justamente en las concepciones de colapso y catástrofe que al principio de este apartado se explicaron como ligadas a una idea neomalthusiana, es decir, a perspectivas que corresponden a una lectura de la realidad que si bien toma en cuenta factores

históricos y económicos esto se hace de manera aislada y sin una perspectiva crítica de fondo, es decir, dejando de lado el análisis histórico-político y el aspecto de la praxis social ligada a la lucha de clases y al papel de las dinámicas entre la sociedad civil y la sociedad política.

La crítica de Marx hacia las posturas de Malthus sobre la relación que éste establecía entre población y pobreza y, por ende, con relación a la escasez de diferentes recursos de subsistencia, parte de la identificación de algo más profundo: la privatización de los medios de producción, la explotación del trabajo y, a grandes rasgos, la existencia de una clase social que es dueña de los medios de producción y que deja totalmente desposeída a las demás clases, mismas que deben vender su fuerza de trabajo para obtener un salario y con ello comprar todo lo necesario para su supervivencia, en pocas palabras, la existencia de la lucha de clases dentro del modo de producción capitalista que se detalló en apartados anteriores. Bajo dicha premisa marxista es que se puede identificar, también, un dejo de malthusianismo en algunas posturas de autores que enarbolan el inminente colapso mundial frente al cambio climático y los demás factores antes mencionados; a grandes rasgos el factor de las relaciones sociales económico-políticas al interior de esta problemática, del momento histórico actual y de la probable escasez de materias primas no se entiende desde un pensamiento crítico más allá de las causas de los problemas ambientales.⁵⁶ Si bien algunos autores lo entienden como proceso y en algunos casos (no todos) señalan como causante la producción y el consumo en la era del capital, parecería que se despolitiza el momento histórico y se le somete a una forma de destino o linealidad que no da cuenta del factor de la lucha de clases constante y de su movimiento dentro de la sociedad civil y la sociedad política; como ejemplo de ello presento lo mencionado por Taibo en su libro:

56 Más adelante se abordará la discusión sobre la escasez y la llamada segunda contradicción del capitalismo referida al límite real de los recursos naturales, no obstante, en este apartado me gustaría seguir ampliando la discusión sobre la importancia política que implica el uso de los distintos términos, tanto colapso como crisis, frente a la situación actual de cambio climático y problemas ambientales.

(...) no todas las consecuencias que se atribuyen al colapso son negativas. Basta con mencionar, a título de ejemplo, que este último se suele traducir en una quiebra de impresentables y tradicionales jerarquías, y que permite al tiempo un proceso de descentralización del poder que parece legítimo describir como saludable (Taibo, 2017, p.40).

Bajo la idea anterior, parecería que dicho colapso generaría de forma automática cambios políticos de fondo, cambios en las relaciones sociales y en el modo de producción. No obstante, la misma historia moderna referente al modo de producción capitalista sugiere que a pesar de catástrofes, como las guerras, las pandemias, e incluso los mal llamados “desastres naturales”,⁵⁷ el modo de producción se ha sabido recomponer tanto económica como social y políticamente. La capacidad adaptativa del capital, independientemente de que no resuelva sus contradicciones inherentes, ha sido muy alta en la historia moderna y ello no debería de tomarse a la ligera.

Asimismo, estas aseveraciones generan un tipo de despoltización -o mejor dicho, una politización hacia el pensamiento binario hegemónico y prioriza los valores capitalistas- que asume los cambios políticos sin una verdadera disputa por la hegemonía por parte de las clases antagónicas.

Cuando uno lee los cientos de textos que existen relacionados al inminente fin del mundo por la crisis ambiental, no es raro experimentar una suerte de ansiedad y depresión que en muchos casos podría llegar a la parálisis política, es decir, a pensar que el mundo va a cambiar con o sin el movimiento social en el amplio sentido de la palabra; parecería que el rumbo está predestinado y que el accionar político está de más frente al colapso. Esto en términos políticos reales y estratégicos puede llegar a ser de suma importancia para las mismas clases dominantes, es decir, funciona como contrapeso

57 Los desastres naturales responden, en su mayoría, a desastres de infraestructura y de pérdida de vidas humanas debidas a sucesos ambientales que están ligados por completo a las formas sociales y civilizatorias, es decir, no son factores externos a los humanos aquellos que generan los desastres. Esto se puede ligar a la superación de la concepción binaria que escinde a la sociedad de la naturaleza, cuando en realidad son una unidad dialéctica.

ideológico frente a los movimientos sociales que continúan (porque siempre han existido) a cuestionar el sistema y el modo de producción actual.

Entonces, de acuerdo a los argumentos anteriores, el uso del término colapso y otras veces catástrofe, puede implicar despolitización y un análisis superfluo en términos históricos y político-económicos. Es por ello que en esta investigación se utiliza el término crisis entendido desde una perspectiva crítica y como proceso histórico que no tiene un destino específico. La perspectiva de Antonio Gramsci en referencia al tema de la crisis es, en ese sentido, sumamente valiosa.

Como se explicó en el primer capítulo de esta investigación, Gramsci, en sus Cuadernos de la Cárcel, hace todo un análisis histórico-político sobre la crisis y sus efectos en la hegemonía de las clases dirigentes, se basa en algunos momentos específicos como la Revolución Francesa, el Risorgimento italiano y la Revolución rusa, a partir de los cuales logra enriquecer su aparato teórico crítico; cabe resaltar que todo su análisis se liga por completo a su accionar político en términos reales dentro de su militancia comunista. Durante el período de 1929 a 1935, escribiría sus Cuadernos donde apuntaba el hecho de que la crisis no debe ser entendida de manera catastrofista, es decir, la crisis por sí misma no es un factor que genere un cambio económico, ideológico político o social, es decir que el modo de producción capitalista, a pesar de entrar en crisis constantes por sus contradicciones inherentes, es capaz de reinventarse y revolucionarse.

Para Gramsci la hegemonía de la clase dirigente reside tanto en la alta capacidad de acumulación capitalista como en sus trincheras dentro de la sociedad civil, y en ese sentido, como veíamos en el primer capítulo, la sociedad civil es el campo en donde se lleva a cabo la lucha de clases:

(...)la sociedad civil se ha vuelto una estructura muy compleja y resistente a las "irrupciones" catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etcétera); las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna (Gramsci, 1975, Q13, N24).

Desde esa perspectiva es que los momentos de crisis se entienden como un proceso en donde las luchas al interior de la sociedad civil pueden llevar tanto a la reestructuración de un modo de producción específico como a la disputa por el cambio; es por ello que la sociedad civil funciona como una serie de trincheras que contienen la variedad de formas donde las clases dirigentes pueden moldearse y readecuarse frente a las múltiples complicaciones que surjan en momentos de crisis.

A partir de esta perspectiva es que el concepto de crisis resulta más adecuado que aquel de colapso para los fines de esta tesis, ya que supone una visión mucho más totalizante y politizada de lo que puede implicar una situación como la actual en términos tanto ambientales, como económicos, políticos y sociales.

Desde la misma línea del pensamiento crítico ligada a esta concepción de crisis gramsciana se encuentra la apreciación de István Mészáros (2009) sobre el momento actual. Para éste, el capitalismo "está experimentando hoy en día una profunda crisis que ya no podría continuar siendo negada ni siquiera por sus propios voceros y beneficiarios" (p.48). Mészáros entiende la etapa actual como un momento de crisis estructural general del capitalismo, es decir que no es una crisis coyuntural sino que comprende una crisis mucho más fundamental, lo que en esta investigación llamamos exacerbación de los elementos de la crisis histórica del capital,

(...) combinada con las crisis cíclicas bajo el capitalismo, que afecta a todas las formas concebibles del sistema del capital como tal, no sólo al capitalismo. La crisis estructural se hace valer en forma de una activación de los límites absolutos del capital como modo de reproducción metabólica social (Mészáros, 2009, p.226).

Dicha forma de abordar este momento histórico difiere, entonces, de la manera en que se plantea desde la idea de colapso ya que, a pesar de que utiliza la noción de *límites absolutos*, no se refiere a estos en

términos de finitud con respecto a una sociedad o al planeta como tal, sino a las contradicciones mismas que subyacen a la acumulación de capital. Bajo esta perspectiva también alude a que la crisis actual se extiende a todos los ámbitos de la vida y que incluso “quebranta nuestra relación con la naturaleza, minando las condiciones fundamentales para la supervivencia del género humano” (Mészáros, 2009, p.226). Si bien habla de la afectación que esta crisis puede generar para la humanidad, no apunta que ésta terminará, a manera de estatuto, por completo con la sociedad y con las relaciones sociales actuales ya que, a su vez, menciona cómo el capital consigue manipular sus contradicciones para continuar permaneciendo, a pesar de que nunca las resuelve y que cada vez se vuelven más contraproducentes para el mismo sistema.

Mészáros (2009) apunta que no sólo es una crisis política ni sólo una crisis económica, sino que es una crisis estructural de las instituciones capitalistas de metabolismo social en su conjunto, y que es la mayor crisis económica en la historia humana, misma que se liga a todos los demás ámbitos de la sociedad. Como veremos en los apartados siguientes, los rasgos característicos de la crisis histórica del capital en la actualidad van desde la cuestión económica-financiera, la consiguiente precarización de la vida, las nuevas dificultades para la reproducción social y los cuidados, entre otras, que llevan por consiguiente a una crisis de hegemonía política de las clases dirigentes, ligada a la incapacidad de resolución de conflictos y problemáticas por parte de los grupos en el poder.

Asimismo la crisis actual posee una característica novedosa ligada a lo ambiental que antes no se tomaba en cuenta, misma que “podría poner en peligro la relación social de fuerzas dominantes en el régimen del capital” (Mészáros, 2009, p.80), por lo que desde las mismas clases dirigentes se intenta diluir por medio de supuestas soluciones individualizantes y mercantiles como en el caso de la economía verde, o bien por medio de proyectos de geingeniería; no obstante, estas supuestas soluciones no han dado resultado y, es más, a menudo han generado nuevas problemáticas, tal es el

caso de algunas energías renovables que se sustentan en el despojo de tierras y en técnicas que terminan por dañar ecosistemas específicos; un ejemplo de ello es el de la energía eólica en México.⁵⁸

Así, desde esta perspectiva, a la crisis actual entendida como un proceso dentro de una situación de relaciones de fuerzas y lucha de clases, se le suman características que antes habían estado ausentes en lo inmediato como el tema de lo ambiental,

(...) porque ahora hay que estimar, por lo menos, los límites absolutos de la existencia humana –tanto en el plano militar como en el ecológico– independientemente de lo distorsionadores y mistificadores que puedan ser los instrumentos de medición de una contabilidad socioeconómica capitalista (Mészáros, 2009, p.89).

La presión que surge sobre la mera supervivencia de nuestra especie es la novedad de esta crisis, ya que la cuestión ambiental no puede seguir siendo soslayada por las clases dirigentes; en ese sentido es que a veces puede resonar la palabra colapso o catástrofe, sin embargo, desde una posición crítica es importante señalar que las contradicciones del capital siempre han resonado de forma negativa en la mayor parte de la población humana y no humana en términos de explotación y muerte, lo cual no ha llevado como tal al fin de la civilización aunque sí al exterminio de ecosistemas y poblaciones enteras; en todo caso, más allá de los términos colapso o catástrofe, parece más razonable hablar de *escalas de exterminio* en la crisis que no llevan en sí mismas al fin de una civilización o de un modo de producción como tal. Las escalas de exterminio en el capitalismo son cada vez mayores y frente al cambio climático éstas tienden a exacerbarse como nunca antes se ha visto, sin embargo, ello no implica que las relaciones de explotación cesen.

58 La energía eólica en México se ha impuesto a partir de algunas empresas del sector privado en lugares como Oaxaca, con los Parques Eólicos gestionados por empresas españolas y francesas. En 2011 se instaló Demex con ventiladores cerca a comunidades zapotecas sin consultar a sus habitantes, mismos que se han visto afectados por el ruido y la contaminación generadas por los ventiladores. Asimismo, el proceso para la instalación de dicha infraestructura ha constado en la tala masiva de árboles, la contaminación de tierras y mantos acuíferos, y la muerte de cientos de especies de aves y demás animales voladores.

Por otro lado, habría que señalar las nociones de progreso y avance como algo igualmente cuestionable, éstas dejan ver el hecho de que el modo de producción de capital ya no pueden sortear de manera despreocupada los niveles de destrucción a los que ha sometido al mundo y a la humanidad; en ese sentido, las escalas de exterminio de la crisis histórica del capital son, actualmente, más preocupantes que nunca para toda la sociedad.

Entonces, desde una perspectiva del pensamiento crítico se puede decir que la crisis histórica del capital se encuentra en un punto donde el exterminio de muchas formas de vida humana y no humana puede ser una realidad y donde se están sobrepasando límites ambientales nunca antes vistos. No obstante, ello no significa que automáticamente este momento histórico lleve a un fin de las relaciones capitalistas ni a un fin de la humanidad como tal, simplemente es una época en la que se juegan muchos ámbitos, de la vida social y ambiental, que pueden ser disputados en el ámbito político económico a partir de las mediaciones entre sociedad política y sociedad civil, como lo veíamos con el análisis de la crisis que detalla Gramsci.

En la misma línea de crítica al catastrofismo me parece importante mencionar los aportes de autores como Jason Moore (2015), Geoff Mann y Joel Wainwright (2018), que escriben sobre el momento de crisis climática actual ligándolo a una perspectiva política amplia.

Jason Moore (2015), a grandes rasgos, se opone a la idea del colapso de la naturaleza como tal, ya que sugiere que “la naturaleza no puede ser salvada ni destruida, solo transformada” (p.53); parte de una noción donde la naturaleza no está escindida de la sociedad, sino que la misma sociedad forma parte de ella, que la humanidad y el medioambiente se co-producen, una ecología-mundo donde las civilizaciones no actúan sobre la naturaleza sino que se desarrollan como un todo en conjunto, en lo que llama la red de la vida, donde se definen las relaciones de poder y de producción (Moore, 2015, p.54). Los límites del capitalismo, son límites de una forma de organizar a la naturaleza, no límites

como tal de la naturaleza. No obstante, si bien se puede hablar de transformaciones en la naturaleza y de sus relaciones, no hay que descartar el daño ambiental que genera el modo de producción capitalista en ésta.

La elaboración propuesta por Moore sugiere que se puede cambiar la relación de la humanidad con la naturaleza, que al mismo tiempo es la relación de la humanidad consigo misma. Bajo esa idea se advierte una crítica al catastrofismo y a la noción de colapso como tal, ya que se sugiere un momento en donde pueden existir transformaciones políticas y sociales en la naturaleza comprendida como totalidad y como co-producción, ligada a la lucha de clases:

We are frequently warned of the alleged dangers of civilizational collapse. But is the collapse of capitalism -a civilization that plunges more than a third of its population into malnutrition- really something to be feared? Historical experience suggests not (Moore, 2015, p.94).

La cita anterior sugiere que pensemos más allá del catastrofismo que deviene de la idea de colapso civilizatorio; Moore señala un aspecto de nuestra civilización -la desnutrición de un tercio de la población- como algo que no debería de existir en un mundo civilizado, es decir, alude a que el capitalismo no es una civilización que pueda colapsar, de hecho se erige en el colapso y en la catástrofe, en la desgracia de seres humanos y no humanos, misma cuestión que no puede pasarse de largo al hablar de colapso.

Por otro lado, desde la filosofía política y la crítica a la economía política, Geoff Mann y Joel Wainwright (2018) critican la idea de catástrofe ambiental ya que, desde su visión, ésta puede llevar a una paralización política y a una falta de acción: “en un momento en que la izquierda de todo el mundo debe reinventar los medios para vivir juntos, no podemos aceptar la muerte como inspiración”(p.33).

Esta frase de los autores denota el ahínco por politizar la crisis ambiental desde una ideología de

izquierda que haga una crítica al modo de producción y sobre todo a las relaciones sociales que éste promueve, y es justamente esto lo que tratan de dar cuenta en su texto ya que argumentan que la crisis tiene un carácter manejable, mismo que forma parte del problema que se debe afrontar políticamente: “para abordarlo, no necesitamos aprender a morir sino a pensar, a vivir y a revelarnos” (p.33); y apelan a la historia para evitar recurrir a una visión catastrofista:

(...) si nuestra coyuntura actual parece especialmente inestable, aterradora o incluso apocalíptica, resulta útil recordar que no es la primera vez en la historia que ese sentimiento ha sido generalizado. En efecto, lo que Arendt llama la ‘conciencia sobre la posibilidad del fin del mundo’ es lo suficientemente común para tener una historia propia (Mann & Wainwright, 2018, p.53).

Desde esa perspectiva, los autores argumentan que, así como en los tiempos de guerra, el cambio climático actual plantea problemas políticos para los que las clases dirigentes y el orden político no tienen respuestas ni soluciones; es por ello que enfatizan que en el momento actual existe la disputa política, donde la capacidad de la lucha social y de la disputa por una hegemonía alternativa se vuelve fundamental: “antes de aceptar que la civilización está muerta, necesitamos luchar para crear una verdaderamente civilizada” (Mann & Wainwright, 2018, p.34). De esta forma abordan la politización del cambio climático y sus posibles vertientes a futuro tomando en cuenta la lucha de clases en el terreno de la ideología.

A partir de todo lo anterior se puede argumentar que el término de crisis resulta fundamental para hacer un análisis crítico del momento actual tomando en cuenta una gran cantidad de aspectos en donde lo ambiental resulta un factor novedoso. Desde esta perspectiva, es importante incluir una visión sobre las relaciones entre sociedad civil y sociedad política desde un punto de vista histórico para evitar caer en

análisis superfluos y poder caracterizar el momento con mayor precisión tomando en cuenta varios aspectos históricos, económicos, políticos, ambientales y sociales.

Frente a la adversidad que supone la exacerbación de las contradicciones en la crisis histórica del capital puede ser fácil caer en supuestos donde se argumente que estamos al borde del colapso, sin embargo, siempre hay que tomar en cuenta que la destrucción y el exterminio dentro del capitalismo ha sido un factor constante a lo largo de su historia. Hoy en día nos encontramos frente a mayores grados de devastación ambiental y social, frente a escalas de exterminio nunca antes vistas, no obstante, esto no implica el fin de la sociedad o del planeta, implica únicamente, aunque no es cosa menor, una exacerbación de la lucha de clases y de la disputa por otros mundos posibles.

3.2 El reconocimiento oficial de la crisis climática y las diferencias políticas entre el Antropoceno y el Capitaloceno.

Shut down a coal plant, and you can slow global warming for a day; shut down the relations that made the coal plant, and you can stop it for good (Moore, 2015, p.175)

Con respecto al apartado anterior surge una cuestión ligada, también, a las concepciones que se tienen sobre la crisis ambiental actual, sobre el cambio climático y, sobre todo, con respecto a las causas que la originan.

El reconocimiento de la crisis ambiental actual por parte de instituciones internacionales se dio alrededor de 1950 cuando la Organización Meteorológica Internacional se convirtió en la Organización Meteorológica Mundial (OMM); en tal momento se comenzó a argumentar que la producción humana estaba incidiendo en el metabolismo ambiental y los medios naturales de manera negativa (Negrete, 2014, p.284). El protocolo de Kyoto fue la culminación de un proceso de reconocimiento de la crisis

ambiental, sobre todo del cambio climático, y el inicio de la implementación de contratendencias y negociaciones en torno a dicha problemática a partir de un gran número de Conferencias, Informes, cumbres, reuniones, grupos de expertos, etcétera.⁵⁹

De acuerdo con el Informe Especial del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático (IPCC por sus siglas en inglés) de 2018 sobre los impactos del calentamiento global de 1,5°C, se estima que las actividades humanas han causado, aproximadamente, el aumento de un grado centígrado en la temperatura global con respecto a los niveles preindustriales, con un rango probable entre 0,8 °C y 1,2 °C, es decir, el proceso de calentamiento global actual tiene un rasgo ineludiblemente antropógeno. Según el IPCC, de continuar la tendencia es muy probable que entre 2030 y 2052 se aumente 1,5 °C. La tendencia prolongada de calentamiento global data desde la época pre-industrial, pero es a partir de 2006 que se ha detectado una temperatura media global en la superficie superior 0,87°C, es decir, más alta que el promedio de 1850 a 1900. De acuerdo con el IPCC, entonces, el calentamiento global tiene su principal causa en la actividad antropógena y está aumentando en promedio 0,2°C cada decenio; dicho aumento es resultado tanto de las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) actuales y también por las acumuladas históricamente; cabe mencionar que, de acuerdo con este informe, los efectos de este cambio climático durarán de siglos a milenios (IPCC 2018).

De igual forma, en el Sexto Informe sobre Perspectivas del Medio Ambiente Mundial, GEO 6 (UN Environment, 2019), se argumenta que las actividades antropógenas denominadas insostenibles, son las causantes de la degradación de los ecosistemas de la Tierra y del deterioro de los cimientos ecológicos de la sociedad. Según el GEO6, la degradación del medio ambiente, incluyendo la biodiversidad, la atmósfera, los océanos, el agua y la tierra, tiene repercusiones negativas en la salud humana, siendo que

⁵⁹ A partir de su firma, y hasta noviembre de 2021 se han celebrado 26 conferencias: 26 COPs más una que fue doble en dos países, la COP6 (Holanda y Alemania).

el mayor impacto negativo se relaciona a “la contaminación atmosférica, seguido de la contaminación del agua, la degradación de la biodiversidad, los océanos y el medio ambiente terrestre”(UN Environment, 2019). Se afirma que las dinámicas y tendencias de las poblaciones humanas, sobre todo la presión demográfica, y el desarrollo económico, “son los principales impulsores del cambio ambiental”(UN Environment, 2019). Según el informe, en 2018 la población mundial ascendía a 7500 millones de personas y se estima que para 2050 habrá casi 10 mil millones de personas.⁶⁰ Sobre el mismo tema, la población humana global se ha incrementado en 105% desde 1970 de una manera desigual en todas las regiones del mundo, ha pasado de los 3.7 a los 7.6 mil millones de habitantes (IPBES, 2019). Asimismo, de acuerdo con el informe, la rápida urbanización y la aceleración de la innovación tecnológica influyen en el cambio ambiental negativo ya que la urbanización se expande a ritmos acelerados y se prevé que para 2050 el porcentaje de población urbana mundial aumente al 66%, siendo que el 90% crecimiento urbano se estima que será en África y Asia (UN Environment 2019).

Por otro lado, el Informe de mayo de 2019 de la Plataforma Intergubernamental de Ciencia y Política sobre Biodiversidad y Servicios de los Ecosistemas (IPBES, 2019) concluye que los cinco responsables directos de los cambios e impactos negativos en la naturaleza a nivel global actualmente son, en primer lugar, los cambios en el uso de la tierra; en segundo la explotación directa de organismos; en tercer lugar el cambio climático; en cuarto la contaminación; y por último las especies exóticas invasoras. Con respecto al primer factor, es notorio que esto tiene que ver ineludiblemente con el despojo y la privatización de tierras a manos de las grandes empresas, de la burguesía, que buscan acrecentar su producción (y por lo tanto su acumulación y ganancia) a gran escala de alimentos, ello nos remite a lo mencionado en capítulos anteriores con respecto a los procesos de acumulación originaria.

60 El ascenso poblacional que deriva en mayores problemáticas ambientales, de acuerdo con el GEO6, ocurre por factores como la mayor esperanza de vida, la menor mortalidad infantil, la falta de empoderamiento de las mujeres y su falta de acceso a servicios de salud sexual y reproductiva que influye en las altas tasas de natalidad, y el acceso desigual a la educación.

Según la IPBES, también hay impulsores indirectos de los impactos negativos en la naturaleza, entre los que se encuentran: el aumento de la población y el consumo per cápita; la innovación tecnológica que en algunos casos aumenta el daño a la naturaleza; temas de gobernabilidad y rendición de cuentas; y la interconectividad global que genera extracción de recursos y producción en lugares del mundo específicos para satisfacer las necesidades de consumidores de lugares completamente lejanos a los primeros. En términos reales, según este informe, las acciones humanas han alterado significativamente tres cuartas partes del ambiente terrestre y alrededor del 66% del medio ambiente marino (IPBES, 2019).

Asimismo, en su último informe de 2021 el IPCC ha señalado que el cambio climático en la actualidad responde, en gran medida, a las emisiones de GEI y que éste, inevitablemente, llevará al aumento de 1,5°C en los próximos veinte años. De acuerdo a dicho informe, el hecho de que no se lleven a cabo acciones urgentes en contra de la emisión de GEI en la atmósfera podría ocasionar, incluso, un mayor aumento de la temperatura a nivel global, y probablemente el aumento entre 2,5 hasta 4°C por cada duplicación de la cantidad de CO₂ en la atmósfera (Plumer & Fountain, 2021). Asimismo, se indica que las actividades de los seres humanos son las responsables del cambio climático, sobre todo las actividades relacionadas a la quema de combustibles fósiles desde el siglo XIX.

A grandes rasgos se puede observar que la mayoría de los informes de organismos internacionales apuntan a las actividades humanas como las principales responsables de la crisis ambiental actual pero nunca se destaca a la actividad industrial capitalista, también antropógena, como la actividad imperante; no obstante, a lo largo de los textos también se habla de un proceso histórico en donde se explica el cambio considerable en términos ambientales, se habla de las diferencias entre la época pre-industrial y nuestra época, así como la rapidez con la que se han degradado y contaminado los ecosistemas y se ha calentado la tierra en las últimas décadas, sobre todo a partir de 1970. Por ejemplo,

en el GEO6 se explica que, aproximadamente, desde 1880 la temperatura media de la tierra ha aumentado entre 0.8° C y 1.2° C, y en la última década se produjeron 8 de los 10 años más cálidos en la historia registrada (UN Environment, 2019). Bajo esa misma lógica, el informe de la IPBES señala que desde 1980, las emisiones de GEI se han duplicado y como consecuencia las temperaturas globales se han elevado 0.7°C en promedio. En consonancia con el informe del IPCC, la IPBES argumenta que en comparación con los niveles de la época preindustrial en 2017 había un grado centígrado de diferencia en la temperatura global promedio, y en general se ha aumentado en promedio 0.2°C por década. Asimismo, el promedio de aumento anual en el nivel del mar en las últimas dos décadas es de 3mm; el nivel medio global del mar ha aumentado de 16 a 21 cm desde 1900. Desde 1980 se han aumentado las GEI en 100%, lo cual provocó el aumento de la temperatura global en al menos 0.7°C. Desde esa misma década la contaminación plástica se ha multiplicado por diez y el consumo mundial per cápita ha aumentado 15% (IPBES, 2019).

Por otro lado, el GEO6 reporta que los centros urbanos y sus barrios periféricos han crecido por un factor de 2,5 desde 1975 y en 2015 representaban el 7,6% de la superficie terrestre mundial; ello provoca, entre otras cosas, islas térmicas urbanas, así como afectaciones en el ciclo hidrológico y en las funciones del suelo (UN Environment, 2019). Según el IPBES, desde 1992, las áreas urbanas han crecido a un ritmo exponencial, se han duplicado mundialmente. Asimismo, el turismo ha aumentado 49% su huella de carbono de 2009 a 2013, siendo que el 8% del total de las emisiones de GEI provienen del transporte y el consumo relacionado al turismo (IPBES, 2019). Con relación a las cuestiones hídricas, apunta que la calidad del agua ha empeorado desde 1990, esto por la contaminación de agentes patógenos, plaguicidas, fertilizantes, plásticos, etcétera. Asimismo, desde 1970 se han perdido el 40% de los humedales del mundo, mismos que amortiguan los efectos del cambio climático y mejoran la calidad del agua, ello como consecuencia del desarrollo agrícola, la

urbanización, el desarrollo de infraestructura y la explotación excesiva de recursos hídricos. Sobre el mismo tema, el documento de la IPBES señala que, el 85% de los humedales que existían en 1700, se perdieron para el año 2000, y la pérdida de humedales es tres veces más rápida que la pérdida de bosques actualmente.

En términos de biodiversidad, el GEO6 señala que, entre 1970 y 2014 la abundancia de las poblaciones de especies de vertebrados se redujo en 60%, y se ha documentado una drástica disminución de polinizadores. Asimismo, el informe de IPBES detalla que desde el siglo XVI, 680 especies de vertebrados se han extinto y el 9% de las razas de mamíferos domesticadas para la alimentación y la agricultura se extinguieron en 2016, mil razas de estos animales se encuentran amenazadas actualmente. La tasa actual de extinción de especies es cientos de veces más elevada en comparación con el promedio de los últimos 10 millones de años y ésta continúa a acelerarse. Cabe decir que hoy en día hay un millón de especies en peligro de extinción y la abundancia de especies nativas en la mayoría de los hábitats terrestres ha disminuido al menos 20% desde inicios del siglo XX al tiempo que el número de especies exóticas invasoras por país ha aumentado en un 70% desde 1970. Asimismo entre los años 1970 y 2000 se disminuyó en 10% la extensión de praderas de pastos marinos, y desde 1870 se ha perdido el 50% de cobertura de coral vivo de arrecifes a nivel mundial (IPBES, 2019).

Por otro lado, de acuerdo el mismo informe, el valor de la producción agrícola ha aumentado en 300% desde 1970, la extracción de madera ha aumentado 45% (de tala y recolección de madera) y su expansión ha sido a expensas de los bosques en un 50% aproximadamente; se han perdido 290 millones de hectáreas de cobertura forestal entre 1990 y 2005. Cada año se extraen aproximadamente 60 mil millones de toneladas de recursos renovables y no renovables en todo el mundo, duplicando lo que se extraía en 1980. Desde la década de 1970 ha aumentado exponencialmente la producción agrícola, la captura de peces, la producción de bioenergía y la cosecha de materiales, esto en respuesta, según el

informe, al crecimiento de la población y por tanto a la creciente demanda de consumo, asimismo el rápido desarrollo tecnológico requiere de más recursos. De acuerdo con el informe de IPBES, la distribución de dicha producción se ha dado de manera desigual entre los diferentes países del mundo, así como su ritmo de expansión. La producción agrícola se ha expandido hacia ecosistemas antes intactos, sobre todo en los trópicos donde se hallan los niveles más altos de biodiversidad, como ejemplo está el caso del bosque tropical en América Latina, de 1980 al año 2000 se perdieron 100 millones de hectáreas por el crecimiento de la ganadería. Como consecuencia de estas actividades y su expansión el 23% de áreas de tierra han reducido su productividad debido a la degradación del suelo.

A partir de estos atisbos históricos señalados en los distintos informes se puede observar que, si bien la actividad antropógena es la causante de la degradación ambiental y el cambio climático en términos generales, en realidad la problemática se remonta a actividades humanas de ciertos periodos históricos y de ciertos ámbitos productivos para fines específicos. Si tomamos en cuenta que la actividad antropógena no se reduce a los últimos dos siglos de historia, se puede concluir que no son como tal las prácticas humanas aquellas causantes de las problemáticas ambientales actuales, sino que éstas se deben a determinadas formas de actividades antropógenas ligadas a un periodo histórico determinado, mismo que forma parte de la época del capitalismo moderno, de la actividad industrial y de la era del uso de energías/combustibles fósiles. Asimismo, si se toman en cuenta las cifras relacionadas al incremento de áreas urbanas, de turismo y de producción agrícola, ganadera e industrial, se puede inferir que la actividad antropógena de la actualidad también se relaciona a una cuestión de clase ya que impera la forma de vida burguesa, es decir, la forma de vida que necesita de la explotación del trabajo y de la naturaleza para reproducirse con el fin de acumular capital. La forma de vida burguesa está intrínsecamente ligada al modo de producción capitalista para existir, mismo que requiere de una mayor expansión de la vida urbana a la par de una mayor producción en masa en las áreas agrícolas y

ganaderas para el aumento de la población como ejército industrial de reserva, como se explicó en el segundo capítulo de esta tesis.

Si bien en estos informes de organismos internacionales se mencionan cifras que hacen referencia al modo de producción, en ninguno de ellos se menciona como tal la cuestión de clase, y a pesar de que se habla en términos históricos sobre la degradación del medio ambiente dejando claro que el modo de producción y consumo actuales son gran parte del problema, aquello no se señala de manera contundente. Entonces, a pesar de la valiosa información que los informes internacionales detallan sobre el cambio climático y la crisis ambiental en general, es importante señalar que estos carecen, en su mayoría, de una perspectiva crítica sobre el modo de producción actual y en consecuencia, aunque en los más recientes informes se indica la prevalencia de GEI en la atmósfera como una de las principales causas del calentamiento global, la respuesta inmediata en torno a políticas públicas a nivel internacional sólo sugiere detener la emisión de dichos gases, pero nunca un cambio de paradigma en torno al modo en el que estos se producen y para lo que estos se utilizan.

Con respecto a ello vale la pena hacer mención de un debate importante en torno a las distintas posturas que existen sobre las causas de la crisis ambiental actual, con el fin de dar cuenta, también, de la manera en que actúa el carácter capitalista dentro de distintas concepciones. En términos amplios, el debate entre nombrar a nuestra era geológica como Antropoceno o Capitaloceno es un claro ejemplo de la lucha ideológica que subyace a dichos informes y posturas internacionales; éste responde a un debate político relacionado a la lucha de clases y a las relaciones de fuerza entre el pensamiento hegemónico de las clases dirigentes y las visiones críticas ante ello.

A inicios del siglo XXI, Paul Crutzen y Eugene Stoermet (2000) propusieron el término de Antropoceno para describir la era geológica actual, haciendo la distinción con la era geológica anterior, el Holoceno. La era geológica del Antropoceno sería explicada como aquel momento en el que la Tierra

experimenta cambios drásticos debido a la presencia y actividad humanas, cambios ligados al ámbito geológico, morfológico y climático a partir del primer periodo industrial. Ha habido grandes debates en torno al momento específico del inicio del Antropoceno como época geológica; si bien Crutzen argumentaba su inicio a partir de la primera Revolución Industrial, Steffen et. al. (2015) argumentan que el cambio geológico comenzó a partir de lo que llaman “La Gran Aceleración” que comienza aproximadamente en 1950, el momento del boom en varias ramas de la producción y del consumo de masas. Incluso también se podría argumentar que el cambio se remonta a los años 1600, con el inicio del colonialismo europeo en América, la ocupación y despojo de territorios, el inicio de grandes cultivos, de talas masivas, etcétera, dando comienzo a la expansión de la acumulación de capital.

A partir de muchos debates en varios espacios académicos, el concepto de Antropoceno lograría tener la hegemonía entre los estudiosos de Ciencias de la Tierra; para 2011 la Unión Internacional para la Investigación sobre el Cuaternario (INQUA) y la sociedad estudiosa de la estratigrafía, concluiría que la época geológica del Holoceno ya terminó, dando paso al Antropoceno como la posible época geológica actual. En un estudio más reciente relacionado a dar continuidad sobre el concepto de Antropoceno como Era geológica, Steffen et. al. sugieren que “ahora la actividad humana rivaliza con las fuerzas geológicas al influenciar la trayectoria del Sistema Tierra” (Steffen et. al., 2018) y tiene altas capacidades para alterar las futuras trayectorias del planeta. En dicho estudio se hace una diferenciación entre las sociedades alrededor del mundo, destacando que todas han tenido un impacto distinto en cuanto a la presión sobre el Sistema Tierra.⁶¹

A pesar de esto último y volviendo a los estudios hegemónicos desde organismos internacionales, en los informes del IPCC no se encuentran estudios sobre la distinción de los impactos por país o por empresas en relación a la emisión de GEI, lo único que se destaca es la concepción de emisiones antropogénicas en general como las principales causantes del cambio climático que se han acumulado

61 De acuerdo con Steffen, et. al., (2018) el Sistema Tierra incluye a la biosfera, el clima y las sociedades en su conjunto.

históricamente desde 1850 (IPCC, 2018, cap.3). A pesar de ello, el hecho de que desde varias comunidades científicas se debata y retome el concepto de Antropoceno resulta muy importante porque representa el hecho de que la humanidad es capaz de entender que su actividad tiene repercusiones sobre su externalidad:

si el Holoceno ha terminado, es prueba de que hemos entrado en un nuevo período de inestabilidad: la Tierra se vuelve sensible a nuestra acción y nosotros, los humanos, ¡nos convertimos un poco en geología! (Latour, 2017, p.132).

Bajo esa misma línea, en términos filosóficos y antropológicos, Bruno Latour ve en este evento (el de nombrar la nueva era geológica como Antropoceno) una cuestión importante con respecto a la crítica y el cuestionamiento a la modernidad, ya que logra develar lo inverosímil de la diferenciación occidental entre lo humano y la naturaleza (Latour, 2017, p.163).

A pesar de la gran importancia que tiene todo aquel debate e información, quedan varias cuestiones de índole política y económica silenciadas en aquellos estudios internacionales hegemónicos; es por ello que se torna fundamental relacionar la cuestión antropogénica de manera diferenciada, ya que más allá de culpabilizar a toda la especie humana, el cambio climático y la crisis ambiental en general son ocasionados por determinadas actividades humanas ligadas al modo de producción y relacionadas a una cuestión de clase, de género, de raza y de geopolítica.

De esta forma, a pesar de que el término Antropoceno sugiere ciertos señalamientos hacia las sociedades actuales, existen algunas críticas hacia éste, argumentando que el término correcto debería ser Capitaloceno. Entre los autores que abogan por el uso del término Capitaloceno están Elmar Alvaer y Jason Moore. Estos se basan, sobre todo, en rescatar la idea de Antropoceno relacionada a la época industrial, pero evitan diferenciar la cuestión de la producción industrial como tal de lo social y lo político, es decir que, a partir de una crítica profunda a la separación liberal entre economía y política,

sugieren que el término Antropoceno podría desligar la cuestión económica de lo político propiciando únicamente reformas y no cambios estructurales en el sistema para evitar el cambio climático. Alvater (2014), por ejemplo, argumenta que el Capitaloceno puede referir a una fase interna de la mundialización capitalista.

Como se vio en apartados anteriores, Jason Moore sostiene que el capitalismo es un régimen ecológico⁶² y que los límites de la humanidad en la naturaleza son históricos y se crean a partir de la capacidad de co-producción entre una y otra como un todo. En ese sentido es que sustenta una visión histórico-política para entender los orígenes del problema del cambio climático y pensar sus posibles soluciones. Desde su perspectiva, Moore hace una crítica a la noción de Antropoceno argumentando que ésta lleva a entender a los humanos como una serie de vectores que impulsan la Gran Aceleración, como un todo indiferenciado que produce la crisis planetaria; si bien elogia los trabajos sobre el Antropoceno ya que ayudan a trazar el problema y a describir lo que ocurre en términos ambientales, argumenta que estos no señalan la manera en que la humanidad co-produce patrones y relaciones de poder y producción dentro de la naturaleza. Para Moore, la noción de Antropoceno separa las categorías de humanidad por un lado y naturaleza por el otro, es decir, sigue fomentando una visión dualista que constriñe la capacidad de comprender las contradicciones del modo de producción capitalista. Desde una perspectiva no dualista (desde la dialéctica), señala que el cambio histórico se da a partir de la naturaleza humana y la naturaleza extra-humana, y deja de entender al medio ambiente como objeto al entenderlo como una relación, “hacer-medioambiente”, a partir del cual se ha llegado a una etapa de una nueva era geológica, el Capitaloceno.

En su debate sobre el Antropoceno, sugiere que las fuerzas conducentes para el cambio de la era geológica no fueron como tal el carbón o el vapor, sino la clase, el capital, el imperialismo y la cultura; eludir lo anterior significaría naturalizar las desigualdades, la alienación, el patriarcado y la violencia

62 Por régimen ecológico se refiere a los patrones durables de gobernanza, a las tecnologías de innovación, a la estructura de clases y a formas organizacionales que propulsionan fases sucesivas de la acumulación mundial desde el siglo XVI.

del modo de producción actual, resultando en una narrativa engañosa y simplista donde toda la humanidad tendría que pagar por igual los resultados de su actividad:

Con la concepción de Antropoceno, los patrones de diferenciación y coherencia de lo histórico-geográfico, se borran y se llega a un simplismo que incentiva varios problemas: en primer lugar un neo-malthusianismo sobre la población; en segundo una visión donde los recursos y la tecnología generan el cambio histórico; tercero, un concepto de escasez abstraído de las relaciones históricas del capital, clase e imperialismo; y cuatro, una meta-teoría de la humanidad como agente colectivo sin reconocer las fuerzas del capital y del imperio que han construido la historia mundial moderna (Moore, 2015, p. 174).

Dicha concepción, entonces, alude al pensamiento dualista y cartesiano que forma la base de la ideología capitalista actual. Es por ello que, desde un método histórico-político, Moore sugiere priorizar las relaciones de producción y no sus consecuencias ambientales para comprender el problema de la crisis y el cambio climático, localizando los orígenes del mundo moderno en el asenso de la civilización capitalista después de 1450, con el inicio del colonialismo y la mercantilización global. De esta forma se vuelve mucho más sencillo diferenciar entre civilizaciones, tomando en cuenta las distintas relaciones de valor que cada una tiene así como sus concepciones de riqueza, en el caso de la civilización capitalista donde, por ejemplo, el trabajo/energía extra humano es tomado como algo ausente del valor de cambio. Asimismo, critica lo que él llama el fetichismo de la industrialización y el fetichismo de los combustibles fósiles para dar cuenta de las verdaderas relaciones sociales y ecológicas que subyacen a dicha co-producción de la vida actual. En ese sentido, las diferencias teóricas que señala el pensamiento crítico marxista entre valor de uso y valor de cambio se vuelven sumamente pertinentes para dar cuenta de que los distintos modos de producción también conllevan distintas formas de comprender la vida y las formas de trabajo e intercambio; en el bloque histórico actual, el

valor de cambio, es decir la ganancia sustentada en la explotación del trabajo obrero, se superpone al valor de uso de una manera sumamente irracional si se toma en cuenta el resultado desastroso del capitalismo en estos momentos de su crisis histórica; el valor de uso es aquello que podría imperar en caso de que no se supeditara toda la actividad humana al lucro y a la acumulación de capital por medio de la explotación, sino que se supeditara al bienestar humano y no humano.

De acuerdo con Moore la crisis actual es resultado de la “descomposición de las estrategias y relaciones que han sostenido la acumulación de capital desde hace cinco siglos”(Moore, 2015, p.13) y dentro de ésta el cambio climático es un factor que sugiere la internalización del cambio biosférico como resultante de dos siglos en los que se dio apertura a la atmósfera para ser un basurero planetario de desechos de la producción industrial capitalista (Moore, 2015, p.267).

Desde una visión parecida, Houtart y Delgado, et. al. (2017) hablan de un fracaso sistémico del capitalismo (p.15), en el que se ha conjurado una fractura metabólica debida a la imposición del ritmo de reproducción de capital produciendo daños ambientales, en muchos casos irreversibles, perturbando el metabolismo de los ciclos biológicos naturales y transgrediendo los límites biogeoquímicos del planeta también denominados fronteras planetarias.⁶³

Entonces, el término Capitaloceno permite comprender las relaciones de producción y reproducción como una totalidad, concepción que se opone al pensamiento binario y que tiene consecuencias específicas sobre la vida en la Tierra. El término de Antropoceno sin una crítica al capitalismo y a sus bases ideológicas que tratan de dar continuidad a dicho binarismo puede resultar, entonces, falto de una

⁶³ Las fronteras planetarias son aquellas que dan cuenta de “la transgresión o erosión de los ciclos biogeoquímicos”, lo cual tiene como resultado el incremento de la temperatura global, el aumento del nivel del mar, la erosión de los suelos, entre muchos otros, a estos también se les llama “límites a la perturbación antrópica de procesos críticos del planeta Tierra” (Houtart & Delgado, 2017, p. 154). El concepto de fronteras planetarias propuesto por Steffen et. al. es una alerta para tomar medidas que impidan el punto de no retorno y se dividen en dos niveles, por un lado los límites centrales ligados al cambio climático y la integridad de la biósfera, y por el otro límites más pequeños que no conducen a un nuevo estado de la naturaleza aunque pueden incidir en éste. La perturbación del metabolismo entre seres humanos y medio ambiente cancela la continuidad de los ciclos naturales de reproducción y de su retorno (Houtart & Delgado et.al., 2017, p.17).

perspectiva de totalidad y esto puede ser un factor efectivo para la expansión ideológica del capital ya que la distinción sociedad/naturaleza favorece un análisis reduccionista social sobre las tendencias de la crisis actual al no señalar la exclusión histórica que se ha dado entre la explotación y la apropiación, dejando de lado muchas veces la importancia que ha tenido el trabajo impago, la explotación, para la valorización de capital. De esta forma, el entender a la crisis ambiental como un resultado de la actividad humana sin distinguir a ésta con respecto de las relaciones sociales de producción puede llevar a la continuidad de las mismas formas de explotación bajo nuevos discursos o, incluso, sobre nuevos recursos (Moore, 2015, p.70).

A partir de la noción de Capitaloceno, entonces, se puede dar cuenta de las diferencias en la co-producción de los problemas ecológicos, políticos, económicos y sociales actuales desde una perspectiva histórica con respecto a la clase y al lugar que se ocupe en términos geopolíticos. En ese sentido se pueden señalar a ciertos actores como los principales causantes de la crisis climática actual. De acuerdo con Hansen y Kharecha, et. al. (2013), la tasa anual de emisiones de CO₂ por país para 2012 era de 26.9% para China y de 14.5% para Estados Unidos, dejando a todos los demás países del mundo con porcentajes muy bajos de emisiones a comparación de estos dos. En el mismo estudio se indica que las emisiones acumuladas de CO₂ de 1751 a 2012 corresponden al 26% para Estados Unidos, el 10.7% para China y el 7.3% para Rusia. Asimismo, las emisiones per cápita de 2012, es decir, las toneladas (Tn) de CO₂ emitido por persona sólo en el 2012, ascendían a más de 4 Tn por persona en EUA y en Australia, a 4 Tn en Canadá y a 3.7 Tn aproximadamente en Rusia. En las emisiones acumuladas de CO₂ por persona desde 1751 hasta 2012, Reino Unido y EUA tienen aproximadamente 300 Tn, y Alemania más de 250 Tn; dejando a estos países muy por encima de la media global de emisiones de CO₂ per cápita en término históricos que ronda alrededor de 50 Tn (Hansen & Kharecha, et. al. 2013, Figures 11 - 12, p.17).

Sobre esa misma línea la Agencia Europea de Medio Ambiente (2017) indicó que para 2017 Estados Unidos generaba el 14.75% de las emisiones mundiales a pesar de representar sólo el 4.4 de la población global, mientras que China generaba el 28.6% con 19.15% de la población y en 2018 ambos países incrementaron sus emisiones en 3.1% y 2.5% respectivamente. Asimismo, de acuerdo con dicho estudio, la Unión Europea reunida es el tercer emisor de contaminantes; en 2015 los principales contaminadores del viejo continente fueron Alemania, Reino Unido, Francia, Italia, España y Polonia. De esta forma, del total de 194 países en el mundo, 36 son responsables del 80% de las emisiones y estos son los países más ricos del mundo, así, en general se puede decir que aproximadamente el 20% de la humanidad consume el 80% de los recursos del planeta. De la misma forma, de acuerdo con el informe de IPBES, el PIB per cápita en los países desarrollados es 50 veces más alto que en los países menos desarrollados lo cual incide de manera proporcional en el consumo de energía per cápita (IPBES, 2019). Con todo ello podemos ver que los países ricos, con mayor desarrollo industrial y mayor poder político por parte de sus grupos dirigentes a nivel internacional, cuentan con altos grados en el consumo de energía y por lo tanto generan muchas más emisiones de GEI, mientras que los países del llamado Tercer Mundo consumimos mucho menos recursos y contribuimos menos al calentamiento global, América Latina contribuye con alrededor del 5.4% de emisiones, (aunque en crecimiento) teniendo alrededor del 8.59% de la población global, aunque Brasil y México son los países con mayores emisiones (CEPAL, 2016). De esta forma, se puede relacionar la noción de División Internacional del Trabajo, descrita en capítulos anteriores, con la diferenciación que existe entre países al hablar de emisiones de GEI, en esos términos cabe señalar que los países con mayor desarrollo industrial y con grupos dirigentes fuertes y hegemónicos a nivel internacional, son aquellos mayormente responsables por el exceso de GEI en la atmósfera actualmente.

Igualmente, cabe decir que, según un estudio de Carbon Disclosure Project, las ciudades a nivel mundial ocupan sólo el 2% de la superficie terrestre y, sin embargo, consumen dos terceras partes de la energía mundial al tiempo que emiten aproximadamente el 80% de las emisiones de GEI (Carbon Disclosure Project, 2018), lo cual se puede relacionar de manera crítica a la división persistente en el modo de producción capitalista entre campo y ciudad; como vimos en capítulos anteriores, el despojo de tierras hacia las y los campesinos por parte de la naciente burguesía sería un parteaguas para el desarrollo de la acumulación capitalista, ésta necesitaría imponer una visión dicotómica del mundo que estableciera una superioridad del valor de cambio sobre el valor de uso, donde al mismo tiempo prevaleciera la superioridad del desarrollo económico en las ciudades. En la actualidad, las ciudades generan mayor porcentaje de GEI, tienen mayores índices de población y mayores índices de violencia, la contradicción entre valor de cambio y valor de uso termina siendo hoy más visible si comparamos las formas de vida entre el campo y la ciudad en términos de mayor o menor emisión de GEI.

Bajo esa misma línea, de acuerdo con John Saxe Fernández, la fracción dominante de la cúpula política de los Estados Unidos, la clase dirigente internacional, es una de las principales promotoras del aumento de GEI en la atmósfera (Saxe Fernández, 2018). Asimismo, es importante señalar la responsabilidad histórica de ciertas firmas y empresas directamente relacionadas a la extracción y uso de combustibles fósiles: sólo 90 corporaciones son las principales responsables de la crisis climática, entre las que se encuentran Chevron, Exxon, BP y demás productoras de petróleo, gas natural, carbón y cemento, que en total generaron 914,000 millones de toneladas de emanaciones de CO₂ entre 1854 y 2010, lo que equivale al 63% de la generación mundial de CO₂ industrial (Saxe Fernández, 2018).

Con base en lo anterior, es un hecho que la producción y el consumo dentro de la sociedad capitalista se da de manera desigual, y relativo a esto es importante señalar que organismos internacionales como la OCDE apoyan financieramente a actividades como la agricultura a gran escala con aproximadamente

100 mil millones de dólares anuales, mientras que la mayor producción mundial de alimentos -que rara vez obtiene recursos económicos de grandes instancias internacionales y/o gubernamentales- proviene de pequeñas propiedades de tierras manejadas bajo formas campesinas comunales diversas, mismas que mantienen una rica agrobiodiversidad (IPBES, 2019), lo cual puede llevar a concluir que los mismos organismos internacionales hegemónicos apoyan en cierto sentido las formas de producción que devienen insostenibles para el planeta y, al mismo tiempo, promueven una visión acrítica del problema en términos económicos y políticos.

A partir de todo ello podemos dar cuenta de que las actividades humanas, antropógenas, en general no son todas iguales y no todas emiten la misma cantidad de GEI ni generan las mismas problemáticas ambientales, es por ello que el nombre de Capitaloceno para esta nueva era geológica resulta más adecuado para este análisis. Las causas para encontrarnos en esta nueva era geológica, el Capitaloceno, son de corte económico-político ligadas a la producción y reproducción del capital que implica grandes diferencias entre naciones y entre clases con respecto a la explotación y uso de recursos para la producción y el consumo.

Por otro lado, habría que recalcar el hecho de que los conceptos utilizados para nombrar un momento dado están atravesados siempre por cuestiones ideológicas y políticas. En el caso del concepto de Antropoceno al igual que en el caso de los señalamientos con respecto a las actividades antropógenas, estos suelen utilizarse por los organismos internacionales al hablar de la problemática ambiental actual para evitar hacer mayores cuestionamientos al modo de producción capitalista y, sobre todo, a la influencia de ciertas naciones y empresas sobre el cambio climático. En ese sentido resulta interesante argumentar que las clases dirigentes, con los organismos internacionales como parte de sus intelectuales orgánicos, se encargan de crear opinión pública específica que impida criticar las relaciones existentes y sólo entienda al problema como una cuestión externa a éstas, es decir, dar

continuidad a un pensamiento dualista en donde el problema ambiental aparezca como un factor externo al modo de producción. Los intelectuales orgánicos de la clase dirigente buscan, entonces, organizar ciertos elementos de la sociedad civil a partir de generar cierta opinión pública (Gramsci, 1975, Q7, N83) con respecto a la manera en que se comprende hoy en día el cambio climático y la crisis ambiental, poniendo como verdad absoluta el hecho de que toda esta situación catastrófica se debe a la acción de los humanos en general y con ello evitar cuestionar la explotación en todos sus diferentes ámbitos.

De cierta forma la opinión pública en la actualidad tiene tres vertientes con relación a la crisis climática; por un lado vemos dos posturas desde la clase dirigente: a) el negacionismo ligado a la extracción y uso intensivo de combustibles fósiles, donde aparece también un discurso y actuar relacionado a la geoingeniería y b) el desarrollo sostenible enfocado a energías renovables, y el uso de términos como 'actividades atropógenas' para hablar de las causas de la crisis en términos generales sin hacer distinciones de clase social ni de lugar geopolítico. Por otro lado tenemos el enfoque anti-capitalista que culpa a la explotación ligada al modo de producción por la devastación ambiental. Por supuesto que las dos primeras posturas son las que cuentan con mayor peso dentro de la opinión pública, y de hecho nos encontramos frente a un panorama en donde la lucha ideológica entre el negacionismo y el desarrollo sostenible está creciendo día con día; es por ello necesario generar las disputas necesarias para que dentro de la opinión pública también se fortalezca el tercer enfoque que hablaría del Capitaloceno como el culpable real de la catástrofe ambiental.

A partir de todo lo anterior es importante recalcar el hecho de que los conceptos que usamos para referirnos a cualquier problema, ya sea de tipo ambiental o no, siempre tienen un presupuesto político detrás; es por ello que el concepto de Capitaloceno resulta ser un término más adecuado en relación a los objetivos de esta tesis que son, en parte, dar cuenta a partir de la teoría crítica de las formas en que

las clases dirigentes se posan frente a la crisis histórica del capital y, sobre todo, frente a su aspecto de crisis ambiental. A continuación se profundizará en el análisis crítico sobre la crisis ambiental en general, ello con el fin de adentrarnos en el estudio de las relaciones políticas que se insertan dentro del tema haciendo referencia a la crisis de hegemonía.

3.3 Aspectos generales de la crisis histórica del capital y medio ambiente en la actualidad.

1) La crisis económica y financiera, crisis ambiental y escasez de recursos.

Desde la economía política se pueden ubicar varias crisis de los ciclos económicos en la era del capitalismo, la crisis europea de 1870 a 1890, la crisis intercontinental de 1929 a 1944, la crisis cuasimundial de 1971 a 1991, la crisis cíclica mundializada del capitalismo que estalló en 2008 y que aún persiste, la cual se caracteriza por incluir los impactos de las tres crisis anteriores (Arizmendi, 2016, p.10), y tal vez una última referida a la recesión mundial con respecto a la baja de producción y de consumo, así como al desempleo, a partir del 2020 ligada a la pandemia por coronavirus.

Si se retoma la amplia historia sobre los procesos dentro del capitalismo, es un hecho que éste requiere reactivar sus ciclos económicos para no perecer y por ello, en las fases actuales, el capital se enfocó, sobre todo, en el crecimiento del capital que deviene interés y el capital ficticio, mismos que, de acuerdo con Fontes (2010), fomentan la producción y la masa monetaria pero que, a su vez, generan un exceso de concentración y sobreproducción de bienes que no terminan de realizarse en el mercado,⁶⁴

llevando a que la acumulación capitalista no encuentre formas de ser rentable. Esto a su vez genera una

⁶⁴ De acuerdo con Enrique Casais Padilla, el problema de la realización tomó una mayor relevancia en la década de 1980 cuando el sector financiero tuvo que tomar un papel crucial para la solución de dicho problema aumentando el endeudamiento para asegurar un “reciclaje” de las plusvalía hacia los ingresos rentistas. La financiarización supondría, también la reducción de la parte salarial y un mayor desequilibrio de la economía mundial. (Casais Padilla, E. en Ortiz Wadgymer, 2015. p 66).

profundización de la superexplotación del trabajo por medio de una gran subordinación de la clase trabajadora a la apertura de nuevos espacios del mercado para la concentración y la acumulación, así como la mercantilización de las relaciones sociales (Fontes, 2010).

Desde una perspectiva parecida, Mézáros señala que la especulación parasitaria permitió un gran aumento de la economía financiera, provocando una gran crisis en las ramas productivas de la industria lo cual llevó a la desaceleración de la acumulación de capital, lo que en términos reales hace crecer la miseria y el desempleo a escala global por un lado, y por el otro acrecienta la corrupción y los fraudes institucionales (Mézáros, 2009, p.29-36). En momentos como éste, la contracción de la tasa de ganancia se trata de contrarrestar con el acrecentamiento de los monopolios y con la intensificación de la tasa de explotación, sin embargo, de acuerdo con el autor, dentro de dicha crisis económica se ha vuelto imposible restablecer cierto equilibrio (Mézáros, 2009, p.131).

En términos concretos, el crecimiento del sector financiero-especulativo ha sido bastante importante desde las últimas décadas del siglo XX hasta nuestro presente. La economía financiero-especulativa se divide en varios segmentos y actualmente es treinta veces mayor que la economía real o productiva; en ese sentido, la acumulación monetaria parecería estar dissociada de la acumulación productiva (Bonefeld, 2013). A partir de ello ha existido un cambio en la correlación de poder dentro de las clases dirigentes, es decir, la burguesía del sector productivo ha perdido poder frente a la burguesía del sector financiero; de acuerdo con Harvey estamos frente a una tercera fase del dominio global burgués donde, a partir del capital financiero, se busca una mayor movilidad geográfica de todas las formas del capital con el fin de dar continuidad a la acumulación (Harvey, 2005, p.112). Esta tercera fase resulta mucho más volátil y depredadora en términos de lo que el autor llama acumulación por desposesión y ésta se ha facilitado gracias a los llamados ajustes estructurales que han sido impuestos por organismos financieros internacionales como el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI)

que han promovido una serie de privatizaciones del sector público, una mayor entrada de capitales extranjeros, y una deuda creciente, sobre todo, para los gobiernos de los países dependientes (Harvey, 2005, p.112). Así, los organismos financieros internacionales como el FMI, el BM y la Organización Mundial del Comercio (OMC) "representan el eje fundamental de la arquitectura financiera internacional actual"(Houtart & Delgado, et.al., 2017, p.136).

En 2007 ocurrió una de las mayores crisis financieras ligada a la caída de la bolsa en Wall Street, que a su vez se trasladó a Europa de manera rápida, afectando sobre todo a los países más débiles como Grecia, Portugal, España e Italia, ello por la dinámica recesiva que eventualmente también afectaría al resto del mundo. Dicha crisis estalló por la inestabilidad y la volatilidad de los mercados financieros como consecuencia de la bursatilización y del abandono de controles y regulaciones (Casais en Ortiz Wadgyamar, 2015, p.70), asimismo esto fue resultado de que los gobiernos tanto de EUA como de Europa "dieron rienda suelta a la especulación basada en turbios negocios inmobiliarios y financieros derivados, además de sostener el crecimiento en un sobreendeudamiento externo, anormal" (Ortiz Wadgyamar, 2015, p.15). Y a pesar de que aquella crisis estalló en la esfera financiera se extendió rápidamente al conjunto de la economía real afectando al mundo entero. De acuerdo con Luis Sandoval Ramírez, a pesar de la caída de las bolsas de valores en el mundo como la de Wall Street en 2001 y en 2008,⁶⁵ la especulación financiera sigue en aumento y ha logrado proporciones extraordinarias, lo cual a su vez ha incrementado el parasitismo (Ortiz Wadgyamar, 2015).

A partir de la crisis se generaron préstamos gigantescos para las grandes corporaciones financieras y bancos (los llamados Too big to fail) con bajas tasas de interés por parte de los gobiernos, con el pretexto de evitar la caída del resto de la economía mundial (Casais en Ortiz Wadgyamar, 2015, p.70), y

65 En 2001 ocurría la caída de las Torres Gemelas, lo cual tendría repercusiones sobre el capital financiero sobre todo, y para 2008 se "caería" Lehman Brothers ligado al mega banco de Citigroup. (Houtart & Delgado, et.al., 2017, p.111)

para 2011 se entraría en una desaceleración global como producto del endeudamiento de esos países (Ortiz Wadgymar, 2015, p.15). Por otro lado, el hecho de que los bancos se salvaran a partir de fondos públicos no significó lo mismo para el sector público, mismo que sufrió grandes pérdidas (Casais en Wadgymar, 2015, p.77) ocasionando un aumento de la pobreza relacionado a la misma expoliación financiera, la quiebra de empresas, el desempleo, la disminución del consumo y el incremento del endeudamiento para los gobiernos, así como el aumento de déficit fiscales, lo cual sería respaldado por la persistente aplicación de políticas neoliberales (Sandoval en Ortiz Wadgymar, 2015).

Todo lo anterior generó nuevas tensiones en el capital-imperialismo contemporáneo que, poco a poco, han llevado a una deslegitimación del sistema capitalista neoliberal al poner sobre la mesa el hecho de que la supervivencia se facilita para grandes agentes económicos (Casais en Ortiz Wadgymar, 2015, p. 71) pero no para los grupos subalternos ni para los países dependientes. De esta forma, las experiencias de las últimas décadas frente a los colapsos financieros y sus repercusiones sobre la economía real y la vida de grandes sectores de la población, evidencia la insuficiencia de la estructura económica global que se sostiene bajo un discurso que promociona el desarrollo (Houtart & Delgado et.al., 2017, p.136) pero que en realidad, al favorecer a los grandes capitales, termina por generar grandes problemas económicos en la mayoría de los países. A partir de todo ello, es importante recalcar que, como se decía en el apartado anterior, el valor de cambio, el lucro y la ganancia capitalista, se ha puesto por encima del valor de uso en todos los sentidos, siendo el capital financiero su más viva expresión; en la época del neoliberalismo, el bienestar social ha quedado completamente relegado y subsumido frente a los grandes capitales y los valores individualistas.

Desde el análisis de relaciones de fuerzas, la situación económica y financiera descrita anteriormente remite a la cuestión estructural donde el grado de desarrollo de las fuerzas materiales del capital ha llegado a un punto que permitió el avance y el control hegemónico del capital financiero sobre los

demás grupos de la burguesía. Sin embargo, la clase dirigente ligada al ámbito financiero no ha podido sortear del todo las crisis sin afectar de lleno a los otros grupos dirigentes del capital, esto ha generado una crisis al interior de la misma burguesía ya que mientras que el capital financiero prospera, el capital industrial encuentra diversas dificultades para incrementar sus ganancias, dando como resultado crisis económicas constantes que no han podido resolverse y ni siquiera aminorarse conforme pasan los años. Por otro lado, dentro de dicha situación económica y financiera se encuentra un rasgo más que suma a la crisis, la cuestión ambiental referida a los límites para la continuidad de la reproducción capitalista que se generan en torno a la escasez y la finitud de recursos naturales.

Como hemos visto, en la era del capital se han generado una serie de perturbaciones en el metabolismo y en los ciclos y equilibrios bióticos naturales lo cual resulta en degradación ambiental; todo ello implica que varios aspectos del medio ambiente, que son fundamentales para el capital en términos de materias primas, se agoten o impliquen mayor dificultad para su extracción lo cual resulta en una desaceleración de la acumulación y reproducción del capital, es decir, se presenta como un límite para la continuidad de la valorización y, por lo tanto, para la reproducción social capitalista. En ese sentido, de acuerdo con Negrete, hoy nos encontramos frente a la primera crisis planetaria de la valorización del valor ya que por primer vez “se rebasa la interioridad y exterioridad de las condiciones generales de la producción y acumulación del capital” (Negrete, 2014, p.97), lo cual se liga completamente a dicha fractura metabólica y a la segunda contradicción del capital que se explicaba en capítulos anteriores.

Como se decía en apartados anteriores, históricamente las crisis recurrentes en el capitalismo han generado la emergencia de equilibrios temporales, como recursos contingentes a las contradicciones inherentes del capital que buscan cierto balance entre sus antagonismos, sin embargo esos antagonismos podrían estar llegando a un límite (Negrete, 2014, p.212), lo cual es sin duda un rasgo importante en cuanto a la exacerbación de la crisis histórica del capital. Si bien la reproducción del

capital se logra sólo a partir del desarrollo ampliado de sus propios límites y contradicciones, hoy esos límites están generando una exacerbación de la crisis nunca antes vista por la barrera que representa la escasez de recursos naturales frente al excesivo extractivismo a partir de los últimos dos siglos.

Desde una perspectiva histórico-crítica, Moore (2015) habla sobre la politización de la crisis ambiental y el cambio climático, enfatizando su carácter histórico y político como crisis de capitalización y apropiación de lo que él llama las cuatro naturalezas baratas descritas en capítulos anteriores.⁶⁶ El progresivo agotamiento de éstas trae como consecuencia la dificultad de capitalizarlas y/o apropiarlas. En relación a la noción de crisis marxista sobre el plano de la sobreacumulación y super producción, para Moore la crisis se caracteriza por el descenso del plusvalor ecológico.⁶⁷ En ese sentido, identifica al circuito del capital como una relación socio-ecológica donde la tasa de ganancia es inversamente proporcional al valor de las materias primas, “mientras más baratas sean las materias primas y la energía, más alta será la tasa de ganancia” (Moore, 2015, p.100). En la actualidad existen evidencias de que los costos de producción están aumentando y el crecimiento de la productividad laboral está desacelerándose, tanto en la agricultura como en la extracción y en la industria; entonces, frente al aumento de costos por el agotamiento de las naturalezas baratas, las clases dirigentes (todas ligadas a la acumulación de capital) buscan encontrar, asegurar y apropiarse de dichas naturalezas (nuevas y viejas) para poder resolver los problemas de acumulación actuales, a partir tanto de la explotación como de la

66 La fuerza de trabajo (añadiendo no sólo la fuerza de trabajo obrera asalariada sino también la fuerza de trabajo doméstica ligada al rol femenino en el patriarcado), los recursos naturales, los alimentos y la energía. Dicha crisis corresponde al agotamiento de estas cuatro naturalezas baratas (Moore, 2015, p.198).

67 El plusvalor ecológico es la proporción de la masa del sistema de capital hacia el sistema de apropiación de trabajo/energía impagos; cuando se ponen en movimiento pequeñas cantidades de capital y se apropian grandes volúmenes de trabajo/energía impagos, los costos de producción caen y la tasa de ganancia se eleva. El plusvalor ecológico emerge históricamente a partir de la expansión del comercio cuando nuevos regímenes de acumulación combinan el saqueo y la productividad, juntando los cercamientos de nuevas fronteras geográficas (incluyendo recursos subterráneos) y nuevas revoluciones científico-tecnológicas en la productividad del trabajo, luego de la 2ª Guerra Mundial. Los grandes avances en la productividad del trabajo han sido posibles a través de grandes expansiones del plusvalor ecológico, por ejemplo el fordismo con el acero barato. Así, las Cuatro Naturalezas Baratas, en forma de plusvalor ecológico al ser éstas en su mayoría gratuitas, materializan nuevas oportunidades para permitir la acumulación de capital (Moore, 2015, P.98-108).

apropiación. Moore detalla con un análisis histórico el proceso que llevó al descenso de la naturaleza barata que se consolidaría aproximadamente en 2003, “para 2003 el plusvalor ecológico dejó de subir y comenzó a bajar (...) y su indicador más claro fue el aumento de precios de metales, energía y alimentos” (Moore, 2015, p.236), como resultado de las contradicciones de la agricultura neoliberal⁶⁸ así como del extractivismo.

Una cuestión que cabe resaltar referida a la escasez y/o finitud de recursos, es aquella ligada al aspecto de las fuentes energéticas y de minerales que resultan fundamentales para los procesos productivos en la actualidad, varias de esas fuentes han llegado o están en proceso de llegar a su cenit o "peak". El peak oil, o cenit petrolero, se estableció como concepto en 1956 por King Hubbert, un geofísico que detalló un modelo exponencial sobre la curva de producción de un campo petrolero a lo largo del tiempo que sirve para calcular “la tasa de producción y su declive por disminución de la presión o empuje del agua contenida en los yacimientos de los campos petroleros de EE. UU” (Houtart & Delgado, et.al., 2017, p.319). Bajo esos términos, hoy existen varios estudios que indican que se alcanzó el peak oil entre 2005 y 2010 a nivel mundial, aunque también existen algunas perspectivas que indican su llegada hasta 2040; lo cierto es que en décadas anteriores por cada barril consumido de petróleo se descubrían seis, y hoy a pesar de las nuevas tecnologías, por cada siete barriles consumidos se descubre uno, asimismo, los nuevos yacimientos descubiertos de petróleo suelen ser menos rentables porque su extracción y refinación son cada vez más costosas, esto quiere decir que la tasa de retorno energético⁶⁹ del petróleo es cada vez menor (Taibo, 2017 p.67).

68 Con respecto a las contradicciones de la agricultura neoliberal, la nueva comida barata puede encontrarse en nuevos enclosures (cercados), que podrían ligarse a la biotecnología, pero en realidad ésta limita el espacio para una nueva revolución agrícola, los ajustes de corto alcance no sólo se vuelven cada vez de menos alcance, sino que progresivamente se vuelven más tóxicos. Las hierbas, llamadas superweed, por ejemplo, cada vez necesitan grandes cantidades tóxicas, y más costo, para eliminarse de los cultivos. “las viejas contradicciones de agotamiento se encuentran con las nuevas contradicciones de deshechos y toxicidad (...) mientras tanto, ambas toxicidades, directas e indirectas, de la agricultura capitalista se alimentan, con más fuerza, de las nuevas formas de valor negativo: cambio climático, epidemias de cáncer y así sucesivamente” (Moore, 2015, P.267).

69 La tasa de retorno energético (TRE) -que refiere a la relación entre la energía obtenida de cierta fuente y la energía gastada para conseguirla- está bajando no sólo en el petróleo sino de varias fuentes de energía, aunque el petróleo sigue

Cabe decir que el petróleo no es el único recurso que está llegando a su cenit; los ciclos de producción, circulación y consumo acelerados en la actualidad han resultado en el agotamiento tanto de las energías no renovables, como de los minerales metálicos y no metálicos (Houtart & Delgado, et. al., 2017, p.329-330), así como el agotamiento correspondiente a otras áreas de la vida, como la biodiversidad y el agua potable. Los metales no renovables utilizados para la producción de energía y maquinaria también se están agotando, como por ejemplo el mercurio, el plomo, la plata, el oro, el arsénico, el zinc, el estaño, el selenio y el litio, de los cuales se ha consumido entre el 95% y el 60% de las reservas a nivel mundial. Aún así se está doblando la producción y consumo de estos metales, así como de níquel, antimonio, galio, platino, helio, etcétera, por lo cual es probable que más de 88% de los recursos no renovables se agoten antes de 2030, hay estudios que incluso indican el agotamiento del 43% de las materias primas para 2060 (Taibo, 2017, p.81-82). Todo ello aunado a la aceleración intensiva del uso de combustibles fósiles en el terreno del consumo individualista y de lujo,⁷⁰ da como resultado una temprana llegada de la escasez de dichos recursos, incluso antes de lo previsto.

Se ha llegado, entonces, al pico más alto de extracción de varios recursos minerales y energéticos y por ello comienza su descenso y genera un gran problema en términos económicos ya que, en palabras de Moore, “todo lo que asociamos con desarrollo económico tiene que ver con los combustibles fósiles”(Moore, 2015, p.113). El agotamiento de las riquezas naturales es una limitante en el proceso de acumulación de capital que se suma a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, es decir, se suman dos contradicciones inherentes al capital: la primera y la segunda contradicción que se describieron en un apartado anterior, lo cual nos lleva a esta crisis nunca antes vista de acumulación

siendo la energía más barata y rentable hasta hoy, ejemplo de ello es que del petróleo en sus inicios su TRE era de 100 a 1 y en el caso de los paneles solares se encuentra entre 10 a 1 y 2 a 1 (Taibo, 2017, P. 63).

70 En lo que va del año 2022 se ha podido observar un incremento en los excesos y estilos de vida de las personas más ricas del mundo, siendo que se consumen litros y litros de combustibles para la utilización de jets privados, carros con motores de alto consumo de gasolina, y hasta viajes turísticos al espacio. Ejemplos de ello se pueden ver en los trayectos de 12 minutos de la “influencer” Kylie Jenner, en las prórrogas solicitadas por los fabricantes italianos de carros de combustión, y en los planes de la NASA y hasta de China por incursionar en el turismo espacial.

capitalista (Houtart & Delgado, et. al., 2017). El deterioro ambiental es, en este sentido, una expresión de las tendencias y contradicciones del desarrollo histórico capitalista (Negrete, 2014, p.93). La inhabilitación de la reposición natural de los elementos naturales de la tierra genera un gran desequilibrio metabólico que a su vez se traduce en una crisis de reproducción social. Es por ello que la idea de desarrollo ilimitado de la producción de capital es contradictorio con los límites del mundo real. A partir de la explicación anterior sobre la escasez de recursos, tendríamos que preguntarnos si lo que más preocupa en la actualidad es en efecto el cambio climático, o bien el agotamiento de las materias primas energéticas (Taibo, 2017, p.79). De acuerdo con Taibo, la escasez de materias primas afecta la vida social en general, en términos de producción, comercio, consumo y transporte, lo cual a la par produce -de maneras directas o indirectas- algunas causas de la crisis política de los Estados, la crisis fiscal, la crisis financiera y las burbujas especulativas, el aumento de movimientos racistas y xenófobos, el aumento de violencia hacia las mujeres, la quiebra del sistema de pensiones, el aumento y la expansión de enfermedades, etcétera. Todos los resultados de la escasez de materias primas se ligan, entonces, a la segunda contradicción inherente del capitalismo que se describió en apartados anteriores, es decir que el modo de producción capitalista conlleva dentro de sus cimientos la probable finitud de muchos de los recursos naturales que necesita como capital constante para dar continuidad a su reproducción, cuestión estructural que termina por afectar lo superestructural en términos de hegemonía.

En términos políticos dicho agotamiento de recursos también se suma a la crisis de la ideología que enaltecía la idea de progreso capitalista ilimitado, cuestión que se tratará más adelante, y en ese sentido, ello se suma a los factores que devienen crisis de hegemonía política ya que se ha convertido en un problema que las clases dirigentes no pueden resolver.

2) El advenimiento de la multipolaridad, la crisis de hegemonía de EUA y desigualdades geopolíticas.

Un punto que hay que destacar con el fin de contextualizar el momento de crisis actual es el hecho de que nos encontramos en un mundo multipolar donde la hegemonía estadounidense ha perdido bastante fuerza.

Después de la Guerra Fría se terminaría la bipolaridad que existía entre los países del bloque socialista (del Socialismo real) y los países capitalistas liderados por EUA y algunos países europeos, para pasar a un mundo unipolar hegemonizado por la triada de EUA, la Unión Europea y Japón (Houtart & Delgado, et. al., 2017, p.80). En EUA se comenzó un proceso de desindustrialización ligado a la transnacionalización de las empresas que buscarían deslocalizarse para aumentar sus ganancias, todo ello a partir de la década de los setenta. Asimismo, habría una declinación de la Unión Europea y Japón en términos económicos, relacionada también a la desindustrialización y al estancamiento económico desde la década de los noventa (Sandoval en Wadgymar, 2015).

Más tarde, relacionado a muchos factores de corte económico y político, en la primera década del siglo XXI surgirían los llamados BRICS como economías emergentes que serían incluidas en el Grupo de los 20 (G7), en principio con el fin de hacer frente a la crisis financiera global. La existencia de tal bloque significaría un recambio en el poder de las clases dirigentes a nivel mundial ya que constituiría una nueva arquitectura financiera-productiva multipolar. Los BRICS nacen como el conjunto de países emergentes con peso mundial por su volumen de población, por contar con vastas materias primas y por se territorios de deslocalización de capitales financieros globales; en principio aparecieron totalmente subordinados a los intereses de los países centrales y del capital financiero, sin embargo,

para 2014, al verse en una desigualdad de condiciones dentro del FMI, los BRICS presentarían un esquema alternativo ante dicho capital financiero y transnacional, y así aparecerían como una opción estratégica para los países periféricos no alineados (Houtart & Delgado, et. al., 2017, p.116).

Este nuevo polo conformado por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, y más tarde también por Argentina, se considera el paradigma de las relaciones Sur-Sur, aunque en general esto se puede cuestionar por el hecho de que se siguen generando relaciones imperialistas con países menos poderosos.⁷¹ Los BRICS inaugurarían, entonces, un mundo multipolar luego del rescate de los bancos del “too big to fail” y cuestionarían las políticas del capital financiero de Wall Street. Asimismo, estos países pasaron de ocupar un lugar de importadores-ensambladores-exportadores de bienes y servicios, a desarrollar economías emergentes con alto valor . Todo ello sería visto por EUA y Europa como un problema tanto económico como político ligado a su hegemonía tambaleante a nivel mundial,⁷² mientras que en términos ambientales también implicaría nuevas problemáticas.

La rápida industrialización en países emergentes como Brasil, China e India, ha generado mayores problemas ambientales ya que su producción y consumo ha crecido. Dentro de esa relación se ha generado mayor competencia con el Norte global por los recursos, los ecosistemas de absorción y la fuerza de trabajo; esto ha generado, también, de acuerdo con Ulrich Brand “tensiones eco-imperialistas sobre la externalización de los costos ecológicos”(Brand & Wissen, 2013, p.699), ya que antes el Norte global podía externalizar sus costos socio-ecológicos para su modelo de desarrollo pero ahora, con los países emergentes del Sur global, la posibilidad de externar esos costos se vuelve cada vez más

71 Ante dicho proceso también habría que hablar de las reformas económicas neoliberales relacionadas con la regionalización y subregionalización de la economía mundial, con redes productivas comerciales y financieras, en donde regiones como América Latina se subsumen a procesos de integración incorporándose a los flujos de capital y explotación de las grandes empresas transnacionales. Los procesos subregionales como el Mercosur, por ejemplo, subsumen a la región en una profundización de la mundialización capitalista, relacionada a la globalización como proceso de dominación y apropiación del mundo (Gandarilla, 2003, P. 98).

72 Como resultado de ello se pueden apreciar las diversas confrontaciones internacionales entre el antiguo polo hegemónico con los nuevos polos de las economías emergentes (Houtart & Delgado et.al., 2017, p.106-130).

complicada ya que estos países demandan igualmente espacio ambiental global. Por otro lado, la competencia en aumento por los recursos naturales, sistemas de absorción y fuerza de trabajo genera que los aparatos estatales nacionales entren en una dinámica que busca asegurar la base de recursos para sus economías sin importar las repercusiones ambientales que ello provoque (Brand & Wissen, 2013). Lo anterior se puede ligar al término de eco-imperialismo sugerido por Bellamy Foster y Clark (2004), el cual critica la posición desigual de los países en cuanto a la extracción y el uso recursos, lo que a su vez provoca la transformación de ecosistemas enteros y tiraderos de desechos en los países del Sur global, así como movimientos masivos de población y un ensanchamiento mayor de la brecha entre centro y periferia.

Como se explica en el apartado anterior, la escasez de recursos se vuelve un problema para la reproducción y la acumulación del capital, de acuerdo con Brigit Mahnkopf (2018) existen tres tipos de escasez, la física, la económica y la geopolítica. La escasez física corresponde a la no disponibilidad o el difícil acceso para encontrar minerales o metales específicos; la escasez económica refiere al precio del recurso que muchas veces es demasiado alto para algunos países en desarrollo; y la escasez geopolítica se enmarca en la concentración de metales y minerales en pocos países, lo que ocasiona guerras comerciales por los metales escasos para tecnologías de energías renovables, celulares inteligentes, la industria armamentista y demás ramas productivas que compiten entre sí para tener acceso a los mismos recursos, aquí aparece el problema de la localización de recursos estratégicos como una cuestión geopolítica (Mankopf en Saxe, 2018, p.146-147) que en un mundo multipolar deviene cada vez más relevante, temática sin duda ligada a la mediatizada guerra actual en Ucrania.

De esta forma, a raíz de la mayor escasez de estos recursos, se acrecientan cada vez más los conflictos bélicos por el control de yacimientos y los conductos de transporte (Taibo, 2017, p.96). Los conflictos

bélicos entre países imperialistas suelen ir acompañados de crisis de hegemonía tanto en países centrales como dependientes; estos últimos toman el papel de proveedores de recursos, es decir, territorios saqueados y explotados sin que exista ningún cuidado hacia el medio ambiente ni hacia la población que ahí habita, ello puede formar parte de pérdida de hegemonía política local al interior de las naciones explotadas al no encontrar en sus gobernantes una política que defienda los intereses populares y sólo vea por los intereses de naciones centrales y empresas transnacionales. En ese sentido, Houtart y Delgado, et. al., hablan de una lucha interimperialista entre distintos grupos y facciones de las clases dirigentes y de las naciones que cuentan con un mayor desarrollo económico.

En términos geopolíticos, algo relevante con respecto a la escasez de recursos naturales es el hecho de que las reservas de varias materias primas residen en el Sur global, sobre todo en cuanto a minerales estratégicos (Houtart & Delgado, et. al., 2017, p.330), y biodiversidad. De acuerdo con Houtart y Delgado, et. al., dentro de la crisis actual, las guerras por los combustibles fósiles y suministros energéticos han aumentado y, en lugar de frenar la explotación de combustibles fósiles para evitar más problemas ambientales, se ha generado “una nueva batalla geopolítica -liderada por Rusia, China, Estados Unidos y Canadá- por el control del flujo de recursos del norte y a través de él”(Mann & Wainwright, 2018, p.27), es decir que los principales Estados capitalistas, las clases dirigentes internacionales, están intensificando el cambio climático y demás factores de la crisis. Tanto EUA como China son los países con mayor consumo de energía y buscan nuevos proveedores al tiempo que les interesa producir más combustibles fósiles porque la demanda de estos para sus mercados sigue en aumento. Para aliviar su demanda, entonces, estos países recurren a técnicas como el fracking para extraer petróleo y gas mientras aumenta su generación de GEI y la tasa de retorno disminuye (Mann & Wainwright, 2018, p.59). Paradójicamente, el aumento de guerras por recursos naturales frente a la escasez y por mayor control político, incide negativamente de enorme manera en la problemática

ambiental. Houtart y Delgado, et. al., argumentan que la economía de guerra de EUA tiene grandes consumos de energía (10 millones de BTUs⁷³ solamente del Departamento de Defensa), donde el 75% del consumo energético de todo el gobierno estadounidense se va en el entrenamiento, la movilidad y el mantenimiento de fuerzas militares y plataformas de armamento, sin contar los otros porcentajes vertidos en las instalaciones y bases militares así como los vehículos y combustibles utilizados en la economía de guerra de dicho país.⁷⁴

Por otro lado, frente a la desigualdad entre naciones con respecto a su papel en la división internacional del trabajo y en la política internacional hay que señalar que la crisis ambiental contiene tintes de clase y geopolíticos bastante importantes. En términos de dependencia y eco-imperialismo, resulta importante mencionar que la distribución geográfica y político-económica de los recursos ha aumentado la desigualdad geopolítica y la división mundial de la riqueza, al tiempo que desestabiliza los espacios de negociaciones internacionales en torno a la cooperación en materia ambiental y climática (Mann & Wainwright 2018, p.59), generando pocos avances con respecto a la mitigación internacional de GEI. Mann y Wainwright (2018) argumentan que las desigualdades geopolíticas se vinculan al desafío de enfrentar al cambio climático ya que la desigualdad incide desfavorablemente en las alianzas internacionales (una coordinación transnacional) requeridas para lograr ciertos avances (p.73), y por lo tanto, incide negativamente en el proceso hegemónico de las clases dirigentes al no integrar a las clases subalternas en su proyecto de manera general.

Con respecto a lo anterior, Brand y Wissen (2013) hablan de las relaciones ambientales imperialistas, las cuales refieren al modo desigual de apropiación de la naturaleza y que no son únicamente relaciones

73 BTU refiere a la cantidad de calor necesaria para provocar una elevación de temperatura de 1 °F en una muestra de agua con una masa de 1 lb.

74 Asimismo, “se estima que la guerra contra Irak representó una emisión de 141 millones de toneladas de CO₂ de 2003 a 2007”, esto sin tomar en cuenta las emisiones y contaminantes derivados del uso de armamento (Houtart & Delgado, et.al. 2017, p.207).

de la actualidad, ya que fueron un rasgo importante en la era del colonialismo del siglo XVI, así como del capitalismo liberal del siglo XIX y en la era imperialista entre 1875 y 1914. No obstante, los autores hacen notar que lo que distingue a esos periodos del modo imperialista de vida en la época actual, es la generalización de la relación de salarios, el consumo intensivo de recursos y la alta generación de emisiones como fenómenos de masas ya que son elementos centrales no sólo de la reproducción de las élites sino también de las clases subalternas; como consecuencia de ello, el impacto ecológico ha aumentado y, por lo tanto, la crisis ambiental se ha agravado por el alto consumo de energías fósiles a nivel mundial (Brand & Wissen, 2013, p.699). Asimismo, la desigualdad se refleja en los modos de vivir entre el Norte y el Sur global, donde en el primero se suele tener mayor poder adquisitivo y, por lo tanto, se consumen mayores recursos en el día a día.

A partir de todo lo anterior se puede decir que la multipolaridad y las desigualdades geopolíticas entre el Norte y el Sur global se suman a los factores de la ya creciente crisis del capitalismo de la actualidad, por un lado implican nuevos conflictos tanto políticos, como económicos y bélicos, y por el otro implica el crecimiento de la desigualdad en términos de producción y de consumo que al mismo tiempo genera mayores complicaciones en términos ambientales.

3) Precarización de la vida: crisis alimentaria y devastación ambiental.

Las desigualdades geopolíticas y, en general, las desigualdades de clase ligadas al modo de producción capitalista, dan como resultado una variedad de formas de precarización para grandes extensiones de la vida humana y no humana. Dicha precarización se relaciona tanto a la cuestión económica como a la política, cultural y también a la cuestión ambiental, en donde se insertan problemas como la falta de una alimentación digna para grandes masas poblacionales, devastación de ecosistemas, mayor

contaminación, estrés hídrico, mayor inseguridad y violencia, problemas ligados a la migración, etcétera.

En principio hay que tomar en cuenta que la precarización de la vida dentro del modo de producción capitalista está ligada enteramente a la explotación, tanto de la humanidad como de la naturaleza no humana, para dar continuidad al proceso de expansión y reproducción de la acumulación capitalista.

La búsqueda por dicha expansión y reproducción ha llevado a la creación de distintas tecnologías para lograr la automatización en algunos momentos del proceso productivo, éstas a su vez acrecientan tanto la explotación laboral, al buscar aumentar el plusvalor de las mercancías (Arizmendi, 2016), como la explotación ambiental, al extraer distintos recursos naturales en grandes cantidades con el fin de acrecentar el capital constante, y el aumento de las desigualdades en materia de geopolítica. En ese sentido, las nuevas tecnologías de distintos sectores productivos suelen estar controladas por pocos países a nivel mundial, en 2011 el control sobre éstas residía en un 54.79% solamente en cinco países, mismos que tienen el control sobre el desarrollo tecnológico mundial en general así como en su flujo y distribución (Negrete, 2014, p.122-123); ello incide en que los países dependientes que no tienen el control sobre las tecnologías permanezcan rezagados en términos de desarrollo económico y productivo ocasionando mayor pobreza y desigualdad.

De la misma forma, bajo la falsa idea de que las revoluciones tecnológicas pueden implicar soluciones en el mundo capitalista, se trata de atajar el problema medioambiental con base en tecnologías de punta que en realidad no logran incidir de manera importante y positiva en términos ecológicos ni sociales y, por el contrario, suelen conllevar una serie de problemas nuevos.

Un ejemplo de lo anterior es la implementación de políticas-económicas relacionadas a la revolución verde, la cual a partir de tecnologías específicas ha buscado ampliar la productividad del campo en países dependientes a través de proyectos de monocultivos, de bioprospección y de utilización de

semillas transgénicas. Cuando se promueve la producción de monocultivos de unos pocos alimentos de origen vegetal como el maíz, el arroz y el trigo, aparece una gran vulnerabilidad por la aparición de plagas que a veces genera la pérdida de cosechas enteras, por ejemplo. Asimismo, el monocultivo suele implicar la paulatina desaparición de biodiversidad de plantas comestibles y la eliminación de otras formas de cultivo mucho más sustentables como la milpa. Por otro lado, el uso de semillas transgénicas también suele terminar con la diversidad en determinadas especies de plantas como el maíz y al mismo tiempo implica el despojo de cultivos enteros por parte de empresas transnacionales que hacen uso de la privatización de semillas por patentes. Asimismo, las actividades de bioprospección buscan apropiarse de diversos saberes y recursos naturales en territorios determinados a partir de estudios que en algunos casos suelen disfrazarse de ambientalistas. Todo esto puede ser calificado como actividades de rapiña de empresas transnacionales (Taibo, 2017, p.89) que, en lugar de solucionar problemas como el hambre o la excesiva carga de trabajo, terminan por aumentarlos. En suma, dichas prácticas generan una diversidad de problemas que inciden en el aumento de la precariedad de la vida de las clases desposeídas, siendo uno de los mayores problemas la crisis alimentaria.

De acuerdo con Arizmendi hoy nos encontramos frente a la crisis alimentaria más grande en la historia de la humanidad (Arizmendi, 2016). Ello se debe a que, a pesar de contar con el mayor desarrollo de las fuerzas productivas en la historia y la capacidad de alimentar a toda la población mundial, la desigualdad y el despojo hacia una gran parte de la población genera desnutrición y millones de muertes por pobreza al año. El autor describe tres fases del hambre en el siglo XX, la primera en las décadas 20 y 30 donde el hambre era ocasionada no por falta de alimentos sino por falta de empleo en Europa; la segunda de 1945 a 1983 en donde los países periféricos sufrieron las consecuencias de la crisis económica que impactó a la agricultura mundial haciendo subir los precios de los alimentos, una especie de escasez artificial instalada por la privación capitalista (como ejemplo están los casos de las

grandes hambrunas de África e India); y la tercera fase correspondiente a la década de los años 80 hasta el momento actual, donde coexiste la escasez con la abundancia, según la ONU la agricultura mundial tiene el potencial para dar de comer al doble de la población mundial (Arizmendi, 2016, p.122), sin embargo la imposición de la renta tecnológica, la subsunción a las empresas transnacionales y la subordinación de los países periféricos a la dinámica de la deuda externa, en conjunto con el fin de las soberanías alimentarias en una gran cantidad de países, ha generado mucha pobreza lo cual no permite que grandes masas accedan a una alimentación adecuada. Este nuevo tipo de hambrunas se asocian completamente a "la derrota de la soberanía alimentaria" (Arizmendi, 2016, p.124) de los países dependientes, ligada sobre todo a políticas y tecnologías de la llamada Revolución verde y a la desregulación de los granos y su sobreoferta global, lo cual aumenta las importaciones de granos baratos en países periféricos y desplaza a productores locales en todo el globo, siendo esto una estrategia de dominio económico por parte de empresas y países centrales (Arizmendi, 2016, p.124). Así, la revolución verde ha servido como despojo de territorios y de recursos que repercute directamente sobre la falta de soberanía alimentaria de varias naciones.

De esta forma se puede decir que la promesa de desarrollo desde las clases dirigentes y la potencialidad del capitalismo para superar la precariedad y el hambre se desenmascara con más fuerza hoy en día frente al incremento de la pobreza y del hambre mundial que va de la mano con el aumento de nuevas tecnologías para la producción, dejando ver que pueden coexistir la escasez con la abundancia de maneras cada vez más burdas.

Entonces, la crisis alimentaria forma parte de un factor decisivo en la crisis orgánica del capital ya que implica el encarecimiento de la vida en un momento donde no tendría por qué ocurrir si sólo nos remontamos a ver los avances tecnológicos, no obstante, una vez más, las clases dirigentes enmarcadas sobre todo en las empresas transnacionales dejan de lado por completo los intereses de supervivencia

de grandes capas de población, ocasionando así múltiples problemáticas relacionadas a la falta de bienestar. Una vez más, se antepone el valor de cambio al valor de uso, el lucro ante el bienestar.

Así, frente a los avances tecnológicos y la globalización de empresas transnacionales se encuentra también otro lado de la moneda, la desglobalización y desregularización del mercado laboral, cuestión que implica altas tasas de desempleo y falta de derechos laborales en la mayoría de los países pero, sobre todo, en los países dependientes. La precarización laboral implica la subcontratación, el debilitamiento del movimiento sindical, el incremento de la flexibilización laboral, la intensificación del carácter temporal de los trabajos, la migración forzada, y un sinnúmero de medidas que incrementan la informalidad de los mercados de trabajo en todo el mundo, misma que corresponde a una baja salarial y a una extensión de las jornadas laborales (Ortiz Wadgymar, Minto Rivera, 2015); todo ello se relaciona, pues, con una mundialización del capital-imperialismo que ataca con más fuerza a los menos favorecidos en la lucha de clases. Todo ello da como resultado la existencia de un ejército industrial de reserva internacional de proporciones nunca antes vistas en la historia de la humanidad (Arizmendi, 2016, p.183).

Así pues, a pesar del mayor desarrollo tecnológico, el progreso no se ha visto reflejado en un mejoramiento para las amplias masas trabajadoras en todo el mundo y, por el contrario, estamos frente a un momento histórico en donde la pobreza y la precariedad aumentan a la par de la riqueza de un muy bajo porcentaje de la población. Ante ello, la noción de pobreza global ha sido acuñada por los organismos internacionales como un problema de orden estratégico ya que, según cifras del BM, ésta genera más de 20 millones de muertes anuales. No obstante, los organismos internacionales más allá de buscar superar la pobreza, implementan estrategias de contención para evitar que el potencial político de las masas desposeídas logre explotar en movimientos sociales y organizaciones políticas en diferentes partes del mundo (Arizmendi, 2016, p.52), ante ello estamos frente a una especie de

cesarismo regresivo, como se explicaba en el primer capítulo, relacionado a la manera en que se busca contener ciertos aspectos conflictivos del dominio burgués para evitar el alzamiento de las clases subalternas.

Todas las condiciones actuales de pobreza, miseria, desesperanza y hambre no sólo afectan a las naciones dependientes sino también a una cada vez más amplia capa de la población en países centrales, todo ello hace cada vez más evidentes las contradicciones de la reproducción social capitalista a escala global (Bonfeld, 2013). Asimismo, la mayor acumulación de capital, como se veía en un apartado anterior, tiende a disminuir la magnitud del valor que representa, lo cual empuja al capitalismo a sus límites llevando a éste a buscar formas de contención, incluyendo la destrucción de sus capacidades productivas, el incremento del desempleo y las bajas salariales, así como destrucciones ligadas tanto a guerras como a desastres ecológicos (Bonfeld, 2013, p.296).

Relacionado a la globalización de ciertas tecnologías y, sobre todo, de las empresas transnacionales en su búsqueda por recursos naturales y mano de obra barata, hoy en día se recrudece la devastación ambiental asociada a varios campos de la industria pero sobre todo al extractivismo. Un factor muy importante en términos de desastre ecológico y ambiental es el uso del fracking para extraer gas natural, shale o de lutitas, ya que esta actividad emite grandes cantidades de gas metano y requiere millones de litros de agua (entre 5.5 y 29.5 millones de litros) para llevarse a cabo (Saxe Fernández, 2018). Cabe decir que los gases arrojados a la atmósfera por la producción industrial seguirán teniendo efectos a largo plazo, aún si es que estos se dejaran de emitir. El tiempo de vida de los gases en la atmósfera van desde los 12 años del metano (CH_4), hasta los 114 años de óxido nitroso (N_2O), mientras que el dióxido de carbono (CO_2) tiene un tiempo de vida de entre 20 a 200 años, siendo éste el gas de efecto invernadero más abundante en la actualidad (Diego Chimal, 2018, p.360). La contaminación tanto del subsuelo como de la atmósfera provocada por dichas actividades traen

repercusiones muy negativas a nivel mundial, algunas más visibles que otras tanto en términos de salud, de economía e incluso hasta en términos estéticos

Por otro lado, como se ha señalado, la acumulación de GEI está llevando al cambio de la temperatura global; también la cantidad de residuos ha aumentado más de cinco veces desde principios del siglo XX, generando que “los desechos plásticos acumulen un volumen de 5,800 millones de toneladas entre 1950 y 2015 (y...) terminen circulando en los océanos, generando importantes estragos ambientales” (Houtart & Delgado, et.al. 2017, p.146).

En relación al estrés hídrico, se supone que para 2025 1.800 millones de personas vivirán en regiones con absoluta escasez de agua y dos tercios de la población mundial tendrán problemas de escasez de agua; este problema en particular se debe a las modificaciones en el ciclo del agua por los sistemas de drenaje, por la desaparición de la superficie forestal, la extensión de la dieta cárnica y el aumento de plantaciones agrícolas en todo el mundo (Houtart & Delgado, et.al. 2017).

Asimismo, a partir de las mediciones relacionadas a la denominada huella de carbono⁷⁵ se ha constatado que los seres humanos nos encontramos en un sobregiro ecológico desde 1970, lo cual significa que la humanidad está utilizando recursos y generando desechos por encima de lo que el planeta puede ofrecer a largo plazo sin generar efectos irreversibles y negativos (Houtart & Delgado, et.al. 2017, p.158).

Bajo términos parecidos, se habla de la huella ecológica, entendida como la medición de la superficie del planeta que se necesita para mantener las actividades económicas actuales, misma se ha triplicado de 1960 a 2003; se estima que actualmente se necesita un planeta Tierra y medio para dar sustento a la producción mundial:

⁷⁵ La huella de carbono es una medida que trata de calcular la cantidad de superficie terrestre y marina que se requiere para la producción de bienes en la actualidad, así como para absorber los desechos del consumo.

En la Tierra contamos con 51.000 millones de hectáreas, de las cuales, según una estimación, 12.000 millones son bioproductivas (1,8 hectáreas por persona). Según Redefining Progress y la World Wild Foundation, el espacio bioproductivo consumido hoy es de 2,2 hectáreas por habitante del planeta, por encima, pues, de las 1,8 que la Tierra pone a nuestra disposición (Taibo, 2017 p.100).

No obstante, algo que es fundamental desde la visión crítica es el hecho de que tanto la huella ecológica, como la huella de carbono, la generación de desechos y el consumo, no son cuestiones que atañen a toda la humanidad por igual. Como se explicaba anteriormente en este capítulo, el nivel de deterioro ambiental en su mayoría ha sido causado por contadas empresas y naciones; a su vez las afectaciones de esos mismos problemas se viven de manera desigual dependiendo de la clase social, el género, la raza y el espacio geográfico en el que se habita, en ese sentido surge otra problemática fundamental de nuestros tiempos: la migración forzada.⁷⁶

La migración de grandes masas poblacionales en busca de mejores condiciones de vida se relaciona tanto a la precarización laboral, como a la violencia de género, a la devastación ambiental y a los altos índices de violencia en general. A pesar de que el capital tiene libre tránsito, la movilidad humana se prohíbe y se estigmatiza cada vez más ya que su ilegalidad es funcional para los intereses de la acumulación capitalista. La fuerza de trabajo de la población inmigrante proporciona mayores ganancias para el capital ya que permite un mayor control sobre las y los trabajadores porque estos no suelen ser sujetos de derechos en su calidad de migrantes. La negación de derechos humanos y laborales que sobre todo afecta a la fuerza laboral migrante -aunque, obviamente, ataca a la clase obrera

⁷⁶ Utilizo el término de migración forzada porque la migración como actividad humana ha sido una constante en toda la historia, sin embargo, a raíz de diversas implementaciones del capitalismo sobre el Estado-nación, la migración ha llegado a ser una actividad ilegal y muchas veces implementada a la fuerza en beneficio de los intereses de las burguesías cosmopolitas. Hoy más que nunca la migración se vuelve un problema de clase, en donde los más desposeídos buscan llegar a nuevas latitudes sin ningún beneficio legal a falta de recursos económicos.

en general-, es un signo primordial de nuestros tiempos ligado a subvertir la caída tendencial de la tasa de ganancia por el hecho de suponer un ejército de reserva internacional cada vez más precarizado.

Por otro lado, la migración en la actualidad también está relacionada a la cuestión ambiental. De acuerdo con cifras de Naciones Unidas, para 2006 se había triplicado la cifra de personas afectadas por desastres naturales -lo cual daba una suma de 2 mil millones de afectados tanto por la degradación de los suelos, las sequías, las precipitaciones, la escasez de agua, etcétera- (Taibo, 2017), y en su mayoría estas personas pertenecían a estratos sociales bajos así como a países en vías de desarrollo.

La migración relacionada al incremento de personas afectadas por el cambio climático es un problema que va en aumento; según algunos estudios para 2050 existirán 500 millones de refugiados por el clima a nivel mundial (Mann & Wainwright, 2018, p. 141). En ese sentido cabe mencionar que la desigualdad en términos geográficos, económicos y de poder político incide sobre las afectaciones relacionadas al cambio climático. Los países más ricos como EUA, Canadá y Europa Occidental, tienen a un bajo porcentaje de su población en riesgo directo por el cambio climático, mientras que los países del Sur global cuentan con amplios sectores poblacionales en peligro (Mann & Wainwright, 2018, p.89).

Resulta irónico que mientras las clases desposeídas a nivel global resultarán las más afectadas en términos ambientales y sociales, las discusiones de las clases dirigentes internacionales en torno a la sostenibilidad siempre buscan dar recetas sobre la adaptación de dichas clases desposeídas frente al desastre ecológico. Algo importante para mencionar con relación a la clase y los espacios geográficos es, por ejemplo, el consumo desigual en la actualidad, donde más de 1.200 millones de seres humanos viven con menos de un dólar por día y 900 millones viven con hambre crónica lo que lleva a que cada día mueran aproximadamente 35 mil personas a consecuencia del hambre o de enfermedades provocadas por ésta (Taibo, 2017).⁷⁷ Asimismo, en términos de desechos, se puede ver que sus

⁷⁷ Hoy en día nos encontramos frente a la crisis alimentaria más grande en la historia de la humanidad según Arizmendi, y ello se debe a que, a pesar de contar con el mayor desarrollo de las fuerzas productivas en la historia y la capacidad de

dimensiones de flujo están totalmente relacionadas con la capacidad de poder adquisitivo “de ahí que haya una correlación proporcional entre el incremento del PIB, el consumo energético y material y la generación de residuos” (Houtart & Delgado, 2017, p.306). Así, nos enfrentamos a una distribución desigual tanto en términos espaciales, de clase y de género, siendo que aproximadamente sólo un 7% de la humanidad actualmente es responsable de la mitad de las emisiones de carbono en el mundo (Chakrevarty, 2009; Mann & Wainwright, 2018; Bapna, 2011).

A partir de todo lo anterior, hay que remarcar el hecho de que el cambio climático intensificará la desigualdad (Mann & Wainwright, 2018). Es notable que la desigualdad entre el norte y sur global se da a partir de dinámicas de colonialismo y subdesarrollo en varios ámbitos de la vida, y que esto incide en la manera en que las élites del Norte global intentan explicar y dirigir las supuestas soluciones frente a las problemáticas ambientales actuales sin diferenciar entre los modos de vida, de producción y de consumo, aludiendo a una supuesta "aldea global" que pareciera eliminar las diferencias de clase, geográficas, de raza y género, y promoviendo la adaptación política del norte global. David Soto (2019) analiza la relación entre consumo de recursos, crecimiento económico, desigualdad y conflictividad ambiental y argumentan que el crecimiento de la desigualdad está directamente ligado a la dimensión biofísica de la crisis y al modo de producción actual. Desde su perspectiva, la crisis debe entenderse

alimentar a toda la población mundial, la desigualdad y el despojo hacia una gran parte de la población genera desnutrición y millones de muertes por pobreza al año. El autor describe tres fases del hambre en el siglo XX, la primera en las décadas 20 y 30 donde el hambre era ocasionada no por falta de alimentos sino por falta de empleo en Europa; la segunda de 1945 a 1983 en donde los países periféricos sufrieron las consecuencias de la crisis económica que impactó a la agricultura mundial haciendo subir los precios de los alimentos, una especie de escasez artificial instalada por la privación capitalista (como ejemplo están los casos de las grandes hambrunas de África e India); y la tercera fase correspondiente a la década de los años 80 hasta el momento actual, donde coexiste la escasez con la abundancia, según la ONU la agricultura mundial tiene el potencial para dar de comer al doble de la población mundial, sin embargo la imposición de la renta tecnológica, la subsunción a las empresas transnacionales y la subordinación de los países periféricos a la dinámica de la deuda externa, en conjunto con el fin de las soberanías alimentarias en una gran cantidad de países, ha generado mucha pobreza lo cual no permite que grandes masas accedan a una alimentación adecuada. Este nuevo tipo de hambrunas se asocian completamente a "la derrota de la soberanía alimentaria" de los países dependientes, ligada sobre todo a la desregulación de los granos y su sobreoferta global, lo cual aumenta las importaciones de granos baratos en países periféricos y desplaza a productores locales en todo el globo, siendo esto una estrategia de dominio económico por parte de empresas y países centrales (Arizmendi, 2016).

desde lo ecológico pero también desde lo productivo, para evitar caer en soluciones de corte técnico o meramente económico dejando de lado el aspecto socio-político. Los vínculos entre consumo de recursos, crecimiento y desigualdad, se traducen muchas veces en conflictos sociales, mismos que se enmarcan en la disputa por los recursos.

Así pues, la desigualdad en términos de lucha de clases y de geopolítica se vuelve cada vez más visible frente a los crecientes problemas ambientales. Cabe mencionar que la desigualdad también se da en términos ideológico-políticos ligados al consumo y a modos de vivir específicos ligados al capital-imperialismo. Brand y Wissen hablan del modo de vivir imperialista referido al resultado social de los patrones de producción y consumo que se basan en la explotación de la fuerza de trabajo internacional, de los recursos naturales y de los ecosistemas que son capaces de absorber emisiones de CO₂. Dicho modo de vida imperialista se refleja en las relaciones sociales sobre todo de países del Norte que poco a poco se van intensificando a nivel global y se esparcen a los países del Sur global, intensificando las contradicciones mundialmente; éste se basa en los patrones de producción y consumo capitalistas que implican la explotación desproporcionada de recursos globales y de fuerza de trabajo (Brand & Wissen, 2013), mismo que suele ser mucho más negativo en términos sociales, económicos y ambientales para los países del Sur global y, obviamente, para las clases desposeídas.

Con respecto a los modos de vivir impulsados en esta última etapa del capital-imperialismo, estos resultan contraproducentes en términos ideológico-políticos, ya que a pesar de que son muy difundidos, la realidad es que dichos estilos de vida no pueden ser alcanzados por la mayoría de las personas, no obstante, la explotación de la mano de obra y de los recursos naturales va en aumento. Frente a ello, grandes capas de la población en países como los latinoamericanos se ven desposeídas tanto de sus territorios y recursos, como de la idea de ser incluidos algún día en el modo de vida imperialista. Todo eso genera una gran falta de adhesión por parte de las clases subalternas hacia las clases dirigentes ya

que estas últimas fracasan en dos grandes secciones de la vida, tanto en términos materiales como ideológicos.

De esta forma, así como la crisis material se recrudece, también se gesta una crisis de la credibilidad sobre las clases dirigentes ya que el malestar económico y ambiental cada vez se vuelve más intolerable. En ese sentido las clases dirigentes han sido, hasta el momento, incapaces de desempeñar la función de dirección en términos materiales con el resto de la población ya que ésta se sume cada vez más en la miseria, lo cual provoca desconfianza que a la larga puede llevar a una crisis de hegemonía política. Ante esto se puede hablar de una fractura de la unidad social entre gobernantes y gobernados ligado a términos materiales, la clase dirigente “ha fracasado en una empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas” (Gramsci, 1975, Q13, N23), en este caso referida a las políticas neoliberales que no lograron resolver ninguna contradicción y en su lugar las han recrudecido. Pareciera entonces que esta crisis del bienestar plantea el hecho de que la clase no es ya dirigente sino únicamente dominante porque solo tiene el poder gracias al uso de coerción en términos económicos pero también políticos, sobre esto se profundizará más adelante.

4) La crisis de reproducción social, violencias patriarcales y desigualdades ambientales.

Relacionada a la crisis alimentaria y a la precarización de la vida se encuentra la crisis de reproducción y de cuidados de la clase obrera mundial,⁷⁸ misma que se enmarca dentro del cambio ocurrido en la economía desde los años setenta, así como dentro de diversos problemas ambientales y que se liga, también, a las disputas en los terrenos político, social y cultural que se han llevado a cabo por las distintas olas de la lucha feminista.

⁷⁸ Por clase obrera me refiero a toda la población que no es dueña de medios de producción, es decir, población en condición asalariada o incluso sin trabajo formal que tiene que vender su fuerza de trabajo para subsistir.

Actualmente nos encontramos frente a una crisis de la reproducción social y de cuidados que tiene que ver con la tensión entre la división sexual del trabajo y el mundo laboral actual, así como con la lucha por la igualdad de derechos humanos y con las violencias que se desatan con mayor fuerza en la época neoliberal con respecto a la superexplotación de los cuerpos. Cabe señalar que las capacidades sociales reproductivas cada vez son más cuestionadas, y cuestionables, en el entendido de que éstas, así como la naturaleza en general, no son infinitas (Arruza, et. al. 2019).

Por cuidados se entienden las actividades que sostienen la vida en sentido amplio, “como un proceso de preservación de la existencia y como un proceso (re)generador de lazos sociales y de vínculos humanos y no humanos” (Islas & Trevilla, 2020). Desde una perspectiva feminista y socioambiental, esto remite al cuidado de los seres humanos y no humanos (la mal llamada ‘naturaleza’) tomando en cuenta la relación de interdependencia y ecodependencia, misma que se ha fracturado dentro del modo de producción actual. Cabe señalar que en la mayoría de los casos, las actividades de cuidado recaen en las mujeres y en los cuerpos feminizados, dando como resultado que se exacerbe la desigualdad y el sexismo, atravesados, también, por el racismo y el clasismo. Como se veía en apartados anteriores, la división sexual del trabajo ha sido fundamental para instaurar el modo de producción capitalista, frente a ello las mujeres han sido doblemente explotadas al ser encasilladas en el trabajo reproductivo y de cuidados teniendo un acceso precario al mundo asalariado. Dicho trabajo reproductivo no es repuesto por el capital lo cual deviene en agotamiento, en devastación familiar y en la tensión de las energías sociales que crece frente a los recortes presupuestales en la fase neoliberal.

En vista de que las políticas neoliberales han retirado el apoyo público a instancias que, de cierta forma, trataban de apoyar la reproducción social, como las guarderías, los albergues, las escuelas, el sistema de salud, etcétera, dicha labor recae cada vez con más fuerza sobre las mujeres que, ante su mayor ingreso al mundo laboral asalariado se ven cada vez más explotadas. Entonces, frente al

contexto neoliberal, de precariedad y superexplotación laboral, la infraestructura del cuidado ligada en parte al Estado benefactor se desmanteló por las políticas de recortes que eliminaron políticas de bienestar.⁷⁹ De igual forma, en esta fase se descarta la preservación de la biodiversidad, al tiempo que se eliminan derechos laborales y sociales, generando una especie de privatización y mercantilización de la vida y del cuidado. Como ejemplo se encuentran los efectos del sistema agroalimentario, mismo que invisibiliza el trabajo y conocimiento de las mujeres subalternizadas (Segato, 2016) al tiempo que genera nuevas problemáticas en torno a la distribución y a la calidad de los alimentos, cuestión que se explicaba en el apartado anterior relacionada a la crisis alimentaria.

Por otro lado, resulta importante recalcar que las mayores afectaciones de esta crisis de cuidados recaen sobre las mujeres, las infancias y las personas no binarias que, por si fuera poco, también resienten más las consecuencias de la crisis ambiental, cuestión que incrementa la opresión. De acuerdo con Arruza et. al. (2019), las mujeres ocupan hasta el 80% de los refugiados climáticos. Las mujeres del llamado Sur global son mayoría en la fuerza laboral rural y asumen la mayor cantidad de trabajo socio-reproductivo, desempeñando funciones importantes para afrontar las consecuencias climáticas de la sobreexplotación de la Tierra, desde las sequías y las inundaciones, hasta la contaminación; desde el papel reproductivo y de cuidado, las mujeres tenemos un papel mucho más relacionado directamente con los recursos naturales y espaciales que permiten tener condiciones propicias para la vida. Al ser las mujeres más afectadas en este sentido por los desastres y el deterioro ecológico, cabe decir que también son las más afectadas por racismo medioambiental (se habla de racismo ambiental para dar a conocer las implicaciones socio-ecológicas desiguales ligadas a la raza, la clase y el género) (Houtart & Delgado, et. al. 2017). Todo ello se relaciona, pues, con la crisis de cuidados que se mencionó

⁷⁹ Vivo ejemplo de ello fue la tragedia de la Guardería ABC en México en el año 2009 y el desmantelamiento del sector salud del mismo país que dio como resultado una carencia estructural en cuanto a la infraestructura hospitalaria en la pandemia por COVID-19.

anteriormente como aspecto fundamental de la crisis histórica del capital en la actualidad y que se complementa, como vemos, con la crisis ambiental.

Relacionado a la crisis de reproducción social también se puede señalar otra arista que no es menos importante ligada a nuevas formas de dominación y abuso patriarcal enmarcada en esta fase de aceleración concentradora de capital. De acuerdo con Segato (2016), en esta fase se busca la apropiación de los últimos espacios comunes en el planeta legitimada sobre el pacto y el mandato de masculinidad. En ese sentido, la prioridad del patriarcado capitalista es la apropiación tanto del cuerpo femenino como de las colonias, ahora los territorios comunales, ligadas a los recursos naturales.

La autora señala que la rapiña desatada sobre lo femenino se manifiesta en la destrucción corporal sin precedentes (con feminicidios, violaciones y abusos sexuales cada vez más sádicos) y en formas de trata y comercialización extremas. A pesar de la multiplicación de leyes y políticas públicas de protección hacia las mujeres, afirma que la violencia ha aumentado contra el género femenino a partir de las nuevas guerras, haciendo hincapié sobre todo en la región latinoamericana (Segato, 2016, p.58).

Dichas guerras se han privatizado y comercializado, ahora comprenden un carácter mucho más lucrativo en donde se utilizan mercenarios y niños como recursos humanos. La violación como método en el nuevo contexto bélico resulta en la destrucción y la devastación física y moral de un organismo-pueblo que logra tener una eficacia mayor como “espectáculo de poder” (Segato, 2016, p.82), ya que en esos cuerpos se ve encarnado el país, su territorio y su cuerpo feminizado tanto de mujeres como de niños y jóvenes varones. De acuerdo con la autora estos “crímenes del patriarcado expresan las formas contemporáneas del poder” (Segato, 2016, p.22), relacionando los feminicidios, los homicidios y la trata de personas con el orden bélico y mafioso de la esfera paraestatal en América Latina y el Caribe, donde se domina, se comercia y se expropián los cuerpos para dar continuidad con el orden imperante de lucro.

Entonces, el nuevo orden bélico fomenta guerras en nuestro continente de tipo no convencional ya que existen guerras no libradas formalmente entre Estados, lo cual las hace mucho más violentas porque en ellas participan efectivos y corporaciones armadas estatales y no estatales. La violencia patriarcal se ha vuelto imperante para el capital mundializado y las clases dirigentes, ya que el contar con contextos violentos implica una mayor efectividad en el despojo tanto de recursos como de fuerza laboral. En dicho contexto, el entrenamiento militar para las guerras actuales en la región cuenta con un factor ineludible que enseña una mirada exterior con relación a la naturaleza y a los cuerpos, los mercenarios y/o soldados se producen como seres externos a la vida para lograr dominar, colonizar y expoliar desde su exterioridad a las y los otros. Segato argumenta que ese entrenamiento informal y subterráneo se basa en una desensitización extrema y sin límites, eludiendo cualquier forma de empatía humana y normalizando la crueldad para garantizar el control territorial (Segato, 2016). Todo ello se enmarca también en una especie de crisis de cuidados y de reproducción ya que las nociones de empatía y solidaridad se resquebrajan cada vez más a partir de la ideología de consumo individualista promovida desde la fase neoliberal actual, misma que se liga a la crisis alimentaria y a la escalada de la precarización de la vida para las clases subalternas.

De esta forma, la creciente violencia hacia las mujeres y los cuerpos feminizados en general, supone un rasgo de la crisis de cuidados y de reproducción social que también se ve enmarcada estructuralmente en las crisis económicas al buscar formas más efectivas de explotación para aumentar las ganancias.

La crisis de cuidados conlleva, pues, aspectos como la multiplicación de formas de explotación para las mujeres en el contexto del crecimiento de las ciudades, la devastación ambiental, el retroceso de los espacios de socialización, el creciente individualismo, la mayor presencia de ancianos y la emancipación tardía de los hijos, así como el aumento de la precariedad laboral; dentro de ese contexto las mujeres cobran un papel de cuidadoras frente a todas esas problemáticas, aumentando su tiempo de

trabajo, siempre en condiciones más difíciles y con menores ingresos que los hombres de manera estructural, siendo que hoy en día el 70% de las personas en pobreza y el 78% de analfabetas en el mundo son mujeres (Taibo, 2017, p.94).

Todo esto, como se explicaba en el apartado anterior, implica un aumento del descontento en amplios sectores de la población, de las masas desposeídas, que dejan de tener confianza en las clases dirigentes, cuestión que detona atisbos de una crisis de hegemonía política ligada, también a una crisis de legitimidad en términos ideológicos.

3.4 La crisis ambiental y sus incidencias en la crisis de hegemonía política.

1) La crisis ideológica sobre la noción hegemónica del progreso frente a la devastación ambiental.

Como se ha visto a lo largo del texto, las bases del modo de producción y reproducción capitalista conllevan muchas contradicciones que, conforme pasa el tiempo, toman formas específicas y generan problemas diversos, en ese sentido, el avance de la reproducción capitalista se transforma por lo general en calamidad, tanto para las clases desposeídas, sobre todo para las mujeres, como para el medio ambiente en general. Tanto la crisis ambiental, como los altos índices de pobreza, de precarización laboral, de violencia hacia las mujeres y cuerpos feminizados, etcétera, muestran la consecuencia desastrosa de las políticas económicas en torno al desarrollo, a la producción y explotación capitalista; en ese sentido, no cabe duda que los gobernantes y el gran capital no han podido llevar a cabo las tareas sociales que prometieron, es decir, no han logrado traer prosperidad y mejoras en la vida cotidiana para las mayorías y, por el contrario, las fórmulas de las clases dirigentes para alcanzar el mito del desarrollo han traído consigo mayor pobreza y devastación ambiental, han

generado nuevos problemas, como el cambio climático, que parecen no tener solución a corto y mediano plazo. Es por lo anterior que, sin desdeñar la parte estructural y económico-material del momento de crisis actual, se vuelve sumamente pertinente hablar de la crisis de la ideología dominante y de la idea hegemónica del progreso.

Por un lado, como veíamos anteriormente, el progreso relacionado al aumento de productividad por las nuevas tecnologías no resuelve el problema de la explotación y, de hecho, lo aumenta: en lugar de acortar las horas de trabajo las alarga; de igual forma, el aumento de la productividad aumenta la riqueza material pero en la forma capitalista pauperiza a sus productores (Bonefeld, 2013, p.296) y mientras se acrecientan las ganancias de unas cuantas empresas transnacionales ligadas tanto al sector productivo como al sector financiero, se acrecientan los problemas ambientales por el alto grado de extracción y contaminación que suponen. Por otro lado, varios progresos realizados por el trabajo social humano, en términos científicos, tecnológicos, artísticos, lingüísticos, etcétera, han sido subsumidos por el capitalismo, han sido transformados en mercancías, y aquellos que no resultan funcionales para la acumulación terminan por ser relegados o incluso eliminados.

Así, en el momento histórico actual, la combinación dialéctica entre progreso y devastación (Arizmendi, 2016) se sustenta en la centralidad de la contradicción entre valor y valor de uso.⁸⁰ La combinación, cada vez más radical, entre progreso y devastación responde a la naturaleza misma del modo de producción y reproducción capitalista que busca su reestructuración y renovación continua frente a los resultados de sus múltiples contradicciones,⁸¹ destruyendo ramas fabriles, cercenando procesos de producción y reproducción social y destruyendo ecosistemas enteros en pos de la

80 Misma que ha sido ampliamente argumentada por Bolívar Echeverría (1998).

81 Por ejemplo la ley general de la acumulación capitalista que se relaciona intrínsecamente con la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, ésta permite ver que mientras más se desarrollan las fuerzas productivas dentro del capitalismo al mismo tiempo se pone en jaque la acumulación de capital, ello se relaciona también con la contradicción entre valor y valor de uso (Arizmendi, 2016, p.32-40).

reactivación de sus ciclos económicos. De acuerdo con Arizmendi (2016), bajo el siglo XXI se ha dado el choque más radical entre progreso y devastación: "nunca la historia de la modernidad había estado tan avanzada, pero tampoco nunca estuvieron puestos en jaque tan radicalmente los fundamentos de la vida civilizada" (p.42). En ese sentido, la violencia, la precariedad de la vida, el hambre, la opresión de género y racial, así como la devastación ambiental, no son externos al capitalismo ni a su noción de progreso, son de hecho sus bases y su fundamento (Bonefeld, 2013).

Es frente a la crisis actual, con sus múltiples aristas ya mencionadas, que la dialéctica entre progreso y devastación se vuelve cada vez más visible y, de hecho, la devastación termina por subsumir al supuesto progreso capitalista. En ese sentido, para Gabriela Klier (2019) "la crisis ambiental nos enfrenta con la muerte de mundos, experiencias y formas de habitar que desaparecen" (p.75); la autora remarca el hecho de que, a partir de la crisis ambiental ligada al cambio climático, las promesas de desarrollo ilimitado y de dominio de la naturaleza en pos de la modernidad se han puesto en jaque, y que las soluciones técnicas y la ciencia supuestamente neutral no son suficientes para resolver la crisis y las múltiples problemáticas ambientales.

Desde una aproximación más filosófica, Bruno Latour (2017) califica a la crisis ligada al cambio climático como una herida narcisista (mayor a la herida generada por el descubrimiento de Galileo en relación a que la Tierra se mueve alrededor del Sol y no al contrario). Dicha herida narcisista es tal porque la humanidad resultante de la modernidad da cuenta ahora, con las evidencias científicas del cambio climático, que la Tierra (o la naturaleza) no es un ente desanimado, objetivo e inerte, y que ésta responde ante las diversas acciones humanas sobre ella generando una mutación ecológica. Al mismo tiempo, frente a la respuesta de lo extra-humano (la naturaleza), la humanidad pareciera en shock, inerte e indiferente. Pareciera que la cuestión ecológica hoy no involucrara directamente las identidades humanas, pareciera que como humanidad estamos en negación a pesar de todas las alertas

visibles; las reacciones humanas parecieran tomadas desde una postura de virilidad (cuestión relacionada enteramente al patriarcado) ligada a no dejar inhibirse por los peligros y al mismo tiempo con la desinhibición de continuar con las mismas acciones que están generando el cambio climático: “virilidad de un lado; impotencia del otro” (Latour, 2017, p.217).

Al respecto es importante indicar que dicha negación y postura patriarcal responde sin duda a las clases dirigentes y a su ideología hegemónica, no obstante, en desacuerdo con Latour, resulta fundamental dar cuenta de que muchos sectores de las clases subalternas no coinciden con dicho negacionismo, la humanidad no puede ser generalizada en términos políticos de la manera en que propone dicho autor ya que, como veíamos con Gramsci, existen múltiples relaciones de fuerzas que devienen en respuestas y pugnas políticas sobre todo en la sociedad civil. Con respecto a lo indicado por el autor se puede decir que dicho negacionismo está mermando la hegemonía política de las clases dirigentes en algunos espacios de la sociedad civil ya que, como se decía anteriormente, las problemáticas ambientales golpean directamente a sectores amplios de la población a nivel mundial, y ello no puede ser negado con discursos ya que los resultados desastrosos responden a cuestiones materiales bastante visibles lo cual puede implicar una crisis de legitimidad del capitalismo, un desencanto ante la idea de progreso que había reforzado la hegemonía capitalista por décadas.

Desde otra perspectiva más ligada al pensamiento crítico gramsciano, Mann y Wainwright (2018) argumentan que la crisis de la idea de progreso no es una crisis de la idea misma sino de los portadores de dicha idea, es decir de las clases dirigentes. Como ya se ha mencionado, las clases dirigentes han promovido concepciones liberales hegemónicas de democracia, política y libertad que hoy en día resultan cada vez más inadecuadas frente al momento actual de crisis, ya que, mientras la modernidad anunciaba la mejora de la calidad de vida en todos los aspectos, una amplia gama de la población muere de hambre y pobreza aunque existan las capacidades productivas necesarias para que esto no

ocurra; todo lo cual lleva a dar cuenta que la hegemonía burguesa ha sido incapaz de cumplir sus promesas y que las soluciones frente a la crisis actual no se podrán lograr a partir de su misma ideología política, es decir, a partir de reformas a políticas fiscales o a partir del uso de tecnologías y gestiones administrativas varias. Para los autores, la crisis planetaria ligada al cambio climático es “una crisis de la imaginación, una crisis de la ideología, el resultado de la incapacidad de concebir cualquier alternativa a los muros, las armas y las finanzas como herramientas para abordar los problemas que acechan en el horizonte” (Mann & Wainwright, 2018, p.346). En ese sentido, de acuerdo con Gramsci, podríamos decir que nos encontramos frente a un momento de exacerbación de la crisis histórica del capital donde las clases dirigentes han fracasado en una o varias empresas -siendo el problema ambiental uno de los más visibles-, lo cual pone en cuestionamiento su dirigencia y se vuelve únicamente dominio con base en la coerción sin una base de consenso, es decir, una crisis de hegemonía.

A pesar de que el momento de crisis actual podría aparecer como un resultado ligado únicamente al neoliberalismo, sobre todo por su carácter financiero y ambiental, dicho supuesto es meramente ideológico (Bonefeld, 2013) ya que, como se ha señalado, la crisis es un proceso y en realidad "tiene orígenes internos en los modos de producción" (Gramsci, 1975, Q15, N5), y es inherente al desarrollo y la acumulación de capital; por lo mismo, ésta no se resolverá con una vuelta a fórmulas keynesianas ni con la vuelta del Estado benefactor. No obstante, el mito de que puede existir un capitalismo humanizado, ecológico, feminista y/o con responsabilidad social, resulta ser un arma de las clases dirigentes en favor de su proceso hegemónico en la actualidad como contrapunto frente a la caída del mito del progreso.

A pesar de que la escalada de violencia, de pobreza, de problemas ambientales, etc, son factores que contribuyen en la opinión pública para desenmascarar la verdadera cara del capital, éste se puede muy

bien volver a disfrazar de determinadas formas amigables, dejando a un lado, tal vez, al neoliberalismo y transformándose en algo más. Lo que es cierto es que, como diría Gramsci, frente a la crisis actual las masas comienzan a dejar de creer en lo que antes creían, es por ello que en la actualidad han surgido cientos de movimientos en todo el mundo que denuncian las condiciones de precariedad, en todas las ramas de la vida humana y no humana, generadas por el capital.

Como se señalaba en el primer capítulo, Gramsci tocaba el tema de la crisis ideológica relacionada a la cuestión del espíritu crítico, el espíritu científico y el espíritu capitalista y se preguntaba si aquella sensación de pérdida y falta de conciencia crítica así como de espíritu filosófico tenía sus orígenes en la caída del mito del progreso. La crisis del mito hegemónico sobre el progreso y el desarrollo se exagera en la actualidad una vez que se constata que el sistema capitalista y sus contradicciones inherentes han resultado en una crisis climática sin precedentes; la contradicción capital-naturaleza, que resulta en el desequilibrio metabólico del medio ambiente por la explotación desmedida de los recursos naturales para la producción capitalista, es una de las contradicciones del capital que hoy en día se dejan ver con más fuerza que antes. El desarrollo como pilar de la modernidad es aquel que privilegia el crecimiento económico y la explotación de recursos naturales bajo la lógica del mercado por sobre cualquier otra cosa (Escobar, 2007) haciendo a un lado cualquier concepción diferente sobre la naturaleza y la vida, dicho aspecto forma parte del proceso que ha llevado a la crisis orgánica del capital actualmente.

Asimismo el espíritu científico del que hablaba Gramsci se ve mermado hoy en día por la incapacidad de poder sortear las problemáticas ambientales, las crisis alimentarias, la violencia de género, entre muchas otras cosas, el pilar científico de las clases dirigentes se cae ante la incapacidad política de éstas, ya que no han querido utilizar la tecnología en favor de las masas, la tecnología termina siendo un factor clasista que solo beneficia a sectores reducidos de la población mundial. Entonces, un pilar que había sido esencial en la hegemonía política del capital, hoy también se debilita, y no por nada es

que comienzan a surgir varios movimientos en contra de los avances científicos, movimientos de carácter conservador, sin duda, pero que enarbolan la crisis del paradigma científico que no logra resolver los verdaderos problemas de la humanidad, ejemplo de ello son los cada vez más numerosos tierraplanistas o incluso los anti-vacunas.

Como se explicaba en el primer capítulo, la crisis de la ideología era descrita por Gramsci como una sensación popular de falta de optimismo y una ruptura de los aparatos de gobierno en términos espirituales y de difusión (Gramsci, 1975, Q1, N76), y es así que los mitos modernos del desarrollo, y en la actualidad del progreso ligado a las políticas neoliberales, se resquebrajan día con día frente a todas las problemáticas antes descritas. La elevación de la enorme frustración e impotencia de las grandes masas con respecto a su presente y su futuro demuestra cada vez más precariedad en términos materiales pero también en términos espirituales, tanto la crisis económica, como la crisis alimentaria, la devastación ambiental, la desindustrialización de algunos países centrales, la crisis de cuidados y el aumento de la precariedad en la vida de las masas está gestando, pues, una crisis de ideologías que trata de socavarse a partir del mercado y del consumo individualista, pero éste no logra ser suficientemente poderoso para evitar el resquebrajamiento.

Entonces, hoy en día nos encontramos frente a un momento clave de derrumbe de ideologías y bloques de poder tanto en términos políticos como económicos, de desvelamientos de lo real y de probables transformaciones políticas (Oliver, 2015). Con relación a ello Lucio Oliver (2015) se pregunta qué tanto una crisis es además un cuestionamiento de la dominación, es decir, una crisis de hegemonía como un momento donde se pueden crear nuevos momentos constitutivos de la vida de las sociedades en general, del Estado integral. Como se veía en el primer capítulo, la fractura de la unidad social entre gobernados y gobernantes, que resulta en una desconfianza generalizada en la población, genera una dificultad mayor para “educar una nueva confianza” por parte de la clase dirigente (Gramsci, 1975, Q6

N90). Actualmente existe toda una oleada de desconfianza hacia la clase política en gran parte del mundo occidental por la incapacidad de los Estados para sobrellevar las políticas económicas neoliberales aunado a los crecientes problemas en el plano ambiental. Aquella desconfianza es un síntoma de la crisis en el plano superestructural en donde la mediación entre sociedad civil y sociedad política se vuelve cada vez más caótica. Y de esta forma, cuando la clase dominante ha perdido consenso “o sea, si no es ya dirigente, sino únicamente dominante, detentadora de la pura fuerza coercitiva” significa que “las grandes masas se apartan de las ideologías tradicionales, no creen ya en lo que antes creían” (Gramsci, 1975, Q3, N34); bien podría ser esto una clave para entender las movilizaciones a nivel mundial en protesta contra el cambio climático, así como las movilizaciones feministas por los derechos fundamentales de las mujeres; de hecho Gramsci llama la atención sobre la cuestión de los jóvenes “determinada por la crisis de autoridad de las viejas generaciones dirigentes”(Gramsci, 1975, Q3, N34), y resulta interesante cómo es que, efectivamente, las juventudes globales son aquellas que están protestando en primera fila, son menores de edad los que últimamente salen a las calles desde los movimientos de Fridays For Future y Extinction Rebellion en las grandes urbes europeas, por ejemplo, y han sido estudiantes de secundaria y preparatoria las que han salido primero a las calles en Chile en contra del aumento del precio en el transporte público que luego daría paso a la revuelta social y a la ola de protestas chilenas más álgidas de las últimas décadas, seguidas por las protestas en Ecuador y Colombia.

Otro síntoma de crisis de hegemonía de acuerdo con Gramsci es que “vastmas (especialmente de campesinos y pequeñoburgueses intelectuales) han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto no orgánico constituyen una revolución”(Gramsci, 1975, Q13,N23). Traducido a las luchas ambientales actuales, por ejemplo, se podría argumentar que la pequeñaburguesía intelectual sostiene, en muchos casos, un reclamo hacia las

élites por el uso intensivo de combustibles fósiles, extendiendo un reclamo desde organismos internacionales para dar paso a un capitalismo verde basado en energías sustentables; por otro lado, la idea del campesinado indígena en América Latina, que en realidad nunca ha permanecido en pasividad política sino todo lo contrario, es aquel que ha sostenido una lucha ambiental de suma importancia, lo que Martínez Alier (2004) llama el ecologismo de los pobres, que ahora se visibiliza mucho más por la problemática de la crisis climática actual. Asimismo, la actividad política de las mujeres en torno a las demandas feministas se encuentra actualmente en un momento de algidez, las protestas feministas han dado vuelta al mundo en los últimos años y con ello se han logrado plantear nuevos debates en las cúpulas políticas pero también en varios espacios de la sociedad civil.

En ese sentido, las crisis pueden ser momentos clave para el estudio de la realidad histórico política ya que "muestran desnuda la realidad de las fuerzas existentes y los puntos de su posible tensión y cambio" (Oliver, 2015, p.4). Ante ello parecería importante argumentar que estamos frente a un momento de resquebrajamiento en términos hegemónicos que responde, pues, a los otros múltiples factores de crisis estructural; lo estructural se entreteje con lo superestructural. Sin embargo, para que dicho resquebrajamiento hegemónico funcione en favor de las clases desposeídas, éstas requieren necesariamente de organización y de la construcción política y económica hacia una hegemonía alternativa, cuestión que resulta demasiado compleja aunque no imposible.

Ante la crisis del mito del progreso y la ideología neoliberal habría que sumar la crisis occidental de la política, misma que se genera por la gran debilidad que tiene el juego político encerrado en el plano burocrático, de acuerdo con Oliver ésta se sustenta en el cada vez mayor distanciamiento entre lo social -que aparece como local y subordinado al mercado- y lo institucional -que obstruye la lucha por los derechos de las clases oprimidas y fomenta la orientación neoliberal del sector público (Oliver, 2015, p.217). Esto es pues un factor fundamental para hablar de la crisis del Estado.

2) La crisis del Estado, crisis de hegemonía política y emergencia climática.

Después del fin de la Guerra Fría y del agotamiento del modelo keynesiano ligado a los Estados de bienestar, dentro del mundo unipolar mencionado anteriormente en este mismo capítulo, el modelo neoliberal sería el proyecto hegemónico de las clases dirigentes; éste apareció como la única receta para llegar al desarrollo y a la prosperidad en un mundo donde se canceló la idea de la revolución y de que otros mundos distintos al capitalista pudieran ser posibles. La caída del bloque soviético y del socialismo real en general (a pesar de que Cuba siga existiendo heroicamente), implicó un gran desencanto en la política de izquierda a nivel global y fue a partir de ello, también, que se pudo instaurar el modelo neoliberal, dentro de un proceso hegemónico que abarcaría el consenso y la coerción, aunque en varios casos la violencia fue la que imperó en su construcción. Así, la etapa neoliberal desde los años setenta iría tomando cada vez más fuerza e implicaría un gran movimiento de capitales, la expansión del comercio global, la formación de nuevos bloques económicos regionales (Houtart & Delgado, 2017), y el establecimiento de una creciente ideología ligada al individualismo y al consumo que afectaría también en términos políticos al hacer de los ciudadanos una especie de consumidores más ligados al mercado que a la misma política.

Todo ello afectó de distintas maneras a las economías nacionales y a la concepción de lo que se entiende por Estado-nación en relación a las fronteras del mercado (Houtart & Delgado, 2017, p.79). Dicho proceso edificaría el fin de las economías nacionales tradicionales por la modificación de la relación entre los Estados y el capital en el proceso de globalización neoliberal y de financiarización de la economía. Esta modificación se basa en que el desarrollo económico pasa de vincularse con las relaciones de propiedad capitalistas nacionales como sede oficial, a las estrategias de inversión a escala internacional, una especie de des-estatización (Hirsch, 2001), añadiendo un giro en la forma de hacer

política gubernamental en forma de gobernanza (Jessop, 2004). Las políticas estatales de esta nueva fase se concentraron, cada vez más, en generar mejores condiciones de valorización para el capital transnacional; para ello se buscó ampliar la flexibilidad y libertad de tránsito de capital internacional, de mercancías y servicios. Asimismo, surgió una clase gerencial capitalista cosmopolita mientras la masa de asalariados continuó dividida por las fronteras nacional estatales (Hirsch, 2001).

Al ser el Estado responsable de la regulación de las relaciones de clase, en esta fase de mundialización los Estados se mantuvieron como la instancia más importante para garantizar las condiciones de infraestructura del capital global así como para propagar los ideales de un modo de vida específico, alentado por la competencia y por el consumo, en vista que el Estado funge como educador (Gramsci, 1975). Las empresas transnacionales son dependientes de la infraestructura y recursos de conocimientos, así como de las facilidades legales, con las que cuentan las economías nacionales, por ello los Estados en esta etapa tienden a fomentar sistemáticamente sectores especializados y a liberalizar los mercados. El tipo de Estado que toma forma dentro de esta etapa es lo que Joachim Hirsch (2001) llama Estado nacional de competencia.

De acuerdo con Hirsch, en dicho proceso de globalización se distinguen tres aspectos en la transformación del Estado; primero la desnacionalización de los Estados donde existe una modificación y distanciamiento entre sociedad civil y sociedad política; en segundo lugar, la privatización de la política a partir de las políticas de regulación donde el Estado aparece como un moderador de actores y grupos sociales aparentemente independientes, donde también surgen nuevos actores como las ONGs y las empresas transnacionales que se involucran de lleno en la política nacional; y en tercer lugar, la creciente internacionalización de la regulación política ligada a organizaciones e instituciones a nivel mundial que obligan a los Estados débiles a insertarse en nuevas formas de cooperación internacional perdiendo capacidad de intervención al interior de sus gobiernos.

De acuerdo con el autor, la globalización se vincula a una regionalización creciente que fomenta la necesidad de cooperación internacional (Hirsch, S/F). Esto último se relaciona también con la regionalización de las economías nacionales y globales.

En ese sentido, con respecto a las políticas ambientales, Ulrich Brand y Cristoph Görg (S/F), indican que éstas se ha centrado en las últimas décadas en la cooperación internacional, y que a raíz de ello surge la contradicción entre lo internacional, lo nacional y lo local en términos de procesos normativos ambientales, ya que muchas veces los convenios internacionales no se vinculan de manera orgánica con lo nacional o lo local, cayendo en un tipo de funcionalismo al no tomar en cuenta las relaciones sociales específicas (Görg & Brand, 2000); ello puede relacionarse con una especie de cosmopolitismo que en el sentido gramsciano refiere a la falta de vínculos orgánicos entre las clases dirigentes internacionales y las clases dirigentes nacionales de los Estados no hegemónicos. La política ambiental implícita ligada a las políticas neoliberales mundiales y a la transformación de la relación entre los Estados nacionales no sólo se enmarca en el crecimiento de la competitividad sino en una exacerbación de los discursos de cooperación entre Estados y actores sociales (Görg & Brand, 2000). Dentro de dichos procesos de cooperación, el medio ambiente y los recursos naturales aparecen como parte de “estrategias de valorización forzada” de las que obtienen provecho las clases dirigentes de los países centrales y funcionan como garantía frente a la crisis y sus consiguientes problemas, a esto los autores lo describen como una nueva forma de biopolítica para el control y la apropiación de recursos bajo la pantalla de pérdida de biodiversidad.⁸²

82 La apropiación de recursos no es algo nuevo, ya que podría localizarse históricamente en varios momentos como en la expansión colonial europea y en los albores del capitalismo, sin embargo, la nueva forma de control y apropiación de recursos y biodiversidad está ligada a nuevos desarrollos técnicos biogénicos y a nuevos discursos ligados a la escasez y la crisis ambiental. Estos nuevos discursos, muy emboga por el cambio climático en los organismos internacionales, se basan a veces en el teorema de Coase, el cual plantea que “una completa privatización y comercialización de la biodiversidad asegurará su conservación, aún sin la intervención reguladora del Estado”,(GÖRG & BRAND, 2000, P.9) siempre y cuando se tenga la información detallada sobre las mercancías y los mercados disponibles. En términos políticos, el concepto de biodiversidad como naturaleza virgen también resulta bastante debatible ya que, al entenderla así, la biodiversidad no tiene dueño y entra en conflicto con los distintos valores de uso que ésta pueda llegar a tener y,

Cabe mencionar que las políticas internacionales desde la década de 1980 se ligan al término de gobernanza donde el proceso de las decisiones políticas tiene nuevos actores como las ONGs y firmas empresariales privadas, lo cual genera que los Estados-nación pierdan soberanía y control, dando como resultado mayor importancia a los niveles regionales e internacionales en el terreno socio-económico y político. En ese sentido la orientación central de las políticas internacionales es la protección de la propiedad privada (Brand, 2004). Todo ello se liga al dominio del capital transnacional, a la reestructuración productiva y financiera, al uso de las nuevas tecnologías de comunicación, el aumento del consumo, etcétera, ya que éstas han sido las bases del modelo neoliberal que, al mismo tiempo, ha llevado a la desnacionalización, la desindustrialización, a la desorganización popular, y al reforzamiento de los estados autoritarios en general (Oliver, 2009).

En torno al papel que cumplen organismos internacionales como la ONU, el FMI o el BM en torno al cambio climático, se puede apreciar que existe una constante en la que se trata de obviar la cuestión política como tal y se cae, como hemos visto, en soluciones de corte técnico y/o gerencial, pero nunca con miras a cambiar las relaciones sociales dentro del modo de producción actual. Asimismo en el caso del rol que juegan las ONGs como vínculos económicos de los países centrales, éstas operan en el espacio de las políticas ambientales ya que los gobiernos no lo han llenado del todo. Uno de los campos favoritos de las ONGs últimamente ha sido el sector ambiental, justamente porque existen pocos

sobre todo, con las relaciones de propiedad ligadas al bien común. La llamada biotrade-iniciativa estudiada por los autores elimina “el régimen de acceso libre al bien común de la biodiversidad y se sustituye por una regulación gradual de la propiedad y el acceso”, (p. 11) es decir, se crea una nueva forma de despojo legitimada sobre la crisis ambiental y la escasez de recursos (ello se liga muchas veces a la ignorancia sobre las formas de aprovechamiento tradicional de la tierra y los recursos o incluso a ideas que ponen bajo sospecha que las prácticas locales contribuyen a la erosión de la biodiversidad). Esto puede llegar a tener consecuencias graves, sobre todo para pueblos indígenas, campesinos y poblaciones locales ya que “podrán hacer valer sus intereses sólo en determinadas formas y serán presionados, de manera más o menos enérgica, a renunciar a otras formas de aprovechamiento y valoración”, (p. 12) dando mucho más peso a las formas jurídicas nacionales o internacionales y a políticas de regulación medioambiental igualmente ligadas al plano internacional. Entonces, para Brand y Görg, la transformación de la biodiversidad en mercancía es un elemento de la globalización inducido por el proceso económico y que ha sido impuesto políticamente, donde los procesos ecológicos se convierten en “un elemento estratégico de la política de comercio y competencia” (p.18).

mandatos e instituciones que ataquen al problema desde el Estado, éste deviene en un campo fértil para que se generen ONGs ambientalistas y saquen agendas impuestas desde los organismos internacionales aliados a los países centrales con el fin de seguir acumulando capital. Sobre este tema, Görg y Brand (2000) argumentan que las ONGs alrededor del mundo juegan un papel fundamental en las políticas del desarrollo sostenible ya que designan actores y se encargan de difundir formas específicas de comprender al medio ambiente y al desarrollo, es decir, juegan un rol importante para la ideología hegemónica que forma parte del proceso de reestructuración capitalista (posfordista) a nivel mundial, mismo que genera mayor desigualdad y problemas ambientales.

Asimismo, en términos de cooperación internacional, las ONGs en su mayoría operan bajo una falta de comprensión integral y orgánica de lo nacional y lo local en pos de la competitividad internacional y la gestión de recursos. Bajo esas formas políticas que se gestan desde las variadas instancias internacionales es que las relaciones Norte-Sur global se desarrollan de manera desigual, lo que suele ser bastante positivo en términos de acumulación de capital.

De acuerdo con Oliver (2015), todos los cambios y erosiones en la relación entre sociedad política y sociedad civil de la época neoliberal han generado una crisis de hegemonía política ya que la reorganización del poder de las clases dominantes "excluye la influencia de las masas populares" (p.147) que se encuentran cada vez más explotadas y oprimidas de distintas maneras, como se detalló anteriormente. Dicha crisis de los Estados se ve enmarcada, también, en una crisis ideológica, misma que se presenta, por ejemplo, en las sociedades latinoamericanas del siglo XXI, donde se gesta "una descreencia de las promesas del neoliberalismo" (p.75); esto se liga obviamente a otros aspectos de la crisis ya mencionados como la cuestión alimentaria y de precariedad, así como a la opresión de raza y género, entre otras.

Cuando los Estados ven mermada su representatividad legítima en el escenario internacional, esto deviene crisis orgánica en el sentido local, es decir, dichos Estados se ven dentro de un distanciamiento institucional y político que no prioriza los proyectos de desarrollo nacional ni las necesidades de la sociedad en su conjunto. Asimismo, dichos sistemas políticos dejan de estructurar la política, la economía e incluso la cultura nacional, por lo tanto dejan de tener un verdadero vínculo con las masas y los poderes públicos caen en papeles únicamente burocráticos para satisfacer los intereses del capital transnacional (Oliver, 2015). Es por todo ello que los Estados pierden capacidad de construir agendas políticas nacionales y populares, cayendo en una crisis de hegemonía (Oliver, 2009).

Un síntoma de dicha crisis de hegemonía es la falta de adhesión orgánica entre los intelectuales y el pueblo-masa (Gramsci, 1975, Q4,N33). Relacionado a ello se puede argumentar que la problemática ambiental genera un alejamiento del pueblo ante los intelectuales negacionistas, por ejemplo, sin embargo, algunos otros intelectuales, sobre todo aquellos que se encuentran dentro de instancias internacionales como Naciones Unidas, están tratando de generar una adhesión orgánica con distintas capas sociales y sobre todo con movimientos urbanos en contra del calentamiento global a partir de ONGs y diversas políticas internacionales, con financiamiento de por medio, que buscan incidir en el sentido común dentro de la sociedad civil, aunque la manera de hacerlo sea eliminando la mucha o poca radicalidad que tengan y tratando de incorporarlos al sistema de una manera pasiva.

Con respecto a la región latinoamericana, se puede decir que los intelectuales cosmopolitas de las clases dirigentes hallados en varios organismos internacionales no han logrado tener un vínculo orgánico con los gobiernos y los intelectuales orgánicos nacionales; en ese sentido, las masas no se sienten representadas por sus gobernantes cuando se tratan temas como el cambio climático y la cuestión ambiental ya que sus territorios siguen siendo explotados y contaminados; ello, entonces,

podría denotar que el bloque histórico se ve más resquebrajado al haberse debilitado los vínculos entre sociedad civil y sociedad política, tanto en términos internacionales como nacionales.

Es en tal sentido que el descontento social y la polarización continúan en aumento a nivel mundial, lo cual socava el poder del consenso político al no poder integrar las demandas sociales a lo institucional, ni poder dirimir los conflictos nacionales hacia planos internacionales por medio de guerras. Al respecto, Mézáros ubica algunos indicadores de la crisis de dominación, o crisis de hegemonía política: la vulnerabilidad de la organización industrial y la vinculación de varias ramas de la industria por una apretada interdependencia; la gran cantidad de tiempo sobrante para el ocio por parte de una parte de la población sometida al desempleo intelectual; la continuidad de la exclusión sobre el control de los medios de producción de la clase trabajadora que al mismo tiempo obtiene una posición de mayor importancia con respecto al consumo; y la erosión de estructuras parciales de estratificación y control social, lo cual eventualmente lleva a la pérdida de control social por parte de las clases dirigentes (Mészáros, 2009, p.85). Todo lo anterior se exagera con respecto a las problemáticas ambientales en la actualidad, ya sea en términos económicos, como de infraestructura, sociales y culturales.

De acuerdo con Oliver, la crisis es una categoría que expresa el dinamismo de movimiento de la sociedad civil cuando sus instituciones se vuelven rígidas; en algunos momentos de crisis, los Estados se pueden transformar en aparentes,⁸³ es decir que pueden gestar una disfunción y un gran alejamiento entre Estado y sociedad civil, en esos casos los Estados se convierten en un obstáculo ante la capacidad organizativa y de voluntad política de la sociedad en su conjunto (Oliver, 2015). No obstante, los Estados modernos, donde existen las políticas públicas, no son un Estado aparente como tal, sin

83 El Estado aparente es una categoría que expresa el momento en que la oligarquía domina todos los ámbitos de la sociedad y no permite que las masas populares entren al Estado, se apropia de la plusvalía sin retribuir nada a la sociedad y las masas no suelen participar, creando así una crisis política.

embargo, sí son propensos a crisis de hegemonía por razones específicas ligadas a la falta de representación e inclusión, así como a la falta de resolución de conflictos en varios ámbitos de la vida política, económica, cultural y ambiental.

Dentro de tal contexto, frente a una crisis de hegemonía, y en el caso específico de América Latina, se puede observar lo que Oliver (2015) describe como una neo-oligarquización, donde el Estado se presenta ideológicamente como el espacio de una élite, un Estado neoliberal transnacionalizado, lo cual eventualmente lleva a la crisis política del Estado nacional actual. Cabe decir que el concepto de neo-oligarquización no implica la pérdida automática de hegemonía, pero se asocia a los Estados de competencia e implica autoritarismo, tanto financiero como político. Hoy en día América Latina se enfrenta a la oligarquía política transnacional en un contexto geopolítico donde existen distintas subordinaciones a países centrales, con alianzas políticas dominantes y empresas transnacionales, es decir, oligarquías que defienden sus intereses, sin importar los intereses de las masas populares. Así, la región se ve frente al dominio de un proyecto oligárquico mundial, subordinado al Banco Mundial y al FMI, que influye en diversas políticas de corte social, económico y ambiental.

Por otro lado, resulta importante señalar que, ante el desmantelamiento del Estado de bienestar, el cambio en las legislaciones en pos de una mayor flexibilidad y en contra de los derechos laborales de los trabajadores, la privatización de empresas nacionales, así como las nuevas formas en las que el capital transnacional se apropia de los recursos naturales y de los territorios, se han generado múltiples movimientos sociales y un descontento generalizado entre las diversas poblaciones que protestan contra la marginación social en relación a la clase, el género y hasta en términos ecológicos. En la primera década del siglo XXI la acción colectiva en varias partes de América Latina llevó al nacimiento de nuevas fuerzas políticas populares y a la construcción de agendas políticas estatales que se opondrían al avance neoliberal, esto también profundizó la crisis del Estado y gestó una propuesta de reforma

avanzada y de soberanía nacional con los llamados gobiernos progresistas, que implementarían diversas políticas en términos de bienestar para la sociedad. Asimismo, la construcción de nuevos sujetos populares que nacerían de las luchas en contra de las políticas neoliberales en general, plantearían problemas como “la reapropiación colectiva del territorio (...) la radicalidad democrática horizontal, (...) una nueva determinación de lo público a partir de la sociedad civil, (...) y un nuevo internacionalismo” (Oliver, 2015, p.92-93) ligado a luchas heterogéneas y convergentes.

No obstante, las luchas y las disputas políticas no sólo se hallan por fuera de las clases dirigentes, como se ha mencionado, la crisis de hegemonía política puede llegar a ser una crisis en lo local pero también en lo internacional y de igual forma la crisis de hegemonía se puede llegar a traducir en disputas al interior de las mismas clases dirigentes.

Es importante recalcar que dentro de la clase dirigente también hay disputas, ya que está formada por varias ramas que a su vez entran en conflicto con relación a la acumulación de capital. Bajo esa idea, Mann y Wainwright (2018) ven en el cambio climático un aspecto en donde existen disputas entre clases y también intra-clase, que implican factores políticos, económicos y ambientales. En términos de hegemonía política, la desaceleración de la acumulación y reproducción capitalista como producto de la crisis ambiental ha implicado una serie de disputas dentro de las clases dirigentes, cuestión que se refleja en las pugnas entre los lobbys negacionistas del cambio climático -los defensores a ultranza del denominado capitalismo café que en términos prácticos y discursivos alientan el uso y la extracción de combustibles fósiles-, y los grupos de la burguesía que comienzan a hablar del cambio climático como un problema importante que tiene que ser combatido por el llamado capitalismo verde.

El hecho de que se busquen renovar ciertas áreas de la producción capitalista en aras de hacer una conversión hacia las energías renovables y la economía verde no exime las disputas donde otras áreas de la burguesía estén renuentes a tal conversión. En ese sentido se podría hablar, en parte, de la manera

en que ciertas empresas y gobiernos apuntan a obstaculizar la modernización de determinados procesos productivos relacionados al sector energético, que a partir de la emergencia climática están buscando modernizarse hacia las llamadas energías limpias, haciendo a un lado los combustibles fósiles.

Por otro lado, ideológicamente existe toda una batalla en contra de pensar la emergencia climática como un gran problema para el planeta y para el modo de producción, existe toda una línea política que se erige sobre el llamado negacionismo que refuta el hecho de que el planeta se esté calentando y que dicho calentamiento sea resultado del uso exacerbado de combustibles fósiles en las últimas décadas; por lo tanto, no obstante los hechos científicos sobre el calentamiento planetario y a pesar de que estos afirman que el cambio climático afectará directa y negativamente a la producción capitalista, existe un hecho ideológico retrasado (el del negacionismo) en comparación al efecto económico de la crisis ambiental, al respecto cabe señalar aquí lo mencionado por Gramsci: “los hechos ideológicos de masas están siempre retrasados con respecto a los fenómenos económicos de masas” (Gramsci, 1974, Q13,N23).

Por otro lado, hoy en día existe una tensión real entre los elementos (o empresas) del capital que buscan rearticular la generación de energía para las industrias desde un capitalismo verde haciendo a un lado los elementos del llamado capitalismo café, es decir, introduciendo al campo energético tecnologías nuevas basadas en las llamadas “energías limpias” para sustituir a las empresas de la energía fósil que se basan en el uso de petróleo, gas y carbón sobre todo. Dicha tensión se manifiesta hoy con más fuerza que hace algunos años, en principio porque el problema climático cada vez es más visible, y en segundo lugar porque las empresas de combustibles fósiles buscan fortalecer sus lobbys al interior del gobierno de EEUU, independientemente del partido que esté al mando.

Al interior de la burguesía internacional esto pareciera generar algún tipo de rupturas que bien podrían revelarse en las firmas de acuerdos internacionales con respecto al clima, un caso emblemático sería la

salida de los Acuerdos de París cuando Donald Trump era presidente de EUA; sin embargo dichas pugnas no tienen tanta influencia en términos estructurales reales al interior de la burguesía ya que los grupos impulsores del capitalismo verde tampoco niegan por completo el uso de combustibles fósiles, no obstante, en términos discursivos el problema comienza a visibilizarse más allá de las cumbres ambientalistas internacionales por diversos medios de comunicación y organizaciones que comienzan a influir en el sentido común popular. La opinión pública de algunos sectores de la población europea, por ejemplo, comienza a cuestionar el accionar de sus gobiernos con respecto al uso de combustibles fósiles, y sobre esa misma línea organizaciones populares de América Latina, por ejemplo, también disputan por nuevas formas energéticas y en contra del extractivismo tanto de combustibles fósiles como de minerales.

Retomando todo lo anterior, para Oliver (2015) las luchas de resistencia y movimientos sociales así como la política de recomposición del orden neoliberal de las clases dirigentes y la disputa de proyectos, así como las experiencias de gobiernos progresistas, son claves para analizar la reconfiguración de los Estados frente a la crisis de hegemonía, donde la sociedad civil puede llegar a ser autónoma y democrática, o bien subalterna y dominada por las oligarquías. De esto último también se puede decir que frente al ascenso de diversos movimientos sociales y, en general, frente al ascenso de la inconformidad de las grandes masas ante todas las problemáticas de precariedad ligadas al neoliberalismo es que se ha gestado una afirmación autoritaria de algunos Estados nacionales de competencia en pos de dar continuidad a la hegemonía de las clases dirigentes.

Una causa contrarrestante de la crisis de hegemonía política en el capitalismo puede llegar a ser el nacimiento de Estados autoritarios (Arizmendi, 2016); bajo esta noción se puede explicar cómo la inestabilidad política surgida de la crisis propicia la cancelación de garantías de las y los ciudadanos a nivel mundial, generando una tendencia neo-autoritaria que, de acuerdo con varios autores, pretende

instaurar un Estado de excepción a nivel mundial para lograr una administración tanto de la pobreza, como de los recursos naturales estratégicos, la mano de obra barata, etcétera. Los Estados autoritarios desde la perspectiva de Horkheimer son propulsores del poder capitalista como causa contrarrestante frente a sus crisis recurrentes, en ese sentido, de acuerdo con Arizmendi (2016), los Estados autoritarios nacientes del siglo XXI constituyen Estados antinacionales que son cómplices del capital privado transnacional, éste último necesita al Estado para imponer la mundialización de la super-explotación laboral y el monopolio de los recursos naturales.

En la actualidad se puede ver que los Estados nacionales de competencia se han erigido sobre las bases de un neautoritarismo con el fin de dar continuidad a la mundialización del capital y no quedar fuera del nuevo juego económico financiero. El actual autoritarismo de Estado, se basa, en principio, sobre un alejamiento mayor entre la sociedad civil y la sociedad política. El enaltecimiento de la sociedad de consumo, donde se degrada a los ciudadanos al status de consumidores, permite la privatización de los riesgos y la internalización de una conducta competitiva individual, las desigualdades sociales aparecen como cuestiones individuales y no como problemas sociales causados por las modificaciones estructurales de los Estados ante el capital mundial. Como resultado, la interacción político-social se vuelve cada vez más débil y más ligada a patrones de consumo inmediatos ayudados por las nuevas tecnologías de comunicación que propagan el ideal de un modo de vida imperialista (Brand & Wissen, 2013), al cual solo una pequeña proporción de la población tiene acceso tomando en cuenta las asimetrías del Norte y el Sur globales, la clase social, y los factores étnicos y de género (Keucheyan, 2016).

Asimismo, tanto las cámaras legislativas como los parlamentos van perdiendo funciones en razón de la creciente importancia de interlocución entre las empresas privadas y los Estados nacionales; las instancias parlamentarias se debilitan progresivamente y se vuelcan a actividades predominantemente

burocráticas y tecnocráticas. Por su parte, los partidos políticos funcionan cada vez más como máquinas propagandísticas perdiendo su capacidad de mediación con los intereses materiales (Hirsch, 2001). Todos estos factores dan paso a la proliferación de partidos de derecha y extrema derecha con miras a tomar el poder ya que favorecen discursos nacionalistas y populistas ganando ventaja sobre las crecientes diferenciaciones regionales, la precarización laboral y la migración, en complicidad con los capitales privados transnacionales. Todo esto constituye, pues, el ascenso de los Estados neoautoritarios a lo largo y ancho del mundo (Arizmendi, 2018).

Con respecto a ello, de acuerdo con varios autores, nos encontramos en los albores de la construcción de un proto-Estado global o planetario, integrado por organismos internacionales financieros y políticos como el BM, el FMI, la ONU, el G8, etc, a partir del cual los grandes capitales intentarán gobernar la economía global, con la cuestión climática al frente de varias negociaciones. El Estado global supone una gobernanza para afrontar la crisis de manera tecnocrática y autoritaria, violando los derechos laborales a gran escala y explotando en cada vez más grandes cantidades al medio ambiente, en una especie de Estado de excepción donde incluso se violan los códigos normativos del Derecho Moderno (Arizmendi, 2018). Houtart y Delgado, et. al. (2017), nos hablan sobre la posibilidad de la instauración de un Estado global autoritario y un banco único; frente a la crisis de la deuda y la quiebra masiva de bancos, será necesario instaurar un ente único por encima de todas las naciones donde las clases dirigentes internacionales -la burguesía imperialista- vea por sus intereses de una forma autoritaria sin precedentes, esto sería "un Estado global sin fronteras ni compromiso alguno con los ciudadanos", un totalitarismo nuevo que otorgaría un único polo financiero global.

Se puede apreciar que la crisis política internacional está ocasionando la búsqueda, por parte de las clases dirigentes, de una rearticulación de corte autoritario e imperialista que se liga a cuestiones estructurales en términos de garantizar la existencia de un ejército industrial de reserva internacional,

de la extracción y acumulación de recursos naturales, la apertura de fronteras comerciales, y el golpe constante en contra de las manifestaciones populares que buscan mejores condiciones de vida en general frente a todas las problemáticas provenientes de los múltiples factores de la crisis orgánica del capital antes descritos. Estamos entonces frente a una crisis de hegemonía política que, a pesar de los ejercicios de coerción por parte de las clases dirigentes, puede ser aprovechada por grupos antagónicos como un espacio de organización política para formar una hegemonía alternativa, sin embargo, esto no resulta fácil frente a la ideología neoliberal imperante.

3) Despertares políticos, crisis de las izquierdas y ambientalismos en la época neoliberal.

Como se explicaba anteriormente, frente al aumento de la precariedad en grandes segmentos de la población, así como a la crisis alimentaria y de reproducción social, la devastación ambiental, entre otras, se perfila también una crisis de hegemonía política de las clases dirigentes que puede implicar en ciertos casos el surgimiento de varias formas de organización por parte de las clases desposeídas. En principio es importante mencionar que, como resultado de la disparidad en el consumo, la precariedad laboral, la crisis alimentaria y de cuidados, así como de la desigualdad en términos de afectaciones climáticas, han surgido movimientos sociales alrededor del mundo que luchan dentro de este contexto y que tratan de disputar las nociones hegemónicas de la crisis ambiental, económica, social y política, dotándolas de un pensamiento crítico. En ese sentido el momento actual es una oportunidad para un despertar político donde varios actores cobran gran relevancia.

En el caso de las luchas ambientales, por ejemplo, las mujeres campesinas e indígenas son las que, en general, han estado a la vanguardia de los movimientos contra la privatización de agua y semillas, la preservación de la biodiversidad, etcétera. De acuerdo con Vandana Shiva y Maria Mies (1997) una

gran cantidad de mujeres alrededor del mundo comparten la misma indignación y preocupación por la preservación de los fundamentos de la vida como el agua, la tierra y los bosques, y forman una parte muy importante de las luchas en el Sur global en contra de las privatizaciones y los despojos frente a los intereses de las clases dirigentes. Claro ejemplo de ello son las diversas luchas que se han llevado a cabo en América Latina y el Caribe en pos de salvaguardar territorios y bienes comunes.⁸⁴ Todo ello contribuye, pues, a un factor importante en la crisis de hegemonía política para los gobiernos latinoamericanos ya que implica la activación política y organizativa de varios sectores de la población que se niegan a permitir las acciones que desean llevar a cabo las clases dirigentes en sus territorios.

Sin embargo, los modos de vida neoliberales y el distanciamiento entre sociedad civil y sociedad política, así como el surgimiento de nuevos gobiernos progresistas que no están libres de contradicciones, plantean nuevos retos para las luchas políticas de izquierda. En el caso de las luchas ambientales, por ejemplo, a pesar de que efectivamente a raíz de las múltiples problemáticas -ligadas al extractivismo, al despojo territorial, a la devastación ambiental por contaminación de diversa índole, e incluso ante la posibilidad de una catástrofe relacionada al cambio climático, entre muchas otras- se han generado despertares políticos o, incluso, replanteamientos de luchas históricas como la disputa por el territorio en varias partes del mundo, estos coexisten con formas neoliberales de hacer política que

84 Existen varios ejemplos de luchas ambientales lideradas por mujeres en nuestra región: la lucha de Berta Cáceres contra la privatización de ríos y contra la creación de hidroeléctricas de empresas transnacionales en Honduras; la de Nemonte Nenquimo contra la explotación petrolera en la selva amazónica de Ecuador; la de Artemisa Xakriabá contra la destrucción ambiental en la selva amazónica de Brasil; la de Moira Millán en lucha por la recuperación de tierras indígenas mapuche en Argentina; la de Máxima Acuña contra la minería en Perú; la de Celia Umenza en Colombia, contra los mega proyectos de agricultura y minería; etcétera. Asimismo en México existen muchas mujeres que han emprendido movimientos sociales para defender el territorio y los bienes comunes: la lucha de Trinidad Ramírez y su familia contra la megaconstrucción del aeropuerto en Atenco, Estado de México; la lucha de Beatriz Alberta Cariño Trujillo en Tehuacán, Puebla, contra la contaminación del agua por las industrias avícolas y de mezclilla; la de Eva Alarcón Ortiz en Guerrero por la conservación y el manejo sustentable de los bosques; la de María Edy Fabiola Osorio Bernáldez contra las obras federales en la laguna de Coyuca, Guerrero; la de Martha Manuela Solís Contreras en defensa del agua en la zona del semidesierto en Chihuahua; y la de Juventina Villa Mojica en defensa de los bosques y tierras en la Sierra de Petatlán, Guerrero, entre muchas otras. Para mayor referencia de las luchadoras en México se puede revisar el artículo: *Mujeres mártires ambientales en América Latina, una visibilización de los ecofemicidios por la defensa del territorio en México*, de José Luis García Hernández y Martín López Gallegos, en <http://revistas.unam.mx>, 2016.

intentan limitar los horizontes de disputa y sumergirlos en una politización ligada a la ideología de mercado.

Para profundizar más en el argumento anterior resulta importante destacar la noción de *antipolítica* sugerida por Romano y Díaz Parra (2018). De acuerdo a los autores, la antipolítica se caracteriza por eliminar cualquier antagonismo dentro de la sociedad en los debates políticos, es decir, un cierre ideológico que solo da cabida a la democracia liberal y a la economía de mercado, reduciendo la política a la gestión del Estado y del mercado como la única democracia posible, al tiempo que cualquier planteamiento que suponga la superación del modo de producción capitalista se vuelve absurdo o inimaginable, “el ethos capitalista se impone a nivel global sin encontrar rivales” (Romano & Díaz, 2018, p.19-20). Dicha politización neoliberal es resultado histórico de un proceso que se remonta a la caída del muro de Berlín y que se enquistó a partir de nociones como el fin de la historia y de las ideologías, lo cual generaría “síntomas claros en la falta de planteamientos universalistas y superadores del capitalismo” (Romano & Díaz, 2018, p.17). No obstante resulta importante señalar que estas formas de hacer política también tienen una raíz más profunda ligada a los albores del capitalismo que ya se mencionaron en capítulos anteriores, el pensamiento binario, que en este caso se relaciona con la noción separadora entre sociedad civil y sociedad política.

El pensamiento binario y separador influye en las maneras de concebir a la política y, por lo tanto, en las formas en que ésta se maneja. Sobre dicha cuestión cabe mencionar la diferencia que construye Bolívar Echeverría con relación a *la política* y a *lo político*; ambos conceptos se diferencian entre sí ya que la política remite al conjunto de instituciones y mecanismos políticos, mientras que lo político remite al contenido sustancial de la política, a la capacidad de decidir, fundar y alterar la legalidad que da forma a lo social (Echeverría, 1998). Relacionado a esos términos es pertinente retomar a Gramsci cuando habla de *la pequeña y la gran política*, la pequeña política sería lo que Bolívar Echeverría llama

‘la política’ ya que se centra en las instituciones y los gobiernos, en cuestiones diplomáticas y cuestiones parciales dentro de la misma clase dirigente, mientras que la gran política, ‘lo político’, remite a la fundación y refundación de nuevos Estados desde la perspectiva integral, es decir, aludiendo a las relaciones entre sociedad política y sociedad civil (Gramsci, 1975, Q13, N5). Desde la idea gramsciana, entonces, forma parte de la gran política excluir a la gran política del ámbito interno de la vida estatal (sociedad civil y sociedad política) y reducir todo a pequeña política; lo mismo que se puede ver retratado hoy con la política neoliberal que elimina cualquier rasgo de gran política de las problemáticas ligadas a la crisis histórica del capital. En ese sentido, el pensamiento binario, que separa al Estado de la sociedad civil, es una “operación ideológica en la que lo político se convierte en monopolio exclusivo de la política” (Romano & Díaz, 2018, p.29), incidiendo en los movimientos sociales y en la manera en que la sociedad entiende los problemas como externos y sujetos a ser resueltos por la sociedad política a partir de mejoras en la gestión de recursos, por ejemplo, o bien por medio del mercado y su regulación.

Por otro lado, el pensamiento binario también incide en las nociones que se tienen sobre el medio ambiente y nuestra relación con éste, lo cual también conlleva resultados políticos y ambientales específicos. El pensamiento binario implica dejar de lado la noción de totalidad compuesta tanto por lo socio-político humano como lo no humano, es decir, la no separación entre sociedad y naturaleza que permitiría ver el problema ambiental actual como algo estructural-orgánico y no como algo coyuntural. Con respecto a ello, Erik Swyngedouw habla de una despolitización de los sujetos a partir de la dicotomía sociedad-naturaleza, entendiendo dicha despolitización no como un vacío de política en sí, sino como una manera de ocultar el verdadero sentido político del término 'naturaleza' en beneficio del proceso hegemónico de las clases dirigentes:

Cualquier tentativa de saciar el sentido de estos significantes vacíos es un gesto decididamente político (...) la desautorización o el rechazo a reconocer el carácter político de tales gestos -la tentativa de universalizar los significados situados y sesgados que se inscriben metonímicamente en la Naturaleza- conduce a formas perversas de despolitización, configurando la Naturaleza como algo políticamente mudo y socialmente neutro (Swyngedouw, 2011, p.44).

Swyngedouw afirma que la 'naturaleza' es un constructo social enarbolado sobre una serie de principios ideológicos, los cuales no permiten ver que 'la naturaleza' no existe como algo singular ni en un estado trascendental, sino que, por el contrario, existen diferentes *medioambientes* moldeados histórica y políticamente en proceso constante de transformación. Asimismo, entiende a las sociedades y a su medio ambiente como algo co-producido que co-evolucionan mutuamente, es decir, retoma una visión de totalidad que se contrapone a las concepciones dualistas al igual que lo planteado por Moore, mencionado en apartados anteriores. En relación a dicho contexto político, algunos movimientos de izquierda se ven inmersos dentro de formas de politización neoliberal originando lo que podemos llamar crisis de las izquierdas, misma cuestión que también abarca, como lo indica Swyngedouw, el campo de las políticas ambientales.

La política liberal hegemónica, como se mencionaba, implica una noción binaria que separa a la sociedad política de la sociedad civil y a esto se le suma, también, la concepción que separa a la humanidad de la naturaleza, dando como resultado formas de entender la política ambiental como algo separado de la cuestión económica, política, social, de raza, de género y de espacio geopolítico, cuestión que afecta en términos macro y micro a las formas de hacer política para encontrar soluciones con respecto tanto al cambio climático como a la devastación ambiental en general. Dichas políticas hegemónicas de separación implican dar continuidad a la reproducción del poder económico y político

de las clases dirigentes ya que promueven la distribución de soluciones falsas ligadas a nociones de causalidades externas sobre la devastación ambiental. Retomando la noción de antipolítica y ligándola con las diferencias señaladas por Gramsci entre gran política y pequeña política, se puede decir que las políticas ambientales de la actualidad se enmarcan dentro de la pequeña política ya que no hacen una crítica estructural ni buscan soluciones de raíz contra el modo de producción.

La antipolítica desde lo ambiental, entonces, se liga a un reduccionismo vinculado al pensamiento liberal, que acompaña el vaciamiento de contenido político crítico de las instituciones públicas y de la sociedad entera con respecto al cambio climático y la crisis histórica del capital en general. Dicho pensamiento liberal se encarga de ser dominante mediante variadas estrategias, logrando establecer un orden social estable, al eliminar del debate los antagonismos reales de la sociedad capitalista, la lucha de clases, y “reduciendo lo político a su momento pasivo” (Romano & Díaz, 2018, p.29).

Cabe decir que la politización neoliberal de la crisis climática y ambiental tiene varias vertientes y éstas forman parte de diversas corrientes del ecologismo. William Sacher hace una amplia clasificación de los distintos ecologismos que existen hasta la fecha tomando sus orígenes filosóficos y políticos.⁸⁵ En principio da cuenta del elemento moderno fundamental ya mencionado, la separación entre el mundo

85 Sacher hace una clasificación novedosa, aunque toma en cuenta las clasificaciones hechas anteriormente por autores como Joan Martínez Allier, el de Noel Castree (de la oposición entre tecnocentrismos y ecocentrismos), y otros trabajos como el de Benton, Harvey y Bebbington. La clasificación de Joan Martínez Alier habla a grandes rasgos de tres tipos de ambientalismos en general, propone una clasificación de las tres corrientes principales del ecologismo o ambientalismo moderno: el culto a lo silvestre, el evangelio de la ecoeficiencia, y el ecologismo de los pobres. La corriente nombrada “culto a lo silvestre” se relaciona con los conservacionistas que tienen una visión de la naturaleza como algo inmaculado y buscan mantener algunos territorios libres de la interferencia humana, esta corriente se preocupa por el crecimiento poblacional y se relaciona con la biología de la conservación. La corriente del “evangelio a la ecoeficiencia” entiende a la naturaleza como campo de recursos naturales para la producción, se enfoca a nociones como capital natural y servicios ambientales y se liga a la economía ambiental, sobre todo está enfocada en dar continuidad al modo de producción capitalista de una manera sostenible. Por último, la corriente del “ecologismo de los pobres” entiende al medio ambiente como la fuente y la condición para la vida humana y nace de los conflictos ambientales y su consiguiente lucha por los territorios y el bien común, dentro de ésta existen muchos movimientos y cosmovisiones distintas, pero a grandes rasgos se caracteriza por estar en oposición a la valorización de la naturaleza y a la primacía del valor de cambio sobre el valor de uso. Bajo esta clasificación queda claro que las dos primeras corrientes son las hegemónicas en términos globales, sobre todo aquella ligada a la ecoeficiencia ya que cuenta con una visión de mercado que propone dar continuidad a la acumulación capitalista.

natural y el mundo humano, y las distintas formas de aproximarse a dicha noción, tomando en cuenta que el concepto de 'naturaleza' aparece "histórica y socialmente situado, orientado por una visión específica del mundo heredada de la Ilustración y la filosofía griega" (Sacher, 2019, p.12). Así, a partir de la noción de 'naturaleza' separada de la sociedad, nace el ecologismo como proyecto político (esto a pesar de que puedan existir otros ecologismos alejados de la dicotomía moderna).⁸⁶ El autor encuentra tres visiones dominantes en el ecologismo que, dentro de su diversidad, reclaman la necesidad de proteger al planeta y promueven agendas políticas específicas: la liberal, la conservacionista y los ecomarxismos.⁸⁷ La política hegemónica suele vincularse tanto al ala liberal como al ala del conservacionismo.⁸⁸ Por una lado se erige sobre un naturalismo bipolar, y por otro lado toma en cuenta

86 Existen dos grandes dimensiones ontológicas de aproximación a dicha separación, la primera -que es la hegemónica- es el naturalismo bipolar que concibe a la naturaleza como ahistórica y universal, autónoma y sujeta a leyes. Por otro lado, el naturalismo dialéctico, de herencia marxista, concibe a la naturaleza y a la sociedad "como dos entidades involucradas en un proceso de co-evolución" (Sacher, 2019, p.13) resultantes de un continuo proceso histórico y metabólico donde el trabajo humano constantemente transforma a la naturaleza exterior y a su propia naturaleza interior. (Schmith, 1977). Más allá de la dimensión ontológica, Sacher argumenta que también existe una dimensión ética sobre los naturalismos, una que tiende a la conservación y contemplación de la llamada 'naturaleza' y otra a su dominio y explotación. Es a partir de ambas dimensiones que el autor ubica "tres grandes visiones naturalistas de la relación sociedad-naturaleza (...) la tecnocentrista, la conservadora y la socialconstruccionista" (Sacher, 2019, p.13), mismas que se relacionan de manera distinta a la concepción de los límites de la 'naturaleza' y el carácter finito del planeta; la conservadora se liga a las leyes supuestamente inmutables de la naturaleza que determina su relación con la humanidad; la tecnocentrista que también asume la existencia de leyes naturales pero plantea que las fuerzas sociales permiten superar sus límites de manera parcial; y la visión socialconstruccionista que sugiere una capacidad histórico-social humana capaz de superar los límites naturales a partir de la construcción de una nueva dialéctica entre la sociedad y la 'naturaleza' en un momento poscapitalista.

87 Los ecologismos liberales promueven el llamado desarrollo sostenible, la ecoeficiencia, y el capitalismo verde. Estos interceptan las visiones tecnocentristas y las conservadoras, "influyen en corrientes notorias del ecologismo como la biología de la conservación y las ramas liberales del ecofeminismo, del movimiento de justicia ambiental y de la economía ecológica". Los conservacionismos "abogan por la primacía del respeto de las leyes y la integridad de la naturaleza sobre el progreso económico y humano"; son herederos del naturalismo bipolar conservador y se pueden dividir en dos: los bioecocentrismos y los antropocéntricos. Cuentan con autores neomalthusianos, y forman parte de movimientos románticos del siglo XIX. Algunas de sus corrientes son la ecología profunda, la biología de la conservación, la ecoteología, el antiespecismo y el survivalismo y el ecolibertarianismo, así como el ecofascismo. Por último, los ecomarxismos "plantean la construcción de una ecología informada por la economía política marxista, la necesidad de tomar en cuenta la especificidad del capitalismo como modo de producción y el imperativo de acumulación infinita como motor de las destrucciones sociambientales"; las corrientes políticas que surgen de estos son: "el ecosocialismo, el ecoanarquismo y la ecología social, así como la rama socialconstruccionista del ecofeminismo" (Sacher, 2019, p.15-16).

88 No obstante, a pesar de que el ambientalismo y sus orígenes como tal se encuentran en el ala del conservacionismo, es decir, en una especie de activismo desde las clases dirigentes que buscaban la defensa de las reservas naturales en Occidente, en el siglo XIX también existieron "movilizaciones de la clase obrera en pueblos y ciudades en defensa de la salud y la justicia ambiental en las fábricas y en sus barrios", así como el surgimiento de los movimientos anti-nucleares

la primacía de las leyes naturales por sobre el desarrollo humano y el progreso económico, pero también aboga por el uso de la técnica y la ciencia para generar soluciones dentro del mismo modo de producción promoviendo 'alternativas' de consumo dentro del mercado. A grandes rasgos se puede decir que la visión hegemónica sobre la crisis ambiental promueve una visión apocalíptica, pero al mismo tiempo permite soluciones ínfimas dentro de los ámbitos del mercado y la ciencia moderna, es decir, se gesta sobre una ideología política que promueve la acumulación de capital y la privatización de los bienes comunes, al mismo tiempo que sugiere que no existen otras alternativas posibles ante la catástrofe inminente.

A partir de las clasificaciones propuestas por Sacher podemos enmarcar a la antipolítica ambiental como un resultado tanto del liberalismo ecológico como del conservacionismo; resulta pertinente tomar en cuenta dichas clasificaciones ya que a partir de éstas se logra entender que no existe un sólo ambientalismo y que la lucha ambiental tiene muchos frentes, sin embargo, es importante dar cuenta que la mayoría de estos ambientalismos, sobre todo los hegemónicos, suelen eliminar por completo el carácter antagónico de la sociedad y las relaciones entre sociedad civil y Estado que pueden mediar hacia nuevas contrucciones alternativas de soluciones por fuera de una concepción dualista. Con respecto a todo lo anterior se puede decir que la antipolítica en los ambientalismo contemporáneos tiene un carácter hegemónico, mismo que resulta de la crisis de la izquierda mundial y del fortalecimiento de visiones neoliberales y de mercado sobre la política entera, ello incide, sin lugar a dudas, en nuestras relaciones con el medio ambiente exacerbando la crisis ambiental y política actual.

Sumado a lo anterior cabe decir que las estrategias de la antipolítica se pueden generalizar en dos grandes aspectos, uno blando que opta por la represión ideológica del pensamiento, eliminando la posibilidad de imaginar una alternativa real a lo existente, y otra dura que opta por la represión y la

y las organizaciones del ecologismo popular, entre muchos otros. (S/A 2019, p. 4)

violencia directa y estructural (tanto militar como económica) hacia quienes representen un peligro para el orden establecido, ya sean movimientos sociales, individuos organizados o incluso gobiernos progresistas (Romano & Díaz, 2018, p.39). En ese sentido, la antipolítica blanda forma una base para las políticas de desarrollo de la región latinoamericana, ya que a partir de una ideología de libre mercado y supuestamente democrática y responsable social y ambientalmente, se logran imponer ideas que no sugieren el cambio estructural profundo, sino paliativos que derivan en una expansión del mercado, del consumo y de las prácticas individualistas. Por otro lado, algo que cabe resaltar de la antipolítica dura es el hecho de que no sólo responde a una estrategia armada, sino que implica violencia estructural en términos económicos, el disciplinamiento financiero y la imposición de políticas de ajuste y recorte neoliberal. En ese sentido, las políticas internacionales impuestas desde organismos como el FMI y el BM forman parte de esa estrategia que busca eliminar las amenazas hacia los intereses de las clases dominantes.

Todo ese trabajo ideológico político y económico sirve, entonces, para los intereses de la acumulación capitalista, es decir, para evitar que se critique y se luche en contra de la explotación y el despojo, pilares fundamentales para la reproducción capitalista, lo cual a su vez oculta las relaciones sociales de producción y la lucha de clases que deviene de ella. En ese sentido, de acuerdo con Romano y Díaz, la antipolítica en la izquierda se puede generalizar en dos situaciones, por un lado el *autonomismo* y por otro el *realismo de izquierda*.

El autonomismo desde esta perspectiva es la característica de varios movimientos de izquierda actuales que se orienta a dar por hecho que la movilización en sí misma es suficiente para cambiar las cosas, sin tomar en cuenta la organización y la discusión política; los autores critican esta realidad al decir que el rechazo a la organización política supone el triunfo de un individualismo conservador que concibe la política sin conflicto, "una política sin política" (Romano & Díaz, 2018, p.23). Bajo el denominado

autonomismo, se rechaza frontalmente a las instituciones del Estado y se rechaza incidir en ellas de cualquier forma, y en respuesta a ello aparece una fetichización de lo local y lo comunitario. Sin demeritar las construcciones comunitarias, hay que insistir en que este tipo de hacer política puede caer fácilmente en el desarrollo de una forma independiente alejándose de lo que sucede a su alrededor y evitando ejercer una lucha por una hegemonía alternativa, que en términos gramscianos también podría relacionarse con la pequeña política y la falta de lucha en el terreno del Estado entendido de manera integral.

Por otro lado, el realismo de izquierda o el auge del liberalismo de izquierda es aquél que profundiza planteamientos economicistas de la democracia liberal. Esta visión rechaza a la vieja izquierda crítica del modo de producción en su conjunto y en su lugar lo reemplaza por la despolitización de la economía para hablar de ésta como una esfera que debería actuar independientemente de la política, “el realismo de izquierda requiere de esta forma renunciar a un horizonte de superación del capitalismo” (Romano & Díaz, 2018, p.25), lo cual sugiere una estrategia antipolítica del neoliberalismo que se aleja del marxismo, abrazando al liberalismo y su ideología asentada en la supuesta existencia de las clases medias, alejándose de la lucha de clases real. De la misma forma que los autonomismos, el realismo de izquierda desde una perspectiva gramsciana cae por completo en la pequeña política, dejando de lado la búsqueda por la transformación del Estado a manera de gran política y de lograr una hegemonía alternativa.

Con respecto a la crítica sobre el autonomismo ligado a la problemática ambiental, resulta importante señalar que el pensamiento liberal y dicotómico implica una visión individualista ligada a las soluciones de mercado y alejada, cada vez más, de la militancia y la organización política en general. De acuerdo con José Enrique Antolín, actualmente existe un cambio progresivo del ecologismo militante (político y científico), al ecologismo emocional, basado en el consumo individualista,

enmarcado en términos de pospolítica,⁸⁹ donde se sustituye a la acción política desde lo colectivo por la acción individual:

Las emociones juegan un papel improtante al estar vinculadas a la inseguridad personal derivada de la crisis climática (...) se constituyen como una nueva centralidad, y trascienden la esfera personal para colocarse en el eje de la nueva sociabilidad de las políticas ambientales (Antolín, 2019, p.25).

Dicha cuestión ligada al individualismo evita construir la emergencia climática como un problema político, dejando paso libre a la búsqueda de soluciones desde comités internacionales de expertos alejados de la lucha social y del cuestionamiento al modo de producción. Los problemas desde esa visión se definen en su mayoría en términos biológicos y físicos, como si la cuestión del Estado y de las clases sociales no fuera importante con relación a lo ambiental. Asimismo, el autor argumenta que estamos frente a una científicación de la política, a partir de la cual “los gestores políticos cada vez recurren más a la ciencia para fundamentar políticas medioambientales y aparecen como los gestores de éstas” (p.20), desarrollando así una mezcla de soluciones tecnológicas y administrativas que eliminan por completo el debate político sobre éstas en términos más profundos.

Resulta importante ligar la crítica al autonomismo con algunos tipos de acercamientos a la problemática ambiental desde los movimientos sociales como aquellos que menciona Antolín, relacionados a una visión individualista cada vez más alejada de la militancia y de la organización política como tal y, por lo tanto, más cerca de las soluciones de mercado. Un ejemplo de ello se puede apreciar en varias organizaciones y protestas desde los movimientos ambientalistas internacionales como el de Fridays For Future o el mismo Extinction Rebellion que en muchos casos alrededor del

89 Desde esta perspectiva, las emociones en el contexto de la pospolítica se presentan como sustitutas de lo político y se alejan de la lógica de la acción colectiva para adentrarse en el consumo individual de redes sociales, dejando de lado la idea de revolución radical y abrazando la idea de gestionar lo existente.

mundo optan por hacer movilizaciones (a veces masivas y a veces no) pero evitando siempre generar una organización política más allá de los actos de protesta misma; dentro de estos movimientos pareciera no haber una línea política clara lo cual suele ocasionar que se involucren actores diversos, entre los que se incluyen muchas veces aquellos que promueven las soluciones de mercado y que excluyen las críticas al modo de producción.

Por otro lado, y sería un error ponerlos en el mismo saco, existen los diversos movimientos que luchan contra la privatización de tierras y de recursos -sobre todo en regiones dependientes como América Latina- que muchas veces pueden ser bastante efectivos y tener muchos logros, sin embargo estos suelen quedarse en el plano local y no apuntar a una lucha unida más grande a nivel nacional o incluso regional. El alejamiento de estos movimientos con respecto a la disputa en el Estado es resultado no tanto de una politización neoliberal, sino de un cúmulo histórico en donde las clases dirigentes han buscado silenciar y terminar con dichas resistencias de manera sistemática. Estos movimientos territoriales y ambientalistas muchas veces son impedidos, por muchos flancos, para salir de la organización política local, generando que la mayoría de las veces, aunque no siempre, se elimine cualquier forma de diálogo con el Estado en términos de pensarse como sociedad civil alejada de la sociedad política. Esto puede llegar a tener repercusiones de diversa índole que, sobre todo, afecta en términos de alianzas con otros movimientos políticos. También vale decir que existen casos de movimientos ambientalistas de la sociedad civil que han generado vínculos con ciertas instancias de la sociedad política y estos se han encontrado con paredes infranqueables, o bien con traiciones que generan aversión y desmotivación ante la búsqueda por una hegemonía alternativa.

Por otro lado, al vincular la crítica al realismo de izquierda con las políticas ambientales, resulta fundamental hablar sobre las nuevas políticas internacionales sobre sostenibilidad. Swyngedouw plantea que dichas políticas tienen una clara dinámica de despolitización ligada al concepto de

‘naturaleza’ visto como algo externo a la sociedad y al sistema. La despolitización, de acuerdo con esta perspectiva, se nutre del miedo como nodo crucial para construir la actual narrativa ambiental; dicho miedo se funda sobre la promesa de desintegración socio-ecológica que llegará en el tiempo futuro y las posibles fechas de su llegada, un imaginario apocalíptico, a lo que Swyngedow (2011) llama las “ecologías del miedo” (p.50). Estas ecologías del miedo logran legitimar un consenso casi irrefutable en torno a las políticas internacionales de sostenibilidad, nutriendo un mensaje conservador que se escuda en la retórica de la necesidad de un cambio radical para evitar la catástrofe, pero enfocado en la adopción de medidas técnicas y gerenciales para que la vida pueda continuar como antes, llamando a una especie de revolución sin cambio revolucionario, que en términos gramscianos podríamos llamar revolución pasiva.⁹⁰ Como veíamos en apartados anteriores, el miedo basado en un probable colapso puede entenderse como una forma ideológica conservadora para evitar debates políticos en torno a las maneras en que se puede enfrentar el cambio climático, elimina del imaginario la lucha de clases y las relaciones entre sociedad civil y sociedad política en torno a la disputa por una hegemonía alternativa; asimismo legitima las políticas de la técnica y la administración, de la gobernanza ambiental o bien del mercado, como las únicas posibles soluciones, descartando los cambios estructurales hacia una hegemonía alternativa. Dichos discursos no identifican a un sujeto de cambio sino que invocan a una acción colectiva y de cooperación de toda la humanidad sin tomar en cuenta los conflictos de clase, ni de geopolítica, ni de raza, ni de género, es decir, no asume la heterogeneidad del antagonismo social del modo de producción capitalista. A todo ello, Swyngedouw (2011) le llama post-políticas de la sostenibilidad,⁹¹ las cuales se basan en tratar de evitar la articulación de soluciones alternativas y de

90 En otros apartados de la tesis se ahonda sobre la concepción de revolución pasiva ligada a las políticas ambientales internacionales.

91 Las post-políticas de la sostenibilidad para Swyngedouw se enmarcan bajo cinco rubros generales: 1) la cuestión ambiental se entiende como un efecto secundario y de carácter externo; 2) dichos efectos secundarios son presentados como globales y como amenaza total; 3) la ‘naturaleza’ aparece como un ente sujeto a ser salvado en lugar de promover las soluciones frente a los reclamos de grupos sociales sobre sus territorios; 4) el objeto de preocupación es siempre externo e incorpóreo, cayendo en la ambigüedad; 5) las preocupaciones pueden ser gestionadas a partir de una política

organización política que busque un cambio estructural hegemónico, se afirman “sobre una visión radicalmente conservadora y reaccionaria de una Naturaleza singular, ontológicamente estable y armoniosa” (p.60) que erradica lo político. Ello se liga a un reduccionismo vinculado al pensamiento liberal, que acompaña el vaciamiento de contenido político de las instituciones públicas y de la sociedad entera con respecto a la crisis.

Bajo la misma crítica al realismo de izquierda desde su plano ambiental cabe señalar que la profundización de planteamientos economicistas liberales ha dado como resultado el nacimiento del llamado keynesianismo ambiental. Dicha corriente suele dirigirse hacia soluciones relacionadas con el mercado y con la mejor gestión de recursos sin hacer una crítica al modo de producción capitalista. De acuerdo con Mann y Wainwright (2018), el keynesianismo ambiental se basa en la separación entre Estado y sociedad civil, e implica una adaptación del Estado-nación a las nuevas pautas del desarrollo sostenible donde el cambio climático se aborda desde lo jurídico-científico en ajustes sobre las emisiones, la producción y el consumo, pero nunca eliminando la relación social capitalista. Bajo esta óptica, el keynesianismo ambiental respalda un modelo de Estado de Bienestar con una orientación medioambiental, haciendo uso del ámbito legislativo para optimizar la vida económica orientada hacia lo ambiental, promoviendo el pago de impuestos ambientales, por ejemplo (p.187-201). Forma parte de una especie de activismo fiscal convencional que exige, desde el Estado, obtener poder sobre la sociedad civil y sus actividades a partir del mercado en pos de una “prosperidad económica sustentable” (p.201). El keynesianismo ambiental suele ser bastante atractivo desde la crítica del progresismo liberal hacia el neoliberalismo, sin embargo los autores recalcan que la cuestión ideológica que subyace detrás de la posible implementación de esta vuelta al keynesianismo es la idea de que no

de consenso dentro de un orden socio-ecológico dado sobre el cual no hay aparentemente alternativas reales (Swyngedow, 2011, p.54).

hay soluciones factibles fuera del capitalismo, una incapacidad de imaginar otra cosa distinta a este modo de producción, lo que antes llamamos antipolítica.

La visión de Mann y Wainwright sobre los informes de los organismos internacionales en relación a la crisis climática presenta un futuro donde los riesgos para el sistema político y económico, en términos estructurales, están ausentes; las implicaciones del clima extremo parecieran tener implicaciones modestas para la economía política mundial, es decir que pareciera que se da por sentada la estabilidad y atemporalidad del capitalismo y que, en todo caso, la adaptación de los seres humanos al nuevo clima sólo tendría que darse en el ámbito técnico:

(...) la afirmación implícita es que el orden liberal capitalista predominante es más fuerte que el medioambiente mundial y se adaptará a la amenaza futura mejor que los ecosistemas de los que depende. Sin embargo el AR5 del Grupo de Trabajo II no explica las condiciones políticas de esta moderación, ni justifica esta suposición notablemente optimista y ahistórica de la estabilidad de nuestro orden político-económico (Mann & Wainwright, 2018, p,122).

Como crítica a ello, los autores afirman que el futuro de la posible mitigación y el afrontamiento al cambio climático es, en esencia, una cuestión de economía política. En los informes de los organismos internacionales con respecto al medio ambiente (pero también con respecto a la pobreza y a la violencia de género) se elimina constantemente el énfasis en las limitaciones del orden actual y prima la idea de adaptación y/o resiliencia. La idea de adaptación en términos biológicos desde un ámbito funcionalista tiene efectos sobre el análisis político y social ya que ésta se entiende como una adecuación dentro de la concepción del mundo de las clases dirigentes, misma que termina siendo hegemónica y, por lo tanto, de sentido común para las clases subalternas.

A pesar de que los análisis sobre cambio climático solo parezcan presuponer cuestiones de adaptación biológica como las emisiones de carbono, por ejemplo, también contienen cierta noción política de la adaptación, en el caso de estos análisis provenientes de las instituciones internacionales su idea del futuro político-económico no cambia de paradigma y sugiere una continuidad de las relaciones capitalistas. Al respecto, se vuelve primordial hacer una crítica al constante uso de los términos resiliencia y adaptación ya que, al enaltecer en sentido abstracto la capacidad de adaptación de la humanidad se oscurece el contenido ideológico y político de la adaptación al mostrar el problema como una cuestión ‘natural’, y entendiendo la capacidad de adaptación de la humanidad como algo que no está sujeto a la condición política y económica de las sociedades y de momentos históricos determinados (Mann & Wainwright, 2018, p.132). Esta perspectiva funcionalista se vuelve, entonces, un punto más dentro de las formas que tienen las clases dirigentes para despolitizar el problema ambiental y sus posibles soluciones.

Si bien las políticas ligadas a los organismos internacionales no se relacionan del todo con las posturas políticas de izquierda, es fundamental traerlas a colación ya que éstas suelen ser muy importantes en términos de dirección con respecto al sentido común dentro de la sociedad civil en general y, por lo tanto, son generadoras de opinión pública que en diversos grados llega a influir en luchas y movimientos políticos que pueden ligarse a la izquierda en general. En esos términos, la ideología de mercado se ha vuelto prácticamente omnipresente y se ha naturalizado en nuestra sociedad. Se instala, entonces “una concepción puramente técnica y de la buena gestión del Estado mediante la que pretende eludir el conflicto de clase consustancial a la sociedad capitalista” (Romano & Díaz, 2018, p.37), mismo que se traduce en políticas internacionales que suponen atacar los problemas de precariedad, de violencia de género, de pobreza y de crisis ambiental, entre otros, sin cuestionar el modo de producción y las relaciones sociales que devienen de éste.

En términos de políticas ambientales internacionales e incluso de movimientos ambientalistas, la antipolítica como eliminación de los debates políticos y de los antagonismos de clase que anulan cualquier idea de superación del capitalismo puede llegar a ser muy efectiva, ya que muchas veces dentro de los movimientos ambientales actuales, y no se diga dentro de las instituciones internacionales que buscan generar soluciones ante la debacle ambiental, se llama a “no politizar” el movimiento o las acciones, e incluso se deja de lado la crítica estructural al modo de producción, en ese sentido se podría argumentar que no nos encontramos frente al fin de las ideologías, sino frente a la consolidación de la ideología capitalista que empapa al sentido común tanto en la sociedad civil como en la sociedad política.

Si relacionamos el aporte de Antolín con el de Mann y Wainwright (2018), se puede apreciar un factor importante de la estrategia de la antipolítica enmarcada en la crisis de la izquierda desde los ambientalistas contemporáneos, ligados por un lado al autonomismo y por otro al realismo de izquierda. Bajo la cuestión del autonomismo como un rechazo a las instituciones del Estado y a la lucha por ganar espacios en ese ámbito -cuestión que puede llegar a fetichizar lo local y comunitario así como a la movilización sin organización más allá de las acciones-, cabe resaltar su papel en algunas luchas ambientalistas que evitan disputar una hegemonía alternativa. Si bien es cierto que para muchas luchas ambientales resulta bastante difícil llevar sus demandas a otros espacios más allá de lo local, las ideologías de algunas de éstas pueden apuntar a evitar hacerlo, aunque no es el caso de todas.

Sobre el punto anterior es importante destacar que el realismo de izquierda, como el rechazo hacia un horizonte de superación del capitalismo desde las políticas liberales, tiene cabida en algunas luchas ambientales desligadas totalmente de las luchas por el territorio de los campesinos y de los indígenas en América Latina, por un lado, y por el otro, apunta por completo a las soluciones de mercado y a la tecnología. En última instancia, desde esta perspectiva, los ambientalistas del realismo de izquierda

parecerían estar en contradicción con los ambientalismos del autonomismo, pero al final ambos caen dentro de una ideología neoliberal, aunque muchas veces bastante sutil, que busca eliminar de las luchas la capacidad para disputar una hegemonía alternativa, en este caso en torno a las soluciones en torno al cambio climático y la crisis ambiental.

Al respecto es importante señalar que aquí no se intenta deslegitimar las luchas locales ni los movimientos autónomos, estos resultan de gran importancia cuando se piensan formas comunitarias de hacer política, sin embargo, cabe decir que éstas pueden llegar a ser utilizadas, en el discurso, para legitimar otro tipo de políticas más ligadas a la visión hegemónica de la sostenibilidad. En ese sentido, llama la atención lo vertido en los documentos IPBES y el GEO 6 ya que en algunas partes de los mismos se habla sobre la importancia de las comunidades indígenas y el cuidado que éstas hacen de su medio ambiente frente al cambio climático. Si bien es cierto que las comunidades locales tienen una aproximación distinta y, sobre todo, mucho menos dañina con su medio ambiente, el hecho de que sean mencionadas de esa manera en dichos documentos denota el hecho de que esas comunidades no representan ningún peligro para la acumulación de capital, siempre y cuando sigan existiendo en lo local y sus formas de vida no representen a la mayoría de los seres humanos y no incidan en la producción, reproducción y consumo del capital.

Según el informe de IPBES, en promedio, las tendencias de alteración negativa sobre la naturaleza suelen ser menores en las áreas mantenidas o administradas por pueblos indígenas y comunidades locales. Una cuarta parte de la superficie terrestre mundial sigue siendo tradicionalmente propiedad, administrada, utilizada u ocupada por pueblos indígenas, y de estas áreas hay un 35% formalmente protegido; el resto de estas áreas aunque no esté bajo el término de protección como tal, tiene una intervención humana muy baja. No obstante, las áreas donde se proyectan los mayores riesgos de efectos negativos por el cambio climático y por el descenso de biodiversidad, son también los

territorios de los pueblos indígenas y de las comunidades más pobres a nivel mundial. Como se ha indicado en otros apartados, desde el discurso hegemónico sobre la crisis ambiental y el cambio climático se argumenta que todo ello es resultado de la actividad antropógena, no obstante, en estos informes se puede ver que existe cierto señalamiento distintivo a las actividades antropógenas de sectores un tanto alejados de la producción capitalista. Con respecto a ello resulta interesante preguntarnos ¿a qué se debe esta particular mención sobre los modos de vida campesinos e indígenas frente a la crisis ambiental?

A partir del reconocimiento sobre la correcta administración de las áreas habitadas por pueblos indígenas y comunidades es que la IPBES sugiere la inclusión y participación de estos en la gobernanza ambiental, ya que puede ayudar tanto a la mejora de su calidad de vida, como a la conservación de la naturaleza, su restauración y su sostenibilidad. Se reconocen los conocimientos, innovaciones, prácticas y valores de los pueblos indígenas en función de su relación con sus territorios, por lo cual se sugiere tomar en cuenta sus contribuciones positivas a la sostenibilidad por medio del,

(...) reconocimiento nacional de la tenencia de la tierra, el acceso a los recursos de conformidad con la legislación nacional, la aplicación del consentimiento libre, previo e informado, así como su colaboración en la distribución justa de sus beneficios y acuerdos para la co-gestión con las comunidades locales (IPBES, 2019).

Este informe resalta que los pueblos indígenas suelen manejar las zonas terrestres y costeras “basándose en una concepción del mundo específica de su cultura, y aplicando principios e indicadores, como la salud de la tierra, el cuidado de su territorio y la responsabilidad recíproca” (IPBES, 2019), lo cual da como resultado un mayor cuidado del medio ambiente y, por lo tanto, una menor degradación.

Bajo una concepción parecida, el informe de GEO6 señala que,

(...) las tierras indígenas y otras formas de gestión de la tierra por parte de la comunidad podrían generar beneficios del ecosistema por valor de miles de millones de dólares mediante, entre otras cosas, el secuestro de carbono, la reducción de la contaminación, el agua limpia y el control de la erosión” (UN Environment, 2019).

De igual forma como lo sugiere el IPBES, en el GEO 6 se argumenta que los beneficios de dichas formas de vida humana podrían justificar que se asegure la tenencia de la tierra y el derecho a la herencia para las mujeres y las comunidades indígenas y locales, lo cual incluso reduciría la brecha de género relacionada a la información, la tecnología y la producción, y reduciría los niveles de hambre y pobreza a partir del control de la tierra y su producción por parte de dichas comunidades.

A partir de las aseveraciones de estos documentos trabajados por organismos internacionales, resulta revelador el hecho de que los modos de producción son centrales con respecto a la manera en que se gestiona la tierra por parte de la humanidad. Por un lado se tiene el modo de producción capitalista, en el cual los medios de producción (la tierra sobre todo) son de carácter privado y no bienes comunales, y donde a partir de esa división entre las y los trabajadores y sus medios de trabajo se impulsa su explotación para la producción de mercancías con el fin de generar ganancias y reproducir el capital. Por el otro lado, se tiene una serie de relaciones campesinas ligadas muchas veces a cosmovisiones y formas de vida indígena alejadas de los valores capitalistas, que en varios casos gestionan sus medios de producción (la tierra) de forma comunal, es decir, las tierras son de uso común y, por lo tanto, en éstas se generan diversos tipos de actividades para reproducir la vida de las comunidades, o sea, se produce para consumir y reproducir dicho modo de vida y no para generar ganancias al exterior, se pone por encima al valor de uso y no al valor de cambio. Si se hace una comparación a grandes rasgos de las formas en las que se utiliza la tierra, se puede ver que el modo de producción capitalista genera

mayor producción pero también genera mayor explotación y degradación, mientras que el modo campesino comunal de utilizar la tierra genera menos producción pero también degrada mucho menos el suelo y aún así permite la reproducción de la vida humana.

Con los apuntes de informes como el de IPBES y GEO6 se confirma lo antes señalado independientemente de que no se mencione como tal dicha aseveración: la actividad antropógena como tal no es la causante de la catástrofe ambiental actual, la culpabilidad reside, más bien, en las actividades antropógenas ligadas al modo de producción capitalista. No obstante, resulta importante señalar el hecho de que aquellas mismas comunidades están siendo señaladas como activos importantes en la producción y en el llamado capital natural para dar continuidad a la reproducción del capital en general “por valor de millones de dólares”. Esto sugiere que se busca, incluso, hacer valer determinadas formas de vida para que la generación de ganancias pueda continuar en un mundo envuelto en la crisis ambiental y climática; desde la perspectiva de las clases dirigentes frente a la crisis ambiental actual, ciertas formas de vida y de producción distintas pueden ser igualmente valorizadas con el fin de dar continuidad a la producción capitalista.

Al respecto vale decir que, a menudo, los organismos internacionales funcionan como herramientas para eliminar los significados políticos anclados en la sociedad y para eliminar contenidos críticos (Romano & Díaz, 2018, p.28), y en el caso de otras formas de vida y producción no hegemónicas, como las indígenas y campesinas del Sur global, éstas suelen entenderse desde una perspectiva en la que prevalece el valor de cambio y no el valor de uso, es decir, como activos económicos que pueden resultar de ayuda frente a crisis económicas, políticas y ambientales.

Un punto importante dentro de la estrategia internacional de la antipolítica es el rol que juegan las ONGs y los ya mencionados organismos internacionales, y es que estos nuevos actores han funcionado como ocupantes del vacío dejado por el Estado interventor, o Estado de bienestar, de las décadas

pasadas. Tanto los organismos internacionales como las ONGs tienen vínculos económicos innegables con los países centrales y funcionan como medios para externalizar las responsabilidades sociales y políticas de los Estados a manera de neocolonialismo. Asimismo, a pesar de lo que se señalaba anteriormente sobre el enaltecimiento de las comunidades indígenas y campesinas por parte de los informes mencionados, bajo la perspectiva de los organismos internacionales pareciera que países como los latinoamericanos, por ejemplo, son incapaces de gobernarse a sí mismos y requieren intervención constante de técnicos de dichas organizaciones. Las ONGs en ese sentido, “operan en los espacios vacíos dejados por los estados periféricos plegados al neoliberalismo” (Romano & Díaz, 2018, p.46), y de esta forma es que se reduce al Estado a un ente técnico-burocrático al tiempo que se promueve la no politización de los sectores favorecidos por la asistencia de dichas instancias sin necesidad de plantear reformas estructurales en la economía de nuestros países. En el caso de los espacios relacionados a la problemática ambiental, estos han sido relegados por la mayoría de los gobiernos del mundo dando paso a su ocupación por parte de ONGs o bien por las políticas internacionales hegemónicas de la sostenibilidad, lo cual tiene incidencias ligadas a la antipolítica en varias partes del globo.

A partir de lo anterior se puede argumentar que la crisis del Estado, que se mencionaba en un apartado anterior, también afecta a la organización popular y a la capacidad de los grupos antagónicos para organizarse, al tiempo que abre nuevos espacios para el proceso hegemónico de las clases dirigentes frente a la crisis, siendo su objetivo último el evitar que se cuestione y se cambie la esfera de la economía y la política (Romano & Díaz, 2018). No obstante, a pesar de la ideología neoliberal, la embestida neo-autoritaria y la crisis de las izquierdas frente a la antipolítica, muchos movimientos sociales críticos al pensamiento hegemónico se han sabido mantener, algunos han crecido y otros incluso han logrado instaurar gobiernos –sobre todo en América Latina-, no sin contradicciones, que

suelen elaborar programas políticos y sociales en busca de achicar el distanciamiento entre sociedad civil y sociedad política.

Al respecto es importante mencionar el papel jugado por los gobiernos progresistas de América Latina con respecto al tema medioambiental y demás demandas sociales. En estos casos, los gobiernos progresistas pueden ser enmarcados en una especie de realismo de izquierda, como se mencionaba anteriormente, al dar continuidad a lógicas del liberalismo económico y al no tomar en cuenta a ciertos actores de la sociedad civil que están buscando activamente soluciones frente a la catástrofe ambiental, así como frente a las violencias patriarcales y demás situaciones problemáticas que afectan a grandes partes de la población.

La conflictividad de los distintos ambientalismos y de la crisis de las izquierdas se expresa de manera peculiar en los gobiernos progresistas de la región, la continuidad del extractivismo y del culto al desarrollo es parte de varias políticas al interior de estos, y ello forma parte de cuestiones estructurales. Como apunta Víctor M. Toledo, la crisis ecológica actual afecta de manera colectiva y sin fronteras, ésta es “la única contradicción del actual modelo civilizatorio que alcanza a las élites privilegiadas del planeta” (Toledo, 1992). Tal cuestión se puede apreciar en el hecho de que todas las naciones, sin importar sus gobiernos, conllevan similitudes megaestructurales, mismas que residen en un modelo de sociedades industriales contemporáneas que han sido forzadas al interior de la mayoría, sino es que todas, las naciones; los países en vías de desarrollo, como todos en la región Latinoamericana, se han visto forzados a imitar dichas estructuras a través de varios mecanismos a manera de una “inercia global” (Toledo, 1992, p.14). A partir de los rasgos megaestructurales de las sociedades contemporáneas,⁹² las naciones en América Latina se han visto obligadas a integrarse a dichas

92 1) su carácter homogeneizante; 2) su tendencia a la centralización del poder y decisiones; 3) su obsesión especializadora y megalomaniaca; 4) el carácter depredador e ineficiente de sus sistemas productivos; 5) instituciones de apariencia democrática con acceso desigual”; 6) privilegio de lo industrial urbano sobre lo natural rural; 7) modelo civilizatorio como pirámide parasitaria (Toledo, 1992).

estructuras, destruyendo su capacidad de autosuficiencia material y espiritual, es decir, su habilidad para producir alimentos, instrumentos, energías, ideas y hasta proyectos de vida (Toledo, 1992). En ese sentido, si toda esa megaestructura se traslada al plano ambiental, así como al plano social, resulta casi imposible generar nuevas formas de pensar nuestra relación con la naturaleza y nuevas formas de producción ecológica y de corte social antipatriarcal, anticapitalista, que superen la producción y explotación devastadora que está terminando con nuestros ecosistemas y poblaciones.

El caso de México es ejemplar en este sentido, de acuerdo con Toledo (2022), los cuatro sectores más aguerridos dentro del momento actual son el ambientalista, el feminista, el científico y el indígena, mismos que no han sido bien recibidos dentro del gobierno de AMLO; sin embargo, siendo que la 4T tiene sus propias lógicas, ritmos y limitaciones, hay que tomar en cuenta que también forma parte de los procesos globales, y es por ello que se vuelve necesario un ajuste ideológico y nuevas formas fuera de esos rasgos megaestructurales para lograr llevar a cabo políticas de corte ambiental y social que verdaderamente logren ser progresistas ante la crisis actual. Cabe resaltar que el ejemplo de México clarifica lo que ocurre en gran parte del mundo con respecto al enfoque neoliberal y de antipolítica que se ha señalado en este apartado: en México estamos frente a un gobierno híbrido donde coexisten proyectos emancipadores y neoliberales, en este momento se expresa la conflictividad entre ambas fuerzas cuestión que podría permitir “concretar alianzas estratégicas y superar las posiciones radicales de una izquierda tozuda y visceral” (Toledo, 2021), con el fin de superar aquellos dejos de antipolítica que se pueden encontrar en varios movimientos ambientalistas no sólo en México sino en gran parte del mundo, así como los rasgos de realismo de izquierda, otro factor de antipolítica, que se pueden hallar en algunas políticas de corte liberal al interior de los gobiernos.

De acuerdo con Toledo, se requiere superar el momento político actual donde las resistencias y protestas se enfocan en objetivos parciales o secundarios que no reconocen las causas profundas de la crisis, es decir, superar la antipolítica; se requiere “una doble liberación y emancipación: ecológica y

social” que una los principios ambientales, anticapitalistas y antipatriarcales, para construir una verdadera sociedad sustentable (Toledo, 2020).

En el caso del gobierno mexicano de la 4T, actualmente se puede observar una cuestión que denota cierto desprecio por el ambientalismo de élite que ha sido capitalizado por algunos grupos de derecha, desde una visión liberal y de mercado; no obstante, dicha postura política del gobierno no permite dar cuenta que existen otros movimientos legítimos, fuera de la visión neoliberal y mercantil del ambientalismo. Dicha postura responde, pues, a la misma noción de desarrollismo impuesta desde hace mucho tiempo a los países periféricos como los de la región latinoamericana, cuestión que impide reconocer la importancia de imaginar nuevas relaciones entre lo humano y lo no humano con el fin de superar la crisis ambiental actual. Ahora bien, en caso de que se reconociera la importancia de un ambientalismo fuera de los preceptos neoliberales, implicaría gestar políticas antiimperialistas que permitieran reencaminar la industria energética hacia patrones de producción y consumo mucho más sustentables y fuera del uso de combustibles fósiles; esta cuestión tendría que ser ligada, también, a conexiones entre otros países con respecto a diversas industrias; es decir, el ambientalismo alternativo y emancipador, el ambientalismo fuera de preceptos neoliberales, solo podrá ser gestado si éste se propone desde una visión de bloque, nunca en un sólo país, ya que la división internacional del trabajo es un factor sumamente importante que no puede ser soslayado en términos de las economías nacionales. Exigir la instauración del ambientalismo en un solo país sin tomar en cuenta las relaciones productivas y de intercambio que éste tiene con la diversidad de naciones, sería caer en una falacia y en un sueño irremediable.

Ahora mismo nos encontramos frente a un momento en el que las relaciones de fuerza de la organización política de izquierdas no logra superar los momentos corporativos aunque se forman atisbos de aquel segundo momento del que hablaba Gramsci referido a la fase política en la que se

busca pasar de la estructura a las superestructura compleja, sin embargo, para que esto ocurra será necesario conformar la unidad e interseccionalidad de las luchas de los grupos subalternos que se enmarcan en la crisis actual.

Aludiendo a Gramsci, Mann y Wainwright (2018) señalan que el sentido común liberal tiene que ser destruido para lograr una concepción del mundo amplia, histórica y libre de dogmatismos y de separaciones liberales (p.211). En ese sentido, la ideología hegemónica liberal basada en el pensamiento binario propone medidas que no eliminan las contradicciones inherentes del modo de producción e implican dar continuidad al mismo a pesar de la crisis histórica del capital. Las recomendaciones de los organismos internacionales frente al inminente cambio climático, por ejemplo, han sido ineficaces la mayor parte de las veces y esto puede implicar que, desde las sociedades del Sur global, se conciba un pensamiento crítico hacia dichas políticas hegemónicas (la antipolítica) que involucre la praxis y la interseccionalidad de varias luchas contra la opresión.

4) Continuidades del proceso hegemónico de las clases dirigentes frente a la crisis ambiental.

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, el contexto actual forma parte de un momento en la crisis histórica del capital que implica múltiples problemas para la vida humana y no humana. Frente a ello, las clases dirigentes buscan formas de dar continuidad a su hegemonía en todos los flancos de la vida cayendo en grandes contradicciones a cada paso. A continuación se destacarán algunas de las formas políticas en que se acciona por parte de las clases dirigentes, haciendo especial énfasis en las propuestas y visiones internacionales sobre el cambio climático y la crisis ambiental, desde una perspectiva crítica

que se ligue al pensamiento gramsciano, haciendo uso de diversas categorías tales como revolución pasiva y cesarismo, mismas que fueron abordadas de manera teórica en el primer capítulo.

Como se veía con respecto al término de revolución pasiva, esta categoría implica un enfoque histórico-político e ideológico que no puede ser desatendido, el proceso de revolución pasiva, al igual que sus rasgos de cesarismo y de transformismo, se da de manera distinta frente a diferentes procesos históricos. Frente al momento actual de crisis histórica, este concepto nos sirve para señalar la manera en que las clases dirigentes buscan dar continuidad a su proceso hegemónico bajo los mismos preceptos ideológico-políticos, esto en parte se articula con la prolongación del pensamiento binario.

Como ya se ha señalado, el pensamiento binario escinde humanidad de naturaleza así como sociedad civil de sociedad política, entre muchas otras separaciones que impiden una visión de totalidad y un entendimiento dialéctico de la realidad. ¿Qué tienen que ver, en específico, ambas separaciones con el tema que nos atañe?, el hecho de separar humanidad y naturaleza se traduce en términos políticos de manera que se entiende la crisis ambiental como un factor externo al modo de producción capitalista, es decir, algo que puede tener solución dentro de la misma estructura capitalista. Esto a su vez se traduce en un entendimiento del accionar político dentro de lo que Gramsci señalaba como pequeña política, ligada a la falsa separación entre sociedad política y sociedad civil que entiende de manera escindida a las relaciones dentro del Estado moderno.

Como veíamos en el primer capítulo, la escisión entre sociedad política y sociedad civil implica entender al Estado como un ente unilateral, alejado de los complejos procesos políticos que se llevan a cabo en la construcción de hegemonía. El Estado integral es, justamente, la noción que nos puede permitir tener una perspectiva mucho más amplia de las relaciones entre sociedad civil y sociedad política, cuestión que implica dar cuenta del Estado como un entramado complejo y en constante movimiento y construcción. No obstante, el pensamiento hegemónico sugiere entender al Estado justo

como todo lo contrario, como una especie de Leviatán moderno que no permite la interacción real de las clases y grupos sociales, como algo estático y atemporal. ¿Qué resultado deviene de esta concepción?, en términos prácticos, tal concepción binaria y ahistórica implica que desde los grupos subalternos se tenga una idea de la política como una cuestión alejada de su realidad, es decir, que se entienda a ésta en términos de pequeña política, como algo que solo atañe a las esferas del gobierno y de las instituciones y partidos oficiales, y que nunca implica cambios en el terreno estructural y orgánico. Lo que dicha concepción fomenta es lo que en el apartado anterior se señalaba como rasgos de antipolítica o, mejor dicho, politización hacia la ideología hegemónica de las clases dirigentes. Es pues una estrategia de gran política -desde las clases dirigentes- llevar todo al terreno de la pequeña política e imponer la escisión entre sociedad civil y sociedad política, de manera que ciertos grupos sigan llevando la dirigencia y la dirección de la sociedad en función de sus propios intereses. En términos ideológicos, dicha concepción forma parte de una estrategia amplia que impide generar cambios sustanciales en la política; una revolución pasiva, entendida como una estrategia de las clases dirigentes frente al temor de una posible iniciativa popular revolucionaria, se liga pues a la estrategia de la pequeña política que lleva en sus raíces un pensamiento binario, permitiendo la dirección política y el dominio de las mismas clases dirigentes con el fin de evitar cambios estructurales.

¿De qué manera se liga la división entre sociedad política y sociedad civil dentro de una estrategia de revolución pasiva con los problemas actuales de la crisis histórica del capital? En principio dicho pensamiento binario conlleva a comprender las causas de la crisis ambiental, así como las causas de la pobreza, de la migración y de la violencia machista, de manera simplificada y desligada de la totalidad. Asimismo esta división implica que las posibles soluciones, o ideas de soluciones, nunca se planteen en términos estructurales sino únicamente en esferas aisladas, ahistóricas y técnicas; ejemplo de ello son los múltiples acuerdos internacionales en torno al clima de las últimas décadas, mismos que resultan

funcionales a ciertas capas de las clases dirigentes y, sobre todo, implican dar continuidad al modo de producción actual ya que no cuestionan la explotación del trabajo humano y no humano.

Entonces, un punto fundamental hacia la continuidad del proceso hegemónico de las clases dirigentes tiene que ver con dichos aspectos ideológicos ligados a las nociones binarias, como se mencionaba en el primer capítulo, las superestructuras desde la visión gramsciana, son una realidad objetiva y operante. Tanto la escisión humanidad-naturaleza como sociedad política-sociedad civil se entrecruzan para dar como resultado ideas de causalidad unilaterales y una búsqueda de soluciones de corte técnico más no estructural. De esta forma, la crisis ambiental, social, política y económica actual, se comprende como una cuestión coyuntural que puede ser disminuida en términos ligados, únicamente, a la pequeña política, es decir, la idea de que la crisis se podría superar a partir de reformar ciertas partes del sistema hacia formas más sustentables de desarrollo, pero siempre dentro de los parámetros de explotación y consumo. De tal forma, a pesar que desde una perspectiva crítica e histórica se pueda concluir que el momento de crisis actual reside en cuestiones orgánicas y estructurales, la visión hegemónica detentada por las clases dirigentes apunta a entender y enfrentar la crisis desde lo coyuntural. En ese sentido, el rasgo de transformismo, ligado al concepto de revolución pasiva, puede ser utilizado para describir la situación actual; como se señala en el primer capítulo, el transformismo implica la elaboración ideológica y educativa sintética y no analítica, tanto para el personal dirigente como para el pueblo masa, cuestión que implica, justamente, entender la problemática ambiental, y las demás cuestiones ligadas a la crisis, desde lo coyuntural para generar soluciones técnicas más no de corte estructural.

Ahora bien, a pesar de que ideológicamente el problema de la crisis se trate de forma coyuntural, la realidad de la situación actual plantea problemas importantes para la continuidad de la hegemonía capitalista. Como se veía en apartados anteriores, la crisis climática y ambiental implica complicaciones en varios ámbitos para la reproducción del capital. En la publicación del Sexto Informe

de Evaluación (AR6) del IPCC de 2021 se indica que la actividad humana es aquella que inequívocamente ha llevado al calentamiento global y en se diagnostica que el aumento de 1.5°C es casi inminente, ahora de lo que se trata es evitar llegar a los 2°C de aumento. De acuerdo con estos estudios, la única manera de frenar el aumento de temperatura global sería cortando el 40% de las emisiones de GEI a partir del año 2022 para llegar a las cero emisiones en 2050, cuestión que parece imposible en la actualidad ya que la mayor parte de la economía se basa en combustibles fósiles.

Desde el informe GEO6 se advierte que si las emisiones de GEI persisten sin ningún cambio, la temperatura media anual seguirá aumentando, y entre el año 2030 y el 2052 se superará la meta de los Acuerdos de París, y ahora a los acuerdos tomados en la COP 26, que refiere a la limitación del aumento de temperatura a 1,5°C o muy por debajo de los 2°C. Según varios organismos, evitar pasar ese umbral de temperatura requiere la reducción radical de las emisiones de GEI a nivel mundial, estos sugieren acciones de mitigación para controlar el aumento de la temperatura y disminuir entre 40% y 70% las emisiones de GEI en todo el mundo y llegar a 0 emisiones para 2070. Asimismo se ha anunciado que el mundo no logrará cumplir la Agenda 2030 de los ODS ni las metas para 2050 si no se invierten las tendencias antes descritas, “las proyecciones futuras indican que los avances son demasiado lentos para alcanzar las metas” (UN Environment, 2019).

Resulta interesante que estas cifras y mensajes sean vertidos en los informes de organismos internacionales, mismos que funcionan a manera de intelectuales orgánicos en diversas trincheras de la sociedad civil de la sociedad política en la actualidad. El hecho de que se hable en términos cada vez más alarmistas sugiere que efectivamente los focos rojos se están prendiendo con más ahínco a medida que los problemas ambientales van cobrando fuerza.

Las catástrofes planteadas a futuro pasan desde episodios de calor extremo en la mayoría de las regiones habitadas, precipitaciones intensas en varias regiones y probabilidad de sequía y de déficits de

precipitación en otras, hasta un aumento de las temperaturas de las noches extremadamente frías en latitudes altas y el aumento del número de días cálidos en la mayoría de las regiones del mundo, sobre todo en las regiones cercanas a los trópicos. También generará cambios de ecosistemas terrestres y oceánicos y en algunos casos la pérdida de estos. De acuerdo con el IPCC, aunque el calentamiento global se limite a 1,5°C en el siglo XXI, habrá aumentos en el nivel del mar hasta después de 2100, ello por la inestabilidad de la capa de hielo marino de la Antártida y la pérdida irreversible de la capa de hielo de Groenlandia ocasionadas por el aumento de la temperatura global, lo cual afectará, en mayor medida, a las islas pequeñas, las zonas costeras bajas y los deltas. Las afectaciones a dichas regiones van desde las intrusiones de agua salada y las inundaciones, hasta los daños en la infraestructura. De igual forma en el GEO 6 se explica que cuestiones como el aumento del deshielo glacial y el manto nival también afectarán sobre la disponibilidad de recursos hídricos regionales, sobre todo en Asia y América Latina, mismas que abastecen de agua al 20% de la población mundial. Los riesgos se agravan si se pasa el umbral de los 1,5°C y tendrá efectos en cascada sobre otros componentes como el sistema climático polar, el retroceso del hielo marino en el Ártico, el descongelamiento del permafrost, la disminución de la cubierta de nieve y la pérdida de masa del manto de hielo, la aceleración en el aumento del nivel del mar y las perturbaciones meteorológicas, etcétera.

Tanto la pérdida de disponibilidad de recursos hídricos, como los cambios en la temperatura de varias regiones puede ser un factor que implique problemas para el proceso hegemónico de las clases dirigentes en términos del proceso productivo; esto puede originar disputas por los recursos naturales, así como un aumento de precio en los mismos tanto por la escasez como por la dificultad en términos sociales y políticos que implicará sustraerlos, tal como se señalaba a partir de la teoría sobre la segunda contradicción de O'Connor.

Por otro lado los impactos en la biodiversidad también pueden acarrear problemas que no sólo atañen a la extinción de múltiples especies, sino que involucran nuevas enfermedades para la población, reducción de alimentos y aumento de catástrofes naturales, lo cual, de igual forma, implica nuevos retos para el proceso hegemónico de las clases dirigentes. Con respecto a ello resulta importante señalar que el aumento de temperatura a nivel global implicará específicamente la pérdida y la extinción de especies, “se prevé que el 6% de los insectos, el 8% de las plantas y el 4% de los vertebrados pierdan más de la mitad de su alcance geográfico determinado climáticamente si el calentamiento global es de 1,5°C, en contraste con un 18% de los insectos, un 16% de las plantas y un 8% de los vertebrados si el calentamiento global es de 2 °C” (IPCC, 2018), estos impactos se asocian también a otros riesgos relacionados con la biodiversidad, como los incendios forestales y la propagación de especies invasoras. Se estima que el 5% de las especies estarán en riesgo de extinción si el calentamiento global llegase a los 2°C, y que la mayoría de los rangos de especies terrestres se reducirán profundamente. Si se llegase a un calentamiento de 4,3°C, lo cual podría ser probable según la IPBES (2019), aumentaría el nivel de riesgo de extinción a 16%.

Asimismo, el informe del IPCC (2018) indica que “se prevé que el calentamiento global de 1,5°C cambie la distribución de muchas especies marinas (a latitudes más altas) y aumente los daños en muchos ecosistemas”. Con relación a esto será probable la pérdida de recursos costeros y la reducción de la productividad de la pesca y acuicultura (sobre todo en latitudes bajas). Otro problema será el relacionado con los arrecifes de coral, de los cuales se prevé que se reduzcan de un 70% a un 90% adicional con un calentamiento global de 1,5°C, la pérdida irreversible de varios ecosistemas marinos y costeros aumentará si el calentamiento supera los 2°C (IPCC, 2018). De igual forma, la reducción de las capturas mundiales anuales de pesca será de aproximadamente 1,5 millones de toneladas si el calentamiento llega a 1,5°C y de 3 millones si se llega a 2°C. Ello, por obvias razones, afectará en

términos de producción e implicará hambrunas para miles de personas. Con respecto a la cuestión alimentaria, el calentamiento global influirá en las reducciones netas del rendimiento de cereales como el maíz, el arroz y el trigo, sobre todo en África subsahariana, el sureste de Asia y América Central y del Sur, por ello habrá disminución de la disponibilidad de alimentos. En el caso del ganado, éste se verá afectado por los cambios en la calidad de los piensos, la propagación de enfermedades y la falta de disponibilidad de agua,.

En cuestión de salud humana, el calentamiento global repercutirá de manera negativa ya que la mortalidad relacionada con el ozono y con las olas de calor en las ciudades aumentará; asimismo algunas enfermedades aumentarán su grado de transmisión como el dengue, la malaria y la oncocercosis, ya que éstas tendrán más alcance geográfico a medida que el calentamiento aumente.

Todo lo anterior plantea, entonces, diversos problemas que pueden representar complicaciones variadas para la acumulación de capital y la continuidad hegemónica de las clases dirigentes, no obstante, estos problemas son vistos, desde la perspectiva hegemónica, no desde una perspectiva dialéctica y crítica con el modo de producción actual, sino desde una visión de pequeña política relacionada a la administración desde el Estado visto como algo escindido de la sociedad civil.

De tal forma, frente a tal escenario, las clases dirigentes buscan dar continuidad a su hegemonía desde dicho contexto específico y haciendo uso de sus relaciones político-ideológicas en el Estado. De acuerdo con Geoff Mann y Wainwright, existen dos posibles formaciones sociales de corte capitalista frente al cambio climático en la actualidad, mismas que podrían llegar a ejercer la hegemonía de maneras particulares, éstas son el llamado Leviatán climático capitalista, y el Behemot climático reaccionario. Ambos tipos ideales de futuros políticos implican la continuidad de la hegemonía capitalista a partir de la gestión y la administración de los conflictos con respecto al cambio climático,

asimismo cabe mencionar que, de hecho, ya existen ciertas formaciones que van delineando estos dos posibles futuros.

Por un lado, el Leviatán Climático como hipótesis se basa en los principales debates en torno a los Acuerdos de París, en donde se discute sobre el financiamiento climático y la gobernanza, donde el cambio climático se enmarca como un problema técnico que debe abordarse a través de la adaptación mediante la inversión financiera y de la gobernanza entendida como administración planetaria; el concepto de adaptación permea la mayoría de los documentos y acuerdos internacionales en relación al cambio climático. En ese sentido, la concepción hegemónica del mundo requiere el surgimiento de un soberano planetario que administre todos los recursos naturales. El Leviatán climático, tomado desde el constructo hobbesiano, aparece como el resultado del dominio de la idea absolutista de la política que impera hasta nuestros días, la gran política que somete al actuar general dentro de la pequeña política. Este tipo ideal se establecería como una autoridad reguladora legitimada a partir de la democracia liberal y la técnica científica, tendría una capacidad de panóptico para monitorear los recursos naturales en todo el mundo controlando el desarrollo, la administración, la conservación y la distribución de estos, en ese sentido, para los autores, la CMNUCC representa la primera manifestación institucional de lo que ellos llaman “regulación planetaria” (Mann & Wainwright, 2018, p.66). Dentro de esta hipótesis se habla del neomalthusianismo y del keynesianismo ambiental que sostendrían una estructura jurídica institucional de soberanía planetaria y con mercados globales sofisticados.

Por otro lado, el también posible modelo político del Behemot climático refiere a lo que actualmente acontece en términos del resurgimiento del conservadurismo reaccionario y del crecimiento de los movimientos de derecha a inicios del siglo, con la hipermasculinización y las ideologías etnoreligiosas como ejemplo. En la hipótesis de los autores, el Behemot se oponía al impulso de soberanía planetaria del Leviatán con un populismo reaccionario que se refleja hoy en día en las políticas negacionistas de

algunos gobiernos y empresas de países como EUA; ésta se financia y se lidera desde la fracción de la clase capitalista con vínculos a los combustibles fósiles: “el cambio político se ha visto acompañado o posibilitado por un rechazo de la colaboración internacional para abordar el cambio climático” (Mann & Wainwright, 2018, p.92). El llamado negacionismo actual es un ejemplo de ese tipo ideal del que hablan los autores, éste se basa en negar ciertos aspectos del cambio climático para dar continuidad a la hegemonía de los combustibles fósiles, mismos que sostienen a un amplio sector empresarial y financiero global.

Sin embargo, a pesar de la hegemonía real que aun tienen las empresas y las economías nacionales basadas en los combustibles fósiles, dicho negacionismo no puede sostenerse por demasiado tiempo, lo vertido en la última COP26 es signo de ello, los estragos que se viven actualmente por el cambio climático son difíciles de ocultar y cada vez más difíciles de negar, es por ello que, de acuerdo con los autores, es mucho más probable la consolidación del Leviatán climático, donde incluso naciones hegemónicas que económicamente tienen su base en los combustibles fósiles actualmente, como EUA, pudieran ser eventualmente los líderes de dicho Leviatán (Mann & Wainwright, 2018, p.94).

La idea original del Leviatán como contrato social fue propuesta por Hobbes para luego ser retomada por Schmitt, ambos autores enmarcan el concepto en relación a los momentos de incertidumbre frente a una posible guerra civil, es decir, con respecto a un momento de crisis política que implica la búsqueda de estrategias para mantener cierto orden social y la hegemonía de un grupo en específico, en ese sentido sería necesario un mal común en forma de Estado que pudiera ejercer el poder para evitar dicha guerra y generar estabilidad política y económica. Para Mann y Wainwright (2018) la noción de Leviatán climático implica, por un lado, la conciencia de las clases dirigentes sobre la necesidad de una estabilidad económica y política, pero también el hecho de que ambas no podrán ser posibles sin una estabilidad medioambiental que permita la reproducción del capital. En ese sentido, el Leviatán

climático probable puede suponer una autoridad legítima que sea capaz de monitorear los elementos ambientales fundamentales en el mundo; al respecto habría que decir que la CMNUCC representa la primera manifestación del ideal institucional en torno a la regulación planetaria.

Desde esta perspectiva, el Leviatán climático implica que el capitalismo sea presentado como la única solución posible al Cambio Climático y que, a la par, se convierta en una nueva oportunidad de comercio y negocio, con nuevos campos de desarrollo y consumo como la geoingeniería y las finanzas verdes. En consecuencia, para que este Leviatán pudiera funcionar sería necesario eliminar las autonomías nacionales y los regímenes regulatorios independientes a partir de un foro internacional de vigilancia y disciplina ambiental permanente, una especie de superagencia internacional que pudiera “controlar el desarrollo, la administración, la conservación y la distribución de todos los recursos naturales” (p.70) así como el comercio internacional. Esto se liga a ideas neomalthusianas pero también keynesianas, por un lado los mercados globales de carbono son un ejemplo importante de cómo se busca contabilizar las emisiones y, de cierta manera, controlarlas a partir de financiamientos, este tema ha sido central en las últimas reuniones internacionales como las COP.

Dando continuidad al pensamiento gramsciano, tanto el tipo ideal del Leviatán climático como el de Behemoth pueden ser analizados desde la noción de revolución pasiva haciendo especial énfasis en su rasgo de cesarismo. Como se apuntó en el primer capítulo, el cesarismo refiere a una formación social caracterizada por prometer soluciones de compromiso que ofrezcan estabilidad y equilibrio en periodos conflictivos. Los dos tipos ideales, que de hecho ya se pueden encontrar en algunos rasgos de la política internacional actual, responden a la dinámica del cesarismo en el sentido de la búsqueda por un partido y/o dirección única ligada a las posibles soluciones (de corte coyuntural) desde las clases dirigentes a la problemática ambiental. Asimismo, resulta importante dar cuenta de la lucha entre fuerzas progresivas y regresivas que suponen ambos tipos ideales, expresadas en los debates a nivel internacional sobre las causas de la crisis climática y las vías de salida a ésta. Como se puede apreciar a

lo largo de todo este texto, las posibles soluciones son de corte coyuntural y responden a un sentido político en donde se busca dar continuidad a la hegemonía del capital, es por ello que, a pesar de que en la teoría el Leviatán climático pudiera aparecer como una solución factible, lo que se puede apreciar en los primeros intentos globales por regular las actividades en torno a emisiones de GEI, entre otras, es que los procesos diplomáticos internacionales han sido fallidos. Por ejemplo, los Acuerdos de París de 2015 apuntaban a un crecimiento de no más de 2° C en la temperatura global y en un ideal de 1.5° C, así como alcanzar un equilibrio de las emisiones de GEI antropógenas, sin embargo todo esto ha fracasado ya que en la COP 26 se busca, igualmente, no rebasar los 1.5°, pero frente a un panorama en donde el aumento hacia 2° C parece inminente ya que los índices de calentamiento no han disminuido en la última década sino que han aumentado. Asimismo, de acuerdo a una estimación de la plataforma científica Climate Action Tracker (CAT, 2022), el mundo se dirige hacia los 2.4° C de calentamiento.

Bajo esa perspectiva, algunos personajes como James Hansen, Naomi Klein, Niclas Hällström e incluso Greta Thunberg, entre muchos otros, califican a los Acuerdos de París y las COP en general como un fraude. Sin embargo, de acuerdo con Mann y Wainwright (2018), no obstante el fracaso de las COP, los acuerdos ahí vertidos constituyen “la nueva ley internacional creada por los representantes de élite de los Estados-nación del mundo” (p.79), lo que supone desde su visión el proceso de creación hacia un Leviatán climático. Un ejemplo de ello es lo acordado recientemente en la COP26 (2021) con respecto a la solicitud a todos los países firmantes que actualicen sus metas para la reducción de carbono hacia el 2030; el llamado a reducir gradualmente el uso del carbón y los combustibles fósiles como fuentes de energía; el ímpetu por duplicar y aumentar significativamente el apoyo financiero y económico (a más de 100 mil millones de dólares al año) a los países en desarrollo para estos fines, etcétera. Así, a pesar de su ineficacia en términos de cambio climático, estos acuerdos pueden llegar a incidir en la realidad de las políticas nacionales de los países en desarrollo, lo cual puede resultar beneficioso para las clases dirigentes tanto en términos de geopolítica como en términos financieros.

Las políticas del desarrollo sostenible y la noción de crisis climática de los organismos internacionales, implican entender a la problemática ambiental como algo que puede encontrar solución a partir de medidas técnicas, administrativas y científicas. Para Mann y Wainwright (2018), los grupos capitalistas transnacionales que dominan los Estados-nación buscan “moderar el cambio climático y adaptarse a él; en particular para estabilizar sus condiciones que producen sus privilegios” (p.37), (como hemos visto, a partir de procesos de rasgos ligados al transformismo y al cesarismo), sin embargo, estos no han logrado coordinarse y llegar a una respuesta común; desde ese lugar es que “el cambio climático plantea desafíos directos e indirectos para su hegemonía, procesos de acumulación y modos de gobernanza”(p.37). Es por ello que para el análisis de las políticas internacionales sobre desarrollo sostenible es muy importante dar cuenta de las relaciones de fuerza (entre grupos empresariales transnacionales, las oligarquías de países centrales y periféricos, e incluso de los diversos movimientos ambientalistas) con respecto a la creación y la puesta en marcha de dichas políticas y programas.

Los proyectos políticos ligados a la preocupación de las clases dirigentes por la cuestión ambiental giran, pues, en torno a la idea de leyes que puedan llegar a regular las fuentes de emisiones, de producción y de consumo de los ciudadanos basado en un estatus jurídico-científico en busca de un control ambiental para dar marcha atrás al cambio climático. Dicho proyecto, como se advierte a lo largo de este texto, se basa en la separación entre el Estado y la sociedad civil, es decir, la concepción binaria de la política en donde el Estado-nación es el único espacio para las relaciones políticas y el único espacio de disputa política y, por ende, de regulación sobre diversos temas sociales. Todo lo anterior puede ser enmarcado en lo que también los autores Mann y Wainwright describen como keynesianismo ambiental, cuestión ligada a su tesis sobre el Leviatán climático.

El keynesianismo ambiental tiene su base en la idea de los fallos de mercado, mismos que se consideran espacios legítimos para la intervención del Estado, para la creación de instituciones

necesarias que permitan el buen funcionamiento de los mercados, dentro de ese ámbito los bienes públicos y los bienes comunes (como el sistema público de salud, el oxígeno atmosférico, la educación pública, el agua y las tierras comunales) aparecen como espacios difíciles para mercantilización lo cual puede llegar a generar una falla de mercado y, por lo tanto, necesitan regulación y administración desde la perspectiva del capital, es decir, se requiere que estos se conviertan en mercancía. En el capitalismo liberal se privilegia la producción mediada por el mercado y las relaciones de intercambio, y cuando existe alguna falla en el mercado se puede solucionar a partir del Estado que puede mitigar los efectos de mercados ausentes, esto sería pues, una especie de keynesianismo donde existan instituciones con diversos mecanismos para regular los precios y los accesos a determinados bienes.

En términos ambientales los fallos de mercado se suelen ver como externalidades negativas para la acumulación y ante ello se llama a internalizar las externalidades ambientales, es decir, a imponer tarifas o impuestos a los "usuarios" por los daños ambientales y/o por el consumo de recursos, esto refiere a grandes rasgos a la economía ambiental contemporánea en donde el Estado tiene un papel relevante sobre la instauración de los costos de impacto ambiental y, por ende, sobre la efectividad de los programas de mitigación. En ese sentido, los fallos de mercado y la falta de efectividad sobre la cuestión ambiental se atribuyen directamente a la cuestión política y no ya al mercado como tal, es decir, si continúan los problemas ambientales es resultado de las malas políticas gubernamentales y no de las empresas que contaminan, es por ello que la economía verde capitalista y el mercado aparecen cada vez más como las mejores técnicas de administración, y a la larga el mercado termina siendo el rector para, supuestamente, encontrar las soluciones ante la problemática ambiental y el cambio climático.

El entender al cambio climático como el mayor fallo de mercado en la historia lleva, por consiguiente, a pensar en estrategias políticas que podrían entenderse como keynesianismo ambiental, que también

ha sido nombrado como Green New Deal (Mann & Waingwright, 2018). Éste se basaría sobre un modelo de Estado de bienestar reorientado a lo ambiental, proponiendo herramientas legislativas ligadas a lo económico en términos de impuestos para promover la reducción de emisiones de GEI, por ejemplo. En ese sentido, se buscaría reposicionar al Estado y su poder en términos legales más allá del gran poder del mercado. Bajo la idea de intervención estatal, el keynesianismo ambiental necesita instrumentos fiscales que puedan coordinar una recuperación verde en una cooperación entre los gobiernos y los socios privados, un ejemplo de ello es la propuesta del Deutsche Bank relacionada a la formación de instituciones intervencionistas ligadas a bancos nacionales.⁹³

En términos generales, el Green New Deal o keynesianismo ambiental, se plantea como una economía basada en el consumo masivo del mercado verde y se acompaña de un juego de instituciones y políticas asociadas con la transición energética, inversiones ambientales, bancos verdes, etcétera que podría generar una solución al estancamiento económico.

Al respecto de ello no está de más mencionar la apuesta por la economía verde que se ha dibujado desde los organismos internacionales; según el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA o UNEP por sus siglas en inglés) la Economía Verde consiste en el “reverdecimiento de la economía”, a través de la reconfiguración de actividades comerciales e infraestructura para mejorar el rendimiento en las inversiones de capital natural, humano y económico, “con menos extracción y uso de los recursos naturales, la creación de menos desechos y la reducción de discrepancias sociales” (PNUMA, 2011). Lo anterior se plantea a partir de la asistencia de programas internacionales enfocados a reorientar las políticas nacionales en materia de inversiones y gastos.

93 El Deutsche Bank propone algo similar a lo que Roosevelt proponía con el New Deal, instituciones intervencionistas, con el Banco de Infraestructura Nacional y National Recovery Administración. Asimismo hay otras propuestas de keynesianismo ambiental como la de Stern en la cumbre del G20 en 2009, donde se exhortaba a reconocer las deficiencias en las políticas monetarias ante la crisis económica y climática, para la recuperación del capitalismo pero en términos de una especie de Estado de bienestar.

A partir de una revisión del Green Economy Report del PNUMA, documento que señala las pautas generales de la Economía Verde, en los cuatro sectores estratégicos de inversión para el capital natural prevalece la cuestión de la liberalización comercial, la eliminación o reducción de subsidios, la inversión privada y el cobro por servicios ambientales, dentro de la gama de bienes comunes como el agua, los bosques, los mares, la tierra y sus derivados. Desde un enfoque neoliberal, se busca la “eliminación de empresas e industrias que solo existen gracias a los subsidios implícitos en los recursos con los precios por debajo de lo normal” (PNUMA, 2011), es decir que buscan el desmantelamiento de empresas estatales y paraestatales con el fin de abrir paso a las empresas privadas y transnacionales (Nieto, 2016).

En general se puede advertir, a partir de la revisión de documentos de corte internacional ligados a diversos organismos, que a partir de los discursos ligados al “reverdecimiento” de la política y la economía, se genera una renovación del discurso parteralista de los países desarrollados, por un lado, y la búsqueda por disminuir la autonomía de los llamados países en desarrollo sobre sus recursos naturales, por el otro.

Como se mencionaba anteriormente, desde las políticas públicas se han intentado legislar una serie de prácticas relacionadas al cuidado ambiental, también desde los organismos internacionales, con especial énfasis en la idea de homologar dichas prácticas tanto en los países centrales como en los periféricos; sin embargo, existen una serie de razones fundamentales para dar cuenta del por qué estas legislaciones siguen siendo ineficaces. Por un lado, el 24 de enero de 2019, el PNUMA publicó el informe titulado *Estado de Derecho ambiental*, en donde concluye que si bien desde 1972 el volumen de leyes ambientales ha aumentado bastante en términos mundiales (con más de 1.100 acuerdos ambientales), “la incapacidad de aplicar y hacer cumplir plenamente las regulaciones sigue siendo uno de los mayores desafíos para mitigar el cambio climático, reducir la contaminación y detener la pérdida

generalizada de especies y hábitats”.⁹⁴ A partir de una serie de recomendaciones y análisis, en el informe se argumenta que es necesario fortalecer el estado de Derecho ambiental o de lo contrario “incluso las normas aparentemente rigurosas están destinadas al fracaso y no se alcanzará el derecho humano fundamental a un medio ambiente saludable”(UN, 2019). Según dicho informe, la falta de organismos ambientales sólidos, la escasa coordinación entre organismos gubernamentales, la débil capacidad institucional, la corrupción, la falta de acceso a la información y la participación cívica reducida, son los factores que contribuyen a la deficiente aplicación de las leyes ambientales.

En el caso específico de América Latina y el Caribe, el 4 de marzo de 2018 se adoptó el Acuerdo Regional sobre el Acceso a la Información, la Participación Pública y el Acceso a la Justicia en Asuntos Ambientales en América Latina y el Caribe, en Escazú, Costa Rica.⁹⁵ El hecho de que en nuestra región se haya adoptado dicho acuerdo tiene que ver con que América Latina y el Caribe cuenta con una gran cantidad de biodiversidad, riqueza natural y recursos que constituyen la base de muchas economías regionales (UN, 2021), ocho países de la región atesoran casi el 70% de la biodiversidad del planeta. Ante ello, el PNUMA trabaja de cerca con 33 países de la región.⁹⁶

Sin embargo, a pesar de los acuerdos firmados y las agendas pactadas, según el informe en referencia al Índice de Democracia Ambiental, sólo el 28% de los países examinados cumplen con una buena calificación en torno a la elaboración de un informe periódico, completo y actualizado sobre el estado

94 NACIONES UNIDAS, *Se registra gran aumento de leyes en los últimos 40 años, pero hace falta mejorar su aplicación según nuevo reporte*, en <https://www.unenvironment.org/es/news-and-stories/comunicado-de-prensa/se-registra-gran-aumento-de-leYES-ambientales-en-los-ultimos> fecha de consulta: 29 mayo 2019 22:00

95 Dicho Acuerdo ha sido el primer tratado vinculante emanado de la Conferencia sobre Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas Rio+20 y tiene por objetivo el garantizar la implementación de los derechos de acceso a la información ambiental, garantizar una buena gobernanza, el respeto a los derechos democráticos básicos relacionados a la protección del medio ambiente, la participación pública en los procesos de toma de decisiones y acceso a la justicia en asuntos ambientales, así como “la creación y el fortalecimiento de las capacidades y la cooperación, contribuyendo a la protección del derecho de cada persona, de las generaciones presentes y futuras, a vivir en un medio ambiente sano y al desarrollo sostenible” (NACIONES UNIDAS, CEPAL, 2018)

96 El PNUMA trabaja en los siguientes países: Antigua y Barbuda, Argentina, Bahamas, Barbados, Belice, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Dominica, Ecuador, El Salvador, Granada, Guatemala, Guyana, Haití, Honduras, Jamaica, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, San Cristobal y Nieves, San Vicente y las Granadinas, Santa Lucía, Surinam, Trinidad y Tobago, Uruguay y Venezuela.

del medio ambiente, y aunque la legislación ambiental ha proliferado en diversas naciones, las instituciones en muchas instancias siguen luchando para implementar la ley de manera efectiva, eficiente y uniforme. Con referencia a América Latina se hace la crítica de que muchas veces esas leyes e instituciones han sido modeladas a semejanza de países específicos, sobre todo occidentales europeos, y no han sido adaptadas para reflejar las culturas locales, las prácticas sociales y los recursos específicos de cada lugar para permitir que se implementen de manera adecuada.

Asimismo llama la atención que en la región hay un número creciente de conflictos socio-ambientales pese a los pactos y numerosos tratados en relación al derecho ambiental internacional. Entre 2012 y 2013, por ejemplo, los incidentes de conflictos socio-ambientales aumentaron, siendo que el 46% de los conflictos a nivel mundial se dieron en América Latina, el 24% en África y el 17% en Asia UN, (2019). Según el Atlas de Justicia Ambiental (2019) la región de América Latina y el Caribe cuenta con 838 casos de conflictos socio-ambientales actualmente, que pasan por las categorías de energía nuclear, minería y extractivismo, manejo de desechos, biomasa y conflictos territoriales, combustibles fósiles, manejo del agua, construcción de infraestructura, turismo, conservación de biodiversidad, y conflictos en torno a industria y servicios; es posible que existan muchos más conflictos ambientales que surgen día con día ya que son bastante difíciles de enumerar dada la diversidad de temáticas y también por la rapidez en la que los capitales transnacionales se adentran a la región en busca de nuevos yacimientos de recursos naturales. Por otro lado, resulta preocupante la tendencia creciente de hostigamiento, amenazas y asesinatos a defensores del medio ambiente. Si tomamos como ejemplo el caso de México, éste es el país en sexto lugar de asesinatos a defensores ambientales.

Relacionando esto último a nuestro análisis desde la concepción de revolución pasiva, es importante destacar que tal proceso implica el temor de las clases dirigentes a la organización de las masas en torno a los problemas estructurales que acarrea la crisis histórica del capital. En ese sentido, frente a la

organización política esporádica e inorgánica de las masas populares, como se veía en el apartado anterior ligado a rasgos de antipolítica, la revolución pasiva consiste en ganar terreno político para evitar la construcción de una hegemonía alternativa por parte de grupos antagónicos. Así, la incorporación de determinados discursos y personajes políticos antagónicos al campo de la política hegemónica resulta una estrategia ideal para ganar terreno en la guerra de trincheras, cuestión también ligada a lo que ya se mencionaba en términos de transformismo. Sin embargo, frente a la escalada de violencia contra los defensores ambientales y del territorio, es indispensable señalar que, a pesar de que existan rasgos de revolución pasiva en el proceso actual, también existen altos grados de coerción y de procesos violentos que buscan terminar con cualquier formación antagónica a la reproducción del capital; en ese sentido se puede apelar a la totalidad del concepto de hegemonía, una mezcla entre coerción más consenso que se puede ejemplificar muy bien con respecto a la lucha constante en el terreno de lo ambiental hoy en día.

Por otro lado, de acuerdo al Seminario Universitario de Sociedad, Medio Ambiente e Instituciones (SUSMAI) en su sesión del 4 de junio de 2019, las leyes ambientales constituidas desde los años ochentas en el país no están funcionando, en parte, porque, como señala la abogada Marisol Anglés, existen una serie exigencias dentro de los marcos para demandar justicia ambiental que “atentan contra el principio de progresividad” al establecer un plazo para la prescripción de acciones colectivas relacionados a los efectos del daño ambiental (Anglés & Garzón, 2019). Asimismo, en relación a estatutos como el Marco normativo minero o incluso la Ley general del equilibrio ecológico y protección al ambiente (LGEEPA) y la Ley federal de responsabilidad ambiental, existen evidencias y estudios que permiten ver que el marco jurídico mexicano en relación al medio ambiente favorece al sector empresarial transnacional y nacional, así como al capital financiero global y la acción económica de entes privados.

En vista de todo lo anterior es que se vuelve importante generar una crítica hacia la perspectiva hegemónica del derecho ambiental y del desarrollo sostenible, promovida sobre todo por instituciones internacionales como la ONU. Desde esta perspectiva y con base en los resultados precarios o incluso nulos de dichas iniciativas, éstas no resuelven los problemas más apremiantes de nuestra época. Una hipótesis es que, aparte de no lograr soluciones, este tipo de medidas y acuerdos generan nuevas problemáticas ya que apuntan a un modelo de desarrollo que intensifica el despojo, la dependencia y la desigualdad en nuestra región. Los procesos de transformismo implican, como se mencionaba anteriormente, la incorporación de ciertos discursos e incluso personajes al campo de la política hegemónica con el fin de ganar terreno por parte de las clases dirigentes; en términos de política y legislación ambiental, la incorporación de ciertos discursos en favor de las formas de vida indígena como se veía en el apartado anterior, por ejemplo, resultan importantes para legitimar determinadas políticas internacionales que buscan monetizar ciertos recursos naturales de espacios específicos.

Con la breve descripción del panorama que se hizo anteriormente, podemos ver que las instituciones como Naciones Unidas no hacen hincapié sobre estas cuestiones estructurales regionales y continúan promoviendo la falsa idea de generar un desarrollo para homologar a las naciones latinoamericanas con los países centrales, sin tomar en cuenta las relaciones desiguales en las que nuestros países se ven involucrados. Al final los discursos de estas instituciones internacionales terminan por caer en ideas filantrópica que según Bourdieu favorecen de cierta forma la integración de los grupos dominados.⁹⁷ En parte es por esto que las legislaciones internacionales sobre medio ambiente no funcionan, ya que no

97 Bourdieu formuló una crítica interesante sobre el papel de los filántropos para la formación del Estado moderno y la invención del Estado de bienestar (Welfare State), en donde argumenta que las clases dominadas son vistas como objetivamente peligrosas para el orden social en términos políticos, económicos, simbólico e incluso sanitarios. Para Bourdieu los filántropos son “en cierto modo la izquierda de la derecha”, y “suelen ser dominantes-dominados, que tienen características de dominantes, pero con cualidades secundarias que les colocan de parte de los dominados”, ya que “quieren que se redistribuyan las condiciones económicas y sociales mínimas para el ejercicio de los derechos del ciudadano”. Es un trabajo que aspira a crear un habitus nacional, que puede implicar la adhesión, a través de la religión civil, a valores nacionales, incluso nacionalistas” (Bourdieu, 2014, p.492-493).

reconocen la posición desigual de una región como América Latina ante el comercio y el capital internacional.

Así, dentro de una sociedad donde el modo de producción requiere incesantemente la extracción de recursos naturales para consolidar su capital constante es, de cierta forma, incompatible una legislación que promueva el cuidado al medio ambiente, esto porque justamente se tienen que extraer los instrumentos materiales para la producción capitalista a gran escala que a pasos agigantados promueve formas de consumo cada vez más exageradas.

Con respecto a lo anterior cabe señalar que, por un lado, las clases dirigentes aparecen preocupadas por la problemática ambiental y tratan de incidir tanto en términos políticos, como meramente legales y económicos para aplacar dicha crisis, y por el otro lado, no logran superar dicha problemática. La tesis del Leviatán Climático, si bien resulta interesante en términos políticos, dista mucho de equipararse con la realidad, ya que, como se ha visto, muchas de las aproximaciones político-económicas han sido y siguen siendo ineficaces la mayor parte del tiempo, aunque de igual forma estas nuevas formas cesaristas pueden llegar a ser adecuadas para dar continuidad en términos político-ideológicos a la reproducción capitalista.

De esta forma, a pesar de su ineficacia, resulta importante señalar que todo el entramado hegemónico ligado a la política climática sí tiene repercusiones reales, tanto de índole económica, como legal y política, en la mayoría de los países. Dichas repercusiones, más que aminorar la crisis ambiental inciden sobre la autonomía de los gobiernos en el uso de sus recursos naturales. El caso de América Latina frente a este tema resulta bastante ejemplificador.

Un ejemplo de lo anterior puede ser el caso de los Derechos de la Naturaleza en Ecuador, que si bien surgen a partir de la lucha política de los pueblos indígenas y las ideas progresistas ligadas a la noción

del Sumak Kawsay, se han utilizado en función de dar entrada a diversos programas de organismos internacionales que buscan lucrar con los recursos naturales (Nieto, 2016).

Asimismo, en el caso de México se puede apreciar que el discurso ligado al desarrollo sostenible desde el ámbito internacional ha sido enfatizado por empresas extranjeras privadas que buscan lucrar con las energías verdes, representando saqueos de recursos y daños a varias comunidades.⁹⁸ Con respecto a las energías verdes, es decir, las energías que no provienen del uso de combustibles fósiles, éstas no son aún suficientes para saciar la demanda global de electricidad que cada vez es mayor a nivel mundial, y en realidad la mitigación internacional de carbono y uso de combustibles fósiles ha tenido pocos avances sustanciales a pesar de los diversos acuerdos internacionales; no obstante, en materia política el discurso que busca impulsarlas sigue teniendo enorme peso, sobre todo cuando se habla de los gobiernos de corte progresista que buscan la soberanía energética. Otro caso interesante al respecto es el discurso que se comienza a utilizar con respecto a la extracción de litio en Bolivia que, de acuerdo con algunos discursos del ámbito ambiental hegemónico, sería útil en la lucha contra el cambio climático.⁹⁹

Entonces, partiendo del hecho de que las clases dirigentes encuentran en la exacerbación actual de la crisis algunas dificultades para dar continuidad al proceso hegemónico de acumulación y reproducción de capital, se puede apreciar que existen intentos de utilizar el discurso de la crisis ambiental y social con fines lucrativos para dinamitar algunos mercados e imponer políticas específicas en territorios clave. Si bien el aspecto del mercado resulta importante, el aspecto de hegemonía ligado a las masas, el vínculo entre sociedad política y sociedad civil, también es fundamental cuando se habla de crisis. Como hemos visto a lo largo de este capítulo, en los momentos más álgidos de las crisis pueden llegar a existir atisbos de organización popular en busca de otros proyectos políticos, alejados de las clases

98 Para consultar más a detalle se puede apreciar el caso de Iberdrola en México en los siguientes artículos: Alegría, 2022 y Anzures, 2019.

99 Para más información consultar el artículo de The Economist, (2019) How Bolivian lithium could help fight climate change.

dirigentes. Así, frente a las diversas problemáticas que atraviesan las masas, tanto en relación a lo ambiental, como a lo social y económico en general, éstas pueden llegar a ser activas políticamente, lo cual puede representar problemas para las clases dirigentes. De esta forma, es importante cuestionarnos qué tanto temor por parte de las clases dirigentes existe hoy en día con respecto de la organización popular en torno a varias problemáticas ligadas a la crisis histórica del capital, qué tanto dichas organizaciones plantean una iniciativa popular unitaria, y qué estrategias tienen las clases dirigentes para evitar que se formen dichas iniciativas populares unitarias antagónicas.

En los últimos años, como se señalaba anteriormente, los conflictos ambientales en varios territorios de América Latina han aumentado, asimismo, varios movimientos alrededor del mundo para luchar contra el extractivismo y el uso de combustibles fósiles han tenido mucha notoreidad; en ese sentido, las clases dirigentes tienen la necesidad de formar discursos que puedan ser llevados al sentido común en materia de las diversas problemáticas, con el fin de deslavar la radicalidad de algunos movimientos y evitar una mayor disputa política.

Teóricamente, el retomar el concepto de revolución pasiva, con sus rasgos de cesarismo y de transformismo, resulta importante para dar cuenta de los procesos y estrategias utilizadas por las clases dirigentes en torno a la cuestión ambiental, pero también a una diversidad de temáticas como la violencia de género, la pobreza, la migración, etcétera, que buscan insertarse de manera acrítica en el sentido común de las masas.

La concepción del mundo y el sentido común para Gramsci, son elementos cruciales en la lucha de clases y en la construcción de la hegemonía; la concepción del mundo hegemónica en la actualidad, apela sobre todo a las relaciones de explotación, al individualismo y al pensamiento binario donde se aparta al ser humano de la naturaleza, donde se entiende a las relaciones de producción capitalista como insuperables y como posibles vías de solución ante la crisis ambiental y climática actual a pesar

de que desde el pensamiento crítico sepamos que esto no es verdad. El sentido común y la concepción del mundo hegemónicas de nuestra época, apuntan al leviatán climático, al capitalismo verde y a salidas que no se identifican con el cambio en las relaciones de producción. Dentro de esa posibilidad existe la oportunidad de un reajuste del mismo sistema con base en una ideología más amigable con las nuevas generaciones, un capitalismo verde y/o una burguesía feminista, por ejemplo, como respuesta a la crisis de la ideología del desarrollo y del uso de combustibles fósiles y ante la oleada de protestas feministas en todo el mundo, o bien, un reajuste del modelo económico que pudiera ser más accesible para las capas sociales medias las cuales se encuentran cada vez más precarizadas ante las políticas neoliberales.

De esta forma, sigue resultando necesario continuar con la crítica hacia las políticas económicas de organismos internacionales que buscan dar salida a la exacerbación de la crisis actual, de tal manera que no se vea afectada la dirección hegemónica ligada a la acumulación capitalista. Si bien en este capítulo se trató de abordar algunos aspectos teóricos sobre tal cuestión, aun quedan muchas interrogantes por saldar, sobre todo en materia de políticas públicas e incidencia de éstas sobre la organización o desorganización de las masas, un tema sin duda interesante para futuras investigaciones. Ahora bien, para continuar en nuestro trayecto hacia entender la exacerbación de la crisis histórica del capital y sus consecuencias política actuales en América Latina y el Caribe, se vuelve necesario regresar a la historia para, más adelante poder dar pistas sobre cómo se ha constituido la hegemonía de las clases dirigentes en América Latina a lo largo de su historia y cómo se recrudece la crisis en dicha región.

Capítulo 4. América Latina: proceso de mundialización del capital, crisis histórica y dificultades para el proceso hegemónico.

Es importante recordar que el proceso de mundialización del capital no se ha desarrollado de manera homogénea en todo el mundo. En América Latina y el Caribe, el proceso de mundialización se ha visto envuelto dentro de factores como el colonialismo, la dependencia y el imperialismo, mismos que sugieren un desarrollo *sui-géneris* del capitalismo el cual es necesario para la expansión y acumulación internacional del capital. Nuestra región ha tenido un papel fundamental dentro de dicho proceso, no obstante, su peculiaridad trajo consigo varias dificultades para la consolidación hegemónica de las clases dominantes; asimismo, la imbricación entre las clases dominantes locales e internacionales no fue homogénea en toda la región. Con respecto a todo ello, la crisis histórica del capital tiene determinaciones específicas en nuestra región.

Existen varios elementos históricos del Estado integral en América Latina y el Caribe, es decir de la sociedad política y la sociedad civil, que han tenido procesos diferenciados con respecto a países centrales, mismos que han dado como resultado aspectos socio-políticos e ideológicos específicos tales como el ethos barroco, el pensamiento colonial tan arraigado, el racismo hacia personas indígenas, el clasismo en diversos ámbitos, etcétera. Factores político-económicos como la superexplotación ligada a la plusvaía absoluta, la fuerte entrada de la Inversión Extranjera Directa (IED) en tiempos neoliberales, así como las políticas impuestas por organismos internacionales y sus consecuentes resultados ideológicos en gran parte de la población, son algunas cuestiones que se abordarán en este capítulo y que nos permitirán dar cuenta del proceso de unificación de las clases dirigentes en nuestra región.

En el caso de América Latina y el Caribe la clase dirigente ha logrado unificarse pero de manera un tanto artificial, no orgánica, ya que su unificación corresponde a las clases dirigentes externas, es decir,

las clases dirigentes locales, las oligarquías, en su mayoría no tienen un vínculo orgánico real a la materialidad de las burguesías internacionales y en realidad cumplen un papel de burócratas y administradores ligados a lo que en términos gramscianos podemos señalar cosmopolitismo. Siguiendo con Gramsci, la historia de los Estados hegemónicos es la que se vuelve la historia hegemónica de todos los demás Estados, es decir, las clases dirigentes de determinados países son hegemónicas frente a las clases dirigentes de Estados subalternos (Gramsci, 1975, Q15,N5), en el caso de América Latina y el Caribe, sus Estados son subalternos de los Estados centrales, es decir, de las clases dirigentes de los países industriales.

A continuación se hablará de dos momentos esenciales para comprender el papel subalterno de las clases dirigentes regionales con respecto a las clases dirigentes internacionales. En primer lugar se hará un recuento histórico de la etapa colonial en América Latina, para luego pasar a describir el panorama de la región en la época de la modernidad capitalista y en tercer lugar, a partir de lo anterior, se podrán señalar los aspectos de la crisis histórica del capital en la actualidad latinoamericana.

4.1 Inicios de la modernidad y el colonialismo interno en América Latina y el Caribe

Para caracterizar dicho proceso habría que comenzar diciendo que el colonialismo europeo en América Latina y el Caribe se basó en la explotación, saqueo, privatización y destrucción de bienes comunales que permitirían la expansión del mercado global más adelante, así como en la implantación forzosa de una visión del mundo occidental -regida tanto por la religión europea hegemónica ligada al catolicismo, como por los albores de lo que más tarde se centraría en la idea cartesiana de racionalidad basada en el pensamiento binario.

El ya mencionado pensamiento binario se traduciría en América Latina y el Caribe de varias formas, por un lado cosificó al medio ambiente a partir del despojo para generar mercancías, tal y como ocurrió en el resto del mundo, sin embargo, esto traería consecuencias específicas en nuestro territorio por las concepciones diversas de entender al mundo desde la visión indígena. Asimismo, éste cosificó a las mujeres indígenas de maneras sumamente violentas, retirándoles sus posiciones jerárquicas en las diferentes culturas mesoamericanas, abusando sexualmente de ellas y señalándolas como personajes peligrosos desde el pensamiento cristiano. Por otro lado, también cosificó a las culturas distintas a la hegemónica europea (tanto a las culturas indígenas americanas como a las culturas africanas que fueron traídas al continente americano) a partir de la división social del trabajo y la superexplotación, pasando por el esclavismo hasta llegar al modo de explotación del trabajo moderno; de esa forma, a partir de la colonización, América formaría parte de la mano de obra internacional de la cual Europa se aprovecharía para construir una sociedad capitalista más adelante.

Con respecto a ello, Federici (2010) señala que la expansión global del capitalismo a partir de la colonización y la cristianización, logró que dentro de las mismas comunidades colonizadas de nuestra región se implantara una ideología en contra de las costumbres indígenas y a favor del sometimiento a las mujeres como seres deshumanizados. Asimismo, legitimó la privatización de tierras y de recursos comunales, el saqueo y el empobrecimiento de las comunidades latinoamericanas (p.315-317). La autora señala que la dominación de los pueblos en América durante la transición al capitalismo se asemejó mucho al proceso de dominación de las mujeres en Europa, desde la expulsión forzosa de los territorios, el empobrecimiento, las campañas de cristianización y las formas represivas, hasta las acusaciones de adoración al diablo por parte de los pueblos originarios. El objetivo de la caza de brujas en el Nuevo Mundo¹⁰⁰ fue infundir terror, destruir y silenciar la resistencia de comunidades enteras, así

100 “Entre los años 1536 (cuando se introdujo la Inquisición en América) y 1543 muchos líderes políticos y religiosos del centro de México fueron juzgados y quemados en la hoguera por el padre franciscano Juan de Zumárraga” (Federici,

como enfrentarlas entre sí. Fue una estrategia de cercamiento, tanto de tierras como de cuerpos a partir de la deshumanización de las y los otros que justificaría la esclavitud, el genocidio y el sometimiento a la disciplina laboral. Dentro de aquel proceso, a partir de 1550 la Corona Española decidió introducir un sistema mucho más severo de explotación en las colonias americanas, por lo que la propaganda anti-indígena y de demonización se convirtió en un pilar para legitimar los procesos de dominación y expropiación (p. 289).

A partir de un análisis histórico, Federici (2010) argumenta que los indígenas y los esclavos traídos de África serían los homólogos de las mujeres europeas ya que tendrían un destino similar a éstas al proveer el trabajo necesario para la acumulación legitimándolo a partir de diversas acusaciones y formas de sometimiento, dichas acusaciones serían traídas a nuestra región con el fin de quebrar las resistencias de los pueblos originarios. En ese sentido, tanto la negritud, como el ser indígena y la feminidad serían “marcas de bestialidad e irracionalidad” (p.275) que funcionarían en términos materiales para legitimar la división internacional del trabajo y para llevar a cabo la privatización de tierras y agricultura entre los siglos XVI y XVII. Al tener una relación y cosmovisión distinta con la naturaleza, las y los indígenas americanos tenían muchos lazos de solidaridad entre sus comunidades, sobre todo en México y Perú, lo cual dificultaba el control de la fuerza de trabajo para los españoles, es por ello que estos atacaron los cultos y a la espiritualidad indígena -sobre todo a las mujeres indígenas,

2010, P. 292).

siendo éstas las mayores enemigas del dominio colonial,¹⁰¹ logrando que el terror funcionara como mediador para la hegemonía colonial (Federici, 2010).

Por otro lado, la ciencia y la medicina moderna occidental funcionarían como una nueva forma de cercamiento sobre el conocimiento a partir, en primer lugar, de la expropiación del saber, en su mayoría femenino, ligado a las curanderas sobre el uso y las propiedades de las hierbas y los remedios curativos, y en segundo lugar con el ‘desencanto del mundo’ a partir de la visión mecanicista de la naturaleza ligado a la revolución científica y al surgimiento de la filosofía mecanicista de Descartes. Bajo ese proceso se cambió la cosmovisión orgánica que veía en las mujeres y la naturaleza madres protectoras, hacia una visión productivista que las concibió como recursos permanentes y sometidos a la explotación (Federici, 2010, p.279).

De acuerdo con Vandana Shiva el paradigma occidental de la ciencia y de la libertad traído a las colonias, se basó en la subordinación de la naturaleza a la voluntad del hombre y en la prohibición de la espiritualidad de las culturas locales, por lo que el saqueo de recursos naturales de las colonias también se materializó en el saqueo de recursos espirituales y culturales (Shiva & Mies, 1997, p.33). Desde esta perspectiva, la ciencia moderna se presentó como un sustento de conocimiento universal, pero en realidad sería una proyección occidental, de orientación masculina y patriarcal, que necesariamente implicaría el sometimiento de la naturaleza y las mujeres. El supuesto de la revolución científico-industrial se basó en la idea de que es preciso superar los límites de la naturaleza para crear abundancia

101 En la América precolombina, las mujeres tenían posiciones de poder, tenían organizaciones y existían muchas deidades femeninas, participaban en la agricultura, en la producción de diversos artículos, en papeles religiosos y también eran curanderas; sin embargo, con la llegada de los españoles, las creencias misóginas reestructuraron la economía y el poder político en favor de los hombres reduciéndolas a sirvientas, raptándolas y violándolas. Las mujeres, argumenta Federici, “se convirtieron en las principales enemigas del dominio colonial” ya que se negaban ir a misa o a bautizar a sus hijos, muchas de ellas decidían suicidarse y matar a sus hijos antes que entregarlos al nuevo régimen; así, las mujeres serían las que defenderían más tenazmente el antiguo modo de vida en América, ellas se opusieron con más vehemencia a la nueva estructura de poder occidental ya que eran las más afectadas por éste. Federici señala que algunas de las antiguas religiones indígenas pudieron ser preservadas gracias a la resistencia de la mujeres y sus prácticas clandestinas religiosas (Federici, 2010, p.304-307).

y libertad, es decir, para lograr el desarrollo de la civilización, idea que devino hegemónica en nuestra región a partir de todo el proceso de colonización (Shiva & Mies, 1997).

Sin embargo, cabe señalar que a pesar de la caza de brujas traducida hacia lo indígena y todo el proceso de despojo y violencia colonial en América Latina y el Caribe, la resistencia anticolonial y anticapitalista -en su mayoría ligada a la lucha de las mujeres y el vínculo indígena con la tierra- sería un factor persistente durante siglos. Dichas resistencias configurarían lo que hoy se puede caracterizar como un obstáculo para la hegemonía del capital; si bien las luchas indígenas ligadas a lo local en defensa de la tierra no han logrado generar un proyecto unitario de disputa hegemónica, han resistido estoicamente por siglos ante la racionalidad occidental y ante las formas de valor capitalista.

Sobre este punto cabe resaltar lo que señala Bolívar Echeverría en cuanto a los dos tipos de modernidades que logra visualizar. Por un lado, el autor habla de la modernidad realista protestante ligada al mundo occidental, y por el otro de la modernidad barroca católica que se expandiría en América Latina y el Caribe. La modernidad barroca de nuestra región se gestaría bajo formas peculiares de dominación capitalista como una estrategia para soportar el capitalismo; esto de acuerdo con el autor ha tenido efectos positivos en tanto que hace más llevadera la vida dentro de la negatividad de la sobre-explotación, pero también conlleva efectos negativos promotores de una especie de conformismo y falta de visión crítica. Bajo dicha perspectiva, la modernidad capitalista con el ethos barroco en América Latina y el Caribe termina siendo funcional a nivel global, incluso tomando en cuenta a las comunidades indígenas y campesinas que han resistido por siglos a la dominación extranjera, ya que se mercantiliza su fuerza de trabajo, aunque sea incluso a partir de maneras poco convencionales que pueden ubicarse en estrategias mixtas de reproducción social ligadas a formas indígenas; éstas pueden ser señaladas como una especie de estructura precapitalista que garantiza la reproducción de trabajo nacional. Así, el ethos barroco, de acuerdo con Bolívar Echeverría (2009), es

un fundamento histórico del proceso de reproducción social de las clases dominadas en la región que muchas veces resulta funcional a la acumulación de capital (Arizmendi, 2016). Bajo la misma idea, Pablo González Casanova (2015) señala que, en general, se puede decir que dentro de las colonias se combinan y coexisten distintas relaciones de producción, tanto esclavistas, como feudales y capitalistas, misma cuestión que influye en la eficacia del dominio y la explotación al instalarse en territorios con grupos heterogéneos y distintos culturalmente (p.142).

Dar cuenta de la heterogeneidad cultural en América Latina y el Caribe, así como en el resto del mundo colonial, permite entender la confrontación civilizatoria en el proceso de mundialización de capital y, por ende, del proceso hegemónico de las clases dirigentes.

Algunos autores señalan que dicha confrontación persiste hasta nuestros días, en términos de González Casanova a esto se le llama colonialismo interno. La categoría de colonialismo interno toma en cuenta el carácter estructural, ligado a la política de gobiernos nacionales, al mercado y a la cultura: refiere a “la estructura de relaciones sociales de dominio y explotación entre grupos culturales heterogéneos” (González, 2015, p.156), y se diferencia de otras formas de dominio y explotación por aquella heterogeneidad cultural producida por los procesos de conquista, en términos de civilizaciones disímiles que van más allá de diferencias culturales como tal. La estructura social de las naciones latinoamericanas se ve inmersa en el colonialismo interno, cuestión que puede constituir un obstáculo para la integración de un sistema de clases típico de las sociedades industriales de los países centrales y oscurecer la lucha de clases; en ese sentido, los estereotipos coloniales pueden generar resistencias seculares ante la evolución democrática, lo cual incide en un número mayor de conflictos no institucionales en las sociedades de los países dependientes, cuestión que deviene, también, en una escasa participación y organización política de muchas zonas subdesarrolladas jugando a favor de una dinámica de desigualdad (p.155).

Por otro lado, de acuerdo con Silvia Rivera Cusicanqui (2010) la condición colonial de América Latina y el Caribe reside en varios factores como el uso del lenguaje excluyente y la condición de pequeñez social como una internalización de los valores opresores en la población indígena y la instauración de una imagen no-humana del otro oprimido. Dicha condición colonial ha formado parte de la base para impulsar la modernidad en la región por parte de las élites europeas en diversos procesos de recolonización (p.19.53).

Por el lado económico y de explotación, el colonialismo interno sugiere una condición de monopolio en la explotación de los recursos naturales y del trabajo, en el mercado, las inversiones y los ingresos fiscales. Los países dominantes ejercen el monopolio en sus colonias impidiendo que otros países centrales exploten sus recursos. Dicho monopolio también se extiende al terreno de la cultura y la información, se aísla a las colonias de otras naciones con dominio militar, político y administrativo. De acuerdo con González Casanova (2015), a partir de dichas condiciones monopólicas es que se puede abordar el análisis de los países coloniales y dependientes, ya que se ligan directamente a la explotación irracional de los recursos y vuelven permanentes las condiciones de desigualdad (138-139). A partir de todas las condiciones anteriormente descritas, es que América Latina y el Caribe se adentrarían al mercado mundial logrando la expansión comercial del siglo XVI a partir del aumento en el flujo de mercancías a nivel global lo cual benefició, sobre todo, a Europa occidental ya que le permitió expandir sus medios de pago gracias a la abundancia de metales preciosos de nuestra región, los cuales serían explotados de forma rapaz, trayendo consigo destrucción ambiental y sobre-explotación de la mano de obra indígena y africana.

Para el siglo XIX, el capitalismo ya se constituía como el modo de producción imperante en todo el mundo; a la par de ello se desarrollaron movimientos por la independencia de las colonias en América Latina y el Caribe, en ese sentido, los nuevos países se articularían con Inglaterra en función de sus requerimientos, es así que nuestra región comenzó a jugar el papel de productora y exportadora de

bienes primarios a cambio de manufacturas de consumo provenientes de los países centrales europeos; cabe decir que no sólo fue a cambio de bienes de consumo que América Latina asumió dicho papel, sino también de préstamos de capital que a la larga se convertirían en deudas exorbitantes (Nieto, 2012). De tal forma se gestarían las bases para la entrada de nuestra región a la economía moderna y global capitalista.

4.2 Transformación hacia la época moderna, capitalismo, imperialismo y Estado en América Latina.

En el entramado histórico latinoamericano se puede observar el paso del colonialismo hacia la época moderna ligada a la consolidación del modo de producción capitalista a nivel global, al proceso de proletarización, al imperialismo y a un aumento en la privatización y explotación de bienes.

En el proceso de mundialización de capital se buscó extiguir todos los ámbitos precapitalistas, tanto en América Latina y el Caribe como en el resto del mundo colonial, con el fin de disputar el control monopólico de los territorios para aumentar la acumulación. Dicho proceso implicó la violenta proletarización de la fuerza de trabajo indígena, así como la expropiación capitalista de recursos naturales estratégicos de las colonias. No obstante, aludiendo a Rosa Luxemburgo (1967) es importante recalcar que la tendencia hacia la mundialización capitalista no tendría un camino unilineal y unívoco ya que en varias ocasiones existió un "retorno a las condiciones precapitalistas" (p.78), determinado por varios factores. En el caso de la devastación colonial, por ejemplo, se propiciaron regresiones a formas precapitalistas de economía para permitir más acumulación, logrando la exacerbación de la barbarie capitalista.

De acuerdo con Virginia Fontes, en América Latina y el Caribe hubo procesos masivos de proletarización que resultaron en la generalización del capitalismo como modo de producción y que permearon los polos agrarios y urbanos; esto se logró gracias a la expropiación de poblaciones que formarían parte de las masas empleadas y desempleadas con respecto a la necesidad del mercado capitalista para permitir la venta de fuerza de trabajo en cualquier modalidad. Dichas expropiaciones, de acuerdo con Fontes (2010), “son una cuestión necesaria para la concentración exacerbada de capitales y son la forma más salvaje de expansión del capitalismo” (p.93). Cabe decir que las expropiaciones no ocurren de manera homogénea en los diferentes países, aún si inciden sobre elementos similares como la tierra, el agua o los derechos; en realidad, éstas ocurren de manera diversa y contribuyen a profundizar las desigualdades al interior de la clase trabajadora, especialmente las relacionadas a condiciones biológicas de reproducción y bienes colectivos, misma cuestión que puede resultar en segregaciones y conflictos internos entre las clases desposeídas.

Asimismo, dentro de la tendencia hacia la modernidad capitalista y retomando la cuestión del monopolio anteriormente señalada, es importante resaltar la consolidación del imperialismo. Lenin (1975) sostiene, basándose en Marx, que el imperialismo sería una fase avanzada del capitalismo, ligada a la financiarización sobre la economía industrial y el nuevo papel de los bancos que consolidarían monopolios y oligarquías financieras mundiales. En tal contexto hay un desarrollo desigual internacional, donde existen países ‘avanzados’ con excedentes de capital, y países ‘atrasados’ a donde se exporta capital para que los primeros sigan obteniendo beneficios gracias la baratura de la tierra y de los salarios, así como de las materias primas. De tal forma, en los países centrales, que antes habían sido los promotores de la colonización, se gestaría una enorme acumulación de capital monetario, dando como resultado una división del mundo donde un puñado de Estados usurarios tendrían poder sobre la mayoría de Estados deudores (p.34), saqueados y explotados; América Latina y

el Caribe formaría parte de esa gran masa de países desposeídos. El principal rasgo del imperialismo de acuerdo con esta perspectiva es el dominio de las asociaciones monopolistas que resulta en una ardua búsqueda y competencia por apoderarse de todas las fuentes de materias primas, tanto ya descubiertas como potenciales, por lo que existe la tendencia creciente e inevitable del capital financiero por extender su territorio económico, los monopolios buscan apoderarse de los mayores recursos posibles, “donde estén y sirviéndose de cualquier medio”(p.18). América Latina, dentro de este contexto de imperialismo, emerge como una región dependiente y vasta en recursos naturales.

En específico, el desarrollo del imperialismo europeo en nuestra región se debió, en parte, al empobrecimiento de la clase obrera europea que generó una reacción de organización política logrando aumentar los derechos sociales y salarios; para evitar la caída de la economía y equilibrar las pérdidas por dicho proceso se incrementaron las inversiones en los países coloniales, así como la explotación, estableciendo oligopolios, es decir, se transfirió el empobrecimiento de la clase obrera europea hacia los países dominados a partir del imperialismo y el colonialismo, parte de las causas contrarrestantes que se explicaban en apartados anteriores. Al establecer una clase oligárquica al interior de los países periféricos, se pudo lograr la instauración de políticas que favorecerían el carácter dependiente de dichas naciones, evitando la liberación de los pueblos coloniales y semicoloniales (González, 2006, p.233). Asimismo, se exacerbaría la hegemonía político militar de las ciudades sobre el campo colonial, así como la sobreexplotación de la clase obrera, y la dependencia de la Ciudad-Estado y la burguesía con respecto a los países centrales: “la Ciudad-Estado y la explotación combinada, dentro de una estructura mundial que dominan los grandes monopolios son así la clave para estudiar el desarrollo del capitalismo en los países coloniales y dependientes” (p.234), que tuvieron variaciones dependiendo de las combinaciones entre explotación esclavista, feudal y capitalista.

Por otro lado, con respecto a la noción de imperialismo, González Casanova (2006) señala que la teoría económica ha abusado de generalizaciones sobre un universo indiferenciado, cuestión que nos remite a pensar de igual forma sobre la visión hegemónica que se tiene sobre la problemática ambiental. De acuerdo con dicho autor es necesario distinguir y delimitar el universo del análisis “en función de las relaciones de producción de país a país, según se trate de países imperialistas o independientes, o de países coloniales y dependientes”(p.210), así como tomar en cuenta el desarrollo desigual de las fuerzas de producción incluyendo las cuestiones técnicas, económicas, políticas y culturales. Asimismo, el autor resalta que el imperialismo no sólo es una forma de explotación de unas naciones por otras, sino que también refiere a la forma de desarrollo de las fuerzas productivas en las colonias y semicolonias que conduce al dominio y al control de los países centrales sobre los periféricos a partir de la expansión del capitalismo (p.222).

Cabe decir que han habido varias conceptualizaciones ligadas a la manera en que el capitalismo se consolidó en América Latina, tal es el caso del concepto capitalismo dependiente de Marini.

De acuerdo con Ruy Mauro Marini (2008), y como ya se mencionaba en apartados anteriores, en América Latina nos encontramos frente a un capitalismo *sui géneris*, donde el intercambio desigual, la expropiación sistemática al salario a partir de la sobre-explotación y el despojo de recursos naturales, han logrado que nuestra región esté estructuralmente imposibilitada para la reproducción de una fuerza de trabajo nacional. Marini resalta que la región de América Latina y el Caribe está imposibilitada estructuralmente para convertirse en un polo desarrollado y central, es decir que el subdesarrollo no es una fase previa al desarrollo, sino que constituye un factor inherente que le da continuidad a la economía mundial del modo de producción capitalista. Los países dependientes generan plusvalía absoluta y extraordinaria, basada en la sobre-explotación, que responde al cambio hacia la producción de plusvalía relativa en Europa, esto como parte de la tendencia histórica de mundialización capitalista.

La producción de plusvalía relativa “se entiende como una forma de explotación del trabajo asalariado que, fundamentalmente, con base en la transformación de las condiciones técnicas de producción, resulta de la desvalorización real de la fuerza de trabajo” (p.15). En ese sentido, al aumentar la productividad sólo se crean más productos en el mismo tiempo de trabajo pero con menos valor por pieza, es decir que la acumulación depende más de la capacidad productiva del trabajo que de la explotación del trabajador.

Cabe mencionar que en los países centrales comenzó a crecer la composición orgánica del capital, es decir que el capital constante comenzó a superar al capital variable (los medios de producción, como las fábricas y las máquinas, aumentaron, mientras que la cantidad de obreros, la fuerza de trabajo que imprime un nuevo valor a las mercancías, fue disminuyendo). Así, las naciones centrales e industrializadas tuvieron muchos puntos a su favor ya que, con su capital constante tan avanzado y el aumento de su plusvalía relativa, se pudo generar una mayor productividad en el trabajo, lo cual se tradujo en la disminución de sus costos de producción sin que por ello bajaran los precios de sus productos en el mercado internacional; lo anterior derivó en ganancias extraordinarias para aquellos países, dando como resultado una división internacional del trabajo que haría crecer cada vez más las desigualdades entre el Norte y Sur globales (Marini, 2008).

Frente a la división internacional del trabajo, las oligarquías latinoamericanas idearían mecanismos de compensación para abaratar sus costos de producción, pero, a diferencia de los países centrales que optaban por un aumento de su capital constante, en nuestra región se prefirió acudir al incremento de la explotación del trabajo (la superexplotación). Esta forma de explotación se da a partir de diferentes estrategias como ya se mencionó en apartados anteriores: con el aumento de las jornadas de trabajo, el aumento de la intensidad del trabajo, y a partir de la reducción del consumo de la clase obrera. Los capitalistas latinoamericanos decidieron actuar políticamente sobre la ley del valor inclinándose por la

no industrialización plena, y optando, más bien, por la superexplotación del trabajador. En ese sentido, el hecho de que América Latina se encuentre en condición dependiente dentro de la división internacional del trabajo ocasiona que su producción no dependa de su capacidad interna de consumo, de beneficio y de bienestar, sino que obedece únicamente a la demanda externa:

La tendencia natural del sistema será la de explotar al máximo la fuerza de trabajo del obrero, sin preocuparse de crear las condiciones para que éste la reponga, siempre y cuando se le pueda reemplazar mediante la incorporación de nuevos obreros al proceso productivo (Marini, 2008, p.134).

Asimismo, Bolívar Echeverría (2009) argumenta que la sobre-explotación como dispositivo estructural en los países dependientes del siglo XX, sería una forma de dominio económico sin mediaciones aprovechada por los capitales internacionales hegemónicos.

Dentro de dicho contexto, los Estados de América Latina y el Caribe en la primera mitad del siglo XX, se caracterizaron por incursionar en una etapa de desarrollismo ligada al fordismo y al Estado benefactor.

Entendiendo a los Estados desde una perspectiva integral, es decir, como proyecto histórico vinculado orgánicamente a la sociedad civil (Oliver, 2009) se puede decir que, en América Latina y el Caribe los Estados lograron tener diversos grados de inclusión política y económica con la sociedad civilmente organizada a partir de los cambios en el patrón de acumulación y las funciones estatales que impulsaron instituciones mediadoras y articuladoras. Sobre esto cabe resaltar que, como argumenta René Zavaleta, la ecuación Estado-sociedad surge de formas distintas en cada país dependiendo de sus momentos constitutivos históricos de lo que llama 'forma primordial', lo cual sugiere ciertos grados de autodeterminación en la sociedad civil de acuerdo a cada país (oliver, 2015, p.14). No obstante, podemos partir de una generalización donde las clases dirigentes en nuestra región pudieron obtener

ciertos grados de consenso (no sin un grado alto de coerción) sin dejar de tomar en cuenta la continuidad de la condición dependiente, de colonialismo interno e imperialismo. El Estado desarrollista en América Latina, permitiría que se lograra una cierta democratización de las masas con base en el paso hacia un capitalismo organizado; de acuerdo con Juan Carlos Portantiero, en dicho periodo las masas penetraron en el sistema político, aunque de manera subordinada, con la instauración de diversas instituciones públicas que permitirían una mayor mediación orgánica entre sociedad civil y sociedad política (Portantiero, 1983, p.22).

Sobre el tema del desarrollo desde la visión hegemónica que se impondría en una gran cantidad de países periféricos, María Mies argumenta que el mito de la recuperación del retraso a través del desarrollo desembocó en la destrucción del medio ambiente y en un nuevo incremento de la explotación de regiones como América Latina y el Caribe, que incluyó más violencia contra las mujeres y una mayor militarización de los hombres (Shiva & Mies, 1997 p.101). De tal forma, la separación entre naturaleza y cultura sería cada vez más grande en los países periféricos; así como la recuperación del retraso con el desarrollo sería una ilusión, también lo sería el proceso de igualación para las mujeres al no poder acceder a la autodeterminación y la libertad por no tener el derecho a tener una igualdad en términos laborales, salariales y de mercado, lo cual al mismo tiempo generaría una gran brecha entre las mujeres del Norte y el Sur global en términos de clase (p.103). Dichas cuestiones también las podríamos ligar a la separación entre la sociedad civil y la sociedad política latinoamericanas a grandes rasgos, ya que ni el desarrollo, ni la consolidación de economías fuertes y, es más, ni la consolidación de culturas hegemónicas nacionales que generaran lazos materiales con las cosmovisiones autóctonas ligadas a otras formas de concebir el valor y la reproducción de la vida, fueron una pieza clave para la construcción de las clases dirigentes, mismas que, por obvias razones, no verían por la autodeterminación de los pueblos latinoamericanos.

Bajo una perspectiva crítica latinoamericanista, Lucio Oliver sostiene que las sociedades latinoamericanas se constituyeron de forma desigual, subordinada y dependiente, como países periféricos frente a los Estados centrales, los grupos transnacionales y los organismos financieros internacionales (Oliver, 2015, p.127). Bajo su perspectiva, el Estado en América Latina se construyó sobre el modo de producción capitalista ligado al subdesarrollo y al carácter dependiente donde las industrias serían básicas, livianas o intermedias, articuladas a la producción mercantil simple, lo cual generaría que sus instituciones no surjan de pactos interclasistas urbanos, sino de imposiciones populistas desde los aparatos de Estado; esto propiciaría una integración parcial de las masas al Estado por vía de derechos limitados. A grandes rasgos, entonces, los Estados latinoamericanos serían Estados precarios con instituciones administrativas poco desarrolladas y con un déficit democrático en sus instituciones políticas ligadas a poderes locales “de tipo oligárquico, caciquil y clientelar” (Oliver 2015, p.130).

Entonces, los factores de dependencia y desarrollo desigual, ligados al imperialismo que históricamente se desarrolló como una evolución del colonialismo hacia la modernidad, han generado que las relaciones entre Estado y sociedad civil en América Latina y el Caribe también sean un tanto *sui generis*, como decía Marini (2008); la hegemonía de las clases dirigentes en la región se ha visto dificultada por las diversas contradicciones que surgen de su condición estructural frente a la división internacional del trabajo. Tanto las culturas originarias colonizadas por la cultura occidental que se transformaron en un ethos barroco, como la situación de opresión contra las mujeres con sabiduría ancestral, así como las riquezas naturales de las tierras de la región que han sido explotadas por siglos, la sobre-explotación de las y los trabajadores en pos de una plusvalía absoluta para dar continuidad a la acumulación de capitales europeos, generaron en la población latinoamericana una dismorfia en su relación con sus gobernantes y con el Estado en general entendiéndolo de manera integral. La dificultad

para generar una consolidación hegemónica en América Latina ligada a las relaciones entre sociedad civil y Estado, se podría relacionar con el análisis que hace Antonio Gramsci sobre el periodo de formación de la nación italiana y de la lucha por la unidad política y territorial,¹⁰² así como por el cosmopolitismo de las clases dirigentes.

De acuerdo con Gramsci, la clase dominante lo es cuando tiene un origen unitario tanto en relación a lo económico como a lo político, por el contrario,

(...) cuando el impulso hacia el progreso no va estrechamente ligado a un desarrollo económico local, sino que es reflejo del desarrollo internacional que manda a la periferia sus corrientes ideológicas (nacidas sobre la base del desarrollo productivo de los países más avanzados), entonces la clase portadora de las nuevas ideas es la clase de los intelectuales y la concepción cambia de aspecto. El Estado es concebido como una cosa en sí, como un absoluto racional (Gramsci, 1975, Q1, N150).

En ese sentido la base material, más allá de la base cultural, es sumamente importante para consolidar la unidad política.¹⁰³ Retomando el análisis gramsciano y traduciéndolo a la región latinoamericana, se podría decir que las clases dirigentes latinoamericanas, al responder directamente ante los intereses de capitales internacionales y de naciones centrales dentro de las relaciones imperialistas, no lograron generar hegemonía sustentada en bases materiales concretas. La sobre-explotación, el sometimiento cultural, el despojo de tierras, etcétera, que afecta directamente a las masas populares interfirió, históricamente durante siglos, en la concepción del Estado y en los vínculos entre sociedad política y

102 Al respecto habla de los problemas de la cultura, la religión y a la política desde una perspectiva histórica que tendrían base en las condiciones de equilibrio de fuerzas internas e internacionales así como en las cuestiones materiales ligadas a la economía (Gramsci, 1975, Q2, N1); Gramsci hace alusión a una clase dirigente demagoga en el periodo del Risorgimento y su fracaso en la dirección político-militar para crear un Estado moderno italiano, ello como resultado de la degradación, por parte de dicha clase dirigente, al pueblo nación italiano como un mero instrumento (Q1, N119).

103 Esto se relaciona, también, a los intelectuales italianos que califica de cosmopolitas, es decir, ligados a una concepción del mundo y a una base material internacional basada en la racionalidad y no en la experiencia nacional, lo cual genera varias contradicciones.

sociedad civil, evitando la unidad de los distintos Estados latinoamericanos, en pos de la consolidación de una oligarquía económica que se beneficiaría al permitir la entrada de políticas internacionales en beneficio de capitales extranjeros y no nacionales.

Ante dicho contexto cabe señalar que nuestra región no estuvo libre de una gran efervescencia de protesta social en contra de las políticas y opresiones imperialistas. En la América Latina del siglo XX se lograron consolidar algunas luchas antiimperialistas y anti-colonialistas que abrieron horizontes posibles desde perspectivas de izquierda, tal sería el caso de la Revolución Mexicana, la Revolución Cubana y el gobierno electo de Salvador Allende en Chile, entre otros. No obstante, frente a la efervescencia social en toda la región, se desataría una gran represión violenta contra las utopías a partir de la década de los años setenta, con las dictaduras, las crisis de la deuda, la contrainsurgencia, el paramilitarismo, los programas de ajuste estructural, y en algunos casos del Cono Sur, las firmas de los acuerdos de paz que darían cabida a una democracia técnica y despolitizada (Romano & Díaz, 2018).

Las crisis de la deuda en toda la región -que serían inauguradas en México en el año de 1982- funcionarían como eje para desprestigiar los proyectos de desarrollo nacional y, por lo tanto, facilitarían la entrada de la ideología relacionada a las empresas privadas y al mercado como bases para gestionar las problemáticas sociales a modo de negocio.

4.3 Nuevo imperialismo y neoliberalismo en América Latina.

El tipo de Estado-nación dependiente y desarrollista, común en América Latina, entró en un periodo de crisis entre los años setenta y ochenta del siglo XX por los cambios a nivel mundial en torno a los procesos de acumulación y monopolización de los Estados centrales, y al mismo tiempo pero desde una década atrás se comenzaron a desplegar movimientos revolucionarios de liberación nacional como

respuesta al declive de la hegemonía mundial de EUA como se mencionó en el capítulo anterior (Oliver, 2015). Entre las décadas de los setentas y ochentas, se daría comienzo hacia un recambio neoliberal, post-fordista y post-desarrollista, en donde se daría preferencia a las finanzas por sobre la acumulación productiva; esto tuvo efectos negativos en la región ligados a la integración subordinada a los Tratados de Libre Comercio, la desindustrialización, el auge de las maquiladoras; las nuevas modalidades de dependencia basadas en la exportación de materias primas y la superexplotación de mano de obra generarían mayor pobreza y exclusión social. Para Oliver (2015), el proceso hacia la edificación del neoliberalismo generaría un mayor distanciamiento entre sociedad política y sociedad civil en América Latina, lo cual califica de revolución pasiva neoliberal.

Bajo dicho contexto, el imperialismo en nuestra región también sufrió modificaciones; de acuerdo con Fontes, hubo grandes saltos con respecto a la acumulación de capital a fin de la Segunda Guerra Mundial que generaron nuevas determinaciones en la expansión del imperialismo, mismas que intensificaron las luchas sociales relacionadas a la desigualdad (Fontes, 2010). Las nuevas características del imperialismo serían el resultado de una nueva escala planetaria que se diseminó a partir de entidades cosmopolitas que juegan el papel de generadores de consentimiento para continuar con la violencia de clase y con el aplacamiento de la clase trabajadora a partir de múltiples formas de expropiación.

La escala de concentración de capital aportó nuevas determinaciones en el imperialismo, al respecto Fontes argumenta que es necesario utilizar el concepto de *capital-imperialismo* para hablar de esta nueva fase de acumulación en donde existe “el predominio del capital financiero, la dominación de la propiedad y su impulso expropiador” (Fontes, 2010, p.146). En el momento del *capital-imperialismo* se profundizan los rasgos permanentes y devastadores del capital relacionados a su expansión en todas las dimensiones de la vida social. Asimismo, las expropiaciones se intensifican a partir de los aparatos privados de hegemonía y la concentración de recursos sociales y ambientales. La expropiación refiere a

aspectos tanto económicos como demográficos, abarcando todas las dimensiones de la vida, por ejemplo, sobre el uso de las tierras comunales, los derechos consuetudinarios, las relaciones familiares y locales, el conocimiento sobre plantas locales, y a grandes rasgos, sobre la cultura, la ideología y la política a escala tanto local como global (p.51).

Fontes llama la atención sobre dos tipos de expropiaciones, las expropiaciones primarias referidas a la continua y generalizada privatización de la tierra y a la búsqueda del control directo sobre las materias primas estratégicas, así como la apropiación de nuevos elementos de la naturaleza para monopolizarlos y/o para producir nuevas actividades que produzcan valor; y las expropiaciones secundarias, referidas al dismantelamiento de los derechos sociales de trabajadores para una mayor extracción de plusvalor, como la eliminación o retraso de las jubilaciones, la flexibilización de contratos laborales, las desterritorializaciones laborales, la privatización de empresas públicas, la eliminación de los derechos de asociación a trabajadores, así como la privatización del conocimiento y la biodiversidad a partir de las patentes y de la ciencia neoliberal. En el caso particular de América Latina, Fontes señala la cuestión de la superexplotación como parte de las formas de expropiaciones secundarias, asimismo se podrían ligar las acciones de bioprospección de las últimas décadas así como la privatización de territorios en pos de el neoextractivismo con relación a la expropiación primaria.

Algo que cabe resaltar y resulta fundamental para la categoría de imperialismo en nuestra región, es el hecho de que América Latina y el Caribe, en la época moderna, han estado sometidos al imperialismo de un país en específico, Estados Unidos. Los intereses de Estados Unidos, tanto públicos como privados, sobre América Latina y el Caribe se vinculan históricamente al acceso a recursos , por lo cual se instauraron reformas específicas que se encargarían de imponer políticas económicas en pos de los intereses del país del norte. En específico, a partir de la década de los setenta se impusieron un paquete de reformas (que también se han señalado como contrarreformas) a los países en desarrollo, mismas

que incluirían cuestiones macroeconómicas, de liberalización del comercio, de reducción de la capacidad de decisión política Estatal y de facilitadores para el acceso del mercado internacional en la región; dicho paquete, mejor conocido como Consenso de Washington, estaría comandado, sobre todo, por Estados Unidos, y sería implementado por instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, entre otras. En general se puede decir que fue a partir de esos paquetes de reformas se consolidaría el neoliberalismo en nuestra región ligados al intervencionismo estadounidense.¹⁰⁴

Desde mediados del siglo pasado se comenzó a hablar sobre la hegemonía de las clases dirigentes estadounidenses en todo el mundo. Dicha hegemonía se proyectaba hacia los países periféricos de diversas formas, con guerras, políticas exteriores y modelos de propaganda vinculados a fundaciones, gobiernos y prensa, entre otras. En el caso de la hegemonía de la clase dirigente estadounidense el término de *americanismo* utilizado por Gramsci da cuenta del proceso en el que esta se gestó en vista de las condiciones históricas de producción y la relación de dicho país con el resto del mundo. Gramsci (1975) habla incluso de una especie de hegemonía espiritual surgida desde las fábricas y las industrias

104 De acuerdo con Delgado y Romano, algunos de los ejemplos de la intervención en la región para apropiarse de recursos fue sobre el gobierno de Arbenz en Guatemala entre 1951 y 1954, seguido por el intervencionismo en Brasil con el gobierno de Goulart y el en Chile con el gobierno de Allende; todos esos gobiernos fueron presionados y derrocados en el marco de la Alianza para el Progreso y el creciente protagonismo de instituciones financieras internacionales. Más adelante, con la Ley para la Asistencia Extrajera de 1961, comenzó a operar la Agencia Internacional para el Desarrollo, hoy USAID, en nuestra región, bajo la premisa de aumentar la productividad agrícola y abrir nuevos mercados con lo que, un poco más tarde, se incrementaría la crisis en la balanza de pagos para los países latinoamericanos. La USAID brindó recursos económicos considerables a las élites latinoamericanas, así como asesoramiento técnico y político, con lo que se logró, por un tiempo, impedir que se dieran cambios sociales importantes. No sólo la USAID ha tenido gran injerencia sobre nuestro territorio, también fundaciones como la Rockefeller o la Ford, han sido importantes en materia de actividades filantrópicas que canalizan sus investigaciones hacia el favorecimiento de empresas como Bayer, Syngenta, Pioneer-Breed, entre muchas otras, con el fin de añadir conocimiento científico a la política agrícola internacional, como se logró con la llamada Revolución Verde. La modernización del campo en nuestra región, impulsada por dichas fundaciones y por organismos internacionales como el Banco Mundial, lograron un crecimiento en el déficit de la balanza alimentaria, generando grandes crisis alimentarias entre los años setentas y los años noventas, al tiempo que logró grandes excedentes alimentarios en los países centrales. Asimismo, varias fundaciones apoyaron otras medidas de neoliberalización de las economías latinoamericanas a partir del discurso del combate contra la pobreza y la desigualdad, centradas en promover el libre comercio, la despolitización de la cooperación energética (centrándose en recursos como el petróleo y el gas) y fomentar las energías alternativas. Cabe mencionar que no sólo han sido las fundaciones y los organismos de asistencia como la USAID o las instituciones internacionales quienes han fomentado un mayor intervencionismo en la región, existen también los llamados think tanks como el Center of Global Development (CGD), Birdsall, la Institución Brookings, entre otras, que se dedican a elaborar políticas públicas que puedan influir en las políticas de los distintos gobiernos a nivel mundial (Delgado & Romano, 2013).

estadounidenses como la Ford (Q2, N138). De acuerdo con el autor, el peso de la producción económica estadounidense estaba llevando a una transformación de la base económico-social europea en las primeras décadas del siglo XX, generando una transformación de las bases materiales de la civilización capitalista. Los elementos de vida de influencia estadounidense comenzarían a tomar forma en la primera mitad del siglo pasado y serían el patreaguas para la hegemonía unipolar de EUA; dentro de dicho proceso Gramsci notaba el pánico social y la desesperación de los viejos estratos que estaban siendo arrojados hacia el nuevo orden del método productivo en las fábricas modernas, mismo que no cambiaría el carácter de las clases fundamentales, la burguesía y el proletariado, sino que generaría “una prolongación e intensificación de la civilización europea” capitalista con un nuevo ambiente americano (Q3, N11). Esto sería, entonces, una parte de la historia ligada a los albores de la hegemonía de la clase dirigente estadounidense.

De acuerdo con Romano, en América Latina la hegemonía de las clases dirigentes de EUA se reflejó en la red de asistencia para el desarrollo institucionalizada a partir de la Guerra Fría, así como varios proyectos de financiamiento que se sostienen en un entramado de intereses económicos, políticos y geopolíticos para la reproducción ideológica y material del capital. Romano argumenta que existen *think tanks* y fundaciones dedicadas a la elaboración de opinión, de sentido común en términos gramscianos, vinculada a la prensa para dar continuidad a la ideología hegemónica; estos también contribuyen a definir agendas y delimitar los debates que, en general buscan instaurar ideas de anti-comunismo y/o anti-gobiernos progresistas (Romano, 2019). En ese sentido podríamos decir que los

*think tanks*¹⁰⁵ funcionan a manera de intelectuales orgánicos pero de una forma mucho más estratégica y masiva que antes.

Con respecto a esto, cabe resaltar el hecho de que la creación de instituciones gubernamentales transnacionales como la ONU, la OCDE, la OMC, la UE, y los ya mencionados FMI y BM suponen una "transferencia de soberanía" (Houtart & Delgado et. al., 2017, p.73), que beneficia al capital transnacional y a los Estados centrales.¹⁰⁶

La hegemonía de las clases dirigentes, entonces, se construye de muchas maneras, entre ellas están las ligadas a los *think tanks* y a los organismos internacionales, aunque resulta importante mencionar que también existen formas de coerción que se ligan al proceso hegemónico, vivo ejemplo de ello es la asistencia de EUA en el derrocamiento de numerosos gobiernos extranjeros a partir de agencias como la CIA o la National Endowment for Democracy (NED), que gestionan propaganda anti-régimen y golpes de Estado, entre otros (Hamm, 2014). Asimismo, al tiempo que incrementa sus ganancias, la clase dirigente estadounidense y algunas europeas y chinas también, generan hegemonía y sobre todo dominio a partir de generar préstamos, proveer armas, alimentos baratos y bienes manufacturados, frente a dichos campos de oportunidad hegemónica y de ganancia las naciones centrales compiten, el Norte global está en eterna competencia por la hegemonía en los países dependientes.

105 Los llamados Think Tanks como el caso del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano (PNAC por sus siglas en inglés), un Think Tank nacido en 1997 que se consolidó a partir de promover el liderazgo estadounidense internacional, con una política de desarrollo militar e intervencionismo, sobre todo en Afganistán e Irak. Existen hipótesis que argumentan el hecho de que el PNAC influyó en el 9/11 de 2001 en EUA y su consiguiente uso como legitimación para comenzar una nueva guerra -invasión- en Medio Oriente. Para 2006 dicho organismo se redujo y dejó de tener tanta relevancia. El razonamiento estratégico del PNAC fue formulado por el Consejero de seguridad nacional de la administración de George Busg jr. Zbigniew Brzezinski. Asimismo, bajo la misma dirección, desde 1991 Rusia se construyó como enemigo desde la política estadounidense, al igual que China e Irán (Hamm, 2014).

106 El BM, por ejemplo, no sólo otorga préstamos a los países en desarrollo, sino que los impulsa a abrir sus economías por medio de la libre circulación de capitales y mercancías, "alienta la exportación de recursos naturales y acentúa el endeudamiento externo". Mientras que el FMI promueve el debilitamiento del papel de los Estados para que las empresas transnacionales puedan accionar con ventajas dentro de territorios específicos. Por otro lado, la OMC refuerza las ventajas del capital transnacional al legitimarlas con la creación de derechos de propiedad intelectual e industrial, perpetuando el monopolio de las empresas multinacionales, al tiempo que promueve un mercado mundial no regulado para la agricultura, lo cual incide en finalizar con la seguridad y soberanía alimentaria de muchas naciones, dejando a millones de campesinos del Sur global en la pobreza.(P. 137)

Para consolidar su hegemonía sobre América Latina y el Caribe, Estados Unidos también ha hecho uso de Acuerdos internacionales tales como el GATT, los diversos Tratados de Libre Comercio, y más actualmente el Acuerdo Transpacífico (TPP por sus siglas en inglés), y el Acuerdo Tras-atlántico (TTIP por sus siglas en inglés), con organismos internacionales como facilitadores tales como la OMC y la OCDE. Estos buscan hacer acuerdos que incentiven las inversiones Norte- Sur con tal de conceder mayores derechos sobre recursos y mano de obra por parte de las corporaciones transnacionales; pretenden abolir las barreras comerciales, las reglas y los estándares, para dar entrada a los productos estadounidenses con mayor ventaja sobre países dependientes, así como para dejar entrar a sus empresas y extraer diversos recursos.

De acuerdo con Houtart y Delgado, et. al. (2017), los Estados periféricos, en dicho contexto, pasan a formar anfitriones de las élites de poder económico internacionales y locales, dando como resultado que la práctica neoliberal de apropiación actual de riqueza (de trabajo y naturaleza) sea la más agresiva y desigual en la historia de la humanidad (p.82-83). Al respecto, los autores señalan que dentro de la división internacional del trabajo se ha colocado a los países periféricos como espacios con una triple función: ser receptores del excedente de capital como IED, como reservas de recursos estratégicos y mano de obra barata, y como mercado de bienes de capital fabricados en los países centrales. Asimismo, los organismos internacionales impulsan la creación de deuda con el pretexto de ayudar al desarrollo, a combatir la pobreza, a invertir en la extracción de recursos, etcétera; estas deudas se vuelven impagables y ahondan la dependencia y el imperialismo de la región.

Otro aspecto de la época neoliberal que acontece es la inauguración del outsourcing, referido al traslado de la producción de empresas transnacionales hacia el Sur global, una especie de internacionalización del mercado laboral que aumenta su capacidad de reemplazo de fuera de trabajo a escala mundial, es decir que “el capital acorta la vida útil de los trabajadores mundialmente” (p.100). Dicha flexibilización

del trabajo disminuye la estabilidad laboral y deja de tomar en cuenta los derechos laborales referidos a la seguridad social en general.

Así, la perspectiva neoliberal en nuestra región se centraría en el culto al mercado y en nuevas referencias técnico-eficientistas que llevarían a una concepción de Estado mínimo. Dentro de aquella lucha ideológica por hacer prevalecer tal concepción, los organismos internacionales, así como las cumbres ideológicas de Santa Fe y el Consenso de Washington, fueron fundamentales para “redefinir en sentido de subordinación la inserción de nuestros países en la globalización actual” (Oliver, 2015, p.7), ligada tanto a priorizar el capital financiero como a tratar de desalentar la lucha social enmarcándola en espacios burocráticos y de gobernabilidad autoritaria.

Algo que cabe resaltar antes de continuar es que, a pesar de que el imperialismo estadounidense ha sido hegemónico en la región latinoamericana, también existen otros países que han tenido y tienen injerencia dentro de América Latina en la actualidad. William Sacher (2019) habla del creciente imperialismo chino en Ecuador a partir del neoliberalismo de la época del gobierno progresista de Correa, donde se incrementó la extracción en la rama minera y se impuso la megaminería.¹⁰⁷ Desde la perspectiva de Sacher, el imperialismo chino está tomando mucha fuerza en América Latina, sobre todo en la región andina, gracias a la llegada de empresas como Tongling y CRCC. En los últimos 10 años una serie de consorcios chinos han invertido 23 790 millones de dólares en sectores como la minería, la construcción y las finanzas, y nuestra región representa el 20% de las inversiones chinas a escala mundial en el sector minero (p.42). A partir de un análisis histórico-político y económico, Sacher argumenta que la llegada de inversiones chinas a nuestra región en las últimas décadas se debe a “un agotamiento relativo de las posibilidades de acumulación rentables, causado por las propias

¹⁰⁷ La megaminería o minería a gran escala es una actividad extremadamente material-intensiva que supera los modelos extractivos de épocas anteriores y genera grandes impactos en los ecosistemas, los pueblos y sus territorios. Sacher y otros autores lo califican como una aceleración del proceso de destrucción, despojo y genocidio colonial (Sacher, 2019, p.25).

contradicciones internas del capital en cuanto modo de producción” (p.50), en particular para China, la devaluación de su masa de capital acumulado ha empujado a las empresas y al gobierno a buscar nuevos negocios y territorios dentro y fuera de China para aplazar el tiempo o desplazar el espacio en sus inversiones.¹⁰⁸

Así pues, de acuerdo con Houtart y Delgado, et. al. (2017), en las últimas décadas el imperialismo que somete a nuestra región ha ido cambiando conforme a la transformación de fuerzas políticas y económicas internacionales ligadas, también, al aspecto financiero. Como se detallaba en capítulos anteriores, en términos geopolíticos hoy nos encontramos frente a un mundo multipolar, y a partir de dicha reconfiguración global en términos de naciones hegemónicas y clases dirigentes internacionales, es que se puede entender la manera en que se gesta el poder oligárquico en América Latina y el Caribe. De acuerdo con Oliver, a partir de los organismos internacionales antes mencionados, las clases dirigentes lograron tener una gran capacidad de manipulación política e ideológica para instaurar contrarreformas neoliberales en pos de la privatización y la ventaja de las transnacionales; uno de los discursos principales para legitimarlas fue, pues, aquel que pregonó el agotamiento de los Estados burocráticos desarrollistas, calificándolos de ineficientes y acentuando la separación entre sociedad civil y sociedad política. Todo ello daría como resultado la legitimación de la desregulación del mercado y el cambio de patrón de acumulación industrial ligado a las economías nacionales, hacia el patrón de producción especializada para la exportación incluyendo algunos productos industriales de

108 Según Sacher, los capitales chinos se adentran en la región latinoamericana en búsqueda de reajustes espacio temporales y diversifican sus métodos asociados al mecanismo de acumulación por desposesión. A partir de ello nos encontramos frente a una nueva ola de cercamiento de los comunes, es decir, “una extensión de la mercantilización de los bienes públicos, de la naturaleza y de la vida, a nuevos dominios mediante la biopiratería, la economía verde o la privatización de servicios públicos” En específico en la región andina, sobre todo en Ecuador y Perú, el nuevo imperialismo chino y sus reajustes espacio-temporales ha entrado en el sector minero, generando procesos de acumulación por desposesión que han resultado en tragedias humanas y medioambientales. Así, China y sus empresas se han vuelto grandes competidores de las transnacionales norteamericanas, europeas y australianas dentro de nuestra región, ya que ésta tiene muchas riquezas naturales, bajos costos de producción y vulnerabilidades políticas varias. No obstante, China sigue sin ser hegemónica en términos de capitales para América Latina, ya que representa sólo el 7% del total de IED mientras que Estados Unidos representa el 25% y Europa el 40% (Sacher, 2019, p.91-107).

maquiladoras pero, sobre todo, las materias primas y alimentos. Asimismo, para legitimar ideológicamente las contrarreformas neoliberales en América Latina se introdujeron nuevos derechos civiles locales (Oliver, 2015).

En el proceso de cambio hacia la consolidación de los nuevos Estados nacionales de competencia enmarcados en el contexto neoliberal, detallado en capítulos anteriores, se aumentó la subordinación de los Estados latinoamericanos al capital transnacional, propiciando la financiarización de la economía y la consolidación del patrón de especialización exportadora y neoextractivista a partir de un proceso de desindustrialización y, por lo tanto, aumento de la precariedad para la población en general. De acuerdo con Oliver (2015), las clases dirigentes oligárquicas hicieron decisiones burocrático-políticas que aceleraron el proceso de la subalternización de las clases populares, jerarquizando los ministerios, reduciendo la ciudadanía universal y dejando de invertir en educación, salud, servicios públicos, etcétera.

La venta y privatización de empresas estatales y paraestatales, así como los recursos naturales y el abandono de proyectos nacionales y de las estrategias desarrollistas, generó un gran distanciamiento entre los sectores populares y las instituciones políticas, “incluyendo el alejamiento de los ciudadanos respecto de sus representantes” lo cual dio pie a una “crisis de confianza que poco a poco se profundizó hasta presentarse como crisis política” (Oliver, 2015, p.10), sobre la cual profundizaremos más adelante.

La mundialización del capital en su etapa neoliberal, como se ha visto, afectó la concepción de lo que son los Estados-nación, ya que la financiarización pareciera no tener fronteras en materia de mercado pero no para los seres humanos quienes sufren cada vez más en términos de restricciones sobre la migración. Las empresas transnacionales tienen actualmente un gran poder económico que en la práctica está fuera del control estatal, creando una nueva forma de política por fuera de las instituciones

tradicionales. El Consenso de Washington fue un parteaguas para fortalecer la dependencia en América Latina y subsumir a los Estados periféricos, ya que estos perdieron cada vez más la capacidad de controlar sus mercados, consolidando una élite nacional y transnacional beneficiada del nuevo modelo y ensanchando más la brecha entre naciones centrales y periféricas.

Entonces, la hegemonía de las élites de los países dependientes y/o subalternos como los latinoamericanos, tendría un alcance limitado, a diferencia de las naciones centrales. Las burguesías nacionales de nuestra región suelen ligarse a la administración estatal sobre la tierra, los recursos y la fuerza laboral sin tener en realidad el control sobre los medios de producción ni en el usufructo de las materias primas extraídas de sus países, en consecuencia, a pesar de tener muchos privilegios sobre el resto de la población, no logran ser totalmente dirigentes ya que no tienen el control en su totalidad en vista de que estos se instauran con fines de satisfacer los capitales internacionales, hoy transnacionales de las industrias de los países centrales. De acuerdo con Bernd Hamm, las oligarquías al interior de países dependientes se dedican a impulsar políticas destinadas a la abolición del control de precios y subvenciones públicas, la eliminación de derechos sociales, la limitación de los salarios, la devaluación de las monedas nacionales y la privatización de infraestructura y empresas públicas (Hamm, 2014). Todas esas políticas provienen de organismos internacionales como el FMI y/o a través de acuerdos como el ya mencionado Consenso de Washington que propician la aparición de dichas oligarquías y que, a partir de ellas, promueven la dependencia económica y política de los países periféricos en pos de beneficiar a empresas transnacionales y al capital extranjero de los países centrales. Desde una perspectiva global podemos concluir, entonces, que la clase dominante y dirigente es internacional y proviene, sobre todo aunque no siempre, de países centrales. Esta clase ha promovido en las últimas décadas políticas neoliberales en gran parte del globo.

Ante todo ello, la hegemonía de las clases dirigentes en América Latina y el Caribe iría en un detrimento cada vez mayor que se vería reflejado en crisis políticas recurrentes, ligadas al malestar social traducido en la protesta, pero también en las nuevas formas de dar golpes de Estado por medio de herramientas como el *lawfare*. A continuación se hablará sobre todo lo referente a la crisis de hegemonía por la que atraviesa la región.

4.4 Crisis histórica del capital en América Latina, componentes específicos, elementos políticos y medio ambiente.

Como se describía anteriormente, desde una visión gramsciana Virginia Fontes (2010) argumenta que actualmente nos encontramos frente a una nueva fase del imperialismo, el capital-imperialismo, que envuelve múltiples dimensiones de la vida social, económica y política. Dentro del proceso histórico se generaron modificaciones relacionadas al nacimiento de corporaciones transnacionales con grandes concentraciones de capital, al tiempo que creció un formato político de organización cosmopolita y subalterna, y se puso en curso la difusión mediática a escala global a partir de la televisión (p.191). Todo ello se profundizaría en la década de 1980 y se afincaría políticamente de manera más estable en la década de 1990.

En términos de la lucha política y de movimientos sociales ligados a la izquierda se gestaría una conversión mercantil-filantrópica, donde una buena parte de la militancia política se ligaría a una especie de cosmopolitismo relacionado a financiamientos internacionales en el terreno de organizaciones no gubernamentales y de organismos internacionales que proclamarían un discurso de responsabilidad social empresarial y filantropía (p.348), gestando lo que en otros apartados se señaló

como antipolítica. Asimismo, bajo esta nueva fase se daría comienzo a nuevas privatizaciones sobre actividades y bienes públicos a la par de una eliminación gradual de derechos sociales y el crecimiento del derecho internacional como una especie de fórmulas jurídicas controladas para lograr dichas expropiaciones.

Las burguesías locales de los países dependientes crecerían, logrando una socialización del proceso de producción a escala internacional por la exportación de capital y la entrada de empresas transnacionales en dichos países. Asimismo, se daría un uso intensivo de formas de convencimiento y persuasión para la formación de cuadros dirigentes locales que lograrían la contención de algunas luchas sociales, a la par de una creciente represión sobre las manifestaciones contestatarias, en especial en el caso Latinoamericano esto se daría de varias formas, a partir de dictaduras, expropiaciones masivas de tierras, intervencionismo con la ayuda de ciertas ONGs, inversiones de capital transnacional, etcétera (Fontes, 2010, p.207).

Asimismo, los organismos internacionales tuvieron -y tienen- una función cosmopolita en cuanto a la difusión de ciertos intereses de los capitales transnacionales, abasteciendo de elementos pragmáticos, técnicos, gerenciales, culturales y programáticos a los países dependientes que lograría la diseminación de una lógica democrática ficticia, formando militantes-ideológicos y élites orgánicas que promoverían patrones de acción política, de consumo e incluso de sociabilidad ligados a la expansión del capital-imperialismo. Esto reduciría las conquistas de la clase trabajadora a nivel mundial, sometiéndola de forma más agresiva al mercado y agudizando las contradicciones entre la existencia humana y la acumulación por medio de un advenimiento de la super-explotación en los países dependientes que cada vez cobraría más fuerza (Fontes, 2010, p.369). A partir de todo ello, se comenzó a exacerbar la crisis histórica del capital en nuestra región, misma que, a pesar de que ataca con fuerza al capital y sus clases dirigentes, también se percibe en forma de tragedia humana y ecológica.

Como se expuso en capítulos anteriores, el mundo se encuentra frente a la exacerbación de la crisis histórica, no sólo en términos ambientales, sino económicos, sociales, políticos y culturales, como resultado del modo de producción capitalista, atravesado por su condición inherente heteropatriarcal y ecocida, y basado en la explotación y apropiación del trabajo. En términos políticos, el contexto se traduce en una crisis de hegemonía de las clases dirigentes, tanto a niveles locales como en el ámbito internacional.

Como se explicaba en el capítulo tercero, el modelo de crecimiento del Norte global, es decir, de los grupos hegemónicos capitalistas, se ha basado sobre una lógica moderna que entiende al crecimiento y la acumulación como algo infinito sin importar los límites materiales y sociales que representa la vida del planeta. Bajo este contexto, los organismos financieros como el FMI, el BM y la OMC “representan el eje fundamental de la arquitectura financiera internacional actual” (Houtart & Delgado et. al., 2017, p.136), y desempeñan un rol importante en el proceso de globalización, de generación y de gestión de las crisis. A partir de ello, las empresas transnacionales y los Estados imperialistas, las clases dirigentes, trabajan en conjunto y se alían para imponer una estructura socioeconómica internacional, la división internacional del trabajo exacerbada, que violenta aún más a los países dependientes, a las clases desposeídas, a las mujeres y al medio ambiente en general. De acuerdo con Houtart y Delgado, et. al. (2017), existe una gran asimetría entre el Norte y el Sur global debida al monopolio imperialista que ha relegado al Sur global al papel de proveedores de *commodities* (materias primas y productos agrícolas); (p.16) como ejemplo de dichas asimetrías, a partir de 1980 la riqueza del 10% más rico de la población mundial se ha incrementado de forma acelerada, el Norte global concentra el 18% de la población mientras que tiene el 68% del PIB a nivel global, y el Sur global representa el 82% de la población y cuenta con menos de la tercera parte del PIB mundial (p.31). Esta relación se vuelve cada día más dispar ya que la concentración económica se está profundizando con el paso del tiempo, dentro de

dicho proceso solo 1,318 empresas multinacionales (ligadas sobre todo a la tecnología y la manufactura) controlan alrededor de 43 mil compañías que generan el 60% de las ganancias globales.

En el caso de América Latina y el Caribe, la desigualdad con respecto a la concentración económica de los países centrales fue creciendo cada vez más con la entrada de las contrarreformas neoliberales. Como vimos, fue a partir de los años setenta cuando América Latina modifica su patrón de producción en función de inversiones extranjeras en recursos naturales y en la producción para la exportación, estas modificaciones responderían a que dejaría de prevalecer la acumulación de capital basada en los mercados nacionales internos (que de por sí nunca fue demasiado fuerte) para dar lugar al dominio del mercado internacional (Oliver, 2015, p.56). Todas las medidas y profundizaciones de la era neoliberal contribuyeron a la fragmentación y precarización social, así como a la desorganización de los trabajadores ligada tanto a la desindustrialización como al surgimiento de maquilas, enclaves, diferenciaciones de contratos y subcontrataciones, así como al empleo informal, acrecentando el empobrecimiento de las sociedades latinoamericanas.

De acuerdo con Oliver (2015), las burguesías nacionales latinoamericanas se subordinaron al poder del capital mundial dejando de lado la referencia al mercado, el territorio y la población nacional, logrando que los Estados se sometieran a políticas del mercado transnacional y al capital financiero, dentro de un proceso de apropiación monopólica transnacional tanto de las instituciones, como los recursos financieros y económicos, la intensificación de la explotación de las y los trabajadores, etcétera. Todo ello fue posible gracias a que los Estados latinoamericanos fueron permisivos ante la superexplotación laboral y la extracción de recursos naturales de la región. Los Estados latinoamericanos entraron en un proceso de descomposición institucional y de gerencialización para poner al sector público al servicio del sector privado empresarial, tanto local como internacional; ello tuvo muchas consecuencias negativas para las sociedades latinoamericanas, por ejemplo el caso de México y algunos países de Centroamérica donde creció el rentismo y la expansión de empresas ilegales (p.31). Asimismo, otros

factores que contribuyeron a una mayor precarización de la fuerza de trabajo latinoamericana fueron la internacionalización mediática de las comunicaciones electrónicas y las innovaciones en los procesos productivos, sobre todo por medio de la IED. Frente a todos estos factores, el carácter dependiente en América Latina y el Caribe se profundizó aún más.

Bajo dicho contexto, las clases dirigentes de la región -que a su vez son subordinadas de las clases dirigentes internacionales ligadas a los países centrales- facilitaron la entrada del “nuevo patrón de acumulación agroextractivo y maquilador neoexportador” (Oliver, 2015, p.118), con el fin de favorecer al capital transnacional. El patrón productivo neoexportador generó modificaciones en los planos económico y social, reduciendo al aparato productivo interno y generando una fragmentación de la masa social. Asimismo, en el plano institucional, los partidos políticos perdieron su vínculo con las masas y se volvieron meras instancias mediáticas de propaganda, las burocracias estatales se subordinaron a los acuerdos y tratados de libre comercio promovidos desde EUA y Europa que buscarían también el abaratamiento y la flexibilidad de la fuerza laboral latinoamericana, lo cual al mismo tiempo generó que la sociedad se transformara, en parte, hacia el individualismo en medio de profundas desigualdades (p.119). Dentro del mismo proceso, en el terreno cultural y educativo creció el culto al mercado y la propaganda en torno a minimizar la importancia del Estado, desplazando a las y los ciudadanos hacia la forma de consumidores, misma cuestión que despolitizaría a grandes sectores por medio de formas individualistas de actuar y pensar. En términos de Ulrich Brand (2013), América Latina estaría entrando a lo que el autor llama “el modo imperialista de vida”. El gran peso y poder espiritual de las oligarquías burguesas latinoamericanas permitiría un alto control sobre el sistema político, los medios de comunicación, la economía y la sociedad civil en general (Oliver, 2015).

De esta forma, los Estados latinoamericanos en general se sometieron a una política internacional mucho más intensa a inicios del siglo XXI, lo cual generó la pérdida de autonomía relativa en varias naciones, así como la imposición de poderes públicos autoritarios que favorecerían las políticas

neoliberales y la pérdida de derechos universales para la sociedad civil, eliminando mucha de la capacidad de construcción de agendas políticas nacionales. Sin embargo, a pesar de la embestida ideológico-cultural así como las políticas económicas, “la hegemonía neoliberal no logró conformar una nueva ecuación Estado-sociedad estable” (Oliver, 2015, p.33), las clases dirigentes latinoamericanas se verían inmersas dentro de una crisis de hegemonía, y es por ello que, a partir de la inconformidad masiva sobre varios aspectos de las nuevas políticas neoliberales, desde principios del siglo XXI comenzaron a surgir y/o a tomar fuerza varios movimientos sociales de masas frente a la desigualdad social; estas inconformidades tomaron formas legales estatales que dieron paso a los gobiernos progresistas en el Cono Sur y en Centro América como los casos de Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Nicaragua, El Salvador y Honduras (p.26). Así, frente a la crisis económica y social que se gestaba por el ascenso del neoliberalismo, los diversos movimientos sociales del siglo veinte profundizaron la crisis llevándola al ámbito político y generando el inicio del declive de la hegemonía neoliberal (p.54).

Algo que es importante resaltar sobre las repercusiones de la protesta social latinoamericana contra el neoliberalismo, es lo que comenta Cusicanqui (2010) con respecto a los estallidos de las protestas masivas contra las medidas neoliberales en América Latina desde principios de la década de los noventa hasta el inicio del siglo XXI. Tanto en Venezuela, como en Bolivia, Argentina e incluso en México, la tecnocracia capitalista alertó sobre la necesidad de “humanizar” los ajustes político económicos a partir de la introducción del multiculturalismo simbólico, ejemplo de ello fueron las fórmulas del etno y eco turismo y la teatralización de la condición originaria “como cortina de humo para esconder los negocios de la capitalización” (p.58), una especie de gatopardismo de las élites en América Latina que sería parte del colonialismo interno ligado a poderes de los países centrales y a organismos internacionales. Esto se podría ver reflejado en la mayor incursión de ONGs en la región;

al respecto se podría hablar de una especie de "soft-power" ligado al intervencionismo disfrazado de ayuda contra la pobreza y, más adelante, ayuda contra el cambio climático y por un desarrollo sostenible en la región. De acuerdo con Romano y Díaz (2018), la sustitución del Estado interventor por dichas políticas de mercado y de gestión promoverían la entrada de instituciones, organismo internacionales y ONGs a partir de la fachada de cooperación y filantropía para el desarrollo. Estos organismos lograrían imponer la idea de que las sociedades latinoamericanas son incapaces de gobernarse a sí mismas, desde un planteamiento neocolonialista, que implicaría la externalización de responsabilidades sociales del Estado. Las ONGs formarían parte de una especie de intervencionismo blando desde los países centrales en términos políticos y económicos. Hoy en día, por ejemplo, uno de los campos favoritos de las ONGs es el sector ambiental, justamente porque existen pocos mandatos e instituciones que ataquen al problema desde el Estado. Se podría decir que el ambiental es un campo fértil para el nacimiento de organizaciones que puedan poner en marcha agendas impuestas desde los organismos internacionales con el fin de seguir acumulando capital como se explicó en apartados anteriores.

Continuando con el tema del ascenso de los gobiernos progresistas en algunos países de la región, estos se caracterizaron por marcar un cambio real a nivel regional al ser “el único poder geopolítico que realizó una política antagonista” (Romano & Díaz, 2018, p.18) frente al dominio capitalista. En las últimas dos décadas, en América Latina han surgido algunos de los principales desafíos al consenso neoliberal a nivel mundial a manera de grandes movilizaciones en rechazo a las políticas neoliberales concretas y como repudio a la cultura hegemónica de la individualización y la competencia. A grandes rasgos, se puede decir que los gobiernos progresistas de América Latina lograron hacer una reconexión entre la política profesional y la política local y comunitaria, asimismo generaron una recuperación de la legitimidad de las instituciones políticas como agentes de cambio social y promovieron

cuestionamientos hacia la economía ortodoxa y el intervencionismo. Para los autores han existido dos tipos de gobiernos progresistas en la región, unos más radicales como Bolivia y Venezuela que plantearon cuestionamientos a la ortodoxia económica, y otros que hicieron cambios en un plano un tanto más simbólico como el caso de Argentina.

El planteamiento de una economía diferente, aunque no fuera un planteamiento socialista, generó que las reformas políticas al interior de estos países, aunque pudieran parecer bastante tímidas, representaran desafíos intolerables frente al capitalismo global (Romano & Días, 2018).

Desde una perspectiva un poco más crítica, Oliver (2015) también resalta que, a pesar de que no terminaron con las relaciones del modo de producción capitalista como tal, los gobiernos progresistas críticos del neoliberalismo generaron crecimiento casi inmediato del PIB, incrementaron el gasto público y aumentaron el empleo logrando la ampliación del consumo de masas, al tiempo que se logró generar un proceso de integración regional. No obstante, el autor argumenta que la mayoría de dichos gobiernos progresistas asumieron que podrían terminar con las problemáticas sociales sin alterar el modo de producción capitalista y las formas de acumulación de capital a partir de ceder espacios para mayor participación social, con la elaboración de políticas y proyectos nacionales, etcétera. Sin embargo, al no asumir del todo la agenda de la acción colectiva, estos mismos gobiernos “fueron cediendo ante la fuerza de la real politik nacional e internacional” (p.26).

Sobre esos términos, con los gobiernos progresistas como contexto, surge una cuestión puntual que resulta interesante señalar: la disputa entre el desarrollismo y el crecimiento económico versus el cuidado ambiental; esta cuestión subyace a las disputas políticas que ocurren en América Latina, sobre todo en torno a los procesos políticos de los gobiernos progresistas de las últimas décadas en donde se disputa el crecimiento económico y el desarrollo, y al mismo tiempo la autonomía sobre el uso de los recursos naturales de nuestra región, así como las cosmovisiones -sobre todo de grupos indígenas y

campesinos- que anteponen el cuidado de la naturaleza por encima del crecimiento de la infraestructura y del PIB. Este tema no es menor, ha sido causante de diversos problemas en los procesos hegemónicos y sobre la legitimidad de dichos gobiernos progresistas, cuestión que se envuelve en el tema del desarrollo, pero también en el tema de la lucha por la defensa del territorio, así como del cambio climático y la influencia de los organismos internacionales.

Con respecto al agotamiento progresivo de los modelos de desarrollo ligados a los gobiernos progresistas, habría que mencionar el hecho de que a partir de la segunda década del siglo XXI, los gobiernos de Venezuela, Brasil y Ecuador se vieron forzados a liberalizar su comercio. Otros países de Latinoamérica también se verían inmersos en la sobreexplotación de mano de obra, la explotación profunda del medio ambiente y la entrada a una mayor deslocalización de la producción por medio de dar cabida al outsourcing y a la maquila, así como a la entrada de excedentes agrícolas de países centrales atacando directamente a los agricultores locales (Houtart & Delgado, et. al. 2017, p.223). En ese sentido se puede dar cuenta de que el desarrollismo como parte de las políticas de dependencia sigue prevaleciendo como política económica hegemónica en toda la región, pero que cada vez resulta más difícil llevarlo a cabo.

Un caso interesante como ejemplo de los gobiernos progresistas es el de Brasil, el cual ha sido uno de los principales depredadores de la selva amazónica en pos de dar continuidad a su modelo de desarrollo agroexportador; a partir del código forestal promulgado en tiempos del gobierno de Dilma Rouseff, se favorecieron los intereses del monocultivo. Al respecto, la FAO en 2013 señaló que “en cuarenta años no existirá más la selva amazónica, sino solo una sabana salpicada de algunos bosques”(Houtart & Delgado, et. al. 2017, p.228).

El caso del asenso del extractivismo -tanto minero como petrolero- con gobiernos progresistas como el caso de Ecuador con Rafael Correa, sería una razón de peso para generar mucho descontento social por

parte de grupos indígenas y campesinos en general; lo mismo ocurriría en Bolivia con el gobierno de Evo Morales, donde el desarrollismo extractivista enfocado a la megaminería sería mayor que nunca en la historia del país de acuerdo a los análisis de Luis Tapia (2020). Bajo ese mismo enfoque, William Sacher argumenta que los gobiernos progresistas latinoamericanos se han hermanado con el neoliberalismo en términos de imponer la megaminería y otros extractivismos, señalando que “la modalidad primario-exportadora se ha instalado con cada vez mayor profundidad en la matriz de acumulación de todos los países latinoamericanos” (Sacher, 2017, p.17). En épocas más recientes podemos observar lo que ocurre con el gobierno de Andrés Manuel López Obrador con respecto a la construcción de nuevas refinerías petroleras como Dos Bocas o incluso con la construcción de infraestructura para el comercio como los trenes Maya y Transísmico (p.19), frente a los cuales ha surgido crítica desde algunos sectores ambientalistas.

Cabe resaltar que no sólo los países con gobiernos progresistas han incursionado en esta nueva etapa de desarrollismo ligado a un mayor extractivismo, por ejemplo, en Colombia, y Perú se ha continuado con la explotación petrolera provocando varios desastres naturales. Este tema se vuelve sumamente polémico, ya que cada uno de estos países tiene razones económicas de peso para explotar una parte de sus ecosistemas en pos de su desarrollo, sin embargo a la par el desastre social y ecológico resulta profundo y grave, ligado a las protestas sociales sobre todo de grupos indígenas, campesinos y locales que buscan defender su territorio y sus recursos.

A partir de los ejemplos anteriores, podemos observar que, independientemente del corte ideológico-político de los gobiernos en la región latinoamericana, la crisis del modo de producción y reproducción persiste y se refleja constantemente en consecuencias devastadoras para nuestra región en su calidad de dependiente.

Como veíamos en apartados anteriores, de acuerdo con David Harvey (2005), la sobreacumulación de capital es una tendencia crónica del capital que genera exceso de dinero, mercancías y capacidad

productiva, así como un exceso de fuerza de trabajo, que ya no logran encontrar rentabilidad lo cual produce pérdidas en las inversiones. La solución a dicha sobreacumulación consiste en lo que Harvey (2005) llama “reajustes espacio-temporales”, que pueden resultar en proyectos de largo plazo y gastos sociales que posterguen la circulación, así como en inversiones dentro de nuevos territorios, abriendo nuevos mercados; todo ello lleva a la expansión geográfica de las inversiones en territorios que aún no sufren de acumulación y también a las inversiones en infraestructura y capital fijo. Para Harvey éstas son tendencias imperialistas del capital, mismas que se pueden observar en nuestra región en la época neoliberal actual. El nuevo imperialismo según Harvey, integra la dimensión espacio-temporal en la dinámica de la acumulación del capital, y se enmarca en la necesidad de encontrar reajustes que permitan soportar el contexto de sobreacumulación, privilegiando lógicas territoriales y geopolíticas; un resultado de dichos reajustes espacio-temporales lo podemos ver, pues, en nuestra región a partir del incremento del mercado extractivista y del mercado en general, así como de la transferencia tecnológica, la mayor explotación laboral e, incluso, con el aumento de violencia y el reforzamiento de la derecha en América Latina y el Caribe. A continuación ahondaré sobre tres temas que me parecen claves para entender los principales resultados devastadores de la época neoliberal sobre nuestra región, en principio me enfoco sobre el ya mencionado extractivismo, así como en cuestiones de seguridad energética y economía verde que dan continuidad al carácter dependiente de nuestros países; en segundo lugar hablo sobre el aumento en la precariedad de la vida social, misma que implica mayor violencia tanto laboral como de género, ligada al asenso de grupos de derecha en varios países de la región; por último, abordo la temática de los estragos que se generan en América Latina con respecto al cambio climático y la crisis ambiental en general.

1) El extractivismo, seguridad energética y la nueva división internacional verde del trabajo en América Latina y el Caribe.

El carácter dependiente de la región latinoamericana tiene grandes afectaciones desde la perspectiva socioambiental ya que, como se apuntaba en apartados anteriores, América Latina y el Caribe se ha destacado por proporcionar materias primas esenciales para la reproducción del capital, y éstas se vinculan directamente con actividades extractivistas.

El extractivismo ha sido una dinámica sumamente negativa para los pueblos tanto a corto, como a mediano y largo plazo. El modelo económico basado en el extractivismo, de acuerdo con Acosta (2009), ha distorsionado la estructura y asignación de los recursos económicos en América Latina y ha llevado a la concentración de la riqueza en muy pocas manos, lo cual acrecienta los niveles pobreza y genera crisis económicas recurrentes, así como una escasa institucionalidad, mentalidades rentistas, el aumento de la corrupción y deterioro medioambiental. El autor señala que los países con una amplia abundancia de recursos naturales suelen caer en lo que denomina como “la maldición de la abundancia”. La lógica de producción de los países periféricos como los de nuestra región, se motiva por la demanda externa, lo cual a fin de cuentas no requiere el crecimiento y desarrollo de los mercados internos por lo que los salarios se tornan decrecientes y los niveles de pobreza aumentan. En ese sentido, para Acosta, la riqueza de América Latina se escurre hacia otras latitudes vaciando nuestro territorio.

Al respecto es importante recalcar que dicha “maldición” se puede aducir de una manera mucho más clara si la ligamos con la condición dependiente y periférica de los países latinoamericanos, misma que se enmarca en un proceso histórico político complejo y profundo que ya se detalló en apartados anteriores. Es decir, el hecho de contar con una amplia gama de recursos naturales no genera en sí una

“maldición” que conlleva subdesarrollo, mayor explotación y sometimiento a otras naciones, sino que el lugar geopolítico ocupado por nuestros países ligado al carácter oligárquico y dependiente de las clases dirigentes latinoamericanas, es lo que ha permitido una explotación profunda de los recursos naturales y una poca o nula capacidad de generar procesos democráticos en beneficio de las masas con respecto al uso de los recursos naturales en nuestro territorio.

De cualquier forma, hoy en día se puede ver que permanece la continuidad de saqueo a los países periféricos, así como la búsqueda por el control de los medios estratégicos de producción, cuestión que se enmarca en el imperialismo económico y geopolítico de países como EUA, China, Canadá y varios países de la Unión Europea. Tanto África, como América Latina y partes de Asia, son las principales regiones abastecedoras de la mayoría de recursos naturales necesarias para la producción capitalista internacional, es por ello que existe una gran disputa por territorios relacionada a los recursos naturales estratégicos y también a los espacios que funcionan como sumideros de residuos (Houtart & Delgado, et. al. 2017, p.46), lo que anteriormente ya se mencionó con el término de eco-imperialismo. Frente a ello, en las últimas décadas, dichas regiones se han tenido que someter a una ‘reprimarización’ ligada a acrecentar sus actividades ligadas a la extracción de materias primas y a la producción agrícola de monocultivos. En particular, América Latina y el Caribe se enmarca en una economía de naturaleza extractivista y maquiladora, de acuerdo con Houtart, Delgado, et. al., el 53.6% de los ingresos de nuestra región provienen directamente de los recursos naturales, mientras que el resto corresponde a sectores vinculados a la maquila y al comercio de productos extranjeros, así como de los servicios de telecomunicaciones y la producción de alimentos procesados (p.88).

Las actividades extractivas en América Latina son diversas, van desde la extracción de recursos minerales y de metales, hasta la extracción de combustibles fósiles, recursos genéticos, de biodiversidad e incluso de conocimiento. Con respecto al abasto de metales y minerales, por ejemplo,

América Latina ocupa un lugar privilegiado gracias a que Brasil, Chile, Perú y México se encuentran entre los quince países con mayores reservas de estos a nivel mundial (p.331), mismos que son utilizados en una gran diversidad de industrias ligadas, sobre todo, al desarrollo tecnológico.

La extracción de combustibles fósiles se liga a una cuestión de seguridad energética que tiene mucho que ver con la dependencia de nuestra región y con la lucha por el control de recursos energéticos entre los países centrales e imperialistas. El carácter dependiente de las naciones latinoamericanas tiene mucho que ver con la intensidad energética, es decir, con la relación entre consumo energético y desarrollo (326-327), y es que aunque en nuestra región exista un gran abasto de combustibles fósiles como el petróleo y el gas, su transformación en productos concretos para su posterior utilización suele hacerse por medio de empresas ligadas a las naciones centrales. Asimismo, los combustibles fósiles existentes en América Latina y el Caribe son un elemento estratégico en el desarrollo económico y político mundial que se vuelve imprescindible en términos de seguridad energética; sobre ello cabe señalar que, para 2007, según un estudio de British Petroleum, más del 80% de las reservas mundiales de gas y petróleo se encontraban en los países subdesarrollados, entre los que destacan países latinoamericanos, africanos y asiáticos (Suárez, 2008).

A grandes rasgos, los recursos energéticos, en conjunto con el factor del desarrollo tecnológico, las telecomunicaciones, el agua y la investigación científica, fundan el poder geopolítico, mismo que es una herramienta valiosa en cuestión política y comercial para los centros de poder sobre las regiones subdesarrolladas (Suárez, 2008). Así pues, resulta importante tomar en cuenta que la energía es poder, y ello se traduce en que la dominación de una nación sobre otras reside, en gran parte, en su control sobre recursos energéticos (Vargas, 2018, p.203). En ese sentido, la estrategia de seguridad energética se diseña considerando aspectos como las reservas naturales, los materiales para fabricar varias tecnologías, el medio ambiente y la sustentabilidad (p.204), es por ello que algunos países imperialistas

que no cuentan con dichas reservas, miran hacia países dependientes en pos de tener control sobre estos. Estados Unidos, por ejemplo, está profundamente ligado a la seguridad energética como un elemento constituyente de su política exterior que designa áreas de interés geopolítico y estratégico con relación a la capacidad de dichos territorios para brindar recursos energéticos.

Sobre el mismo tema, Sergio Suárez Guevara señala que EUA tiene un gran interés por los proyectos de integración energética relacionados a su seguridad nacional y los negocios transnacionales. Desde una perspectiva geopolítica recalca la existencia de una puja por la hegemonía mundial entre EUA, Europa y Asia Oriental relacionada a los recursos energéticos, principalmente al petróleo y al gas natural, que en su mayoría se encuentran en América Latina, Medio Oriente y África (Suárez, 2008). Con respecto a ello, la nueva estrategia de EUA en relación a la seguridad energética se basa en la producción y el potencial de recursos no convencionales, así como en el control de nuevas rutas comerciales y mercados. Dicho país busca tener el liderazgo en cuanto a las nuevas tecnologías relacionadas a las energías renovables y a las estrategias contra el cambio climático, afianzando así su control sobre la transición energética a nivel internacional. Así, Estados Unidos, a partir de su política de seguridad energética, ha emprendido varios métodos para asegurarse de recursos energéticos varios, una de las maneras en que lo ha logrado es a partir de la guerra de contrainsurgencia, con la fuerza militar y agencias de seguridad, que protegen inversionistas en América Latina y también en Medio Oriente, securitizando la infraestructura energética para que los combustibles puedan transitar de los países de extracción a los centros de consumo (Vargas, 2018). En ese sentido, un ejemplo de las estrategias de seguridad energética estadounidense en nuestra región es el caso de México; Saxe Fernández señala que el gobierno estadounidense en conjunto con el lobby petrolero, ha impulsado un mercado energético con México y Canadá a partir de la Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte (ASPAN), con el fin último de garantizar la seguridad energética de EUA a partir de

flexibilizar la normatividad energética en México, a este proceso se le llama apertura o integración energética (Saxe, 2008). Aparte de los tratados internacionales, las instancias que han impulsado con mayor vehemencia dicha integración energética han sido el FMI y el BM, así como la Organización Latinoamericana de Energía, la Asociación Recíproca Petrolera Estatal Latinoamericana y la Asociación Latinoamericana de Integración (p. 243).

En países como México y Colombia, la apertura energética ha beneficiado a élites y oligarquías nacionales vinculadas a compañías transnacionales extranjeras. Rosío Vargas argumenta que ello se ha logrado con base en un entramado jurídico apoyado por distintas corporaciones de la misma manera que ocurrió en décadas anteriores en Venezuela, Bolivia, Ecuador y Argentina antes de la llegada de los gobiernos progresistas que renacionalizaron su industria energética (Vargas, 2018). En México, como vimos, dicha apertura energética se dio específicamente a partir de las firmas de tratados de libre comercio que permitieron elevar la normatividad internacional por encima de los artículos constitucionales, dando pie a que la IED sea protegida por el Estado, promoviendo los capitales transnacionales, lo que Hirsch (2001) llamaría Estado nacional de competencia como se detalló en apartados anteriores.

La apertura o integración energética fomentada por los tratados internacionales y las relaciones de las oligarquías dentro de los Estados neoliberales (Estado nacional de competencia), entonces, ha renovado la condición dependiente de nuestra región ya que en muchos casos eliminan la soberanía energética de las naciones periféricas involucradas. Con relación a los términos de soberanía resulta importante resaltar que estos tratados no sólo afectan a la cuestión energética como tal, sino también a la cuestión ambiental ligada a las políticas públicas; Vargas argumenta que la mayoría de países latinoamericanos, al no tener soberanía energética, pueden resultar mucho más afectados en cuestión ambiental y en sus aproximaciones político-económicas para resolver o sobrellevar la crisis climática actual (Vargas,

2018), lo cual nos lleva a otro punto importante, la llamada transición energética y las políticas internacionales que la impulsan.

De acuerdo con Rosío Vargas (2018), la transición energética también está relacionada con la dominación, ya que se puede considerar que la potencia que controle el modelo energético dominante en un período histórico concreto será el país hegemónico en términos políticos a nivel internacional, ya que aumentará su capacidad de acumular y liderar la riqueza militar, tecnológica y de producción. En términos de transición energética hacia las energías limpias, resulta interesante ver de qué manera se ha financiado dicha transición en países latinoamericanos como México; el Banco de Desarrollo de América del Norte ha otorgado más de 677 millones de dólares para proyectos de energía eólica y solar, asimismo la USAID ha “cooperado” con México en su programa de cambio climático federal con decenas de millones de dólares; y a pesar de que esto pudiera parecer en primera instancia algo positivo, en realidad genera una estructura de producción y desarrollo tecnológico subordinados al país del norte y a sus empresas transnacionales frente a un modelo de seguridad energética estadounidense (Vargas, 2018). Por otro lado, para las nuevas tecnologías productoras de energía renovable, ligadas a dicha transición energética, se necesita el consumo de materiales estratégicos como el arsénico, el cobre y el titanio, entre otros, por lo que se necesitan generar nuevos monopolios de dichos recursos y el control sobre los medios de producción para su extracción y utilización, cabe resaltar que muchos de esos materiales también se encuentran en nuestra región (Negrete, 2014, p.177).

Ligado a la transición energética se encuentran los Modelos de Desarrollo Limpio (MDL) que, a grandes rasgos, son un mecanismo de mercado basado en el criterio de costo-beneficio ligado a la mitigación y reducción de emisiones de GEI.¹⁰⁹ De acuerdo con Armando Negrete Fernández (2014),

¹⁰⁹ El tema de reducción de emisiones GEI por deforestación (REDD) apareció en 2005 en la reunión de las Partes del Protocolo de Kyoto en Montreal. Ahí se aprobaron MDL generales y más tarde en 2010 se agregaría la conservación de las reservas forestales de carbono, la gestión sostenible de bosques, etc, nombrados mecanismos REDD+. Para 2012 los proyectos de REDD+ constaban con un financiamiento de \$9,545 mdd; los principales receptores de proyectos REDD+ son México, India, Brasil, China, Indonesia y Perú, mientras que los principales inversores son Japón,

los MDL se han implementado en países de la región latinoamericana y en otros países en desarrollo bajo el discurso del desarrollo sostenible y en función del cumplimiento de una reducción de emisiones a nivel internacional; para 2013 se habían distribuido más de siete mil proyectos de MDL en 88 países en desarrollo. Los MDL han permitido una amplia movilización de capital en los países dependientes a partir de la transferencia tecnológica, cuestión que ayuda a liberar mercados de capital saturado de las economías de los países centrales. Asimismo, los MDL se han enfocado sobre todo a proyectos de energía renovable distribuyéndose en su mayoría en proyectos eólicos, en segundo lugar en proyectos hidroeléctricos, seguidos por la energía de biomasa y la energía solar (p.122-123).

Cabe resaltar que, a pesar de que las principales fuentes de emisión están concentradas por las economías más grandes del mundo, los MDL se localizan en su mayoría en los países periféricos con un rango menor de emisiones. De acuerdo con la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) y con las políticas hegemónicas del desarrollo sostenible en general, la ubicación de la reducción de emisiones resulta irrelevante desde el punto de vista de la protección medioambiental global, ya que desde esa perspectiva la reducción de GEI en la atmósfera se puede realizar desde cualquier punto del globo teniendo el mismo efecto. Dicha perspectiva resulta en una desterritorialización del problema, promoviendo que los MDL se concentren en países en desarrollo para evitar que se gestionen en países centrales protegiendo su economía. Negrete (2014) señala que en 2013 dos tercios de los proyectos de MDL se alojaron en China y en India, seguidos por Brasil, Vietnam y México, generando un desequilibrio en la distribución espacial de dichos mecanismos.

Por otro lado, la transferencia tecnológica, ligada a los MDL, se logra a partir de créditos e inversiones vinculados a tratados y acuerdos internacionales y está directamente relacionada a las actividades de reducción de GEI. En las últimas décadas se han creado fondos específicos que funcionarían para invertir en los MDL, entre ellos está el Fondo Especial para el Cambio Climático y el Fondo para el

Alemania, Noruega, Inglaterra y Francia (Negrete, 2014, p.137-140).

Medio Ambiente Mundial, mismos que forman parte de los compromisos institucionalizados de los países miembros de la CMNUCC y se impulsa a partir de varios tratados, convenios, declaraciones, protocolos y programas como la Declaración de Río y los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Dentro de dichos acuerdos existe el compromiso de cooperación para el control de las emisiones de GEI y para el desarrollo de países periféricos, es a partir de estos que se generan políticas que favorecen la entrada de MDL a partir de transferencia tecnológica, que beneficia de muchas formas a los países centrales (p.126-135).

La transferencia de tecnologías ecológicamente racionales en 2010, según la CMNUCC, se originaba solamente en Alemania, EUA, Japón, Dinamarca y China.¹¹⁰ Asimismo, el 84% del total de las transferencias tecnológicas se origina en los países desarrollados hacia los países en desarrollo. Con respecto a ello, en términos geopolíticos existe una lucha por el monopolio y el nivel tecnológico de las MDL y demás tecnologías de punta, así como por la búsqueda para la ocupación del mercado, cuestión que se enmarca por completo en las dinámicas del imperialismo. De esta forma, la distribución de actividades y proyectos de MDL se da bajo parámetros desiguales logrando una alta tasa de concentración de capital para los países centrales y sus empresas que se basa, sobre todo, en el control estratégico de la producción de alta tecnología por un lado y su transferencia hacia países dependientes por otro (Negrete, 2014, p.129-152).

Negrete Fernández (2014) señala que la transferencia tecnológica de los MDL se enmarca en lo que denomina “nueva división internacional verde del trabajo”, misma que se relaciona con la economía verde y las políticas internacionales de desarrollo sostenible. La nueva división internacional verde del

110 “actualmente Alemania es el principal productor de tecnologías de mejoramiento de la Eficiencia Energética doméstica, Eólica, Proyectos de mitigación de N2O y HFC; Estados Unidos es el más grande proveedor de tecnología para Distribución Eficiente de Energía, Gases Fugitivos, Cambio de Combustible, Camas de Metano/Minería de Carbón, Eficiencia Energética (del lado de la oferta), Energía Solar, Energía Geotérmica, Disminución de Metano y Proyectos de Captación de Gases; Japón produce la más grande oferta de tecnología de Eficiencia Energética (propia generación), Eficiencia Energética (industrial) y tecnologías para Proyectos Reducción de HFC y PFC; y China es la principal abastecedora de tecnología para proyectos de Energía Eléctrica” (Negrete, 2014, p.156-157).

trabajo, según el autor, renueva la condición dependiente de América Latina y el Caribe ya que trae consigo contradicciones ligadas a los nuevos espacios donde entra el capital como por el ejemplo el Pago por Servicios Ambientales (PSA) y los MDL; las contradicciones entre el capital y la naturaleza se ven transferidas, con mayor fuerza, al metabolismo ambiental y social de la región, y al mismo tiempo, “el objeto natural traslada las viejas contradicciones y límites del capital hacia las economías dependientes, superadas en las economías hegemónicas” (p.185). Esto quiere decir que las políticas y estrategias limpias suelen trasladar las problemáticas de los países centrales -relacionadas al deterioro ambiental- a los países periféricos, en ese sentido se genera un aumento del extractivismo tanto de energías fósiles como de minerales, e incluso de biocombustibles (por ejemplo, Chile, Brasil, Colombia y México figuran entre los principales proveedores de biocombustibles en el mundo); a partir de ello se puede decir que la nueva distribución mundial afecta, deteriora y destruye a regiones como la latinoamericana a partir de contaminación y sobre-explotación de su medio ambiente. De esta forma, los países dependientes representan espacios para la transferencia de contradicciones que se orientan a la superación de crisis constantes en el capitalismo; bajo la nueva lógica de la división internacional verde del trabajo, el papel de nuestros países sigue siendo fundamental, en tanto transición energética, mitigación de emisiones, e instauración de proyectos concretos de MDL (p.153-188).

Entonces, las políticas relacionadas a la nueva división internacional verde del trabajo, de acuerdo con Negrete Fernández (2014), benefician a los países desarrollados que tienen compromisos de reducción de GEI ya que estos, basándose en cálculos de costo-beneficio, aprovechan las condiciones materiales y sociales desiguales -como la mano de obra barata, falta de regulación ambiental y facilidades de inversión- de países periféricos, para realizar sus actividades de reducción de GEI fuera de sus países (p.151). Así como veíamos en apartados anteriores, América Latina frente a la división del trabajo, está condicionada comercial y productivamente al mercado exterior, misma cuestión que se traspasa al plano ambiental, generando nuevas desigualdades y brechas en relación a los países centrales. Esta

relación de subordinación ligada a las nuevas energías limpias y al desarrollo sostenible, promueve un nuevo nivel de dependencia que profundiza la subalternidad de América Latina y sus gobiernos ante los capitales hegemónicos y las clases dirigentes internacionales, sobre todo para aquellos que tienen compromisos de reducción de emisiones bajo los diversos protocolos y acuerdos internacionales.

Bajo una premisa parecida a la que argumenta Negrete sobre la división internacional verde del trabajo, Razmig Keucheyan (2016) señala que las desigualdades ecológicas y el racismo ambiental son mayores en un contexto poscolonial y que las políticas ambientales, como las de conservación, suelen insertarse en dichos contextos de manera diferente, relacionada a favorecer los intereses de la población de los países centrales ligados a la desposesión de territorios y recursos (p.38-57). El autor habla del concepto de ecología colonial o imperialismo verde resaltando que, frecuentemente, las políticas ambientales internacionales entran en conflicto con los intereses de las poblaciones locales al impedir el desarrollo agrícola, imponiendo multas por atacar animales salvajes que amenazan al ganado o a comunidades, y poniendo el uso del bosque y los suelos bajo el control de autoridades coloniales. Asimismo, resalta que, a pesar de los procesos de descolonización, las organizaciones ambientalistas, con una actitud totalmente paternalista, se han encargado de lograr que dichas políticas no sean cuestionadas, poniendo como incentivo el desarrollo económico casi siempre ligado al turismo, y apostando a la incapacidad de los países de hacerse cargo de sus recursos naturales (65-66). Según Keucheyan, el imperialismo supone el conocimiento de los recursos disponibles, esto a partir tanto de la botánica, como de la geología y la antropología, con el fin de planificar la extracción y circulación de recursos, sobre todo desde las colonias hacia los países centrales, cuestión que en otros términos podríamos señalar como bio-prospección.

Al respecto, Brand y Görg (2000) hablan del desarrollo técnico biogenético como una nueva forma de biopolítica, control y apropiación de recursos bajo el discurso de conservación ligado a la pérdida de

biodiversidad, es decir, una nueva forma de apropiación de recursos en la expansión neocolonial. Para lograr dicha apropiación y privatización de bienes comunes, se comienza a instaurar la llamada *biotrade-iniciativa*, o iniciativa de comercio biológico, que acaba con el régimen de acceso libre al bien común de la biodiversidad, sustituyéndolo con una regulación de propiedad y acceso a partes del medio ambiente que antes solían estar bajo otras formas de propiedad y uso fuera del aspecto mercantil. Argumentan que se trata de una nueva regulación con títulos de propiedad sobre la biodiversidad que permiten hacer inversiones calculables y evaluación de ganancias a niveles tanto regionales como globales, basada en una construcción discursiva sobre bienes comunes aparentemente sin propietarios. Para el caso de América Latina y sus pueblos originarios así como demás poblaciones locales, esta nueva forma de comercio de los recursos biológicos implica renunciar a las formas de aprovechamiento y valoración tradicionales, distintas a la capitalista, que aún conservan algunos pueblos de la región; esta forma de comercio ignora las otras perspectivas sobre los bienes comunes viéndolos como los recursos genéticos y, es más, pone bajo sospecha a los pueblos locales como si estos contribuyeran directamente a la erosión de la diversidad.

Hoy en día, la diversidad genética forma parte de un área muy importante para varias ramas de la industria como la farmacéutica y la agrícola, por ello su transformación en mercancía se torna cada vez más esencial ya que dichas industrias continúan en crecimiento y expansión; como veíamos anteriormente, el extractivismo ligado a la biodiversidad también forma parte estrategias geopolíticas desde los países centrales. Brand y Görg (2000) argumentan que tal transformación es un elemento de la globalización que no sólo refiere al aspecto económico sino que responde a una imposición política, ya que los procesos ecológicos se vuelven un elemento estratégico de la competencia capitalista global que necesita generar seguridad jurídica sobre los bienes. La relación Norte-Sur global en cuanto a dichos recursos tiene varias consecuencias que resultan distintas en cada región con respecto a los

costos, los beneficios, su reparto y utilización. Para Monika Kalcsis y Brand (2002), dicha apropiación de recursos genéticos, también llamada bioprospección, forma parte del proceso de la acumulación originaria del capital.

Como hemos visto, el discurso imperante sobre la conservación de recursos de biodiversidad se basa en que los problemas ambientales son globales, en que la capacidad de la naturaleza ha sido desbordada y en que la escasez de recursos afecta a toda la economía; sin embargo, es importante señalar que tal discurso tiene consecuencias políticas profundas ya que deja de lado las cuestiones relativas al poder y a la distribución entre países y entre clases. Desde dicha perspectiva las soluciones a la crisis ambiental son de carácter tecnológico y de eficiencia, manteniendo las estructuras económicas y políticas mundiales que reproducen al capital; éstas encubren la problemática de la apropiación desigual de los recursos naturales.

Para Kalcsis y Brand (2002), los recursos genéticos en la actualidad “se han convertido en el petróleo de la era de la información” (p.2), y a pesar de que su valor comercial aún no está definido del todo, este nuevo mercado permite emplear nuevas tecnologías para la apropiación (como la bioprospección), así como tener seguridad de inversión para muchos actores poderosos, dinamizando la economía.

Con respecto a ello cabe decir que el campo de los recursos genéticos necesita un acceso libre (o lo más libre que se pueda) a la biodiversidad de varios países para su investigación y desarrollo, así como un marco-político institucional estable en cada uno de los territorios y países, mismo que se podría ligar al ya mencionado Estado nacional de competencia. De acuerdo con Kalcsis y Brand, los recursos botánicos y genéticos del Sur global son mayores y dependen de grupos de población marginados; para su apropiación, las empresas se han dado cuenta de que la sabiduría tradicional de los pueblos desempeña un papel importante ya que puede funcionar como filtro en su búsqueda al tener conocimiento de sustancias que pueden llegar a ser económicamente valiosas; para hacer uso de ello se

aplica la llamada bioprospección, que se preocupa por adquirir conocimientos acerca de las formas tradicionales de uso de la biodiversidad para luego patentarlos y tener su uso exclusivo. Asimismo, se vuelve necesaria la legislación de los países periféricos con respecto a la apertura comercial para dar cabida a las nuevas mercancías; así, con respecto al Estado nacional, las políticas sobre el comercio y la mercantilización de la biodiversidad suelen necesitar el principio de soberanía nacional en cada uno de los Estados, ya que son estos los que pueden instaurar las normas jurídicas necesarias para garantizar la comercialización de los bienes, y al mismo tiempo deja poco margen a las poblaciones locales para articularse en defensa de sus recursos y territorios comunales (Kalcsics & Brand, 2002). De esta manera, y ligándolo con la nueva división internacional verde del trabajo, los programas de desarrollo nacional con perspectiva ambiental suelen subordinarse a intereses privados de corporaciones transnacionales.

Con respecto a esto último, resulta importante señalar que muchos gobiernos de la región latinoamericana se ven inmersos dentro de las diversas actividades extractivistas, independientemente de las diferencias entre sociedad política y sociedad civil que promuevan sus gobiernos. De acuerdo con Houtart y Delgado, et. al., a pesar de las diferencias entre el Norte y el Sur globales, estos suelen tener una coincidencia sobre el hecho de que en ambos espacios surgen empresas transnacionales que buscan la acumulación de capital a partir de la desposesión y la opresión de diversos pueblos; ejemplo de ello son las multinacionales de la India como Arcelor-Mittal, las de Brasil como Imbep, Odebrecht y Petrobras, las de África del Sur como Angloamerican y las de México como Grupo México y Claro (Houtart & Delgado, et. al., 2017, p.229). Al advertir aquellas relaciones empresariales a nivel mundial, así como el aumento del extractivismo incluso en países con gobiernos progresistas, es que podemos señalar el hecho de que el problema de dependencia e imperialismo ligados al despojo territorial y a la explotación y sobre-explotación de los seres humanos y no humanos, va más allá de un cambio de

gobierno y responde a una situación estructural ligada a la mundialización del capital y a sus contradicciones, mismas que sólo pueden ser superadas con un cambio radical en las relaciones de producción y reproducción. En ese sentido, la noción de desarrollo sólo puede ser benéfica para las masas si ésta se desliga de la globalización e industrialización con base en combustibles fósiles y extractivismo sin límites, de lo contrario las políticas desarrollistas sólo empujarán más a la profundización de la dependencia y de relaciones desiguales con base imperialista.

Dichas relaciones de dependencia han mermado no sólo en lo ambiental sino, sobre todo, en las relaciones sociales latinoamericanas; a continuación detallo los resultados de la exacerbación neoliberal en nuestra región ligada a la precariedad y la violencia.

2) Superexplotación del trabajo, la violencia patriarcal y el nuevo orden bélico en América Latina.

Si bien el hilo conductor de esta tesis está más relacionado a la cuestión ambiental, resulta importante señalar un aspecto de la trama de la vida actual igualmente importante, y es que la violencia patriarcal a nivel mundial tiene todo que ver con la destrucción medioambiental ya que, como veíamos en otros apartados, la separación ser humano-naturaleza se refuerza con la separación patriarcal femenino-masculino, así como la separación entre trabajador(a) y medios de producción.

Como veíamos anteriormente, el momento actual de la crisis histórica del capital tiene muchas aristas, entre ellas una mayor precarización de la vida ligada a una mayor explotación laboral, cuestión que también se vincula a una ideología de consumo y de mayor individualización de los sujetos. Las ideologías individualizantes también conllevan ciertos aspectos conservadores ligados a discursos morales que tienden a perpetuar las relaciones de explotación y opresión.

Para Rita Segato, en la segunda década del siglo XXI ha existido un retorno conservador al discurso moral en las políticas de la región latinoamericana, desde Macri en Argentina -que se ha silenciado por el cambio de gobierno-, hasta Temer y Bolsonaro en Brasil, el uribismo en Colombia y el prianismo en México -por ahora en pausa-, que han logrado una embestida familista y patriarcal, demonizando las luchas feministas tachándolas de ‘ideología de género’ (Segato, 2016, p.15). Asimismo, como veíamos en otros apartados, la fase actual de concentración del capital busca apropiarse de los últimos espacios comunes, despojando a amplias masas de población en donde las mujeres son quienes lideran las luchas por su defensa. La lucha contra la prioridad del capital y del patriarcado en América Latina y el Caribe es, pues, en contra de la apropiación de los cuerpos femeninos como de los territorios comunales (p.19-21), ligadas a los recursos naturales.

Dentro de la violencia y explotación patriarcal en tiempos de crisis se enmarca el problema de la explotación infantil. De acuerdo con la OIT para 2019 se estimaba que, aproximadamente, seis millones de menores de edad sufrían explotación laboral en América Latina. El trabajo infantil en nuestra región se da sobre todo en el sector agrícola, sin embargo también se liga a la minería, a la recolección de basura, al trabajo doméstico, a la fabricación y venta de cohetes, a la pesca, a la explotación sexual, al tráfico de drogas y a la trata. La CEPAL señala que Brasil, México, Perú, Bolivia y Paraguay, son los países con mayor prevalencia de trabajo infantil en América Latina (DW, 2020).

Por otro lado, relacionado a la precarización, la super-explotación y la pobreza, datos de la CEPAL arrojan que para 2018 en América Latina había 182 millones de pobres y 63 millones de personas en extrema pobreza, con lo cual serían un millón más que en 2017; esto corresponde a un 40% de la población latinoamericana en total (Cepal, 2019).

Por su parte la migración por desempleo, violencia y pobreza está llegando a niveles muy altos asociados con la pandemia por COVID-19¹¹¹ ya que, frente a las altas tasas de desempleo por el

111 La pandemia por COVID-19 se liga por completo a la crisis ambiental, económica, política y social actual de muchas maneras. El grado de hacinamiento animal que necesita la industria alimentaria transnacional implica que se generen

confinamiento, miles de personas de Latinoamérica están dispuestas a aceptar empleos que podrían ser comparados con una especie de esclavitud moderna. Tal es el caso de las y los migrantes bolivianos en Brasil, las y los migrantes nicaragüenses en Costa Rica (El Universal, 2020), las y los migrantes haitianos en Chile (Bbc, 2020), etcétera, que se suman a tareas agrícolas, ganaderas, de servicio doméstico, de seguridad, de incluso de explotación sexual, sin ninguna garantía laboral por carecer de legalidad migratoria. De acuerdo con datos de la CEPAL, en el marco de la pandemia del 2020-2021, en América Latina y el Caribe hay más de 44 millones de personas desempleadas y ha habido un incremento de más de 45 millones de personas en situación de pobreza, así como 28 millones en situación de pobreza extrema (UN, 2020). Con respecto a los índices de violencia, si nos remitimos a las cifras del Banco Mundial, podemos observar que la tasa de homicidios por cada cien mil habitantes es más alta en los países de América Latina y el Caribe que en cualquier otra región del mundo descontando un par de países africanos. El Salvador y Jamaica, de acuerdo con la tasa de homicidios, son los dos países más violentos del mundo, muy lejos de países que sufren guerras formales como Afganistán e Irak.¹¹²

Por otro lado, de acuerdo con datos de la CEPAL, en 2018 hubo por lo menos 3.529 feminicidios en 15 países analizados de América Latina y el Caribe. Los países de América Latina donde la tasa de feminicidios por cada 100.000 mujeres es mayor son: El Salvador con 6.8, Honduras con 5.1, Bolivia con 2.3, Guatemala con 2.0 y República Dominicana con 1.9. En el Caribe, Santa Lucía presentó una tasa de 4.4 feminicidios por cada 100.000 mujeres en 2017, mientras que en Trinidad y Tobago hubo

dinámicas específicas mismas que pueden facilitar el surgimiento de nuevos virus, aunado a la devastación ambiental que provoca cambios en el clima y, por lo tanto, condiciones favorables para la reproducción de enfermedades nuevas también, así como la falta de infraestructura médica y de vacunas para la gran mayoría de los países, etcétera.

¹¹² De acuerdo a cifras del Banco Mundial por cada cien mil habitantes el número de homicidios intencionales entre 2015 y 2018 fue mayor en El Salvador con 52, seguido por Jamaica con 44, Honduras con 39, Belice con 38, Venezuela con 37, Sudáfrica con 36, Nigeria con 35, Bahamas con 32, Trinidad y Tobago con 31, México con 29, Brasil con 27 y Colombia con 25 (Banco Mundial, 2020).

una tasa de 3.4 en 2018. En números absolutos, para 2018 Brasil sumó un total de 1.941 feminicidios, México 983, Honduras 299 y Argentina un total de 252 (Cepal, 2020).

Con respecto a las cifras anteriores retomo a Segato cuando argumenta que, en América Latina y el Caribe, nos encontramos frente a un orden bélico con un nuevo tipo de guerras no formales que tienen un gran impacto en la vida de la población, sobre todo de las mujeres, de las niñas y niños, en donde la destrucción corporal se asemeja a la destrucción medioambiental, cada vez más violenta y devastadora. Todas las formas de violencia descritas con las cifras anteriores, reflejan, pues, la estrategia de las clases dirigentes para imponer con violencia su hegemonía en distintos territorios de nuestra región; los contextos violentos propician mayor efectividad frente al despojo y a la superexplotación laboral.

Por otro lado, la crisis de cuidados en América Latina y el Caribe, se exagera en el contexto neoliberal, como se describió anteriormente, a partir de las privatizaciones y el desmantelamiento del Estado de bienestar, dando como resultado una mayor precariedad de la vida y, por lo tanto, una descomposición social cada vez más profunda.

De tal forma, los resultados de la crisis mundial actual en la región latinoamericana se enmarcan en espacios con mayor violencia vinculada directamente a los procesos histórico-políticos de la transición neoliberal. El paso hacia la consolidación del Estado nacional de competencia en América Latina y el Caribe llevó a una exacerbación sin precedentes de los resultados negativos de la acumulación de capital y del imperialismo en términos sociales, ambientales, económicos y políticos. Al ser una región dependiente, Latinoamérica resulta ser un claro ejemplo que encumbra las contradicciones del modo de producción capitalista, misma cuestión que aleja cada vez más a la sociedad política de la sociedad civil generando una crisis de hegemonía de las clases dirigentes locales e internacionales.

3) Estragos frente al cambio climático y la crisis en América Latina.

A lo largo de este apartado hemos visto las formas en que se ha desarrollado la exacerbación de la crisis histórica del capital en el contexto neoliberal de nuestra región y las maneras en que los grandes capitales exacerbaban sus contradicciones, generando una mayor dependencia de la región latinoamericana frente a los países centrales y las empresas transnacionales. En esta sección abordé específicamente los resultados devastadores del cambio climático y la crisis ambiental en general para América Latina y el Caribe, enmarcándolos siempre como consecuencia del desarrollo desigual, así como de las relaciones imperialistas ligadas al colonialismo interno.

Como vimos, la crisis actual se liga a una “estructura de poder heteropatriarcal, capitalista y colonialista” (Segato, 2016) que asegura la continuidad del modo de producción y reproducción del capital, el cual se sustenta en la extracción y explotación del trabajo humano y no humano, atentando contra la vida en varios planos. Las consecuencias de la crisis siempre se viven de manera desigual relacionada al género, la clase y la raza (Keucheyan, 2016); la cuestión de la crisis ambiental, por ejemplo, suele afectar de manera más severa a las poblaciones más vulnerables en lo político y económico como pueden ser las mujeres de poblaciones empobrecidas y de comunidades racializadas (Islas & Trevilla, 2020).

A partir de lo anterior, las economías dependientes, frente al panorama actual de crisis ambiental y posible escasez de recursos para el capital a nivel mundial, se ven obligadas a una reestructuración de la producción enfocada a las materias primas, productos semi-elaborados y medios de subsistencia adecuados para procesos de producción ajenos, es decir, de otros países, especializándose en la economía extractiva que necesita de la apropiación de bienes naturales generando más deforestación y desastres ambientales (Negrete, 2014). Con relación a la situación dependiente frente al imperialismo,

también cabe señalar que las economías centrales suelen trasladar sus desechos e industrias tóxicas a los territorios de la periferia, causando la aniquilación de ecosistemas y comunidades.

América Latina y el Caribe es una región con una amplia diversidad biológica, cuenta con todos los climas y ecosistemas del mundo. A nivel mundial tiene la mayor diversidad de flora y alberga grandes variedades de hongos, líquenes, animales, microorganismos, etcétera. En nuestra región se encuentran la mayor parte de los países megadiversos entre los que se encuentran Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, México, Perú y Venezuela. Asimismo existen subregiones emblemáticas por su icónica diversidad biológica "como las selvas y bosques de Meso y Centroamérica, el Amazonas, los arrecifes del Caribe, el Golfo de California, islas oceánicas como las islas Galápagos, la Patagonia chilena y argentina" (Cepal, S/F), etcétera, así como diez áreas "hotspots" relacionadas con especies endémicas de las cuales sólo existen 35 en todo el mundo. Sin embargo, nuestra región es una de las zonas del mundo con mayor amenaza a nuestro patrimonio natural y cultural según datos del Banco Mundial. Asimismo, América Latina y el Caribe es la segunda región más propensa a desastres naturales en el mundo de acuerdo con la Oficina de la ONU para Asuntos Humanitarios.

De acuerdo con la CEPAL, América Latina y el Caribe contribuye con 9% de las emisiones globales, siendo Brasil, México, Argentina y Venezuela los principales emisores, no obstante, a pesar de que su contribución con respecto a las emisiones es menor en comparación con otros países y regiones, el impacto y la vulnerabilidad para las naciones latinoamericanas es muy alto con respecto al calentamiento global y demás efectos de la emisión de GEI (Castillo, 2018). Cabe decir que la mayor emisión de GEI en la región se da a partir de las actividades agrícolas, a diferencia de otros países en donde se da a partir del uso y generación de energía; con respecto a ello, según el estudio de la CEPAL, se prevé que para el 2050 las emisiones regionales alcanzarán 5,3 gigatoneladas de CO₂ al año donde la agricultura y otros usos de tierra contribuirán con el 30% del total (N. Gligo et. al., 2020). Con

relación al cambio climático, es muy notable que regiones periféricas, dependientes y países pobres, serán y son mucho más vulnerables de acuerdo con informes del IPCC; se calcula que el 95% de las muertes ligadas al cambio climático se darán en los países del Sur global, cuestión que acarreará más conflictos por el acceso al agua y alimentos, así como el aumento de la migración (Arizmendi, 2016).

Mientras tanto, según datos de la CEPAL, para 2010 más del 40% de los bosques de América Latina y el Caribe -aproximadamente 650 millones de hectáreas- habían sido completamente deforestados o muy degradados por actividades de agricultura a gran escala, infraestructura y minería; por ejemplo, en el Cono Sur, entre 1990 y 2005 "el 71% de la deforestación se debió a un aumento de los pastizales, el 14% se originó en el incremento de los cultivos comerciales" (N. Giglo et. al., 2020, p.22), lo cual ocasionó la pérdida de al menos un tercio de los bosques de todos esos países. En específico, la tasa de pérdida de áreas boscosas en América del Sur fue de -0,32% anual llevando a la pérdida de 400 millones de hectáreas de bosques primarios entre 1990 y 2015, sobre ello la CEPAL señala que estas afectaciones se relacionan directamente con las demandas globales "como el incremento en la demanda de alimentos y no con cambios locales como el crecimiento de la población" (Cepal, s/f). A partir de estos datos se puede constatar lo que se planteaba en apartados anteriores con respecto al papel que juegan los países dependientes latinoamericanos en el plano mundial de acumulación de capital; vemos que el incremento de monocultivos, de agricultura a gran escala y de minería, se enmarcan en el escenario internacional para proveer materias primas. Siendo que la economía de la región se ve enfocada mayormente al sector primario agroexportador dentro de la división internacional del trabajo, las repercusiones ambientales negativas del desarrollo desigual se advierten en el incremento de la deforestación que, a su vez, conlleva pérdidas de biodiversidad y de capacidades metabólicas ligadas a la absorción de agua de los suelos, entre muchas otras.

Por otro lado, una de las cuestiones más preocupantes a corto plazo con respecto al cambio climático en nuestra región es el incremento en el número y la fuerza de los huracanes, las tormentas y las marejadas, ejemplo de ello son las cuatro tormentas entre octubre y noviembre del 2020, Delta, Epsilon, Iota y Eta que azotaron sobre todo a los países centroamericanos como Nicaragua, El Salvador, Belice, Costa Rica, Honduras y Panamá, aunque también generaron desastres y pérdidas en Colombia y México, afectando a cientos de miles de personas (UN, 2020). Asimismo, en enero del mismo año, zonas de América del Sur como Argentina, Uruguay y Brasil, se vieron afectadas por condiciones muy lluviosas que provocaron inundaciones con pérdidas estimadas en 2,500 millones de dólares (UN, 2020). Los huracanes, entonces, son un problema que va en aumento debido a su mayor intensidad en la región; del año dos mil a la fecha, América Latina y el Caribe ha enfrentado un promedio de 17 huracanes anuales, donde más de 23 han sido categoría cinco, y de acuerdo con la ONU dichas tormentas afectan cada vez de forma más negativa ya que la región tiene menos tiempo de recuperación entre cada siniestro; en ese sentido se estima que en los últimos veinte años ha habido 53 millones de afectados por estos fenómenos, sobre todo en países como Haití que responden a altos grados de pobreza y a una ubicación en el mar Caribe (UN, 2020). Cabe decir que las inundaciones resultantes de dichos siniestros se consideran altamente costosas debido a la gran variedad de daños que provocan, desde pérdidas de vivienda e infraestructura, hasta pérdidas de activos ambientales, sistemas ecológicos, producción de amplios sectores económicos, pérdidas en el ámbito de salubridad y, por supuesto, pérdida de vidas humanas.

Por otro lado, el cambio climático también provoca un aumento en las sequías que en América Latina se ligan al fenómeno de El Niño, especialmente en el Corredor Seco de América Central, pasando por Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua, así como en las zonas andinas incluyendo a Ecuador, Perú, Bolivia y partes de Brasil (UN, 2020). Por ejemplo, en el 2018 el Corredor Seco de América

Central redujo la producción agrícola hasta un 75%, y de acuerdo con la CEPAL esto provocó que más de 2,2 millones de personas en estos países padezcan inseguridad alimentaria y más de 1,4 millones de personas necesiten asistencia. Sin embargo, las sequías, a pesar de generar varios estragos, no provocan en sí toda la reducción de la producción agrícola y, por ende, la inseguridad alimentaria. Como veíamos en apartados anteriores, los problemas relacionados a la falta de soberanía alimentaria en nuestra región están directamente relacionados con el carácter dependiente y con las firmas de Tratados de libre comercio que fomentan el intercambio desigual entre naciones, así como la entrada de productos alimenticios extranjeros que golpean a las economías locales; asimismo, el aumento de monocultivos en la región en pos de aumentar los productos de exportación son un factor clave para entender las problemáticas relacionadas al descenso en la producción agrícola de subsistencia para la sociedad. Como veíamos antes, el mercado interno de América Latina no es tan importante para las oligarquías locales ni para el capital internacional ya que nuestra región se encuentra dentro de una división internacional del trabajo, así, frente a la condición de dependencia sumada a los estragos de las sequías se puede comprender mejor el hecho de la reducción agrícola y la inseguridad alimentaria de Latinoamérica.

Desde otra arista, las sequías en conjunto con la deforestación provocan, también, un aumento en los incendios forestales. En 2019, de acuerdo con datos de la ONU la región de la Amazonia brasileña estuvo por encima de la media de diez años con respecto a la cantidad de fuegos detectados, y en América del Sur en general, con Argentina y Venezuela a la cabeza, se registró un número de incendios más elevado de lo normal (UN, 2020).

Por otro lado, el cambio climático en nuestra región también se asocia a transformaciones de condiciones ambientales que facilitan la transmisión de enfermedades y virus ligados a mosquitos y moscas. El caso del dengue, por ejemplo, ha aumentado en los últimos años; en 2019 se identificaron

más de 2 millones 800 mil casos de dengue en América Latina y el Caribe, lo cual generó 1,250 muertes; a nivel mundial de agosto a octubre del mismo año, el 85% de los casos de dengue se registraron en Brasil, Filipinas, México, Nicaragua, Tailandia, Malasia y Colombia. Asimismo, las plagas como las moscas de la fruta propagan infecciones que generan enormes daños en la producción de frutas y hortalizas de nuestra región, estas moscas están llegando a lugares que antes no accedían gracias al aumento de las temperaturas (UN, 2020).

Como hemos visto a lo largo del texto, las debilidades de la región se ligan a las fuertes intervenciones imperialistas en pos de la acumulación ampliada de capital que se manifiesta en el despojo y la expropiación por medio de diversos métodos; dicha condición también repercute de manera negativa cuando se liga a los problemas del cambio climático. De acuerdo con Islas Vargas la disminución de la producción agropecuaria, el aumento de la deuda externa con el pretexto de dar apoyos para la reconstrucción frente a huracanes, y el despido de ministros que tuvieran agendas distintas a las imperialistas, forman parte de las maneras en que se da el intervencionismo en nuestra región ligado a los resultados del cambio climático (Islas, 2019). La autora argumenta que los episodios meteorológicos extremos que impactan con regularidad al Caribe no son fenómenos circunstanciales o naturales, sino que constituyen una expresión del azote imperialista en la región ligado a la extracción y uso de combustibles fósiles en el mundo, a los que se agregan hoy los efectos destructivos del cambio climático.¹¹³ En ese sentido, el Caribe ha sido estratégico para la refinación de petróleo por varios motivos, la autora destaca tres: su posición estratégica entre grandes consumidores como EUA y

113 El Caribe se caracteriza por haberse visto sometido a procesos de la herencia colonial que incluiría el esclavismo y las economías de plantación. Más adelante, la región también se vería inmersa en los efectos acumulados de la extracción, refinación y quema de combustibles fósiles. De acuerdo con Islas Vargas, el Caribe es enclave y ruta estratégica para la refinación y el traslado de hidrocarburos, islas como las Antillas Holandesas, Trinidad y Tobago, Puerto Rico, Jamaica y las Islas Vírgenes estadounidenses contribuyen a refinar petróleo que no necesariamente consumen, lo cual ha impactado de forma sumamente negativa a la región en términos ecosistémicos. Como ejemplo de dicho enclave de refinación, Islas Vargas señala el periodo de la Segunda Guerra Mundial, donde las refinerías Royal Dutch Shell y Standard Oil for New Jersey, en Curazao y Aruba respectivamente, refinaron más del 80% de los combustibles requeridos para la guerra; asimismo la región sería hasta la década de los setenta la mayor exportadora mundial de productos refinados de petróleo dirigidos, sobre todo, hacia EUA (Islas, 2019).

Europa, e importantes proveedores como Venezuela y México; el control imperial de ultramar ejercido sobre la región por parte de países centrales; y por el discurso de desarrollo modernizador que se impondría a partir de los proyectos de refinación que generaría la legitimidad para la actuación de las corporaciones petroleras en la región, desvinculándose de la supervisión ambiental y aprovechando los incentivos fiscales y la mano de obra barata. Las consecuencias ambientales directas de todo ello han sido la contaminación y erosión de las playas caribeñas, la muerte de fauna marina y la degradación de ecosistemas costeros.

De acuerdo con Islas Vargas (2019), tanto la refinación como el consumo desigual de combustibles fósiles en el Caribe son “mecanismos de extracción imperial de beneficios y traslado de costos y daños sociales y ambientales hacia los más vulnerables”, los cuales se expresan en las múltiples amenazas a la existencia que implica el cambio climático; de acuerdo con estudios del IPCC, el Caribe será una de las regiones más afectadas no sólo por su vulnerabilidad geográfica sino por su limitada capacidad de intervención política y económica. Cabe señalar que la región contribuye muy poco en términos porcentuales a la emisión de GEI (0,2% del total mundial), sin embargo se verá mucho más afectada que otras regiones, siendo esto un claro ejemplo de injusticia climática. Otra de las adversidades que sufre la región es el hecho de que es una de las áreas más urbanizadas del mundo y que concentra más del 50% de su población a menos de 1,5 km de la línea costera, esto se relaciona directamente con la amenaza del aumento del nivel del mar por el calentamiento global que, a su vez, implica mayores sequías que afectarán las cosechas. No obstante de la exposición geográfica, la autora remarca que ésta solo es un componente de la vulnerabilidad ya que uno de los factores más importantes para el desastre caribeño es, en realidad, su posición de dependencia y falta de autonomía financiera reproducidas por el imperialismo que azota a la región.

Resulta fundamental remarcar lo que señala Islas Vargas con respecto al Caribe y relacionarlo con el resto de América Latina ya que, efectivamente, las cifras mostradas al inicio de este apartado no son

suficientes para dar cuenta de los verdaderos estragos frente a la crisis climática y tampoco sus verdaderas causas. Si bien los organismos internacionales como la ONU, la FAO, la CEPAL y el Banco Mundial hacen un recuento de los problemas que trae el cambio climático y la crisis ambiental a la región, estos dejan de lado el hecho de que las grandes afectaciones económicas, políticas, sociales y ambientales son, en realidad, resultado del proceso histórico-político que ha sometido a nuestra región dentro de una división internacional del trabajo que no la favorece al fomentar un mayor extractivismo y la reconversión al sector primario exportador. La pérdida de biodiversidad en América Latina y el Caribe, así como la destrucción de los hábitats ligados tanto a cultivos industriales, como a la mega minería, la expansión urbana y de infraestructura, la destrucción relacionada al aumento de catástrofes climáticas como inundaciones o sequías, el aumento de enfermedades, etcétera, son cuestiones que sí se relacionan al cambio climático y a la crisis ambiental, pero que retratan, también, el alto grado de subordinación de los Estados latinoamericanos con el capital internacional y sus clases dirigentes.

En ese sentido, Mariana Castillo Camarena (2018) señala que el modelo extractivista primario exportador sigue profundizándose por ser éste el motor general del crecimiento económico, aumentando las emisiones de GEI ; asimismo, la atracción de inversiones y tecnología extranjera, como se mencionaba antes, ha impulsado nuevos proyectos extractivos teniendo no sólo repercusiones ambientales sino también repercusiones que debilitan la institucionalidad y las legislaciones locales, así como la reducción de espacios de la sociedad civil, la regresión fiscal y la limitación del acceso a la información.

Relacionado a las inversiones extranjeras y a la debilidad institucional local en la región, se torna importante hacer énfasis sobre la manera en que los organismos internacionales y los países centrales se adentran en América Latina y el Caribe con base en acuerdos y tratados que, bajo el pretexto de ayudar para el desarrollo y de contrarrestar los efectos del cambio climático, dan continuidad a la

acumulación de capital y exacerbaban sus contradicciones. Aizailadema Altamirano hace una crítica interesante al papel de los Tratados de Libre Comercio (TLCs) para América Latina en el contexto del neoliberalismo, y resalta que estos no permiten una negociación equitativa entre países e imponen medidas como la apertura comercial generalizada y la baja de aranceles de manera desigual, al tiempo que “se disfraza el verdadero costo de los compromisos adquiridos, que se traduce en la sobreexplotación de los recursos naturales y la pérdida de biodiversidad” (Altamirano, 2019 p.64)). Para nuestra región, los TLCs han tenido muchas consecuencias negativas, entre las que se encuentran las afectaciones ambientales y el incremento de mano de obra barata para las manufacturas como resultado de la entrada de la IED.

La autora brinda claros ejemplos de las afectaciones ambientales en América Latina, como el déficit ecológico¹¹⁴ en Chile a raíz de la actividad minera en los años 90 para la exportación de cobre hacia Estados Unidos, generando que Chile fuera el primer país de nuestra región con sobregiro ecológico desde 2015. También menciona el caso de Perú con la minería, misma que no ha fomentado empleo ni un aumento en el nivel económico de sus habitantes, pero que sí a generado pérdidas en términos socioambientales, desde conflictos sociales hasta impactos ecológicos como el descenso de la biodiversidad. Asimismo, cita el caso de México donde la IED ha tenido mucho crecimiento para el sector automotriz pero dicho sector ha aumentado los problemas ambientales ya que según los acuerdos “México no puede anteponer su preocupación por el medio ambiente a las ganancias de las empresas transnacionales que pasan a operar en el país” (p.66), dando como resultado un gran aumento en la huella ecológica de los lugares en donde se establecen dichas industrias.

114 Por déficit ecológico se entiende que “la cantidad de tierra productiva no es suficiente para satisfacer el estilo de vida de su población, ni la capacidad biológica de sus ecosistemas alcanza ya para regenerar sus recursos y absorber los desechos generados por el hombre (biocapacidad)” (Altamirano, 2019, p.66),

A grandes rasgos Altamirano señala que el crecimiento económico a partir de los TLCs y demás acuerdos internacionales han generado un sobregiro ecológico en nuestra región “debido a que se han explotados los recursos naturales a una velocidad mayor de la que necesitan para regenerarse” (p.67), y que esto sigue ocurriendo ya que las potencias mundiales fomentan la exportación de materia prima por encima del desarrollo y el cuidado ambiental en América Latina.

A partir de todo lo anterior se puede concluir que América Latina y el Caribe es una región sumamente golpeada en términos ambientales y que esto no se deriva únicamente por los factores del cambio climático como tal, sino por su condición de dependencia que limita su campo de acción en términos económicos, políticos, sociales y ambientales. Todo ello repercute de manera negativa tanto para la sociedad como para sus mismas clases dirigentes, las cuales se enfrentan, por un lado a una crisis de hegemonía con respecto al alza de la precarización de la población, ocasionando una escalada en el descontento social y, por lo tanto, en la movilización, y por el otro a la devastación ambiental y la escasez de recursos naturales que termina por impedir ciertos procesos productivos y de intercambio.

A lo largo de este apartado se ha podido ver la manera en que los grandes capitales se han adentrado en nuestra región de diversas maneras consolidando la etapa neoliberal y, al mismo tiempo, generando crisis constantes con base en las contradicciones que acarrea la acumulación por desposesión en términos de Harvey (referida sobre todo a la desposesión de recursos naturales, territorios y conocimientos de los países dependientes latinoamericanos donde abundan recursos como el petróleo, los minerales, la mano de obra barata y la biodiversidad). Asimismo, las técnicas que utilizan los grandes capitales y sus clases dirigentes para poder ignorar, aunque sea por un breve momento, las

crisis de sobreproducción y de baja en la tasa de ganancia se ligan, para nuestra región, con una nueva división internacional verde del trabajo (Negrete, 2014) que busca dar continuidad a la transferencia tecnológica y a la búsqueda de nuevos mercados y espacios de capital, y que al mismo tiempo tiene implicaciones socioecológicas serias que se aceleran con los nuevos procesos de acumulación por desposesión (Houtart & Delgado et. al. 2017).

Dichas crisis, cada vez más recurrentes, se han profundizado y se han infiltrado en términos políticos de varias formas; al respecto cabe decir que la concentración de capital, misma que lleva inherentemente a la crisis, corresponde a un incremento desigual de las masas trabajadoras en todo el mundo (Fontes, 2010) y, por lo tanto, a índices de pobreza y explotación muy desiguales dependiendo la región y el país que se analice. En América Latina y el Caribe, la crisis se relaciona directamente a esas condiciones de explotación y desigualdad que se han traducido políticamente en recambios de gobiernos -por un lado hacia los gobiernos progresistas ligados a la reconstrucción de instituciones vinculadas a una noción de Estado de bienestar keynesiano y por otro a los Estados autoritarios de derecha que pretenden acrecentar aún más la opresión capitalista periférica-, como resultado de la protesta social en la mayoría de nuestros países.

Así, tanto la globalización del capital, como la fragmentación social, la crisis de las instituciones y las nuevas formas de resistencia social en el siglo XXI, han traído consigo nuevas relaciones entre sociedad civil y sociedad política en América Latina que se relaciona con la crisis de los Estados nacionales de competencia (Oliver, 2015), y frente a todo ese contexto es que nuestra región se adentra en la crisis histórica del capital caracterizada actualmente por una fuerte problemática ambiental.

Bajo esta idea, Paul Burkett señala que es importante hacer un análisis crítico con referencia a la cuestión de clase para comprender los conflictos y las crisis ecológicas en las diferentes partes del mundo; en ese sentido, como veíamos, la degradación ambiental no es un efecto externo de la acción

del mercado, sino que está profundamente ligada a éste, “las desigualdades en riqueza y poder son sistemáticamente dependientes de la actividad de degradación ambiental” (Burkett, 2006, p.215). Es por ello que las explicaciones sobre desigualdad tienen que ligarse con las relaciones de producción y tomar en cuenta que las consecuencias ambientales del modo de producción capitalista se viven de manera distinta en el Sur global con respecto al Norte global. Como se explicó, en el Sur global -del que América Latina y el Caribe forman parte- las consecuencias de la crisis son mucho más devastadoras y esto advierte una crisis de hegemonía de las clases dirigentes, así como nuevas estrategias de rearticulación hegemónica vinculadas a la cuestión ambiental.

Reflexiones finales, a manera de conclusión.

A lo largo de esta tesis se describieron y analizaron algunos aspectos actuales de la crisis histórica del capital, entendida como proceso, poniendo como eje transversal la cuestión medioambiental que, sin duda, se presenta hoy en día como uno de los hechos más preocupantes y devastadores. A continuación presento las conclusiones que arroja esta investigación.

1. En principio resultó importante concebir el concepto de crisis histórica como proceso y movimiento orgánico relacionado al despliegue y a la agudización de las contradicciones inherentes del modo de producción capitalista. El concebir la crisis como un proceso involucra una perspectiva crítica que dista del pensamiento teleológico, mecanicista y dicotómico.

2. Con respecto al análisis desde el pensamiento crítico, el entramado teórico de Antonio Gramsci resulta valioso como herramienta para dar cuenta de distintos procesos ligados a la crisis histórica del capital y sus rasgos en la actualidad. Por un lado, dar cuenta de la distinción metodológica entre lo orgánico y lo coyuntural implica señalar las cuestiones políticas que atañen a determinados momentos con relación a la crisis histórica del capital, relacionando a ésta no sólo desde lo económico sino desde lo político-ideológico, evitando así caer en errores teóricos que puedan devenir en errores de carácter estratégico en el ámbito de praxis política. En segundo lugar, el uso del concepto de hegemonía resulta fundamental para dar cuenta del proceso histórico en que las clases dirigentes logran constituirse en Estado, a través de un equilibrio entre la coerción y el consenso, mismo que permite consolidar un bloque histórico que está en permanente construcción. Por otro lado, la crisis conceptualizada desde Gramsci remite a una amplia gama de ideas que toman forma a partir de su relación con la historicidad y el accionar político específico, en ese sentido, usar dicho entramado teórico hoy implica entender la crisis no solo como proceso orgánico sino como cuestión ligada a una multiplicidad de factores históricos, económicos, ambientales, culturales y político-ideológicos. En cuarto lugar, el análisis de los

procesos de continuidad y rearticulación de la hegemonía de las clases dirigentes bajo el capitalismo se puede hacer a partir de las categorías gramscianas entendiendo a éstas como ideas abiertas y sujetas a la historia, conceptos como el de crisis, revolución, dominio, hegemonía, revolución pasiva, transformismo y cesarismo, implican el análisis específico de momentos que van de la mano con la perspectiva crítica, misma que implica no caer en falsas conclusiones ligadas al catastrofismo.

3. Para dar cuenta del momento actual con respecto a la crisis histórica del capital, resulta importante analizar del proceso de mundialización del capital para comprender los elementos de dicha crisis. En primer lugar es fundamental tomar en cuenta el pensamiento dicotómico como una base desde la cual se legitiman los procesos de explotación, ligados tanto a la acumulación originaria, como a la división sexual del trabajo y a la devastación ambiental. Todos estos implicaron diversos procesos y formaciones sociales que han formado parte de la construcción del Estado moderno ligado, también, a la división internacional del trabajo. Tanto la forma patriarcal, como la forma ecocida, el colonialismo interno, la explotación obrera y la explotación moderna de trabajadores simbólicos y de servicios, así como la explotación de toda la sociedad y el planeta en su conjunto, son pilares fundamentales en la dinámica y reproducción del capitalismo como lo conocemos hoy en día.

4. La crisis histórica del capitalismo es tal porque dicho modo de producción contiene en su centro múltiples contradicciones. Las dos contradicciones que resultan fundamentales para el análisis del momento actual en esta tesis (aunque cabe decir que no son las únicas contradicciones inherentes que existen dentro del modo de producción actual) son, por un lado la caída de la tasa de ganancia, y por el otro la segunda contradicción ligada a la escasez de materias primas como resultado de la superexplotación medioambiental y la fractura metabólica que ello supone. Ante la primera contradicción, las clases dirigentes buscan contrarrestar la caída de la tasa de ganancia a partir del aumento de la tasa de explotación, la destrucción tecnológica con guerras armadas y/o comerciales y la

obsolescencia programada, la financiarización de la economía, y el aumento de la desigualdad en las relaciones Norte y Sur globales, lo cual forma parte de una especie de aprovechamiento de las mismas contradicciones del capital y su instrumentalización en las relaciones entre países centrales y periféricos; en ese sentido, la región latinoamericana resulta especialmente golpeada al ser una región dependiente.

Ante la segunda contradicción, las clases dirigentes internacionales dan cuenta de lo problemática que es la tendencia a la escasez de recursos naturales, enmarcada en la crisis ecológica, ya que sin estos la reproducción del capital no puede continuar; en realidad, la crisis climática y ambiental actual resulta problemática para las clases dirigentes en términos de acumulación ligada al plano de los energéticos y los recursos; la acumulación de capital es lo primordial en este modo de producción independientemente de la relación que se tenga con la naturaleza no humana.

5. El momento actual puede entenderse como una exacerbación de la crisis histórica del capital, misma que responde a la intensificación de ciertos elementos de la producción y reproducción capitalista. Para comprender en su totalidad dicho momento es necesario señalar la relación dialéctica entre lo ambiental, lo económico, lo político y lo cultural, bajo un contexto de mundialización constante que responde al ímpetu por dar continuidad a la acumulación de capital.

6. Los términos de colapso y catástrofe resultan problemáticos para hablar del momento actual ya que sugieren una perspectiva despolitizante, cuestión que puede favorecer a determinados intereses ligados a las clases dirigentes y a la continuidad de la hegemonía capitalista. Aunque algunas formas de utilizar ambos términos están ligadas a factores históricos y económico-políticos, estos se toman de forma aislada y sin una perspectiva crítica de fondo, dejando de lado el aspecto de la praxis política ligada a la lucha de clases. Todo ello, analizado desde el pensamiento crítico, puede asemejarse a la crítica marxista que se hace al malthusianismo, ligada a un pensamiento liberal que fomenta la

despolitización. Como salida a tal problema, la noción abierta de crisis desde la perspectiva gramsciana (y en general desde el marxismo crítico), resulta mucho más atinada para hablar del momento actual ya que ésta implica entender procesos de largo aliento con relaciones complejas entre sociedad civil y sociedad política para, así, hacer a un lado ideas catastrofistas y, en lugar de ello, plantear salidas políticas específicas, ligadas a la búsqueda de una hegemonía alternativa.

7. Frente al reconocimiento oficial de la crisis climática actual, resulta importante hacer notar las diferentes acepciones que existen sobre ésta en términos políticos. Si bien las instancias internacionales reconocen el problema climático, éstas dan continuidad a una postura que sigue favoreciendo la reproducción del capital ya que entienden la crisis climática como una cuestión externa al modo de producción. Ante ello el término Antropoceno se ha utilizado para describir la nueva era geológica señalando a la actividad humana como la principal causante de la fractura metabólica, sin tomar en cuenta que no todas las actividades humanas influyen de la misma forma sobre ésta. El término Capitaloceno, en cambio, favorece una visión politizada que relaciona la fractura metabólica con el modo de producción capitalista, es decir, con la actividad humana que se somete a los designios del capital para lograr su reproducción sin importar los daños ecológicos que esto pueda ocasionar; bajo esta noción se puede argumentar que no todos los países y no todas las clases sociales y sectores de la población contaminan por igual, las principales responsables del calentamiento global son las empresas transnacionales de países centrales. El politizar la manera en que nombramos, describimos y analizamos la crisis ambiental y el cambio climático en la actualidad resulta fundamental para concebir soluciones que no se queden en el plano técnico y coyuntural, sino que pasen al plano estructural.

8. Las crisis económicas son cada vez más recurrentes por lo cual las clases dirigentes han buscado maneras de atenuarlas a partir de enfocarse en el capital financiero y especulativo, cuestión que favorece la sobreproducción y deviene en la profundización de la superexplotación de las clases

desposeídas; ello es un ejemplo de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, cuestión que se suma a la segunda contradicción del capital ligada a la escasez de recursos, que afecta la producción, el comercio, el consumo y el transporte. Así, la crisis económica y financiera se vincula intrínsecamente a la crisis ambiental actual, generando nuevas problemáticas para la acumulación capitalista pero, sobre todo, mayores problemas para la continuidad de la vida humana y no humana como resultado de la explotación y el extractivismo.

9. En términos geopolíticos, existe una marcada tendencia que indica rasgos de multipolaridad y la probable superación de la bipolaridad geopolítica, es decir que se perfila una disputa por el poder y el control de recursos entre varias potencias mundiales; signo de ello es la emergencia de varios Estados con cierto control y poder en diversas ramas económicas y políticas. Lo anterior conlleva mayor industrialización en nuevos territorios, así como mayor explotación de recursos naturales y una intensificación en la disputa por estos, generando nuevas tensiones en términos imperiales y ecológicos. A mayor escasez de recursos, mayores conflictos bélicos por el control de yacimientos, cuestión que genera atisbos de crisis de hegemonía política tanto en países dependientes como en países centrales.

10. En este momento de la crisis histórica del capital se incrementa la precarización de la vida por muchos flancos, por un lado nos enfrentamos a la contradicción de la crisis alimentaria e hídrica para las clases desposeídas, mientras que las empresas transnacionales y las clases acomodadas pueden despilfarrar y llegar a niveles de consumo nunca antes vistos. Asimismo, la devastación ambiental está llegando a límites extremos donde la extinción masiva de especies de flora y fauna parece imparables, así como el aumento de la temperatura a nivel mundial, misma que está desencadenando fenómenos meteorológicos devastadores, sobre todo para países dependientes con infraestructura precaria. Ante esta situación, la violencia y la precarización de la vida impacta con mayor fuerza a las mujeres e

infancias, frente a una crisis de cuidados y el aumento de la desigualdad, así como frente a la devastación que genera desplazamiento forzado.

11. El cambio climático y la crisis ambiental en su conjunto, ligadas al incremento de la precarización de la vida en todos sus aspectos y formas, devienen crisis ideológica sobre la noción hegemónica de progreso. El Estado moderno en conjunto con el modo de producción capitalista nacieron con la ayuda de pilares ideológicos como la idea del progreso y el modo de pensar dicotómico y binario. Bajo estas nociones se fundó una ideología que sería fundamental para la reproducción capitalista ligada a la explotación del trabajo humano, de los cuerpos femeninos y de la naturaleza no humana, con la falsa idea de que a partir de ello se generaría un desarrollo que traería bienestar para todas las personas. En la actualidad, frente a toda la devastación ambiental y el alza en la precariedad y las violencias, la idea de progreso se tambalea y pierde legitimidad, generando dificultades en el proceso hegemónico de las clases dirigentes, mismas que se ven imposibilitadas para resolver dichas cuestiones tanto en el terreno económico, como en el político, social y ambiental, ya que generar salidas reales implicaría el fin del dominio del capital.

12. A raíz de la crisis ideológica se comienza a gestar una crisis de hegemonía política que se imprime de diversas maneras en los Estados modernos. Frente a la etapa neoliberal, los Estados nación han dejado de responder a cuestiones meramente nacionales para girar en torno a las necesidades de capitales transnacionales llevando al fin de las economías nacionales. El advenimiento del Estado nacional de competencia que involucra la etapa neoliberal resulta en el desmantelamiento de las políticas de bienestar y sugiere nuevas formas de accionar por parte de la sociedad política en torno a estrategias de gobernanza, donde los organismos internacionales cobran fuerza. En términos ambientales, esto se traduce en procesos normativos cosmopolitas que no toman en cuenta las relaciones y procesos locales, ligando las políticas verdes con formas neoliberales que buscan mayor

mercantilización bajo discursos de cooperación y filantropía. Dentro de los procesos de cooperación ligados al ambientalismo, los recursos naturales aparecen como parte de una trama mercantil donde las clases dirigentes de los países centrales obtienen mayores beneficios para dar continuidad a su hegemonía en torno a la acumulación de capital.

13. Ante el panorama neoliberal ligado a la multiplicidad de problemáticas sociales, económicas, políticas y ambientales, surge una gran diversidad de movimientos que luchan por la vida digna. Bajo el entendido de que la hegemonía de las clases dirigentes es un proceso, éstas se ven inmersas en una tentativa de reforzar su hegemonía y dar continuidad a su dirección a partir tanto de la coerción como del consenso. Con respecto a los movimientos sociales, estos suelen ser acallados de dos formas, a partir de la violencia sistemática, donde se involucran asesinatos a defensoras y defensores del territorio, de los derechos laborales y de la vida en general, y a partir de estrategias ideológicas que no suelen ser tan visibles. A pesar de la efervescencia social, la ideología neoliberal ha logrado permear algunos discursos políticos en favor de un pensamiento acrítico y sin miras a construir una hegemonía alternativa, cuestión que sugiere una crisis y un desafío no resuelto de las izquierdas subalternizadas ligada, en gran medida, a la estrategia de las clases dirigentes que logran imponer la pequeña política por encima de la búsqueda hacia la construcción de una gran política que cuestione las estructuras imperantes. Dicha estrategia también incide sobre las maneras en que se concibe la lucha ambiental; por medio de rasgos políticos específicos como el cesarismo y el transformismo, las clases dirigentes han logrado imponer su agenda sobre una gran variedad de discursos ambientales que no terminan por cuestionar el modo de producción y solo apuntan a cuestiones coyunturales y técnicas sin resolver los problemas de raíz. Por otro lado, las agendas de las izquierdas subalternizadas que apelan a otros ambientalistas, fuera del entramado del capital, no han logrado (por múltiples cuestiones ajenas y propias a los mismos movimientos) desarrollar una agenda unitaria que se amplíe hacia otras demandas

sociales y que busque ser hegemónica, dando como resultado luchas, e incluso victorias, únicamente en el plano local, quedando relegadas en las agendas internacionales promovidas por organismos como Naciones Unidas. De esta forma, las continuidades en el proceso hegemónico por parte de las clases dirigentes se logran abastecer a partir de discursos filantrópicos y verdes que apuntan a una mayor mercantilización de la naturaleza al tiempo que implican nuevas formas de despojo para los pueblos y, en específico, para los países dependientes.

14. Los gobiernos progresistas latinoamericanos se pueden ubicar en el plano del realismo de izquierda cuando se tratan las problemáticas de lo ambiental y de la violencia patriarcal; ello se expresa en la continuidad del extractivismo, el culto al desarrollo, y en la incapacidad de dar resolución a la crisis de violencia de género vivida en toda América Latina. Ello responde a cuestiones estructurales que se enmarcan en una inercia global ligada al desarrollismo y a la integración en formas de pensamiento y cultura occidental que no han sido superadas. En términos específicos sobre el tema ambiental, los gobiernos progresistas de la región se ven envueltos en una disputa política constante donde el ambientalismo puede resultar un arma de doble filo, siendo utilizada ya sea por los grandes capitales o bien por luchas legítimas de oposición al culto desarrollista; dentro de dicha encrucijada resulta fundamental dar cuenta que la instauración de un ambientalismo alternativo, fuera de las agendas hegemónicas, se puede construir únicamente a partir de la conjunción de varios Estados e industrias, entendiendo que la división internacional del trabajo no puede ser soslayada; el ambientalismo en un solo país carece de fundamentos realistas para las economías nacionales.

15. América Latina y el Caribe, entendida como una región dependiente, atravesó por un proceso histórico peculiar que fundó las bases para la división internacional del trabajo, cuestión que implicaría la consolidación del modo de producción capitalista y los Estados modernos. Desde el colonialismo se gestarían las bases para la superexplotación y la dependencia tanto económica, como política e

ideológica de nuestra región con respecto a los países imperialistas. Tanto la acumulación del capital, como los rasgos patriarcales y racistas del modo de producción, golpearían con fuerza a nuestra región implicando formas de explotación específicas donde las culturas no hegemónicas y las mujeres serían demonizadas y despojadas; al mismo tiempo, los recursos naturales de nuestra región serían saqueados para completar los ciclos del capital europeos, generando ganancias exorbitantes para las clases dirigentes de los países centrales.

16. A partir del contexto dependiente, los procesos políticos en América Latina destacarían la dificultad de las clases dirigentes para consolidar su hegemonía, es por ello que el proceso hegemónico del capital en nuestra región ha estado en constante lucha contra diversos movimientos y culturas. La hegemonía de las élites de los países dependientes (tanto conservadoras como progresistas) ha tenido un alcance limitado, a diferencia de las naciones centrales. Las clases dirigentes de nuestra región suelen ligarse a la administración estatal sobre la tierra, los recursos y la fuerza laboral sin tener en realidad el control sobre los medios de producción ni en el usufructo de las materias primas extraídas de sus países, en consecuencia, a pesar de tener muchos privilegios sobre el resto de la población, no logran diferenciarse de las concepciones dominantes de la globalización y del viejo desarrollismo, son dirigentes de una forma subalterna, sobre todo en términos ambientales y energéticos, ya que no tienen el control en su totalidad en vista de que estos se instauran con fines de satisfacer los capitales internacionales, hoy transnacionales de las industrias de los países centrales.

17. Bajo la época neoliberal y frente al momento actual de la crisis histórica del capital, la región Latinoamericana se enfrenta a problemas de índole económico, ambiental, político y social que vulneran la vida de la mayoría de la población. Por un lado, al contar con una gran cantidad de recursos naturales, nuestra región es vital para la reproducción mundial del capital y para los proyectos de dirección de las potencias capitalistas, por ello continúa a ser saqueada por empresas transnacionales,

dejando a su paso devastación ambiental, contaminación y muerte. Asimismo, frente a la escasez de recursos, países imperialistas buscan en nuestra región recursos para consolidar su seguridad energética, cuestión que implica violencias bélicas e intervencionismo que muchas veces se llevan a cabo de manera disfrazada a partir de políticas internacionales y prácticas de organizaciones no gubernamentales. Por otro lado, bajo el discurso hegemónico del cambio climático, los organismos internacionales comienzan a imponer agendas en nuestros países que dan como resultado una especie de nueva división internacional verde del trabajo, donde los modelos de desarrollo limpio y las nuevas formas de mercantilización de la naturaleza están a la orden del día. Todo ello ha implicado un aumento en la precariedad de la vida, así como formas cada vez más violentas de explotación, tanto al medio ambiente como a los cuerpos humanos, haciendo especial énfasis en los cuerpos feminizados y racializados de las clases desposeídas.

18. Frente a los estragos por el cambio climático, la región latinoamericana sufre consecuencias graves ligadas tanto al aumento de los océanos, como al aumento de huracanes, sequías, etcétera, que implican la destrucción de ecosistemas enteros, destrucción de infraestructura y pérdidas económicas y humanas de gran magnitud. Dicha cuestión implica, también, el aumento de la migración forzada, ligada a altos grados de violencia y violaciones de derechos humanos. Resulta paradójico que sean las regiones con menor índice de emisiones de GEI las que pagan las mayores consecuencias por el cambio climático y la devastación ambiental en general.

19. En referencia a todo este contexto, las acciones políticas de las clases dirigentes en América Latina y el Caribe tienen dificultad para tomar medidas específicas contra el cambio climático y contra la devastación ambiental. El carácter dependiente de la región dificulta que se puedan tomar acciones que mermen la crisis ambiental en general, ligada, también, a los demás aspectos de la crisis antes mencionados. En ese sentido, ya sean gobiernos progresistas o gobiernos conservadores, la realidad es

que las políticas ambientales son difíciles de sostener cuando nuestra región está asediada por las empresas transnacionales y la búsqueda de seguridad energética por parte de países imperialistas; a pesar de que desde organismos internacionales se intente imponer una visión de políticas verdes, ésta suele adentrarse a manera de nuevos despojos sin solucionar ninguna problemática ambiental en sí. No obstante, el carácter dependiente de la región también permite que las contradicciones inherentes al modo de producción y reproducción capitalista se expresen con mayor claridad; con respecto a ello es que también es dentro de nuestra región que se facilita la gestación de organizaciones y movimientos políticos, así como alianzas, para buscar formas alternativas de producción e incluso de civilización.

Por otro lado, cabe reiterar que las políticas públicas de varios países con gobiernos progresistas en América Latina y el Caribe distan mucho de dirigirse hacia una conversión energética hacia las energías renovables y en camino hacia eliminar los combustibles fósiles y el extractivismo depredador. Existen diversas críticas a dichas políticas, sin embargo es importante señalar la cuestión política que subyace a éstas en términos de geopolítica. Como se ha mencionado, las naciones más industrializadas, suelen ser aquellas que continúan emitiendo más GEI en la atmósfera y sus poblaciones son las que suelen tener mayores grados de consumo energético; desde estos mismos países provienen las empresas que se encargan de diseñar y producir, aunque de manera diferida, las tecnologías que permiten dar continuidad a la producción y reproducción capitalista basada en combustibles fósiles. A partir de las tecnologías de estos países es que se fundan y sustentan las economías de la mayoría de los países a nivel mundial, por lo tanto, si no existe una reconversión energética en la mayoría de los países imperialistas, resulta poco probable o casi imposible que los países dependientes puedan alejarse del patrón energético ligado a los combustibles fósiles. Por lo tanto, el ambientalismo en un solo país, o incluso en una sola región, resulta poco factible e insostenible.

A partir de toda esta investigación es importante recalcar que la caracterización del momento actual de crisis histórica del capital implica opciones politización y mayores espacios para el posicionamiento desde el pensamiento crítico. Resulta fundamental tomar en cuenta los rasgos histórico-políticos para comprender las verdaderas causas de la exacerbación de la crisis en nuestros días con el fin de idear nuevos caminos que nos permitan construir una hegemonía alternativa frente a la devastación de la vida en nuestro planeta. Este texto es simplemente una invitación a la reflexión y a continuar discutiendo sobre las maneras en que podemos pensar y construir futuros distintos a aquellos catastrofistas que nos han querido imponer.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, Alberto (2009), “La maldición de la abundancia: un riesgo para la democracia”, *La Tendencia: Revista de Análisis Político*, no. 9, Ecuador.

AGENCIA EUROPEA DE MEDIO AMBIENTE (2017), en <https://www.eea.europa.eu/es/pressroom>.

ALTAMIRANO, Aizailadema (2019), “Las letras pequeñas de los tratados de libre comercio”, *España, Ecología Política*, 58.

ALVATER, Elmar (2014), “El capital y el capitaloceno (Fundamentos y Debate)” en *Mundo Siglo XXI. Revista del Centro de Investigaciones Económicas, Administrativas y Sociales del Instituto Politécnico Nacional*, México, IPN.

ANGLÉS, Marisol y GARZÓN Úrsula (2019), “Ley general del equilibrio ecológico y protección al ambiente y Ley de responsabilidad ambiental”, en el conversatorio *¿Funcionan las leyes mexicanas para proteger el medio ambiente y el bien común?*, del Observatorio del Seminario de Sociedad, Medio Ambiente e Instituciones, 4 de junio, México, UNAM.

ANTOLÍN, José Enrique (2019), “El ecologismo en la época de la pospolítica. Del ecologismo militante al emocional: límites estructurales del discurso ecologista”, en *Ecología Política*, 58: 19-26. España.

ARIZMENDI, Luis (2016), *El capital ante la crisis epocal del capitalismo*, México, Instituto Politécnico Nacional.

_____, (2018), “Las amenazas de la tendencia neautoritaria en el siglo XXI”, en PEÑA Y LILLO E., Julio y POLO BLANCO (eds.), Jorge, *El Estado en disputa. Frente a la contraofensiva neoliberal en América Latina*, Quito, ediciones CIESPAL.

ARRUZZA, Cinzia, et.al. (2019), *Manifiesto de un feminismo para el 99%*, Herder Editorial.

BAGÚ, Sergio (1984), *Tiempo y realidad social y conocimiento*, México, Siglo XXI.

BANCO MUNDIAL, en <https://datos.bancomundial.org/indicador/VC.IHR.PSRC.P5> 20.11.2020, 14:05 hrs.

BELLAMY FOSTER, John (2002). “Review: Capitalism and ecology, the nature of the contradiction”, *Monthly review*. Vol. 54, Issue 04, Septiembre.

BELLAMY FOSTER, John, CLARK, Brett (2004), "Ecological imperialism: the curse of capitalism", *Socialist Register*, vol. 40.

BENSAID, Daniel (2015), *Contra el expolio de nuestras vidas, una defensa del derecho a la soberanía energética, a la vivienda y a los bienes comunes*, España, Ed. Errata naturale.

BRAND, Ulrich (2004), “Hegemony and spaces for resistance”, *Economy*, no. 4, pp. 113-128, Germany.

BRAND, Ulrich, GÖRG, Cristoph (2000), *Política ambiental global y competencia entre Estados nacionales. Sobre la regulación de la biodiversidad*. *Ecología Política*.

_____, (2000), *Contradicciones sustentables: el papel de las ONGs en la política internacional de biodiversidad*, México, CELA, UNAM.

BRAND, Ulrich & WISSEN, Markus (2013), “Crisis an continuity of capitalist society-nature relationships: The imperial mode of living and the limits to environmental governance” en *Review of International Political Economy*, Austria, Vol. 20, No. 4. 687-711 <http://dx.doi.org/10.1080/09692290.2012.691077>

BRAUDEL, Fernand (1990), *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza editorial.

BONEFELD, Werner (2013), *La razón corrosiva, una crítica al Estado y al capital*, Argentina, Herramienta ediciones.

BOUHABEN, Miguel Alfonso (2018), “La política desde abajo. El devenir-Estado como expresión de la estructuración del demos”, en PEÑA Y LILLO E., Julio y POLO BLANCO (eds.), Jorge, *El Estado en disputa. Frente a la contraofensiva neoliberal en América Latina*, Ecuador, ediciones CIESPAL.

BOURDIEU, Pierre (2014), *Sobre el Estado, cursos en el College de France*, Barcelona, Anagrama.

BURKETT, Paul (2006), *Marxism and ecological economics, toward a Red and Green Political Economy*, Netherland, Brill-Historical materialism book series.

CAMARGO, Joao, “Freno al colapso inminente: el movimiento por la justicia climática, los revolucionarios de Walter Benjamin”, *Ecología Política*, 58, España, 2019.

CARBON DISCLOSURE PROJECT (2018), *C40 - The demand for financing climate projects in cities* <https://www.cdp.net/en>

CASTILLO CAMARENA, Mariana (2018), “Más allá de Trump, el reto de América Latina de cara a sus compromisos climáticos”, en RUEDA ABAD, José Clemente, VÁZQUEZ GARCÍA Verónica, LUCATELLO, Simone (coordinadores), *Del oasis al desierto: la política anti-climática de Donald Trump*, México, UNAM-Programa de Investigación en Cambio Climático.

CEPAL, ONU, *Reunión de expertos designados por los gobiernos de América Latina y el caribe preparatoria de río+20: economía verde en el contexto del desarrollo sostenible y de la erradicación de la pobreza y marco institucional para el desarrollo sostenible*. Santiago, 15 y 16 de diciembre de 2010. Publicada el 6 de enero de 2011.

_____, (2016), *DDSHA, América Latina y cambio climático*, https://www.cepal.org/ilpes/noticias/paginas/8/40548/ALyC_y_CC_CursoAlatorre.pdf

_____, (2019), *Panorama Social de América Latina, 2018 (LC/PUB.2019/3-P)*, Santiago, 2019.

_____, (S/F), <https://www.cepal.org/es/temas/biodiversidad/fortalezas-desafios-regionales>

_____, (2020), *Indicadores, cifras de feminicidio*, En <https://oig.cepal.org/es/indicadores/feminicidio> 24.11.2020, 02:28 hrs.

CHAKREVARTY, Shiobal, et. al. (2009) *Sharing global CO2 emission reductions among one billion high emitters*, PNAS, vol. 106, no. 29. En <https://www.pnas.org/content/106/29/11884>

DIEGO CHIMAL, César Daniel (2018), “Las energías limpias como alternativa al colapso climático antropogénico”, en SAXE-FERNÁNDEZ (coord) *Sociología política del colapso climático antropogénico, capitalismo fósil, explotación de combustibles no convencionales y geopolítica de la energía*, México, UNAM-CEIICH.

CRUTZEN, Paul J. & STOERMET, Eugene F. (2000), “The Anthropocene”, en *Global Change Newsletter*, No. 41, EUA.

COX, Robert W. *Beyond Empire and Terror: critical reflections on the political economy of world order*, New Political Economy vol 9 no 3, 2004.

DELGADO RAMOS, Gian Carlo, ROMANO, Silvina María (2013), *Medio ambiente, fundaciones privadas y asistencia para el desarrollo en América Latina*, México, UNAM, CEIICH.

DE LA VILLA, Ismael, “una nueva ola ecologista ¿puede la lucha contra la crisis climática construir nuevas mayorías sociales?”, en *Ecología Política*, 58, España, 2019.

DIAMOND, Jared, (2006), *Colapso, por qué algunas sociedades perduran y otras desaparecen*, España, Traducción de Ricardo García Pérez.

DW (2020), “El trabajo infantil en América Latina tiene rostro de mujer”, En <https://www.dw.com/es/el-trabajo-infantil-en-am%C3%A9rica-latina-tiene-rostro-de-mujer-y-ni%C3%B1a/a-53155782>, 24.11.2020. 01:02hrs

ECHEVERRÍA, Bolívar (1998), *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI.

_____, (2009), “¿Qué es la modernidad?”, *Cuadernos del seminario. Modernidad Versiones y Dimensiones*, México, UNAM.

EHRlich, Paul & Anne (1993), *La explosión demográfica (El principal problema ecológico)*, Barcelona, Salvat.

ESCOBAR, Arturo (2007), “El desarrollo y la antropología de la modernidad”, en *La invención del Tercer Mundo*, Catarata, España.

ESTENSSORO SAAVEDRA, Fernando (2011), “Introducción, Crisis ambiental y desarrollo energético: un problema político”, en *Energía y medio ambiente. Una ecuación difícil para América Latina : los desafíos del crecimiento y desarrollo en el contexto del cambio climático*, Chile, CLACSO.

FEDERICI, Silvia (2010), *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, España, Traficantes de sueños.

FONTES, Virginia (2010), *O Brasil e o capital-imperialismo, Teoría e história*, 2ª ed., Río de Janeiro, Editorial UFRJ.

GANDARILLA, José Guadalupe (2003), *Globalización, totalidad e historia, en Globalización neoliberal: contradicciones y resistencias, materiales de trabajo seminario de Joachim Hirsch*, México. S/Ed.

GARCÍA HERNÁNDEZ, José Luisa y LÓPEZ GALLEGOS, Martín (2016), *Mujeres mártires ambientales en América Latina, una visibilización de los ecofeminicidios por la defensa del territorio en México*, México, Revistas UNAM, en <http://revistas.unam.mx>.

GONZALEZ CASANOVA, Pablo (2006), “El desarrollo del capitalismo en los países coloniales y dependientes”, en *Sociología de la explotación*, Buenos Aires, CLACSO.

_____, (2015), “El colonialismo interno (1969),” *De la sociología del poder a la sociología de la explotación: pensar América Latina en el siglo XXI*, antología Marcos Roitman Rosenmann, México, Siglo XXI, CLACSO.

GRAMSCI, Antonio (1975), *Cuadernos de la cárcel*, México, Ediciones Era.

GÖRG, Cristoph, BRAND, Ulrich (2000), "Política ambiental global y competencia entre Estados nacionales. Sobre la regulación de la biodiversidad", *Ecología Política*, no. 19.

HAMM, Bernd (2014), “Power and the global ruling class, who rules the world?”, en *Global Research*, Junio, 04.

HANSEN, James, Pusker Kharecha, Makiko Sato, et. al. (2013) *Assessing Dangerous Climate Change: Required reduction of carbon emissions to protect young people future generations and nature*. PloS ONE 8(12): e81648. doi:10.1371/journal.pone.0081648

HARVEY, David (2005), *El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión*. Buenos Aires, CLACSO.

HEGEL, G.W.F. (2015), “Prólogo”, en *Fundamentos de la filosofía del Derecho*, México, Fontamara.

HIRSCH, Joachim (2001), “III, El Estado nacional de competencia”, en *El Estado Nacional de Competencia. Estado, democracia y política en el capitalismo global*, UAM-Xochimilco, México.

_____, (S/F), “La internacionalización del Estado, acerca de algunas preguntas actuales de la teoría del Estado”. *Globalización neoliberal: contradicciones y resistencias, materiales de trabajo*, México, UNAM.

HOUTART, Francois, DELGADO, G.C., DIERCKXSENS W., & JIJÓN V. (2017), *Las relaciones Sur-Sur y el desafío de un nuevo proyecto de civilización*, Quito, Editorial IAEN.

IPBES (2019), *Global assessment report on biodiversity and ecosystem services of the Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services*. Bonn, Germany, E. S. Brondizio, J. Settele, S. Díaz, and H. T. Ngo (editors). IPBES secretariat.

IPCC (2018), *Global Warming of 1.5°C. An IPCC Special Report on the impacts of global warming of 1.5°C above pre-industrial levels and related global greenhouse gas emission pathways, in the context of strengthening the global response to the threat of climate change, sustainable development, and efforts to eradicate poverty*, Geneva, Switzerland, World Meteorological Organization.

ISLAS VARGAS Maritza, TREVILLA ESPINAL, Diana Lilia (2020), "Cuidado y sostenibilidad de la vida: diálogos entre la agroecología y la ecología política feministas", en *Pensar la pandemia, Laboratorio social del coronavirus*, CLACSO, en <https://www.clacso.org/cuidado-y-sostenibilidad-de-la-vida-dialogos-entre-la-agroecologia-y-la-ecologia-politica-feministas/>

ISLAS VARGAS, Maritza (2019), *Azote imperialista, petróleo y cambio climático en el Caribe*, México, Revista Estudios latinoamericanos, Nueva época, núm. 44, julio-diciembre.

JESSOP, Bob (2004), “La economía política de la escala y la construcción de las regiones transfronterizas”, en *Revista Eure*, Santiago de Chile, Vol. XXIX, N° 89, mayo.

KALCSICS, Monika, BRAND, Ulrich (2002), *Seguridad en la planificación y patentes. Conflictos y recursos genéticos*, CLACSO.

KANOUSI, Dora & MENA, Javier (1981), “Sobre el concepto de revolución pasiva”(pp. 97-129) en *Dialéctica*, núm. 10, México, Investigaciones.

KEUCHEYAN, Razmig (2016), *La naturaleza es un campo de batalla, ensayo de ecología política*, Editorial Clave Intelectual.

KLIER, Gabriela (2019), “La biología de la conservación: entre hegemonías y fugas”, en *Ecología Política*, 58, España.

LANG, Miriam y Ulrich Brand. Dimensiones de la transformación social y el rol de las instituciones, en Lang, Cevallos y López (editores) *¿Cómo transformar? Instituciones y cambio social en América Latina y Europa*. 1a de., Bogotá, 2015.

LATOUR, Bruno (2017), *Cara a cara con el planeta, una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*, Buenos Aires, Siglo XXI.

LARRINAGA ARZA, Josu, “Materiales para un ecologismo activo, atractivo y combativo en el frente cognitivo”, en *Ecología Política*, 58. España, 2019.

LENIN, V.I. (1975), “El capital financiero y la oligarquía financiera” en *El imperialismo, fase superior del capitalismo (ensayo popular)*, Pekín, Ed. En lenguas extranjeras.

LEVINS, Richard, *Una pierna adentro, una pierna afuera*, CopIt-arXives y EditoraC3, México, 2015.

LEFEBVRE, Henri (2013), *La producción del espacio*, España, Ed. Capitán Swing.

LUKÁCS, Georg (1969), *Historia y conciencia de clase, Obras completas, tomo 3*, México, Ed. Grijalbo.

LUXEMBURGO, Rosa (1967), *Reforma o revolución*, México, Grijalbo.

MAHNKOPF, Brigit (2014), *Desigualdad social o giro a 'economía verde': ¿respuesta adecuada para la crisis epocal del capitalismo?*, Mundo Siglo XXI, revista del CIECAS-IPN, Núm. 32, Vol. X, pp. 23-36.

MANN, Geof, WAINWRIGHT, Joel (2018), *Leviatán climático, una teoría sobre nuestro futuro planetario*, España, Biblioteca nueva.

MALTHUS, Robert (1997). *Primer ensayo sobre la población*, Barcelona Ediciones Altaya S.A.

MARINI, Ruy Mauro, *Crisis, cambio técnico y perspectivas de empleo*, en Cuadernos CIDAMO n. 9, s/f., México. Intervención en el simposio "La problemática del empleo en América Latina y en Colombia", Centro de Investigaciones Económicas, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, 14-17 de abril de 1982.

_____, (2008), “Dialéctica de la dependencia (1973)”. En publicación: *América Latina, dependencia y globalización. Fundamentos conceptuales Ruy Mauro Marini*. Colombia, Antología y presentación Carlos Eduardo Martins, Siglo del Hombre – CLACSO.

MARX, Karl (1842), “En defensa de los ladrones de leña”, en *Rheinische Zeitung*. En BENSaid, Daniel (2015), *Contra el expolio de nuestras vidas, una defensa del derecho a la soberanía energética, a la vivienda y a los bienes comunes*, España, Ed. Errata naturale.

_____, (1974). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, España, Alianza.

_____, (1981), *El Capital*, México, Siglo XXI.

_____, (2010), *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*, Venezuela, Fundación Editorial El perro y la rana.

MARTÍNEZ ALIER, Joan (2004), “I. Corrientes del ecologismo”, en *El ecologismo de los pobres, conflictos ambientales y lenguajes de valoración*, Icaria, Antrazyt, FLACSO, 2ª ed., Barcelona.

MENDOZA SANTILLÁN, David Alfonso, *La política de transición energética en el contexto de la economía verde, generación eléctrica, energía solar y participación ciudadana en México*. Tesis UNAM, México, 2017.

MÉSZÁROS, István (2009), *La crisis estructural del capital*, Venezuela, Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.

- MOORE, Jason W (2015), *Capitalism in the web of life, ecology and the accumulation of capital*, NY, Verso.
- NACIONES UNIDAS, CEPAL (2018), *Acuerdo Regional sobre Acceso a la Información, la Participación Pública y el Acceso a la Justicia en Asuntos Ambientales en América Latina y el Caribe*, Santiago.
- N. GLIGO, et. al. (2020), *La tragedia ambiental de América Latina y el Caribe*, Libros de la CEPAL, N° 161 (LC/PUB.2020/11-P), Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- En <https://www.cepal.org/es/temas/biodiversidad/fortalezas-desafios-regionales>
- NEGRETE FERNÁNDEZ, Armando Jesús (2014), *Ambivalencias de la economía verde: dependencia y acumulación en América Latina*, México, Tesis UNAM.
- NIETO SANABRIA, Laura (2012), *La juventud precarizada del Distrito Federal, el neoliberalismo y el Estado ampliado mexicano a inicios del siglo XXI*, México, TESIS UNAM.
- _____, (2016), *La Economía Verde y los Derechos de la Naturaleza, Lo hegemónico y lo subalterno en el ambientalismo contemporáneo*, México, Tesis-UNAM.
- O'CONNOR, James (2001), *Causas Naturales, ensayos de marxismo ecológico*, México, Siglo XXI.
- OLIVER, Lucio (2009), *El Estado ampliado en Brasil y México*, México, UNAM, CEP, PPELA.
- _____, (2015), *La ecuación Estado-sociedad civil en América Latina. Movimientos sociales y hegemonía popular*, UNAM.
- ORTIZ WADGYMAR, Arturo, MINTO RIVERA, Gerardo (coords) (2015), *La controversia sobre la recesión mundial, 2007-2014: el capitalismo neoliberal en su fase de debacle*, México, UNAM, IIEc.
- PEÑA Y LILLO E., Julio y POLO BLANCO (eds.), Jorge, *El Estado en disputa. Frente a la contraofensiva neoliberal en América Latina*, ediciones CIESPAL, Quito, 2018.
- PLUMER B. & FOUNTAIN H. (2021), "A Hotter Future Is Certain, Climate Panel Warns. But How Hot Is Up to Us", The New York Times, NY, <https://www.nytimes.com/2021/08/09/climate/climate-change-report-ipcc-un.html>
- PNUMA (2011), *Hacia una economía verde: Guía para el desarrollo sostenible y la erradicación de la pobreza*, en www.unep.org/greeneconomy
- PORTANTIERO, Juan Carlos (1983), *Los usos de Gramsci*, México, 3ª edición, Folios ediciones.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia (2010), *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*, Buenos Aires, Ed. Tinta Limón.
- ROMANO, Silvina (2019), "Modelo de propaganda y red de poder: proyecciones de Estados Unidos en América Latina", Joan Pedro-Carañana y Francisco Sierra Caballero (editores), *El Modelo de Propaganda y el control de los medios*, España, Ed. Comunicación Social.
- ROMANO, Silvina María, DÍAZ PARRA, Ibán (2018) , *Antipolíticas. Neoliberalismo, realismo de izquierda y autonomía o en América Latina*, Buenos Aires Ediciones Luxemburg.
- RUEDA ABAD, José Clemente, VAZQUEZ GARCÍA Verónica, LUCATELLO, Simone (coordinadores) *Del oasis al desierto: la política anti-climática de Donald Trump*, UNAM-Programa de Investigación en Cambio Climático, México, 2018.

S/A, (2019) "Editorial", en *Ecología, cuadernos de debate internacional, No. 58 ¿Auge o crisis del ecologismo? Perspectivas sobre culturas y sensibilidades ecologistas, Análisis de los nuevos movimientos sociales conectados al activismo ecológico. Resistencias a la crisis ambiental vinculadas al sur y a comunidades locales*, Catalunya, España, Icaria editorial.

SACHER, William (2017), *Ofensiva megaminera china en los Andes, Acumulación por desposesión en el Ecuador de la Revolución Ciudadana*, Ecuador, Editoria Abya Yala.

_____, (2019), "Naturalismo moderno y corrientes del ecologismo", en *Ecología Política*, 58: 10-18.

SAXE FERNÁNDEZ, John (coordinador) (2008), *La energía en México, situación y alternativas*, colección El mundo actual, México, CEIICH-UNAM.

_____, (2018) "Capitalismo histórico y contemporáneo (1750-presente): formación social vinculada al colapso climático antropogénico en curso" en *Sociología política del colapso climático antropogénico, capitalismo fósil, explotación de combustibles no convencionales y geopolítica de la energía*, México, UNAM-CEIICH.

SCHMIDT, Alfred (1977), *El concepto de naturaleza en Marx*, (2ª ed.) España, Siglo XXI.

SEGATO, Rita Laura (2016). *La guerra contra las mujeres*, Traficantes de Sueños, Madrid.

SHIVA, Vandana, MIES, Maria (1997), *Ecofeminismo*, Barcelona, Icaria editorial.

SOTO, David, et. al. (2019), "Fundamentos socioecológicos del nuevo ecologismo. Nuevos y viejos movimientos ecologistas en Europa ate el desafío de la crisis civilizatoria", en *Ecología Política*, 59, España.

STEFFEN, Will, et. al. (2015), "The Trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration", en *The Anthropocene Review*, Vol. 2, No. 1, EUA.

_____, (2018), "Trajectories of the Earth System in the Anthropocene", PNAS, August, 2018. <https://doi.org/10.1073/pnas.1810141115>

SUAREZ GUEVARA, Sergio (2008), "Algunas reflexiones alrededor de la integración energética en América Latina", en SAXE FERNÁNDEZ, John (coordinador), *La energía en México, situación y alternativas*, México, colección El mundo actual, CEIICH-UNAM.

SWYNGEDOUW, Erik (2011), "*La naturaleza no existe: La sostenibilidad como síntoma de una planificación despolitizada*", en Urban, NS01.

TAIBO, Carlos (2017), *Colapso, capitalismo terminal, transición ecosocial y ecofascismo*, Buenos Aires, Libros de Anarres.

TAINTER, Joseph (1988), *The collapse of complex societies (new studies in archaeology)*, UK Cambridge University Press.

TAPIA, Luis (2020), "Presentación sobre el libro Producción y reproducción de desigualdades: organización social y poder político", en *CEDLA: Extractivismo consolidó un bloque dominante en la política y en la economía*, <https://erbol.com.bo/nacional/cedla-extractivismo-consolid%C3%B3-un-bloque-dominante-en-la-pol%C3%ADtica-y-en-la-econom%C3%ADa>

TOLEDO, Víctor M. (1992), "Ecología mundial: ante la conferencia de Rio de Janeiro Modernidad y ecología, la nueva crisis planetaria", en *Ecología política*, España.

_____, (2020) “Caminando hacia una nueva civilización”, en La Jornada, Opinión, 20.10.2020. México.
_____, (2021) “La 4t en el contexto mundial”, en La Jornada, Opinión, 2.09.2021. México.
_____, (2022), “¿Lograrán los ambientalistas mexicanos desayunar con amlo?”, en La Jornada, Opinión, 11.01.2022. México.

_____, (2022), “Amlo, la 4t y la crisis global”, en La Jornada, Opinión, 3.05.2022. México.

UN Environment (2019), *Perspectivas del medio ambiente mundial GEO 6*, Nairobi, Cambridge University Press.

UNEP, *Environmental Rule of Law, first global report*, UNEP, Nairobi, 2019.

VARGAS, Rosío (2018), “La geo-estrategia de Estados Unidos en materia energética”, en SAXE-FERNÁNDEZ, John (coord.), *ociología política del colapso climático antropogénico, capitalismo fósil, explotación de combustibles no convencionales y geopolítica de la energía*, México, UNAM-CEIICH.

BAPNA, Manish, (2011) "Emisiones acumuladas de CO2 por país, porcentaje total entre 1990 2011", en World Resources Institute Report, UNEP, WB, en <https://www.wri.org/publication/world-resources-report-2010-2011>

ZAFFARONI, Eugenio Raúl (2011), “La Pachamama y el humano”, en Alberto ACOSTA y Esperanza MARTÍNEZ (compiladores), *La Naturaleza con Derechos, de la filosofía a la política*, Quito, Ediciones Abya Yala-Universidad Politécnica Salesiana.

ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS (WEB)

ALEGRÍA, Alejandro (2022), Iberdrola ha recibido subsidios por 56.1 mil mdp, La Jornada, 21 de enero 2022. <https://www.lajornadadeoriente.com.mx/puebla/iberdrola-opositores-parque-eolico/>

BBC (2020), “Tráfico de personas: cómo opera la red que traslada haitianos” en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-54033973> 24.11.2020, 01:31 hrs.

Banco Mundial (2020), en <https://datos.bancomundial.org/indicador/VC.IHR.PSRC.P5> 20.11.2020, 14:05 hrs.

ENVIRONMENTAL JUSTICE ATLAS, en <https://ejatlas.org/> fecha de consulta 1 de junio 2019 12:30

EL UNIVERSAL (2020), “Esclavitud laboral, efecto oculto del Covid-19” En <https://www.eluniversal.com.mx/mundo/esclavitud-laboral-efecto-oculto-del-covid-19> 24.11.2020, 01:23hrs.

LLAVEN ANZURES, Yadira (2019), Iberdrola utiliza conflicto de límites territoriales para frenar movimiento vs. parque eólico, La Jornada, 13 de mayo de 2019. <https://www.jornada.com.mx/2022/01/21/economia/018n3eco>

UN (2020), en <https://news.un.org/es/story/2020/10/1483052> 24.11.2020, 01:38 hrs.

ONU, En <https://news.un.org/es/story/2020/11/1484192>

ONU, En <https://news.un.org/es/story/2020/03/1470901>

ONU, En <https://news.un.org/es/story/2020/02/1469441>

ONU, En <https://news.un.org/es/story/2020/01/1467501>

Climate Action Tracker (2022), <https://climateactiontracker.org/>

<https://www.un.org/es/climatechange/cop26>

UN (2019), *Se registra gran aumento de leyes en los últimos 40 años, pero hace falta mejorar su aplicación según nuevo reporte*, en <https://www.unenvironment.org/es/news-and-stories/comunicado-de-prensa/se-registra-gran-aumento-de-leyes-ambientales-en-los-ultimos>

UN (2021), *UN Environment's Latin America and the Caribbean Office*, en <https://www.unenvironment.org/regions/latin-america-and-caribbean> fecha de consulta: 31 mayo, 2021, 21:30

UN (2019), *Conflictos mineros y socioambientales en América Latina: monitoreo ambiental comunitario como herramienta clave para construir transparencia y confianza*, 31 de octubre de 2018, en <http://www.latinamerica.undp.org/content/rblac/es/home/presscenter/pressreleases/2018/mining-and-socio-environmental-issues-in-latin-america--communit.html> fecha de consulta: 10 de junio 2019 15:00

The Economist, (2019), *How Bolivian lithium could help fight climate change*, 11-dic-2019. En <https://www.economist.com/the-americas/how-bolivian-lithium-could-help-fight-climate-change/21806677>